

ESPOSAS DE MEDICOS

FRANK G. SLAUGHTER



Lectulandia

La historia tiene lugar en la ciudad de Weston, el sitio de la Escuela de Medicina de Weston, con su hospital de enseñanza y la clínica de la facultad privada. Los personajes principales son un grupo de siete hombres (seis médicos y un administrador) que se conocieron de servir juntos en el ejército durante la guerra de Corea y más tarde se unieron para formar el núcleo de la Escuela de Medicina de Weston. Todos estos hombres ocupan puestos de responsabilidad como jefes de diversos servicios hospitalarios y la realización lucrativa práctica privada en la clínica. Sus esposas se reúnen con regularidad en lo que llaman el «Club de disección». Mientras que las mujeres se dice que son amigos, sus reuniones consisten principalmente en calumnias, malicia, y las expresiones de profundo aburrimiento. En su mayoría, están aburridos con su vida sexual. Mientras que las mujeres en general, participar en las pequeñas infidelidades...

Lectulandia

Frank G. Slaughter

Esposas de médicos

ePub r1.0

Big Bang 18.11.14

Título original: *Doctor's Wives*
Frank G. Slaughter, 1967
Traducción: L. Muñoz
Diseño de cubierta: Marigot

Editor digital: Big Bang
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Capítulo I

Era poco más de las cuatro cuando Mabel, la rubia y rolliza camarera que trabajaba en el turno de tarde en el snack bar abierto frente al hospital, salió a barrer el césped que limitaba la entrada al establecimiento. Había empezado a las tres y el paso de la temperatura exterior, de fines de verano, al aire acondicionado de la tienda recrudecía sus molestias de artritis. Se alegró, pues, de tener una excusa para gozar del aire del cálido septiembre durante unos minutos antes de que comenzara la afluencia de las cinco de la tarde. La tienda, con estructura de vidrio y acero y repleta de taburetes con cojines rojos junto al mostrador y de banquetas adosadas a la pared, ocupaba una esquina del conjunto residencial de apartamentos de la Facultad. Al otro lado de la calle, por encima de la rampa de descarga de las ambulancias, unas luces azules de neón componían las palabras: *Entrada de emergencia*.

El hospital de la Universidad de Weston ocupaba el extremo opuesto del gran bloque frente al snack bar, formando un conjunto de edificios con paseos comunicantes contruidos con bloques de hormigón, pintados de blanco y altas series de ventanas con marcos de acero. En el lado del comedor de North Avenue, un extremo del bloque se alineaba con el elevado edificio que albergaba la Clínica de la Facultad, un grupo de asistencia médica privada al que pertenecían la mayoría de los miembros de la Facultad. Apenas con cinco años de existencia, la clínica había sido ampliada varias veces y durante el día una corriente ininterrumpida de gente fluía a través de su pórtico con cubierta de marquesina en el punto extremo del bloque.

Los apartamentos de la Facultad, pertenecientes a la Universidad estaban instalados al final del bloque, encarados hacia el oeste con el Weston Boulevard. Diagonalmente, cruzando la calle desde esta última y frente a la entrada principal del hospital, se levantaban las viviendas para los residentes casados, internos y estudiantes, consistentes en cuatro grupos de apartamentos con un patio de recreo interior. Los edificios principales de las aulas de la Facultad estaban en la esquina opuesta del Weston Boulevard y North Avenue en relación con las viviendas de estudiantes casados, con acceso al hospital y a todos los puntos del grupo de edificios que componían la Facultad de Medicina de la Universidad de Weston.

—¿Adónde fuiste ayer en tu día libre, Mabel? —Abe Fescue, el cocinero, se apoyó en la puerta abierta del comedor vacío fumando un cigarrillo, pues estaba prohibido fumar en el interior. Un pequeño transistor colocado sobre el mostrador, tampoco autorizado cuando había clientes en el establecimiento, lanzaba al aire un rock-and-roll.

—A la avenida del parque —dijo Mabel—. Me gusta conducir por esa zona en esta época del año.

Situada en la falda oriental de las montañas Great Smoky, Weston era primordialmente una ciudad industrial. Se había convertido en un centro médico importante al inaugurarse la Facultad de Medicina unos quince años antes,

aventajando rápidamente en importancia y dimensiones a la pequeña y más antigua Universidad de la que formaba parte. El río Rogue rodeaba la ciudad y con un dique a unas diez millas hacia el sur formaba un lago y una central hidroeléctrica que había hecho de la ciudad el lugar apropiado para una industria textil importante.

—El otoño llegará pronto este año —añadió Mabel—. Ya se vuelven las hojas hacia el Knob.

—Eso no me preocupa —dijo Abe—. Pronto llegará Pentecostés y entonces me dirigiré hacia el sur, a Miami.

—Vosotros los cocineros sois como los pájaros, siempre volando hacia el sur o el norte. Supongo que perderás otra vez todo tu dinero en las apuestas y vendrás la primavera próxima, como siempre, a pedirme prestado para poder pagar el alquiler del primer mes.

—Este va a ser mi mejor invierno. —Abe era un hombre delgado, de edad indefinida. Su rostro estaba marcado de acné desde la infancia, y los consabidos tatuajes, reliquia de su servicio militar en la Marina, cubrían casi enteramente la parte superior de sus brazos—. ¿Por qué te quedas aquí los inviernos, Mabel? Podrías ganar el doble con propinas trabajando en Florida y conservar tu antiguo empleo en primavera, cuando vuelve a hacer calor. Las buenas camareras son como los cocineros; pueden conseguir empleo en cualquier parte.

—Me gusta estar aquí. —Mabel contempló con afecto las luces de neón de la entrada de emergencia y los altos muros del hospital—. Cuando era una niña me ilusionaba ser enfermera; luego me casé con un sinvergüenza y cuando me pude librar de él, era demasiado tarde. Tengo muchos amigos en el hospital, y trabajando aquí, me entero de casi todo lo que ocurre ahí enfrente. Me hace sentir parte del mismo.

—Tienes ya una parte del hospital con esos vales que te dan los estudiantes que no pueden pagar —dijo Abe—. Siempre seras una ingenua, Mabel.

La camarera no se ofendió. No esperaba que nadie comprendiera que el hospital y el personal de la Facultad eran para ella la familia de la que siempre careció. Al ir y venir tantos años con los guisados de carne, las hamburguesas, los filetes, los huevos revueltos y el café, había podido escuchar todas sus desventuras y alegrías. En ocasiones, cuando un estudiante no tenía dinero y estaba hambriento, ella misma pagaba la comida con vales, y tal vez perdió así algo de dinero, aunque jamás se paró a calcularlo ni lo haría en el futuro. El prestarles ayuda le daba la sensación de pertenecer al emocionante mundo de la medicina, la impresión de sentirse necesaria que nunca había experimentado hasta llegar al snack cuando se inauguró diez años atrás.

Cuando acabó de barrer, Mabel encendió un cigarrillo, lanzando la cerilla al sumidero. Era el día primero de septiembre y, aunque caluroso, había en el aire un tenue matiz del otoño. Arriba en la avenida del parque, por donde había recorrido varias millas la tarde anterior, hacía bastante más frío, presagio inequívoco de lo que

se acercaba.

Al resplandor del sol del atardecer, las montañas adquirirían un tinte azulado que contrastaba con las faldas cubiertas de verde hacia el este y entre los valles, y los campos de seco y dorado trigo en espera de los segadores. Más tarde, cuando por fin llegara el invierno, las montañas se cubrirían con un manto de nieve, y los estudiantes subirían en sus coches a esquiar y celebrar fiestas en los albergues.

Abajo en los valles, sin embargo, el tiempo era aún lo bastante cálido para que los más atrevidos practicaran el esquí acuático. Mientras Mabel fumaba, contempló a una chica que estaba esquiando, con bikini de amarillo brillante, pasar fulgurante por el extremo inferior de la North Avenue, donde ésta terminaba y continuaba Riverfront Drive, un bloque más abajo de la intersección de Weston Boulevard.

—Todo parece tranquilo allí arriba —dijo Abe señalando hacia el hospital—. Difícilmente se puede creer que un minuto en la sala de emergencia es como si hubieran soltado al mismo infierno.

—Hoy no habrá demasiado trabajo, muchos médicos tienen libre el miércoles para jugar al golf. Además en la Facultad sólo están los estudiantes de primer año. Los otros tardarán una semana en llegar.

—Tal vez entonces prospere el negocio y tengamos la suerte de conseguir un sobresueldo los fines de semana —Abe lanzó la punta de su cigarrillo a la alfombrilla, impulsándola con el pulgar—. Creo que será mejor que corte unas rodajas de tomate antes de la avalancha de las cinco. ¿Entras?

—Aún no. Quiero gozar del aire puro un poco más. Espero que Jeff Long y esa muchachita Monroe vengan esta noche cuando ella acabe su turno. Ha tenido bastantes disgustos con el granuja de su marido, que la dejó tan pronto pudo mantenerse, y tiene ahora problemas con su hijo. Janet se merece una persona comprensiva como el doctor Long.

—Ya sales con uno de esos seriales con los que siempre sueñas.

—¿Qué hay de malo con los seriales? —Por fin se había alterado el temperamento irlandés de Mabel—. La mayor parte de la gente los escucha. La última vez que pasé por la clínica, estuve hablando con la señora Weston.

—¿La esposa del decano?

—Sí. A ella también le gusta oírlos. Podría nombrarte otras muchas personas importantes que también lo hacen.

—Prefiero un partido de fútbol o una carrera de caballos.

—Vamos, entra a cortar los tomates. No sabes apreciar las cosas trascendentales de la vida.

—¡Me lo dices a mí que he estado casado tres veces! —Abe hizo una mueca burlona—. Podría escribir un libro sobre lo que tú llamas las cosas trascendentales de la vida: buscar defectos en los demás, la prostitución, la infidelidad, los abortos. ¿Para qué hablar de eso?

La puerta se cerró tras él al entrar y Mabel pudo verlo dirigiéndose al final del

mostrador, donde una puerta daba acceso a la cocina. La parrilla estaba ya caliente, en espera del desfile de hamburguesas y de los filetes de lomo y solomillo que pasarían por ella en las cinco o seis próximas horas. Los recipientes metálicos redondos en los que se hacían los guisados de carne estaban colocados ordenadamente a un lado, una caja de huevos ocupaba el estante inferior y en un cajón más abajo habían rebanadas de pan y montones de panecillos.

Con un poco de suerte habría una breve pausa a las diez, lo que les daría tiempo para poner un poco de orden hasta ser invadidos nuevamente por una multitud de enfermeras que salían a las once y que se encontraban allí con los internos y residentes para tener un breve cambio de impresiones antes de fichar en la residencia de enfermeras, que estaba al otro lado del hospital.

A medio camino de la barra, Mabel vio a Abe pararse de repente y girar velozmente para abrir de par en par la puerta.

—¡Oye, Mabel! —gritó—. Un doctor acaba de disparar contra su esposa.

—¿Quién? —La camarera cubrió la distancia hasta la puerta a todo correr.

—No pude oír el nombre. Ya sabía que te hubiera gustado oírlo, pero el locutor interrumpió la transmisión para ofrecer música.

—Confío en que no pertenezca al hospital. ¡Pronto! ¡Pon la radio!

El cocinero cogió el pequeño transistor e hizo girar el botón.

—¡Mira lo que has hecho! —exclamó Mabel, cuando éste quedó suelto en su mano, terminando la transmisión con un chirrido—. ¿Cómo vamos a saber de quién se trata?

—Vigila la entrada de emergencia del hospital mientras trato de poner en marcha este maldito aparato —dijo Abe.

Amy Brennan conducía su coche a casa tras la reunión de auxiliares médicos del Estado del distrito VI, por la nueva autopista interestatal de cuatro carriles a través de las laderas de las montañas a ciento veinte kilómetros por hora. El acondicionamiento de aire de su flamante «Eldorado» estaba funcionando y su radio de frecuencia modulada dejaba oír muy quedamente un concierto de Brahms, apaciguando su ánimo tras el duro diálogo con la representante del sector infraestatal, que había comparecido sin ser invitada.

Todo el mundo sabía que la visitante estaba allí para lograr apoyo en favor de su propia candidatura a presidente electo cuando las auxiliares se reunieran el mes próximo durante la convención de la asociación médica del Estado. Al menos Amy había conservado la calma, y no había sido cosa fácil ya que sus nervios estaban a flor de piel últimamente desde que su campaña para presidente electo le había llevado a realizar una jira por el Estado, visitando los distritos uno por uno.

—Tómalo con calma, Amy —le había aconsejado Pete en sus primeros días de casados, pero últimamente se habían visto pocas veces y durante muy poco tiempo para que él pudiera decirle algo. Evidentemente, el objetivo del viaje de las auxiliares por el Estado había sido hablar del papel de las esposas de los doctores para prevenir una mayor difusión del Medicare, pero su verdadero propósito era recoger votos para Amy. Desde niña no le había gustado dejar cabos sueltos por poco que pudiera, y, en consecuencia, su campaña cuidadosamente planeada estaba dando el resultado apetecido. La representante del sector infraestatal había advertido en seguida la falta de seguidores con respecto a su candidatura, y si la hubiera obligado a regresar sin el apoyo de los miembros del distrito VI, hubiera sido lo mismo que consentir en la elección de Amy.

La campaña había sido dura, pues el distrito VI no sentía simpatía por el proyecto. Una gran cantidad de médicos de esa zona estaba en contra de la Facultad de Medicina y aún más de la Clínica de la Facultad que les había arrebatado a sus más adinerados pacientes. Existiendo un buen número de autopistas de cuatro carriles que surcaban el paisaje, era más fácil para un paciente dirigirse hacia Weston para que le hicieran un diagnóstico rápido, pero completo, por los que la clínica había adquirido renombre, que aguardar en la antesala de un doctor local los resultados de un examen que no podía ser exhaustivo en el aspecto clínico. Las esposas de los doctores, sin embargo, se hacían eco de los perjuicios de sus maridos, y siendo Pete Brennan presidente de la Clínica de la Facultad y además el neurocirujano más competente del Estado, Amy se había visto obligada a realizar grandes esfuerzos para conseguir su aprobación.

Con todo, sentía atracción por esta clase de vida, singularmente por las maniobras y luchas políticas que la habían llevado a los treinta y nueve años a la cumbre en el sector femenino de la política médica estatal. No podía reprimir una sonrisa al pensar

cómo había influido en la representante del partido infraestatal al admitir los sentimientos liberales de su candidatura, hasta el punto de favorecer en apariencia el Medicare, exponiéndose a que la tacharan de comunista y a la repudia de las esposas de mentalidad conservadora del distrito VI.

Decidió, sin embargo, mientras el coche se deslizaba suavemente por la nueva autopista, que sería conveniente desacreditar las tácticas que había utilizado contra la otra candidata, al hablar con Pete. Este era en ocasiones poco complaciente con sus maniobras políticas y habían discutido sobre este tema una o dos veces. A su hermano Roy, sin embargo, le agradaba conocerlas. Como fiscal del distrito en el condado de Weston, Roy se desenvolvía en una esfera más amplia de actividades políticas y quería que Amy tomara a su cargo el sector femenino en la lucha que planeaba el próximo año para llegar a fiscal del Tribunal Supremo contra el titular, Abner Townsend. Amy, por su parte, estaba demasiado ocupada en la actualidad con sus propios planes para pensar en algo más que la convención del mes próximo, y, por tanto, no quería comprometerse a nada.

Recordaba con satisfacción que todas habían respondido, cuando había sido preciso acudir a ellas. La esposa de Roy, Alice, no participaba regularmente en actividades organizadas, pero había faltado a su costumbre en favor de su cuñada, ayudando a Amy en las visitas a los doctores y a sus esposas, Lorrie Dellman, Maggie McCloskey, Della Rogan, Grace Hanscombe y Elaine McGill se habían mostrado leales también, integrando un grupo que Amy había organizado y que a Pete le complacía llamar «Sociedad Anatómica».

Pete proclamaba que lo único que hacían las mujeres en sus reuniones mensuales del círculo de labores era «diseccionar» el carácter de la gente que conocían, en especial el de otras mujeres. Lo que ignoraba es que Amy había elaborado un plan al crear el grupo entre las esposas de los seis hombres que habían formado el núcleo del cuerpo docente de la nueva Facultad de Medicina de la Universidad de Weston, organizada a fines de la guerra de Corea. Ese plan estaba también relacionado con la promoción de Pete en el futuro, tanto en la Facultad de Medicina como en la política estatal y nacional, en las cuales ella había puesto ya sus miras.

Pete Brennan, Paul McGill, George Hanscombe, Joe McCloskey, Dave Rogan y Mort Dellman habían estado juntos en Corea, donde Roy Weston trabajaba en la oficina general del Inspector. Roy había persuadido a los seis para que se incorporaran al personal de la nueva Facultad de Medicina cuando se licenciaron tras el armisticio. Amy estaba segura de que ninguno de ellos había lamentado este cambio. Relajándose ahora mientras el espacioso coche se desplazaba velozmente hacia casa, cambió el rumbo de su pensamiento, recordando la primera vez que se conocieron.

Había ocurrido en el Club de Campo de Weston, durante el baile del sábado por la noche al que todas las personas importantes de la ciudad asistían. Él estaba en un grupo junto al piano que tocaba Lorrie Porter mientras la orquesta se tomaba un

descanso, improvisando unos compases de jazz con la perezosa competencia que Lorrie demostraba en todo lo que hacía.

Pete era alto y algo vanidoso, un hombre de fuerte constitución que llevaba escrita en su rostro y en sus ojos azules su procedencia irlandesa. Había captado la atención de Amy desde el primer momento. Esta, como mujer, era más bien alta y sentía una inclinación natural por los hombres de elevada estatura. Con un cabello rubio natural y una bella figura, podía haber elegido entre media docena de hombres en Weston y en cualquier otra parte, pero había sido siempre muy exigente. Se había propuesto desde mucho tiempo atrás que el hombre que se casara con ella no sería un marido corriente, sino un líder y que además ejerciera una profesión liberal, lo que equivalía a decir un abogado o un médico.

Amy había llegado al club aquella noche con Roy y Alice. Cuando su hermano cruzó la atestada sala de baile trayéndole una bebida, observó la dirección de sus miradas e hizo una mueca:

—¡Pareces perro de caza en pos de la pieza, hermana! ¿Quieres conocerle?

—¿Quién es?

—El comandante doctor Pete Brennan. Recién licenciado de Corea ha firmado un contrato junto con media docena de amigos míos para integrar el cuerpo docente de una nueva Facultad de Medicina.

—¿Cuál es su especialidad? Roy quedó sorprendido.

—¿Qué puede importar eso?

—Los cirujanos y los de medicina interna son los aristócratas de la profesión médica. Deberías saberlo, Roy.

—Jamás pensé en ello, pero Pete se ajusta a esa descripción. Es neurocirujano y jefe quirúrgico del 319 Hospital General de Corea.

—¿Está casado?

—No.

—¿Comprometido? —Roy sonrió burlonamente.

—¿Eso cambia la cosa?

—No, pero resulta más sencillo en ese caso.

—Por lo visto es un aventurero, lo que debe hacerle sentirse a sus anchas en Weston, tanto si se casa como si permanece soltero. Los siete pasamos mucho tiempo juntos en Seúl, jugando al poker, bebiendo un poco; lo de siempre. Todos ellos son hombres de valía y Pete es el mejor de todos: magnífico cirujano y administrador excelente. Las mujeres sienten atracción por él como las moscas por un azucarero. ¿Qué te hace pensar que tienes la oportunidad de conquistarlo?

—En primer lugar soy la clase de mujer que necesita un doctor ambicioso, y no exactamente fea.

—Esa es la conclusión que has sacado, ¿no? —dijo Roy sonriendo—. Sin embargo, puesto que él es amigo mío, tal vez debiera prevenirle contra una mujer que no repara en...

—Si lo haces, te mataré —dijo Amy—. Si él pone algo de su parte, puedo hacer del doctor Pete Brennan el cirujano más popular y rico de la ciudad, quizás el más importante del Estado. ¿Qué más podría pedir?

—Que lo aprecien por sí mismo.

—Tendrá también el amor que precise.

—Si Pete se decide por ti, hermana, no podrás jugar con él a tu antojo —le previno Roy—. La mujer que se case con él se dará cuenta de que está casada con un hombre. Mejor será que se trate de una mujer entera y no de una que proyecta prosperar únicamente.

—Debería abofetearte. —El genio irascible de Amy había hecho aparición—. Vete al diablo. Yo misma me presentaré.

—Sólo quería cerciorarme de que sabes lo que haces. Vamos.

Unos seis meses más tarde se casaban con una suntuosidad nunca vista en Weston. Uno tras otro, los otros miembros del grupo de Pete habían contraído matrimonio también: Mort Dellman que, por cierto, no era doctor en medicina, sino en filosofía y bioquímico con Lorrie; Dave Rogan, psiquiatra, con Della; Joe McCloskey, urólogo, con Maggie; y Paul McGill, dermatólogo, con Elaine. Todos habían sido cazados por las chicas de la localidad o, como suele ocurrir a los médicos, por las chicas que trabajaban en el hospital. George Hanscombe, el de medicina interna del grupo, estaba casado desde fines de la segunda guerra mundial con una inglesa llamada Grace Barrett.

Las esposas de los cinco médicos, además de Lorrie Dellman y Alice Weston, habían constituido el núcleo en torno del cual Amy había empezado a formar su camarilla mucho antes de que se interesara por los auxiliares médicos. Con sus dotes instintivos de organización, sabía que el grupo le sería útil algún día y también a Pete. Además todas congeniaban y Alice y Lorrie eran primas lejanas.

Para empezar, las había invitado a una merienda en un lugar típico de Weston con altas columnas, jardines espaciosos y buen servicio. En una época en que la mayor parte de ellas vivían en apartamentos mientras que sus maridos empezaban a abrirse camino de nuevo tras lo de Corea. La posibilidad de que pudieran gozar algún día de esa clase de lujo que Amy consideraba una cosa natural, había ejercido una fuerte atracción en todas ellas, salvo en Lorrie y Alice, por supuesto. Hija del viejo Jake Porter, Lorrie estaba acostumbrada a esa vida y no le daba importancia, mientras que Alice había crecido en el hogar de Jake Porter en calidad de pupila. Haber nacido en Weston comportaba también muchas ventajas y Amy lo sabía muy bien. Aunque su padre no había sido un miembro destacado de la directiva de las Tejedurías Weston, cuando murió, poseía una cantidad considerable de acciones. Además, gracias a la pericia comercial de Jake Porter al hacer un trato por el que la Tropical Fabrics se hacía cargo de las tejedurías, Amy había logrado una independencia económica.

No es que Amy y Pete precisaran durante mucho tiempo el dinero de ella. Como Roy había dicho aquella noche en el club, Pete Brennan era un líder nato y tenía

además el suficiente atractivo para disuadir a cualquier mujer de adoptar una actitud recatada, como Elaine McGill había recordado una vez a Amy con cierta malicia. Por otra parte el marido de Elaine, Paul, era dermatólogo, y a pesar de que casi todo el mundo sufre afecciones de la piel alguna vez, por más que se libaran del acné en su juventud, los médicos de esta especialidad no obtenían los cuantiosos honorarios de los cirujanos. De manera que no podía culpar a Elaine, que había sido maestra de escuela, por ser envidiosa.

Amy sospechó en ocasiones que Elaine y otras de sus amigas desearan en secreto tener relaciones sexuales con Pete, a lo que tal vez éste no hubiera puesto inconveniente hasta que, tras la iniciación de las frecuentes conferencias nocturnas en la Facultad, hacía un año aproximadamente, Pete empezó a perder energías.

Pete había subido vertiginosamente en el mundo de la medicina. Recibió más de una oferta de las mayores y más importantes Facultades para integrarse a su cuadro docente, pero puesto que la Clínica de la Facultad se había convertido casi de la noche a la mañana en un próspero negocio, su salario como catedrático de cirugía clínica en Weston constituía la mínima parte de sus ingresos.

Pete era muy popular entre sus colegas y, prácticamente sin esfuerzo, había sido elegido segundo vicepresidente de la Asociación Médica del Estado el pasado año. Estaba seguro de ser ascendido a primer vicepresidente en la próxima asamblea, el año siguiente a presidente electo y al otro a presidente. Amy, sin embargo, merced a un año de intensa actividad política, sería presidente de los auxiliares de Medicina al menos un año antes de que Pete rigiera los destinos de la Asociación Médica.

El pensamiento de alcanzar su objetivo antes de que Pete pudiera lograr una posición similar a nivel estatal le produjo una profunda satisfacción, a lo que sucedió casi inmediatamente un agudo temor. Hasta entonces no se había parado a considerar la reacción de Pete cuando ella llegara a la cumbre de la política médica femenina antes de alcanzar él un rango similar en la asociación estatal. Al pensar Amy en que su ambición podía poner en peligro su matrimonio, su mano derecha se separó del volante para tocar la zona de la sien izquierda donde acababa de aparecer el familiar dolor pulsátil de jaqueca.

—¡Maldición! —dijo en alta voz. Un ataque de jaqueca ahora podría desbaratarlo todo. Habiendo concluido satisfactoriamente la decisiva reunión de distrito, había pensado ser especialmente amable con Pete esta noche y se había apresurado a regresar a casa, aunque en principio no había confiado en llegar a Weston hasta el día siguiente. Tan pronto como estuviera en casa, había pensado llamarle a la clínica y sugerirle una cita para cenar en el club. Primero tomarían unos tragos en el bar, donde estarían con seguridad algunas de las chicas de la «Sociedad Anatómica». Algunas pasaban tantas noches en el club como en sus hogares y podría hacerles un breve resumen de su triunfo en el salón de las damas.

Cuando terminara la cena, ella y Pete regresarían a la casa espléndida de blancas columnas en lo alto de la colina que dominaba el río. Como la mayoría de los

estudiantes de la Universidad, Jenny y Michael estaban aún fuera en el campamento de verano. No regresarían hasta después del Día del Trabajo, y había concedido por teléfono la noche libre a Ethel, la sirvienta que había heredado con la casa, precisamente después de comprar un nuevo camión antes de partir para Weston. Estaba segura de que Pete captaría la indirecta.

Añadiendo mentalmente las veces que Pete no había estado en casa a las que ella había estado ausente a causa de las extremadamente importantes asambleas de auxiliares del distrito, Amy se sorprendió al descubrir lo poco que habían estado juntos el pasado año. Todo lo cual hacía que esta noche fuera particularmente importante con tal que cesara esa maldita jaqueca que como un puñal se iba introduciendo en su cerebro.

Echando una mirada a su reloj, un «Omega» con una orla de diamantes engarzados que le regaló Pete después de cobrar cinco mil dólares de honorarios por una operación de discos a la mujer de Sam Portola, que encabezaba el sindicato propietario de las Tejedurías Weston en la actualidad, Amy se dio cuenta de que podía llegar a la consulta de George Hanscombe antes de las cinco para que le administrara una inyección de tartrato de ergotamina y Demerol para aliviar el dolor, si los semáforos le eran favorables. En aquel momento la melodía sedante del concierto de Brahms cesó oyéndose la voz del locutor: Interrumpimos «Música de media tarde» para ofrecerles un boletín de noticias.

Amy alargó la mano en busca del potenciómetro de la radio, no queriendo saber nada de los posibles contratiempos sufridos por las fuerzas estadounidenses en alguna parte del mundo o de algún desorden racial que incrementara la palpitación de la jaqueca. Aún no había llegado la mano a los controles de la radio cuando sus músculos se quedaron repentinamente rígidos y el «Cadillac» se desvió peligrosamente mientras los dedos de la mano izquierda se aferraban al volante.

—Una tragedia se cebó esta tarde en el barrio residencial de Sherwood Ravine de Weston —continuó el locutor—. Según un informe recibido por teléfono de un periodista local, un eminente médico de Weston, el doctor Mortimer Dellman, mató de un disparo hace unos momentos a su atractiva esposa Loretta. No han aparecido detalles de la tragedia en los indicadores automáticos de noticias, pero un hombre que se hallaba en aquel momento con la señora Dellman y del que se dice que es un distinguido médico, resultó seriamente herido.

Amy se inclinó hacia delante para escuchar la transmisión que dificultaban las ráfagas de aire que rodeaban el coche.

—La policía ha acordonado la residencia del doctor Dellman, pero se ha visto una ambulancia que salía en dirección al hospital de la Universidad, y otra acaba de llegar. Permanezcan a la escucha para saber más detalles de esta inesperada tragedia de un matrimonio de la alta sociedad.

Capítulo II

El reloj situado sobre el tocador dio las cuatro cuando Elaine McGill saltó de la cama. Cruzó el dormitorio de la pequeña cabaña junto al lago hacia el tocador, en busca de un cigarrillo, cogió uno y le prendió fuego con el encendedor de oro blanco que Paul le había regalado en su décimo aniversario. Dos horas, pensó, sería tiempo suficiente para que el espermatozoide depositado en su vagina se abriera camino hacia el útero. De hecho uno de ellos debía haberse reunido ya con el óvulo, si ella había calculado bien el tiempo e interpretado correctamente mediante un minucioso registro del termómetro todos los días en los últimos seis meses. Esa subida de temperatura, según el libro de texto que había estudiado en la biblioteca del hospital, se creía que indicaba la ovulación y la mejor época para conseguir la fecundidad.

Elaine había pasado mucho tiempo estudiando la función reproductora en estos últimos años, en los que había intentado desesperadamente quedar embarazada. Cuanto más estudiaba, más se maravillaba de que algo tan vitalmente importante para la preservación de la especie hubiera sido dejado al parecer en gran parte a la acción de la casualidad. En efecto, todo lo relacionado con este tema infringía su sentido innato de la lógica, en el sentido de un movimiento de las esferas y otras pequeñas unidades del cosmos planeado metódicamente.

Antes de contraer matrimonio con Paul McGill, Elaine había sido profesora de matemáticas en el Instituto de Weston. Estaba trabajando en la tesis del doctorado cuando el apuesto dermatólogo se había incorporado al cuerpo docente de la nueva Facultad de Medicina junto con Pete Brennan y los demás.

Elaine, sin embargo, no ocupaba una órbita cercana a la esfera de Anny Brennan antes de su matrimonio. Se había criado en Carolina del Norte, había asistido a la Universidad en Greensboro y obtenido la licenciatura en matemáticas en Columbia antes de llegar a Weston. Sin embargo, como Paul McGill había sido uno de los Cinco Jinetes de los Evangelios Apócrifos, según el absurdo título que Dave Rogan había inventado mientras estaba en el hospital militar de Corea, ella había creído oportuno unirse a la Sociedad Anatómica de Amy Brennan.

Siendo reflexiva por temperamento e intelectual, el hecho de que Paul tuviera diez años más que ella, había intensificado únicamente la atracción que sentía por Elaine. Se habían casado unos cuatro meses después de que él ingresara en el cuadro docente de la Facultad de Medicina, pero les pareció aconsejable por razones de tipo económico no tener hijos durante algún tiempo. No obstante, al inaugurarse la Clínica de la Facultad, las perspectivas económicas de Paul habían cambiado en poco tiempo y Elaine había dejado de usar toda clase de anticonceptivos, salvo unos cuantos meses en que siguió utilizando la «píldora» cuando apareció por primera vez y los informes aseguraban que las mujeres que hacían uso de ella eran más propensas a quedar embarazadas cuando dejaran de tomarla.

Elaine había sido feliz en Weston hasta que su aparente esterilidad había

empezado a preocuparla. Ahora, después de casi quince años de matrimonio, se preguntaba a veces con resentimiento por qué ella era estéril cuando una parte sustancial del esfuerzo humano parecía estar dirigido a procurar la unión de dos células: el óvulo y el espermatozoide, en el instante preciso del ciclo menstrual de la mujer.

Todo lo precedente era anecdótico comparado con ese simple hecho microscópico, el climax, que permitía mantener la prosperidad de una gran parte de las empresas en todo el mundo. La muchacha en bikini del anuncio fumando «Kools»; el jugador de béisbol en la ducha dándose champú «Prell», rociándose con «Lifeguard» después de secarse, y alisándose el pelo con «Brylcreem», si era «bastante hombre para probarlo»; el exótico perfume garantizado para atraer a los hombres por poseer un ingrediente «secreto», que no era otra cosa que almizcle: el olor que produce la atracción sexual entre los animales; la cena a la tenue luz de las velas y al son de la música de violines cingares; el panorama de Los Angeles desde Mulholland Drive a medianoche, todo esto había sido ideado para provocar, como si se tratara de un anticlímax, el juego voluptuoso del ataque y rechazo, hasta que se producía el *coup de grâce* mediante la fuerza explosiva del mutuo éxtasis, apoderándose seguidamente la languidez de los cuerpos rendidos hasta producir el sueño, de forma que pudieran culminarse las decisivas etapas microscópicas de la unión.

Todo ello, el minucioso mecanismo que permitía desplegar la actividad de cientos de industrias encaminadas a fomentar la unión sexual humana, al paso que los laboratorios farmacéuticos estaban igualmente ocupados en fabricar «la píldora» que impedía su plena consumación, tenía una finalidad, una fuerza impulsora más poderosa que la bomba de hidrógeno o incluso un gran terremoto: la fuerza que unía a un macho y una hembra durante unos breves momentos con el objeto de preservar la especie.

Esa misma fuerza hacía que los cromosomas y los genes mucho más pequeños de la célula sexual humana caminaran juntos con paso inexorable para convertirse en un único ser. En este nuevo ser estaban reunidas todas las características de ambos progenitores: el gen de la hemofilia, que, presente únicamente en la hembra, destruirá un día el vástago con incontrolable hemorragia; los genes de los ojos azules del macho o los pies planos heredados del bisabuelo Albert, el *arcus axillaris*, un diminuto músculo que cruzaba las axilas de quizás un individuo en un millón, de generación en generación, con ningún propósito visible, salvo que hace muchísimo tiempo algún antecedente primate lo había necesitado; los pies cortos y el largo cuerpo por parte del padre combinado con las grandes nalgas de la madre, todo esto y un millón más de características distribuidas por casualidad o por designio divino y transmitidas hereditariamente durante muchísimos años, se reunían en los cromosomas de dos personas que se encontraban y que, por voluntad propia o porque en el fuego de la pasión se olvidaban tomar una píldora o utilizar alguna otra medida

anticonceptiva, producían un nuevo ser.

Tal vez la penetración final a través de la membrana celular del óvulo por la cabeza de un espermatozoide, que hacía posible la fecundación, era tan extática como la unión anterior de los cuerpos. ¿Quién podría decirlo, cuando el mismo Sigmund Freud había sido incapaz de describir ese momento del climax que surge del plasma informe del inconsciente? Ciertamente, el éxtasis no se producía por la absorción de la cola de la célula masculina. Esta, una vez cumplida su misión de desplazar el espermatozoide a través del conducto generativo femenino hasta penetrar la membrana celular del óvulo, moría inadvertida y era absorbida, de modo muy similar a la araña viuda negra que engulle a su compañero después de que éste ha cumplido su única finalidad: la reproducción.

Elaine había concluido hacía tiempo que la reproducción era algo extremadamente aleatorio en que la lógica apenas podía influir; pero de todos modos había hecho una tentativa final. Este intento la había llevado a pasar la tarde de aquel viernes de septiembre en una cabaña a orillas del lago. La cabaña pertenecía a los Hilton, que se la habían prestado a Paul McGill y a su esposa al marchar a Europa. Y al hombre apenas lo conocía, y no tenía ningún deseo de volverlo a ver después de su experiencia.

Había una cosa de la que no debía preocuparse: ser descubierta. Paul jugaba siempre al golf los miércoles por la tarde y paraba en el «Decimonono Agujero» del Club de Campo de Weston para echar un trago después de la ducha. Pocas veces llegaba a casa antes de las seis, y mucho antes de esa hora estaría ella de regreso a Sherwood Ravine, preparando la cena mientras se esfumaba rápidamente y para siempre el recuerdo de lo que había ocurrido aquí esta tarde.

Ella sabía que lo sensato sería vestirse y partir ahora mientras Mike Traynor seguía durmiendo. Podría llamarle desde una estación de servicio en el camino de vuelta a la ciudad y asegurarse de que estaba despierto. Él había dicho que tenía que sustituir a uno de los internos en la sala de emergencia del hospital a las cinco. Sin embargo, algo la detuvo, algo que no estaba completamente dispuesta a admitir en su pensamiento inconsciente, pero que hizo latir su pulso a un ritmo más rápido.

Parándose ante el espejo de la puerta del cuarto de baño, Elaine admiró su propia imagen desnuda, sabiendo que era más atractiva hoy a los treinta y nueve años que quince años antes cuando Paul, recién nombrado auxiliar de la Cátedra de Dermatología de la Facultad de Medicina, se había casado con ella. Su cuerpo se había rellenado en estos años, pues la mujer que se siente amada suele aumentar de peso. Llevaba el cabello castaño recogido en un moño. A Paul le gustaba que lo llevara caído sobre los hombros en sus momentos de intimidad, de modo que le hubiera parecido una muestra de infidelidad para con su marido llevarlo suelto esta tarde.

Pensó que sus pechos estaban en su punto de plenitud, aunque sólo una vez había experimentado la boca exigente de un bebé sobre ellos. Había estado especialmente

desalentada el último año por su incapacidad de concebir y Paul la había enviado a visitar a su hermana que vivía en Filadelfia y que acababa de tener un niño. Una tarde que Sally había salido, Elaine quitó el biberón al nene, dándole su propio pecho.

Aún ahora podía recordar con estremecimiento el contacto de la boquita en su pecho, el roce en su pezón de la lengua del bebé, pero, lógicamente, ella no podía amamantarlo y el bebé había cogido en seguida una llantina de modo que se apresuró a darle otra vez el chupete de goma, quedando el bebé dormido poco después.

Su cintura, reflejada en el espejo, estaba aún hermosamente contorneada y las caderas lo suficientemente amplias para hacer que los hombres se volvieran a mirarla cuando atravesaba un lugar concurrido. Sabía que sus piernas eran magníficas. Había ganado un concurso de piernas bonitas en un centro veraniego al final del tercer curso en la escuela y había sido asediada el resto del verano por colegiales adolescentes cada vez que aparecía en la playa.

Tanto ella como Paul poseían un cuerpo magnífico y una mente despejada. Y él estaba muy bien conservado a los cincuenta, aunque era once años mayor que ella y tenía siete u ocho más que Pete Brennan y los otros que constituían la jerarquía de mando de la Facultad, salvo George Hanscombe, que era el mayor del grupo. De modo que se preguntaba por qué se les habían negado a ella y a Paul los hijos que tan ardientemente deseaban, mientras que Lorrie Dellman, a quien la maternidad la dejaba indiferente, era muy prolífica, hasta el punto que Mort Dellman adoptó una decisión sometiéndola a una operación para impedir nuevas concepciones.

Y no era porque Elaine y Paul no hubieran intentado por todos los medios tener descendencia. Tenía atormentado a su marido las cuatro o cinco noches de cada mes en que su ciclo de evolución cuidadosamente determinado indicaba que podía quedar encinta. Jack Hagen, el ginecólogo de la Clínica de la Facultad, había probado con ella todos los medios y tratamientos conocidos: inyecciones de hormonas, insuflación de los conductos; inyección de aire a través del útero y conductos hasta que el vientre se hincha como un globo; todo lo había soportado sin resultado aparente.

Finalmente había persuadido a Paul de que hiciera examinar su esperma, pero se llevaron otra decepción. Mort Dellman, del laboratorio de la Facultad, dijo que jamás había visto un esperma con más movimiento que el de Paul. Con todo, no parecía capaz de desplazarse el breve trecho de tal vez quince centímetros hasta las trompas uterinas de ella y penetrar en el óvulo que rompía en el folículo cada mes con la misma regularidad de un reloj a juzgar por los datos del termómetro, cuya exactitud había confirmado Jack Hagen.

Al principio pensó que la razón por la que no quedaba encinta podía ser porque Paul tenía una eyaculación tan rápida que casi nunca lograba penetrar en ella sin perder antes el semen. Cuando al fin se armó de valor y le preguntó a Jack Hagen sobre este particular, éste le había asegurado que probablemente esto carecía de importancia. Dijo que se precisaba tan sólo de dos cosas para el embarazo: un óvulo viable, que una mujer sana como ella producía regularmente cada veintiocho días

aproximadamente y la presencia de un espermatozoide capaz de fertilizarlo en la entrada del conducto generativo dentro de las veinticuatro horas o menos de la ovulación mensual. Paul conseguía esto, aunque las más de las veces no mucho más.

Jack Hagen había designado la irregularidad de Paul con la expresión «eyaculación prematura». Había declarado también que muchos hombres, incluso jóvenes, sufrían de esto, principalmente a causa de nerviosismo o de algún defecto en su desarrollo sexual y psicológico. Elaine había acariciado la idea por algún tiempo de sugerir a Paul que fuera a ver a Dave Rogan, que era un amigo íntimo, psiquiatra de profesión, pero la había desechado sabiendo que a Paul no le gustaba hablar de su trastorno.

Con el tiempo, Elaine había aprendido a aceptar el hecho de que Paul era pocas veces capaz de hacerla alcanzar el clímax, pero en su fuero interno existía la persistente impresión de que se le negaba algo. Estaba segura de que Lorrie podría explicárselo. Incluso un indeseable como su marido se merecía otro trato, y algunas veces, cuando había visto a Mort desnudarla con la mirada, con aquella mirada fogosa que tenía en los ojos después de tomar unas copas, Elaine había pensado en insinuarse un poco con él.

Paul se había negado inflexiblemente a toda cuestión de inseminación artificial cuando Jack Hagen lo había propuesto. A decir verdad, era el único motivo por el que Paul y Elaine habían discutido desde que se casaron. Deseaba saber qué se podía ganar inyectando el espermatozoide de otro hombre en su vagina, cuando Mort Dellman había dicho que el suyo era apropiado. Insistió en que el trastorno debía estar relacionado con el equilibrio ácido-base del propio conducto generativo de Elaine, condición que destruía por necesidad el espermatozoide antes de alcanzar el óvulo. Decía además que el procedimiento era inmoral, pues Paul era muy estricto en cuestiones de sexo. Y como ningún médico se atrevería a inseminarla sin el permiso escrito de su marido, se había visto obligada esta tarde a recurrir a un método más antiguo, si bien menos honorable.

Debía surtir efecto, pensó, observando la desgredada cabeza oscura apoyada en la almohada. Mike Traynor era un ejemplar tan perfecto como ella, y había tenido la precaución de escoger un amante, al menos para obtener cierto parecido, que tuviera el color y las características generales de Paul. Planear todo esto y encontrar el donante idóneo (aliviaba un poco sus escrúpulos morales designar a Mike así) le había llevado mucho tiempo. La lógica le decía que hubiera sido más científico usar la computadora, centro nervioso del nuevo sistema de proceso de datos que Mort Dellman había creído oportuno emplear para acelerar los procedimientos de examen en la Clínica de la Facultad. Esto, desde luego, hubiera sido imposible, pero, como matemática, Elaine estaba convencida de que todo se había realizado con lógica.

Después de encontrar a Mike Traynor, se había visto obligada a desempeñar un papel desconocido para ella hasta ahora, el de prostituta. Se recordaba, no obstante, a sí misma que todo se justificaba por la necesidad de tener hijos, aunque no por el

hecho de que ella había descubierto que le agradaba su papel o porque la visión de la oscura cabellera reclinada en la almohada evocaba un impulso irresistible en su cuerpo.

Es definitiva, sin embargo, la experiencia sexual no había sido realmente distinta con Mike Traynor de lo que era con Paul, salvo que fue más prolongada. Temerosa de destruir el equilibrio ácido-base o lo que fuera a que Paul se refirió, se había echado sobre la cama después, tensa e insatisfecha, esperando que el nuevo semen, que acababa de ser depositado en su conducto generativo, alcanzara el óvulo. Mike, por su parte, se había quedado dormido.

La campana de una iglesia cercana dando las cuatro recordó a Elaine que Mike había dicho que tenía clase a las cinco. Era un estudiante adelantado de Medicina que hacía de sustituto como interno durante el verano. La cabaña junto al lago en las laderas de los Smokies, donde muchas personas de la Facultad tenían viviendas de verano, estaba a una media hora de Weston, de modo que decidió despertarle. Yendo al lavabo, se puso una bata para cubrir su cuerpo desnudo y anudó el cinturón. Entonces, con el cigarrillo a medio fumar entre los labios, fue a despertar a Mike.

Este dio la vuelta y se quedó mirándola con los ojos embotados por el sueño. Entonces hizo una mueca y se incorporó hasta coger el cigarrillo de los labios de ella y lo puso entre los suyos.

—¡Vaya! ¡Qué impaciente! —dijo—. ¡Y tú que eras tan tímida antes!

—¡Cómo! ¿Qué pretendes decir?

—¿Pensaste que no me daría cuenta de que no has quedado satisfecha?

—¿A qué te refieres?

—Es como una carrera contra reloj. Cuando empiezo no siempre puedo reducir la marcha, al menos la primera vez. Ahora bien, la segunda...

—Son las cuatro. Dijiste que tenías clase a las cinco. —Ella sabía que su tono no era convincente.

—Puedo llegar a la clase en veinte minutos. ¿Ha de venir alguien aquí, como por ejemplo, tu marido?

—Nadie sabe que estoy aquí. Está jugando al golf.

—Entonces, ¿a qué esperamos? —Con un movimiento tan veloz que la cogió desprevenida se sentó y desabrochó el cinturón que sujetaba la bata a su cintura, echándola por encima de sus hombros. Sorprendida por este hecho, no hizo el menor movimiento cuando la prenda cayó al suelo.

—¡Caramba! ¡Caramba! —Ella no ignoraba que su admiración era auténtica—. ¡Figúrate que todo esto lo desperdicia el viejo dermatógrafo!

—¿Quién? —preguntó algo jadeante. Todo ocurría tan rápidamente, aunque no estaba muy segura de querer que sucediera con más lentitud.

—Es el apodo que dan los estudiantes a tu marido. Él ha concebido esa famosa teoría de que puede determinarse la constitución nerviosa de una persona según la forma de reaccionar la piel al recibir la marca de una uña. Dermatografía significa

escritura sobre la piel, algo así como escribir en una pizarra.

—Recuerdo haberle oído hablar de eso.

—Golpea la espalda del paciente. Si éste tiene una reacción nerviosa rápida, la marca se vuelve roja. Te sorprendería saber cuántas veces localiza dolencias psicosomáticas con sólo escribir en la piel.

—¿Hace lo mismo con las mujeres enfermas?

Mike hizo una mueca.

—Ya es bastante malo poner cuernos a un individuo para que me hagas revelar sus secretos. Tengo mis principios, nena. Ven aquí, preciosa.

La primera vez sólo lo aceptó, apartando su mente y emociones de lo que era para ella solamente un acto mecánico realizado para asegurar la procreación del niño que esperaba concebir. Esta vez él la tomó y la diferencia fue tan grande que antes del momento liberador del orgasmo estaba segura de que se desvanecería. Luego se terminó y sabía con ese instinto primitivo profundo que tienen a veces las mujeres que en esta ocasión el esperma alcanzaría el expectante óvulo.

—Esta vez parece que lo he conseguido. —Mike Traynor exhaló un suspiro, alcanzando el cigarrillo que había dejado en el cenicero junto la cama—. ¡Y qué carrera!

Tan pronto él dejó el lecho y empezó a vestirse, Elaine recogió la sábana para cubrir su cuerpo desnudo. Con este movimiento lo borró de su vida tan indiferentemente como había entrado en ella, reprimiendo firmemente cualquier pensamiento del momento explosivo de placer que acababa de experimentar entre sus brazos. Ahora que iba a dar a Paul un niño, su mente había eliminado incluso el pensamiento de que el semen de otro hombre lo había hecho posible.

—Te veré luego, cariño. —Mike Traynor le hizo una seña de despedida desde la puerta, pero Elaine no se molestó en devolver el saludo. Se echó con las rodillas levantadas, siguiendo las instrucciones de Jack Hagen. Este le había dicho que bastaban cinco minutos, pero decidió hacer una pequeña siesta para asegurarse. Habría mucho tiempo para llegar a casa antes de que Paul terminara la partida de golf y tomara unas copas en el club.

Oyó ponerse en marcha el coche de Mike Traynor, pero no la radio, que se puso a funcionar al girar el botón. Tan sólo las últimas palabras llegaron a oídos de Mike, pero fueron suficientes para que acelerara el automóvil en dirección al hospital.

«Vaya —pensó—, si esto hubiera ocurrido el miércoles pasado, el tipo que han llevado a la sala de emergencia pude haber sido yo».

—Bien. Eso es lo que hay. —El teniente de la policía Eric Vosges observó cómo se desplazaba la ambulancia con su ocupante cubierto con una sábana desde el sinuoso paso de coches a la calle. La flor y nata de la sociedad de Weston acaba en una ambulancia atravesada por una bala, tan muerta como una ramera de Houston Street que engañara a su alcahuete. ¿Qué era a fin de cuentas, una ninfomaniaca?

El sargento Jim O'Brien apartó de la frente su viejo sombrero y sin quitar de su boca la pipa que siempre llevaba cuando estaba despierto.

—Las ninfas andan siempre fuera de casa, a la caza del hombre que puede satisfacerlas. Lorrie Porter, pues ése era su nombre de soltera, era una viciosa. Puedo recordar la primera vez que tuvo dificultades. No tenía más de dieciséis años cuando el hermano de Amy Weston la dejó embarazada...

—¿El decano? —El tono de Vosges se sobresaltó ligeramente. Trasladado aquí para reformar la policía de Weston después del escándalo que provocaron varios estudiantes de la Universidad en uno de los dormitorios de las chicas, había descubierto rápidamente que Weston no se diferenciaba mucho de cualquier otra ciudad universitaria de miles de estudiantes.

—Roy no fue el primero —dijo O'Brien—. Jake Porter, que era el verdadero dueño de las Tejedurías de Weston en aquella época, sabía que Lorrie tenía ya de jovencita estas inclinaciones, pero no hizo nada por corregirlas. Creo que Jake se imaginó que lo llevaba en la sangre. Después de todo, aún va tras las chicas a los setenta y cinco.

—¡Pero si la señora Dellman lo tenía todo!

—Todo salvo aquello de que carecía. —El sargento O'Brien se rascó la cabeza—. No me preguntes lo que era.

—¿Estabas hablando del decano?

—Eso concluyó hace mucho tiempo. Roy quería casarse con Lorrie, pero el viejo no quería dar su consentimiento. Conocía a su hija lo bastante bien entonces para saber que arruinaría el futuro de Roy. El aborto fue realizado por una mujer de Houston Street y todo fue bien, hasta que la chica empezó a tener hemorragias y tuvo que ser llevada al hospital. No fue fácil, pero pudimos ocultarlo. —¿Era prudente hacerlo?

—Lo era si uno quería seguir siendo policía aquí en aquella época, y probablemente aún lo sea. La ciudad pertenecía entonces a los Weston y a Jack Porter. Seguías su juego o te eliminaban.

—¿Crees que harán como en el pasado y echarán tierra sobre el asunto? —Vosges señaló a Mort Dellman, que era conducido hasta el asiento trasero de un coche de la policía.

—Probablemente. Lo que no puedo imaginar son las razones que tuvo para hacerlo. No es ningún secreto que Dellman se casó con Loretta Porter por su dinero.

Él no es médico como los otros que fundaron la Clínica de la Facultad; creo que es químico o algo por el estilo. Sin embargo, es un buen administrador y dirige el establecimiento como una máquina. Nadie por aquí le aprecia demasiado y no hubiera sido admitido en el Club de Campo si no hubiera estado casado con la hija del hombre que lo construyó.

—Ha sabido velar por sus intereses hasta ahora. —Vosges echó un vistazo a la casa evidentemente lujosa con una gran piscina en forma de riñón construida en la parte de atrás junto a los pinos.

—El casamiento con Lorrie le ayudó —asintió el sargento O'Brien—. Pero desde que organizó ese negocio productivo de la Clínica, Dellman tenía una gran participación en esa mina de oro.

—¿Hay buenos médicos allí?

—Sólo en la Clínica Mayo los tienen mejores.

Vosges movió la cabeza.

—¡Y lo echó todo a perder con un disparo!

—Esto es lo que me sorprende. ¿Por qué había de hacerlo?

—La ley no escrita está muy arraigada en muchas partes del país.

El policía de cabellos grises sacudió la cabeza.

—No vas a decirme que en los doce años aproximadamente que estuvo casado con Loretta Porter, no sabía Dellman que prácticamente todos los tipos ardientes de la ciudad se habían acostado con su mujer en una u otra ocasión. Debe haber tenido muchas oportunidades de disparar contra algunos de nuestros más destacados ciudadanos si hubiera querido. Y siendo así, ¿por qué eligió a éste en especial?

—¡Quién sabe! —El teniente de policía se encogió de hombros—. Me parece que el tipo a quien disparó no vivirá mucho tiempo. Tenía mal aspecto cuando se lo llevó la ambulancia.

—Hace unos diez años una bala en el pecho hubiera sido mortal, pero tienen muy buenos médicos en el hospital de la Universidad hoy en día, especialmente ese refugiado, Dieter. Remendó un agujero en el corazón de mi sobrino hace un año, recién llegado aquí. El niño estaba inválido desde que era un bebé y ahora forma parte del equipo de natación de la Universidad. —O'Brien vació la pipa y empezó a llenarla de nuevo—. Sigo pensando que hay algo raro en todo esto.

—Tal vez fue a ella a quien intentó matar.

—Tampoco eso parece probable. El viejo Jake Porter es el hombre más rico de este lugar y Lorrie hubiera heredado una buena porción de su fortuna. No comprendo que alguien tan hábil como Dellman pudiera renunciar deliberadamente a eso. Además, también ha hecho de las suyas en la ciudad. Por tanto, ¿qué derecho tiene a sentirse tan virtuoso?

—¿Cuál es la respuesta entonces?

—Eso es lo que me deja perplejo. Comprendía que le hubiera dado una paliza, si era alguien a quien no apreciaba, pero conoce al pobre diablo desde hace años.

Estuvieron juntos en la guerra de Corea, llegaron aquí cuando se inauguró la Clínica de la Facultad y trabajaron juntos día tras día. Te digo, Eric, que hay algo que no encaja en todo este asunto.

—No te esfuerces. —Eric Vosges le aconsejó—. Si esta ciudad es como las otras, todo se esclarecerá algún día.

Capítulo III

Eran las cuatro y cuarto cuando Della Rogan y Grace Hanscombe aparcaron el *jeep* que habían estado utilizando en el espacio reservado a los vehículos junto a la caseta del caddie.

—Dieciocho agujeros es demasiado a mi edad, Della —dijo Grace lamentándose al salir del vehículo. Llevaba un pantalón Bermuda de color beige, una blusa amarilla y una cinta también de este color para sostener sus rubios cabellos apartados del rostro mientras jugaba. A los cuarenta y ocho años, Grace se conservaba bien, con este aspecto exterior saludable que muchas inglesas conservan al parecer toda la vida.

—Me alegro de no ser una campeona —añadió—. El trabajo para mantenerme en forma me mataría.

—Extraoficialmente eres una campeona —dijo Della mientras recogía sus palos del *jeep*.

—Hoy ha sido cuestión de suerte. Ignoro lo que te distrajo de tu juego, Della, pero ha sido algo insólito para mí vencerte. No eres la misma desde que regresaste de aquel torneo en Augus...

—Olvidalo, Grace. —La voz de Della era cortante.

—¡Oye! Sólo estaba... —Más lastimada que ofendida, Grace se detuvo mientras Della se echaba los palos a la espalda y se ponía en camino hacia el campo de juego. Entonces, elevando la voz, exclamó—: Si decides hacer las paces, para junto a mi casa por la mañana para tomar una taza de café. Me he sentido tan horriblemente desgraciada estos últimos días que será un alivio incluso hablar con una gruñona.

Al no obtener respuesta de Della, Grace se volvió hacia la caseta, dejando los palos para que uno de los muchachos los llevara a la taquilla, de donde serían retirados por la doncella. Era una de las prerrogativas de ser la esposa de un directivo del club y además presidente de la comisión más importante de mujeres después de la de golf, que presidía Della Rogan.

Mientras se dirigía al bar a tomar un trago, pensó que ser la esposa del primer especialista de medicina interna de la ciudad tenía ciertas ventajas y también desventajas y que además había una gran diferencia de lo primero a ser una camarera.

Caminando por el parque hacia el campo de juego, Della Rogan se sorprendió del peso de los palos. Era la primera vez desde hacía muchas semanas que recordaba haberlos llevado ella misma. Siempre lo hacían los muchachos y un *jeep* la transportaba de uno a otro césped de forma que pudiera conservar toda su energía para los golpes realmente importantes.

Cruzando el terreno de lanzamiento junto a la piscina, donde un grupo de jóvenes profería alegres gritos bajo el sol del atardecer, se acercó al campo de juego y, colocando su bolsa en la percha, tomó uno de sus mazos favoritos.

—Leroy —llamó—. Tráeme un cubo de pelotas, por favor. Un hombre de cabellos grises se asomó por la caseta del caddie contigua.

—Sí, señora Rogan —dijo y desapareció momentáneamente, reapareciendo por otra puerta con un cubo de pelotas de golf—. ¿Quiere que se las coloque?

—No, gracias, sólo quiero practicar un poco el tiro. Della cogió un soporte de madera de uno de los bolsillos laterales de su bolsa de golf de cuero repujado minuciosamente trabajada y de elevado precio. Dave se la había dado como regalo de aniversario antes de partir para Augusta para tomar parte en el torneo femenino del sudeste. Al recordar la competición y lo que sucedió después, dejó el soporte en el suelo con dedos repentinamente temblorosos, colocó encima la pelota y tomó posición aferrando fuertemente el mazo con sus manos bronceadas.

Impulsó la pelota con fuerza, viéndola remontarse a lo lejos directa como una flecha antes de caer al suelo. Se preguntó si el regalo de la bolsa por parte de Dave obedecía a un remordimiento de conciencia. Era muy cara, pero al mencionar ella que la había visto en una tienda cercana fue suficiente para que él dedujera que le gustaría tenerla.

La segunda bola tuvo un buen comienzo, luego empezó a desviarse visiblemente, dando en el suelo bastante a la izquierda de la primera.

Había estado ausente este año muchas veces por actuar en competiciones. Dave no la había acompañado, desde luego. Un psiquiatra no podía abandonar a sus pacientes y hacer las maletas cada vez que su esposa jugaba al golf. Habían tenido una desagradable discusión por no poder asistir él al torneo de Augusta, pero había insistido en que, teniendo varios pacientes en un momento crucial de curación y debiendo prestar testimonio en un tribunal, no podía acompañarla. Además, ella sabía que no le importaba quedarse en casa y que tenía cariño a los niños, ambos ahora en el campamento como la mayoría de los estudiantes de la Facultad. Además, Mattie, la sirvienta, podía cuidar de ellos mientras Della estuviera ausente.

No muchas esposas de los médicos de la Facultad tenían una criada, pero debiendo Della desplazarse para jugar al golf, parecía lo más conveniente. Ahora que lo recordaba, el propio Dave se lo había sugerido. Entonces le pareció únicamente un acto de consideración por su parte, pero tal vez habían existido otras razones por las

que había accedido a sus frecuentes desplazamientos, alguna causa que ella tal vez ignorara hasta que fuese demasiado tarde. Esto les había sucedido a otras e incluso a alguna amiga suya.

Colocando de nuevo la bola, Della la golpeó casi con rencor, pero ésta se desvió aún más que las otras. Entonces dejó el mazo rápidamente porque sus manos temblaban tanto que temía se le cayera. Inconscientemente, la causa de su súbita duda fue el reconocimiento de su propia culpa, pero impidió que este pensamiento se hiciera consciente, sabiendo que esto podría hacer estallar en pedazos su pequeño y cómodo mundo de la vida del club, los torneos de golf y la hilera de trofeos sobre la chimenea. Era más fácil sospechar de Dave y transmitirle la culpa, pero existía la dificultad de que su amor hacia él y el conocimiento del amor de Dave por ella hacían prácticamente imposible su propia persuasión.

En un arrebato de ira pensó que si Dave no tuviera tantos miramientos con ella, tal vez no hubiera ocurrido nada en Augusta. El nunca se opuso a que participara en torneos, aun cuando significara dejarle a él y a los niños durante varios días.

Últimamente no la había requerido sexualmente, lo que le había parecido bien entonces, ya que después de los dieciocho agujeros más una hora aproximada de tiros de tanteo, estaba normalmente muy cansada para eso. Ahora caía en la cuenta de que no habían hecho uso del matrimonio en seis semanas. Con el torneo de Augusta y con la preparación ahora para el torneo del club de Weston, había pasado la mitad de las noches fuera de casa y estaba agotada la otra mitad, lo que no parecía importar a Dave o tal vez sí, se preguntaba mientras se inclinaba para darle a la pelota.

Miró sin ver nada al lugar donde la pelota debía haber caído.

¿Había recordado quizá lo que había ocurrido en Augusta después de que ella ganara el campeonato?

—¿Se encuentra bien, señora Rogan? —La pregunta en voz baja de Leroy la sobresaltó.

—Claro que estoy bien. No seas impertinente. Estaba faltando a la regla del club que condenaba la represión de palabra a los empleados, pues cada año era más difícil encontrar caddies y servidores. Dave era vicepresidente del club y jefe de personal y ella le había oído decir con frecuencia que era difícil encontrar empleados al cambiar el Gobierno las leyes respecto a horas y salarios en cada sesión del Congreso.

—¿Por qué lo preguntaste, Leroy? —Se esforzó en adoptar un tono conciliatorio.

—Apenas tocó la pelota, señora Rogan. No la he visto jugar así en diez años.

Della miró por el campo, y al no ver dónde había ido a parar la pelota, bajó la vista lentamente. Le pareció una eternidad el tiempo transcurrido hasta hallar el pequeño objeto blanco a unos doce pies de donde ella estaba.

—Lleva mis palos a la taquilla, Leroy —dijo sofocada—. Necesito un trago.

Alice Weston nunca veía la televisión por las tardes después de finalizar el serial. Para entonces estaba ya tan agotada emocionalmente que tenía que echarse un rato antes de tomar el baño y vestirse para la cena. No habiendo conocido nunca la verdadera desdicha, Alice descubrió que las tribulaciones de la gente triste que habitaba el mundo imaginario de los seriales de la tarde era casi más de lo que podía resistir. Jamás escuchaba las noticias. La miseria de la vida real la dejaba siempre deprimida durante horas. Soportaba, no obstante, los seriales con valentía, movida por un sentimiento del deber. Después de todo, no le parecía justo que una persona tuviera todo y no sufriera un poco por el mundo trastornado, aunque sólo fuera a través de la pequeña pantalla.

Sin embargo, media hora en la cama por la tarde con las cortinas corridas era como un sedante que borraba los sinsabores del mundo de los folletines y que dejaba a Alice a punto para el baño y preparada para el ritual martini de antes de la cena que siempre tomaban ella y Roy, cuando él estaba en casa. Vanessa, la cocinera, preparaba la cena, se cuidaba de la limpieza y de la compra de comestibles, de forma que Alice tenía pocas responsabilidades por lo que se refería al gobierno de la casa. Pero a Roy le gustaba que le preparara el martini, con el vermouth aromatizando ligeramente la ginebra y la oliva un poco machacada para que una pizca de aceite amargo de su piel se mezclara con la bebida.

Llevaban casados casi veinte años, desde que ella tenía dieciocho. No obstante, Alice jamás había confesado a Roy que rebajaba con agua la bebida destinada a ella cuando la preparaba. El estímulo del alcohol, cuando se permitía tomar más cantidad, lo que no sucedía casi nunca, le daba un poco de inseguridad. Sabía que la gente hacía cosas horribles cuando abusaban de la bebida. Cosas así ocurrían en los seriales y tenía miedo de que el licor pudiera influir en su pequeño y virtuoso mundo.

Entonces recordó que Roy había dicho que no estaría en casa para la cena, ya que una especie de conferencia preparatoria le retendría. Pensó que tal vez llamaría a Corinne Merchant para que viniera a pasar un rato con ella y la idea le hizo feliz, disipando la tristeza que aún le quedaba de los seriales de la televisión de la tarde.

Alice se había quitado el vestido y estaba estirada sobre la cama en la semipenumbra, con el acondicionador de aire ronroneando dulcemente, ya que en Weston las montañas estaban a cincuenta millas de distancia y hacía bastante calor a principios de septiembre, cuando sonó el teléfono al lado de la cama. Adormecida, lo levantó del soporte. Como el resto de la habitación, el teléfono era de color rosa y blanco.

—¿Alice? —Reconoció la voz estridente y algo quejumbrosa de Jake Porter.

—¿Qué sucede, tío Jacob? —El rudo anciano había acogido a Alice y a su madre viuda tras el fallecimiento de su padre y la crió como a su propia hija, de modo que ella sentía por él lo que sentiría por uno de los patriarcas bíblicos. Por esta razón no

se había acostumbrado a llamarle tío Jake, como Roy, aunque todo el mundo sabía que Jake Porter no se asemejaba en absoluto a ningún personaje bíblico, salvo quizás al Rey David en los días de Betsabé.

—¿Dónde está Roy? —preguntó el anciano.

—No lo sé. En su despacho, supongo.

—He llamado allí. Ignoran dónde se encuentra.

—Dijo que llegaría tarde a casa. ¿Quieres que te llame cuando llegue, tío Jacob?

—No puedo esperar tanto; lo necesito ahora. Roy tiene que intervenir antes de que esta ciudad se ponga en erupción como un volcán.

—Espero que no haya desórdenes raciales en Weston. Uno de los personajes de «Filo del día» era un beatnik que estaba siempre vanagloriándose de haber participado en el desfile hacia Selam. Tan sólo el verlo en la pantalla de televisión trastornaba tanto a Alice que casi tenía que renunciar a ver el final de la serie tan pronto como aparecía.

—¡Cómo! —dijo Jake Porter—. ¿No sabes lo que ha sucedido?

—¿Qué debo saber, tío Jacob?

—Las noticias. Lo han retransmitido por televisión.

—No me gusta ver las noticias. Me trastornan.

—Han disparado contra Lorrie. La ha matado ese bastardo de su marido. Un hombre que estaba con ella recibió también disparos.

Como la habitación empezó a girar lentamente, Alice se agarró al auricular, la única cosa sólida que estaba a su alcance. Sabía que iba a desmayarse. Su madre decía que su sistema nervioso era excesivamente delicado para soportar *shocks* y la había protegido cuidadosamente contra ellos.

—No te desmayes, Alice. —El gruñido del anciano en el auricular era como una ducha fría que la reanimaba un poco—. Debo encontrar a Roy.

—¿Quién...? —De una reserva recóndita de valor a la que nunca hasta ahora había recurrido, Alice sacó fuerzas para preguntar—: ¿Quién era el hombre que estaba con Lorrie?

—No dieron su nombre por la radio. Creo que dicen que era un médico, pero estaba tan excitado cuando lo oí que no puedo asegurarlo. Llamé al hospital, pero no quisieron decirme nada.

—¿Por qué al hospital?

—¡Vaya, Alice! ¿No has oído lo que he dicho? Mort Dellman sorprendió a un hombre en la cama con Lorrie esta tarde y disparó contra ambos. Lorrie ha muerto y el hombre está gravemente herido. Este puede ser Roy.

El teléfono se soltó de los dedos de Alice cuando la acostumbrada contracción dolorosa en el lado izquierdo del ombligo la hizo replegarse con repentino sufrimiento.

—¡Alice! —La voz del anciano se oyó por teléfono—. ¡Alice! ¿Estás ahí?

Sujetando el abdomen con la mano izquierda, logró coger el teléfono de nuevo.

—¡Tengo que irme, tío Jacob!

—¿Irte?

—Al lavabo. Tengo colitis.

Los calambres fulminantes aparecieron de nuevo y soltó el teléfono. Dando vueltas sobre el costado, se deslizó del lecho y empezó a arrastrarse hacia el cuarto de baño sobre las manos y las rodillas gimiendo dolorosamente a cada movimiento que le producía el terrible dolor de los calambres.

—¡Alice! ¿No tienes algo mejor que hacer en estas circunstancias que...? —El grito de dolor de ella apagó la frase mordaz, pero desde la puerta del baño oyó, como un sonido lejano, la última observación del anciano por el teléfono que colgaba de la mesita de noche—. Si tu inteligencia fuera tan diligente como tus tripas, Alice, serías la mujer más sabia del mundo.

Maggie McCloskey estaba sentada en el pequeño bar al otro lado del salón de las damas, cuando Della Rogan entró y pidió una tónica con ginebra. Los hombres todavía gozaban de derecho preferente en el «Decimonono Agujero», pero el club había convertido lo que fue en un tiempo almacén trasero del bar principal en una pequeña e íntima sala, donde las mujeres podían tomar bebidas en «shorts» tras el juego.

Maggie había tomado tres o cuatro copas, a juzgar por el aspecto algo vidrioso de sus ojos, pero Della no quiso decirle nada hasta haber vaciado la primera copa y pedido otra. No quería que la recordaran que, entre todos los miembros de la «Sociedad Anatómica», Maggie era la única que había llegado al extremo de pedir el divorcio.

Con el nombre de soltera de Margaret Smith, Maggie había sido secretaria del departamento psiquiátrico de la Facultad antes de contraer matrimonio con Joe McCloskey y de que Della se casara con un radiólogo. Ambas procedían de la misma ciudad al este de Tennessee, pero Della había perdido la pista de Maggie hasta que se encontraron nuevamente en el nuevo hospital y Facultad de Medicina de la Universidad de Weston unos quince años antes.

En Tennessee, Maggie había crecido en un ambiente distinto del de Della, y aunque Della jamás se lo recordó ni siquiera lo pensó, Maggie parecía resuelta a menospreciarse, aun después del matrimonio con Joe McCloskey. En realidad, como Della sabía muy bien, Maggie no tenía motivo alguno para sentirse inferior a nadie. Había sido una secretaria extremadamente eficiente de Dave Rogan y había intervenido en la unión de Della y Dave, cuando se dieron una vez doble cita con Maggie y Joe.

Nadie sabía exactamente el motivo del conflicto entre Joe y Maggie. Joe era un hombre bajo y prematuramente calvo, con exquisitos modales y un grado de amabilidad y tolerancia poco común en un urólogo, cuyo trabajo le ponía en contacto con algunos de los peores aspectos del comportamiento humano. Della había sospechado que el principal motivo de disensión provenía del complejo de inferioridad de Maggie, lo que tampoco tenía razón de ser, pues Maggie era muy bonita cuando ella y Joe contrajeron matrimonio y era todavía una mujer atractiva, aunque las señales de su vida licenciosa habían empezado a desfigurar su belleza, en especial desde el divorcio, tras el que había empezado a beber más que antes.

Por la razón que fuere, el licor sólo contribuía a incrementar las recaídas cada vez más frecuentes en las costumbres y lenguaje propios de la educación recibida en la infancia. Della pensaba a veces que se castigaba deliberadamente haciendo que la gente se ofendiera con ella por su forma de comportarse. Siendo bondadosa y apreciando de verdad tanto a Maggie como a Joe, sintió lástima por Maggie y trató de ayudarla, frecuentemente a expensas de sus propios sentimientos, cuando Maggie

soltaba a ciegas frases hirientes, acometiendo contra todo lo que se le ponía por delante.

Físicamente, apenas podían existir dos mujeres más distintas que Maggie McCloskey y Della Rogan. Si Maggie era más bien gruesa casi con un punto de obesidad, Della era flaca. Si Maggie era morena, Della tenía el pelo rojizo arenoso que había ido perdiendo color paulatinamente por el sol de los campos de golf, donde pasaba por lo menos la mitad de su tiempo, convirtiéndose en un rubio amarillento. Mientras que Maggie era muy emotiva, Della podía controlarse perfectamente para que Dave, que en su calidad de psiquiatra trataba todo el día con personas afectadas de desequilibrio emocional, no se encontrara por la noche con el mismo ambiente.

Mas Della estaba sinceramente apenada por Joe McCloskey, el amable, siempre atento y poco atractivo Joe. Sabía que él había intentado desesperadamente evitar el divorcio, pero Maggie parecía sentir placer atormentándose y torturando a Joe hasta que al fin no se había hallado otra solución. Desde entonces Della y Dave habían procurado invitar a Joe varias veces a cenar para animarle, pero al estar ella tanto tiempo fuera en torneos de golf no había surtido efecto.

Además, estaba segura de que Maggie había oído hablar de las invitaciones y por esta razón había acentuado su desarreglada conducta.

—¿Has oído lo de Lorrie? —Maggie empezaba a tartajear un poco.

—¿Quién es esta vez?

—No lo sé, a menos que sea el redomado sinvergüenza que me figuro.

—Deja de decir sandeces, Maggie. —Cansada y sin haber asimilado todavía el alcohol, el tono de Della era cortante—. ¿Qué le pasa a Lorrie?

—¡Está kaput!

—¿Quieres decir que ha muerto?

—Eso quiero decir.

Sobresaltada, Della no pudo engullir la bebida y Maggie le dio jovialmente un golpe en los omoplatos que hizo crujir sus dientes.

—No tragues el *whisky*, Della. Te durará más si lo bebes poco a poco. Créeme —añadió amargamente—, cuando una tiene que vivir de la maldita pensión que Joe McCloskey me da como limosna, no se puede extralimitar con las bebidas.

—¿Qué decías de Lorrie?

—Mort disparó contra ella hace unos minutos, según dice la radio y la televisión. El comentarista informó que le atravesó el corazón, aunque, créeme, hubiera sido más justo que hubiera apuntado más bajo.

Della Rogan sintió que un escalofrío se insinuaba en la región cardíaca.

—¿Estaba...?

—¿Sola? Pensé que harías esa pregunta. —Maggie sacaba todo el partido posible del espanto de su amiga—. ¿Lo estaba alguna vez?

—¡Por lo que más quieras, Maggie! ¿Qué sabes?

—La radio dijo que un «médico destacado» estaba con Lorrie cuando Mort la

agujereó. Quienquiera que fuese recibió también los disparos. Es lo que los abogados llaman flagrante delicto.

—¿Quién era?

Un sudor helado se asomaba a la frente de Della, aunque hacía unos minutos estaba acalorada y sedienta. Naturalmente no podía ser Dave, o tal vez sí.

—Eso es lo que nadie ha logrado averiguar todavía. Pero puedes estar segura de que muchas de las esposas de los facultativos se han estado telefoneando frenéticamente desde que sucedió, preguntándose si el hombre en cuestión es su marido.

—¿Cómo puedo saber que no estás inventando todo esto? —Della vació su vaso y lo empujó por la barra hacia el camarero para que volviera a llenarlo.

—¿Te he metido el miedo en el cuerpo? ¿No es eso? —añadió Maggie.

—¡Cállate, Maggie! El barman nos está oyendo.

—Manuel ya sabe de qué se trata. Conoce muy bien el paño...

—Entonces, ¿es verdad?

—Pregúntaselo a Manuel, si no me crees —dijo Maggie indignada—. Él también lo oyó.

Della miró al barman y el escalofrío se intensificó cuando él asintió.

—Todo lo que sé es lo que dicen por la radio, señora Rogan —dijo—. Conecto este pequeño transistor cuando estoy solo.

—Hágalo ahora.

La voz de Della era áspera.

—Al encargado no le gusta...

—Ponlo de una vez, Manuel —dijo Maggie McCloskey—. La víctima podría pertenecer perfectamente al Consejo de Administración.

—Si las señoras lo desean. —Manuel hizo funcionar el transistor en el momento en que Grace Hanscombe aparecía por la puerta del pequeño bar.

—Están ofreciendo los sangrientos detalles en color en el televisor del «Decimonono Agujero» —dijo, y todos se precipitaron desde el pequeño bar al otro mayor, donde un grupo de hombres y mujeres estaban reunidos en torno al televisor.

—Ahí está Mor. —Arthur Painter era un abogado especializado en inmuebles. Señaló hacia la pantalla en la que un hombre rechoncho en mangas de camisa era conducido por un teniente de la policía al coche que estaba aguardando—. Me pregunto si firmó la nueva póliza de Lorrie con antelación suficiente para que la compañía tenga que pagarle.

—Yo redacté la póliza y jamás pagaremos.

—A los treinta años Earl Bieson era un agente de seguros de vida y socio de su propia compañía, el Million Dollar Club, aparte de sufrir de presión alta e insuficiencia renal.

—¿Es que no pensáis en otra cosa que en testamentos y seguros? —dijo Della.

—¡Hola, Della! —dijo Arthur Painter—. ¿Dónde está Dave?

Un largo silencio siguió a la pregunta hasta que Maggie habló:

—Muchas esposas se preguntan dónde se encuentran sus maridos ahora, Arthur. Me alegro de no tener...

—Cállate, Maggie. —Della se esforzaba por ver lo que sucedía en la pantalla de televisión—. No olvides lo que ocurriría con tu preciosa pensión si la víctima fuese Joe.

—¡No me haría eso a mí ese bastardo! —Maggie palideció y engulló de un trago el resto del contenido de la copa que llevaba en la mano—. ¿Qué opinas tú, Arthur?

—¿De qué estás hablando, Maggie? —El abogado desvió de mala gana su atención de la pantalla.

—Tú redactaste las cláusulas de divorcio y cobraste tus buenos honorarios. Si Mort Dellman hubiera matado a Joe, ¿pierdo mi pensión?

—Sí. —Al oír estas palabras Maggie creyó ponerse enferma—. Sin embargo, el seguro de Joe incluye un fideicomiso a tu favor.

—Entonces recibo doble indemnización por el accidente, ¿no? —Maggie recobró el color al dirigirse al agente de seguros—. Tú hiciste la póliza, Earl. ¿Obtengo o no el doble?

—Si Joe es el que está herido y muere, sus herederos percibirán doble indemnización. —Sólo el pensamiento parecía apenar a Bieson—. No han dicho aún el nombre del individuo, pero lo último que oí es que estaba vivo y que lo llevaban al hospital de la Universidad.

—Pudo ser Joe, Maggie. Asediaba a Lorrie como todos vosotros y otros que no están aquí.

Una escena familiar a todos ellos aparecía ahora en la pantalla: una casa entre los árboles con un paseo sinuoso al frente. En Sherwood Ravine, muchas casas tenían casi media hectárea de superficie y estaban situadas a un mínimo de treinta metros de la calle, y algunas de ellas incluso a cincuenta metros.

«No permitas que los plebeyos vean lo que pasa entre la nobleza», había sido el lema del viejo Bob Bieson, padre de Earl, cuando construyó esta urbanización. Destinada en principio

a facilitar viviendas espaciosas a la clase alta, esta zona se había poblado ahora de médicos, dentistas y abogados: la nueva y rica aristocracia de las profesiones liberales que la postguerra había hecho surgir rápidamente.

En la pantalla de televisión los ayudantes de la ambulancia hacían rodar una camilla donde yacía una forma inmóvil cubierta con una sábana.

—Esa debe ser Lorrie —dijo Della, mientras subían la camilla a la ambulancia.

—Está muerta sin duda —dijo Maggie— o de lo contrario ya habría conseguido deshacerse de esa sábana.

—Estás ebria, Maggie —dijo Grace Hanscombe—. Ven, te llevaré a casa.

—No. Yo me quedo aquí hasta que digan el nombre del distinguido médico que estaba con Lorrie cuando Mort le disparó.

—Te acompaño, Grace —dijo Della Rogan—. Pronto llegará Dave a casa.

Calló súbitamente dándose cuenta de que la inquietud de los ojos de la inglesa se reflejaban en los suyos.

—Tomemos otra copa —continuó Della—. Las dos sabemos el miedo que tenemos de volver a casa.

—Una cosa es segura —la voz de Grace denotó su procedencia cockney, acento que normalmente lograba disimular—, ésta será la primera noche desde hace mucho tiempo que los maridos y esposas de Sherwood Ravine duerman en sus propios lechos.

Capítulo IV

Marisa Feldman pasaba por la sala de emergencia procedente de los apartamentos de la Facultad del otro lado de la calle con la intención de cenar en el comedor del hospital, cuando una ambulancia, haciendo aún sonar la sirena, paró en la rampa exterior. Al bajar rodando una camilla, dio una rápida ojeada al hombre que yacía sobre ella, observando la aparente falta de respiración, la palidez del *shock* o de la muerte.

—¿De qué se trata? —preguntó, pues algo en la apariencia de la víctima había dado la señal de alarma en su cerebro.

—Está muerto, doctora —dijo el ayudante de la ambulancia, observando el largo uniforme blanco que llevaba, ya que pensaba realizar recorridos de vigilancia después de la cena.

—¿Por qué no lo llevasteis a la morgue del hospital?

—Aún no se ha certificado su muerte, doctora. —Muy pocas veces disponían los hospitales de suficientes especialistas de medicina interna para acompañar las ambulancias desde el impacto del Medicare. Sabía, pues, que los conocimientos médicos del conductor de la ambulancia estarían limitados a un breve cursillo de primeros auxilios exigido por la Ley en muchos Estados.

—Cuando lo llevamos a la ambulancia estaba todo lo vivo que se puede estar con una bala en medio del pecho —profirió el segundo ayudante—, pero ya no tiene pulso.

—Una herida de bala. —La mente de Marisa Feldman se puso en acción como una computadora—. ¡Ponedlo en aquel cuarto! ¡Rápido!

Mientras hablaba se había acercado al teléfono. Marcando el número de la centralita del hospital dijo en tono autoritario:

—Aquí la doctora Feldman, dé señal de alarma: «Atención. Caso cardíaco. Sala de emergencia».

Cuando regresó a la habitación, un practicante estaba ya ayudando a los servidores de la ambulancia a levantar al hombre herido para colocarlo sobre una mesa de reconocimiento y por los altavoces oyó la voz de la telefonista, fuerte y nítida: «Caso cardíaco». «Todo el personal a sus puestos». «Caso cardíaco. Sala de emergencia».

Era el segundo día que pasaba en el hospital, de modo que Marisa Feldman conocía muy poca gente de la Facultad, pero había aprendido el procedimiento para los casos cardíacos graves, como cese del latido del corazón, en una breve conferencia que el doctor Hanchmann, jefe de los servicios médicos, había dado ayer, y estaba completamente de acuerdo con las prácticas utilizadas aquí para tratar tales emergencias.

Las palabras: «Caso cardíaco», harían venir a la sala de emergencia a un equipo entrenado en la reanimación y pondrían en alerta al equipo especial de asistencia

intensiva para que se prepararan a recibir a un nuevo paciente, reclamando por otra parte a los doctores más expertos del hospital en todas las disciplinas que podían concurrir en una emergencia cardíaca. No obstante, Marisa no perdió tiempo esperándolos sino que asumió inmediatamente el mando.

—¿Utilizaron ustedes la cámara de oxígeno? —preguntó a uno de los hombres de la ambulancia.

—No hubo tiempo, doctora.

Estas palabras le indicaron que sólo había transcurrido un pequeño período de tiempo desde el cese de la respiración, de modo que existían grandes posibilidades de que no se hubiera producido todavía una lesión grave en el cerebro. Por consiguiente, el problema inmediato era doble: en primer lugar, hacer funcionar el corazón y que el paciente recobrara la respiración, incrementando el nivel de oxígeno en la sangre lo más rápidamente posible para reparar cualquier lesión temporal que pudiera haberse ocasionado a las células del cerebro en su breve ausencia.

—Localicen una cámara de oxígeno y pongan en marcha el dispositivo de reanimación —dijo al médico de guardia que, sudoroso y acalorado, había acudido a su lado al requerimiento estridente del altavoz. Marisa Feldman descolgó de la pared un estetoscopio obstétrico. El cinturón de éste iba unido a una venda de cabeza y con las puntas de los tubos flexibles de caucho prendidos en sus oídos, pudo inclinarse y escuchar el corazón teniendo las manos libres para la reanimación a pecho cerrado.

El primer paso en este nuevo y dramático método de poner en marcha nuevamente los corazones parados, que había disminuido tan notablemente la necesidad de esa especie de cirugía aparatosa que implicaba la abertura del pecho y el masaje directo del corazón, era asegurarse de que se había producido realmente el cese de los latidos del corazón. Esta precaución era necesaria para que el organismo no sufriera daños a consecuencia del tratamiento algo duro al que estaba sometido durante la gran presión ejercida directamente sobre el pecho en la maniobra de comprimir el corazón entre la espina dorsal y el esternón, lo mismo que lo estrujaría entre sus manos un cirujano que operara directamente para estimular el órgano parado y restablecer los latidos.

Al tirar de la sábana, Marisa vio la herida que cubría el pecho del hombre.

La incisión, pequeña, pero visible, se hallaba en la región cardíaca y un poco hacia la derecha. Su experta observación crítica captó también la distensión de las venas del cuello y la veteada cianosis en la parte superior del pecho, cuello y rostro que completaba el esquema clínico aparente.

A su lado oyó la voz aguda del interno exclamando con sorpresa y horror:

—¡Pero si es el doctor...!

Pero el nombre que pronunció no llegó a sus oídos, pues ella se inclinó para apretar el estetoscopio contra el pecho del herido, cerrados a todo sonido a excepción del que procedía de la columna de aire atrapada entre el cinturón de metal del estetoscopio, los tubos que lo conectaban a las extremidades de plástico en sus oídos

y a sus propios canales auditivos aislados por los tímpanos. Tampoco el nombre le hubiera dicho nada, pues éste era su segundo día de estancia en la Facultad.

En el estetoscopio, la columna de aire era como un gran mecanismo amplificador que aumentaba cualquier sonido dentro del pecho. Al principio Marisa no oyó nada: el signo de la muerte. Entonces, una vez sus tímpanos se hubieron amoldado al ligero cambio de la presión de aire, al sujetar el cinturón metálico fuertemente contra la pálida piel de las paredes torácicas de la víctima, percibió un leve y vago murmullo, parecido al agua que se oye correr a gran distancia por una zona rocosa.

El murmullo carecía de ritmo o cadencia, pero el mero hecho de ser perceptible suministraba el último informe que precisaba el sistema maravillosamente complejo de memorias, impresiones y observaciones que hacían del cerebro humano una máquina mucho más complicada y eficiente que cualquier sistema computador de datos inventado por el hombre.

A medida que los murmullos producían un movimiento sutilmente resonante en cada uno de los tímpanos, el primero de los tres huesos del oído medio, el martillo, colocado junto al tímpano, empezó también a vibrar débilmente. Este movimiento se transmitía por fuerza mecánica a través de los diminutos huesos anexos: el yunque y el estribo, a una pequeña abertura conocida con la denominación de «ventana oval», que separa el oído medio del interno. Trepidando esta vibración contra la membrana protectora de la ventana oval, el estribo había producido una apagada estridencia mecánica en el fluido que llenaba los canales semicirculares del oído interno. En rápida secuencia, las vibraciones ondulantes del sonido que chocaba contra el tímpano desde el exterior del cuerpo se habían convertido en movimiento mecánico en el oído medio, luego otra vez en ondas fluidas en los canales semicirculares del oído interno. Desplazándose a través de estos canales, los diminutos impulsos de movimiento ondulante excitaban las delicadas terminaciones nerviosas del órgano de Corti, terminales sensorias del nervio auditivo —oído—, semejantemente a la piel de las puntas de los dedos que forma los órganos de sensación del tacto, temperatura y dolor.

En el órgano de Corti, la energía mecánica de la onda fluida se transformaba una vez más de un modo maravilloso e intrincado, que todavía los hombres no aciertan a comprender del todo, en impulsos eléctricos infinitamente pequeños que se desplazaban por los canales nerviosos hacia el centro del oído en la corteza del cerebro. Allí eran simultáneamente interpretados como sonido, siendo enviada una imagen de ese sonido, a través de otras fibras nerviosas conectadas con el cerebro, a los centros de memoria en los lóbulos frontales.

Resumida, analizada y comparada con otra clase de información almacenada durante años de estudios en la Facultad de Medicina y hospitales, toda esta imagen se había convertido en un instante y sin intervención del pensamiento consciente, en un análisis mucho más complicado del que podía facilitar cualquier otro sistema de circuitos eléctricos diseñado por el hombre. En alguna parte de las zonas de la

memoria y raciocinio del cerebro se formaba súbitamente un esquema completo similar al rompecabezas cuando se coloca en posición la pieza final. Una vez formado el esquema, era transmitido rápidamente a los centros del pensamiento consciente —con preferencia respecto a los del inconsciente—, donde se convertía en un concepto dispuesto a ser expresado oralmente.

—Trombosis coronaria. —Marisa Feldman emitió el diagnóstico en voz alta y de un modo totalmente inconsciente, pues el concepto había tomado forma en su mente súbita y explosivamente, producido por la corriente de datos que fluían a su cerebro desde cada uno de los sentidos.

Cuando alzó la vista, la mirada perpleja aún visible en los ojos del interno, que iba deslizando una sonda de plástico entre los dientes del herido, y el asombro que mostraba el rostro de la inspectora de enfermeras de cabellos grises, que había aparecido junto a ella, le advirtieron que habían reconocido a la víctima, pero esto no revistió importancia para ella.

Su primera mirada instintiva a la forma envuelta en una sábana sobre la camilla le había confirmado que algo no cuadraba en el diagnóstico, que existía una falta de lógica en el esquema clínico de muerte emitido por el ayudante de la ambulancia. El tenue sonido ondulante que escuchó en el estetoscopio le había revelado que el corazón del moribundo, luchando denodadamente por conservar la vida, ofrecía todavía resistencia a la presión de la sangre acumulada en el espacio limitado de la membrana protectora, haciendo desesperados intentos por seguir viviendo.

Sabía, sin embargo, que el leve y ahora casi imperceptible movimiento del corazón cesaría, a menos que la presión se redujera en cuestión de segundos, y sin perder tiempo se entregó a la tarea.

Aún no eran las cinco cuando Janet Monroe salió a la pequeña terraza adjunta al restaurante sito en la última planta del nuevo pabellón de cirugía del hospital de la Universidad, a tan sólo unos pasos, mediante un pasillo comunicante, del equipo especial de asistencia intensiva de la que ella era enfermera principal. Había decidido tomar únicamente unos bocadillos y café en el mostrador del snack y no el menú que les autorizaba su contrato durante cada turno de ocho horas. De esta forma había podido aprovechar quince de los treinta minutos concedidos para la cena para hacer una rápida visita a la sala de pediatría quirúrgica instalada varios pisos más abajo, donde Jerry estaba como paciente.

La forma en que el pequeño rostro de su hijo se iluminó al verla la había conmovido profundamente. Las cláusulas de divorcio de su marido, Cliff Monroe, no le habían asignado una pensión excesiva. A Janet no le había quedado otra alternativa que seguir trabajando después del divorcio, dejando a Jerry desde las tres de la tarde en la guardería infantil mantenida por el hospital y la Facultad en beneficio de las madres que trabajaban en los diversos departamentos de la institución. Muchas de ellas, como Janet Monroe, trabajaban como enfermeras para mantenerse y a menudo para criar a sus hijos tras el divorcio con que finalizaban muchos matrimonios entre estudiantes de medicina.

Lo que la había abatido no era el aspecto de Jerry. Este rebosaba de contento y era evidentemente el preferido de la celadora. Era el hecho de que el personal del hospital no había logrado establecer la causa del repentino ataque convulsivo que el niño había sufrido dos días antes por la tarde.

Janet se estaba vistiendo, una noche que no estaba de servicio, en el pequeño apartamento que compartían ella y Jerry —salvo de las 15 a las 23 horas, seis días por semana—, para salir con Jeff Long a un concierto popular en el nuevo Anfiteatro Municipal. Jerry había estado jugando en el patio y se había sorprendido al verle abrir la puerta del apartamento y cruzar la sala de estar hacia la puerta del dormitorio. Generalmente se empeñaba en permanecer fuera en el patio de juego con los otros chicos hasta el anochecer, ya que el día en que ella tenía permiso era la única ocasión que tenía para jugar con ellos.

Apartando la mirada del espejo para verle atravesar la habitación hacia ella, había pensado qué fuerte y hermoso estaba con sus ojos azules, mejillas rojas y su abundante cabello oscuro. Los niños por lo general se parecen a sus padres, pero Jerry tenía tendencia hacia la familia de su madre mediante los genes heredados y había en él poco de Cliff que le hiciera recordar su pasado. Era un muchacho animoso y alegre, aun cuando ella tenía que despertarlo poco después de las once cada noche y llevarlo a lo largo de la media manzana de casas que separaban la guardería del apartamento.

Jerry había llegado al centro de la habitación cuando Janet advirtió que le ocurría

algo. Normalmente corría a dondequiera que fuera, pero hoy andaba con lentitud. Por un momento dio la impresión de tambalearse, como si su pie hubiera tropezado en la alfombra o estuviera muy fatigado, y cuando ella se dirigió a su encuentro, el niño fue a caer en sus brazos, apoyando la cabeza contra su pecho.

—Me duele la cabeza. —La solidez de su cuerpecito le tranquilizó un poco, calmado el momento de pánico que había experimentado al verlo tambalearse.

—¡Mamá te dará una aspirina infantil!

Reducidas a mitad de potencia y con sabor a caramelo, los comprimidos eran tan atractivos para el niño que tenía que guardar los envases en lo más alto del botiquín para impedir que los cogiese. Llevándolo en brazos —y todavía en camión— Janet se dirigió al dormitorio, encontró las aspirinas y le dio una al pequeño.

«No será nada», se decía, mientras él empezaba a mascar contento la tableta. Cuando le dio un vaso de agua para arrastrar los residuos que hubieran podido quedar en la boca, pareció ahogarse aunque esto lo atribuyó a haber querido ingerirla sin ayuda del agua. A decir verdad esa actitud suya podía explicarse fácilmente por sus deseos de que se quedara a hacerle compañía en vez de ir al concierto. No sería la primera vez que surgía un ligero y repentino dolor de estómago o un catarro nasal, cuando Jerry se enteraba de que venía la señora Bodey a cuidar de él porque su madre salía aquella noche.

—¿Quieres echarte un rato, cariño? —Janet había presionado su mejilla contra la del niño—. La señora Bodey puede darte la cena después.

La señora Bodey, una viuda que completaba su escasa pensión cuidando niños por las noches en la vecindad, vivía en la misma calle unas casas más abajo.

—Está bien, mamá.

Lo había acompañado hasta la cama y colocado en ella. Entonces acercó una silla y se sentó a su lado, cantándole una canción de cuna al tiempo que acariciaba su cálida mejilla. Por un instante pensó en llamar a Jeff Long para cancelar la cita. Tras divorciarse de Cliff, había estado un año sin salir, hasta que Jeff le había convencido de que precisaba salir de cuando en cuando para su propio bienestar emocional.

Él estaba en lo cierto, desde luego, como lo estaba casi en todo. Un residente anestesista no podía permitirse el lujo del error, le había dicho una vez, con la mueca familiar característica. Al blanco resplandor de las luces de la sala de operaciones, no había medio de encubrir una equivocación.

«Tengo que tomar pronto una decisión respecto a Jeff», se decía para sí Janet repetidas veces cuando se sentaba junto a la camita del niño. Lo había aplazado una y otra vez, puesto que sabía que sólo una decisión sería realmente justa con Jeff y no quería tomarla por motivos puramente egoístas. Por mucho que ella confiara en él y lo amara, no era razonable cargar a Jeff con el hijo de otro hombre, aunque Jerry lo adoraba, y era igualmente injusto dejar que Jeff siguiera amándola sin darle ninguna esperanza de casamiento.

No era que su propia lamentable experiencia le hubiera hecho concebir prejuicios

contra el matrimonio. Cliff no había aportado jamás nada por su parte salvo el semen que había dado vida a Jerry. Realmente el matrimonio había sido un fracaso desde un principio y Janet se preguntaba a menudo si Cliff no se había casado con ella por el hecho de que estaba a punto de obtener el título de enfermera y podía mantenerle con el sueldo de la Facultad, pensando abandonarla luego con su hijo, conseguido el divorcio, después de doctorarse en Medicina y ya en situación de ganarse la vida por sí mismo.

Janet había pensado que Jerry estaba dormido cuando se presentó la primera convulsión, un ataque que hizo sacudir el cuerpo del niño con espasmos y girar sus ojos hacia arriba hasta dejarlos casi en blanco.

No era la primera vez que había observado la convulsión en el niño. Cuando éste tenía un año aproximadamente, tuvo mucha fiebre acompañada de espasmos. Aun sintiendo la preocupación natural por lo que estaba ocurriendo, Janet no se dejó llevar por el pánico. Por el contrario, lo sostuvo firmemente hasta que cesaron las sacudidas e incluso conservó la calma hasta el punto de observar que un lado del cuerpo parecía agitarse más que el otro. Mas cuando cesó el espasmo y vio sus ojos girar hacia atrás sin percibir sonido alguno de respiración, le pareció que su corazón se paralizaba.

Afortunadamente sabía exactamente lo que debía hacer. Nada podía ganar avisando a un doctor con la inevitable demora. La sala de emergencia del hospital estaba a unas pocas manzanas y allí podía encontrar siempre la ayuda de un personal preparado, especialmente de Jeff Long y del hábil Ed Harrison, pediatra amigo suyo.

Jerry había comenzado de improviso a respirar nuevamente mientras ella lo sostenía en sus brazos tras la convulsión, emitiendo un sonido ronco y silbante similar al ronquido de una persona mayor. Colocándolo otra vez en la camita de donde lo había levantado mientras se producían las convulsiones, Janet había corrido al lavabo, tomado un vestido estampado de algodón y se lo había puesto por encima de la cabeza. Corriendo la cremallera del vestido, había cogido las llaves del «Volvo», el único capricho que se había permitido en estos dos años después del divorcio.

Jerry respiraba ahora con mayor normalidad y su cuerpo estaba relajado cuando lo levantó de la cama. Incluso abrió los ojos en sueños y una mano regordeta se extendió hasta su mejilla cuando bajaba con él las escaleras llevándolo en brazos.

El «Volvo» estaba aparcado en el pasaje. Colocó al niño en el asiento, cerró la puerta y llegó al lugar de destino. Aun en su estado de ansiedad, Janet había retenido suficientemente sus facultades para darse cuenta de que estas convulsiones eran distintas de las que Jerry había padecido unos años antes. Eran más fuertes y parecían limitarse a un solo lado del cuerpo. No tuvo demasiado tiempo para pensar en esto, sin embargo, pues en menos de diez minutos había colocado su coche en la rampa de descarga de ambulancias de la sala de urgencia. Estaba ya con Jerry dentro del hospital, cuando su cuerpecito empezó a agitarse en sus brazos con otras convulsiones.

El resto de aquella noche le parecía ahora como un sueño, después de ver a Jerry que aparentemente había recuperado su estado normal. La inspectora de enfermeras de la sala de urgencias se había puesto inmediatamente en contacto con Ed Harrison y Jeff Long. Y cuando el sistema rutinario pero eficiente del hospital se puso rápidamente en acción en torno a ella y Jerry, Janet había sentido que empezaba a disminuir el pánico ciego que había experimentado al principio del segundo ataque.

Este se había extinguido tan velozmente como el primero, incluso antes de que Ed Jarrison pudiera llegar a la sala de urgencia. Una vez más el cuerpecito había atravesado el período agónico en que la respiración se había parado por el espasmo de los músculos pectorales y los labios y lóbulos empezaron a cobrar un tinte azulado acusando la cianosis propia de la falta de oxígeno. En aquel momento y tan súbitamente como ocurrió con los primeros espasmos, Jerry empezó a respirar nuevamente y pocos momentos después abrió los ojos sonrientes dirigiéndose a Janet.

Esto había pasado un par de días antes, pero el doctor Deemster, catedrático de Pediatría, había decidido tenerle en observación durante un breve período de tiempo. Ed había explicado el motivo: «Los casos como éste obedecen a menudo a una pequeña hemorragia en la zona situada debajo del aracnoides alrededor del cerebro. Si realizamos una punción dorsal ahora, podríamos alterar la relaciones de presión e incrementar la hemorragia».

—¿No se puede hacer nada?

—Le daré algún fenobarbital tónico para calmarlo un poco. Haremos la punción dorsal dentro de un par de días para ver lo que encontramos. Entretanto podemos hacer otras pruebas y reconocimientos.

Hoy era el día. La enfermera jefe le había dicho que el doctor Rogan vería a Jerry para realizar un reconocimiento neurológico hacia las seis y entonces se realizaría probablemente la punción. Él había prometido que se lo comunicaría, pues de su resultado podía depender el futuro de Jerry.

Deliberadamente apartó de su mente los problemas con que se enfrentaba y miró en dirección al oeste hacia la oscura cordillera de los Smokies. Se había entrenado a dejar su mente vacía como en esta ocasión, de cuando en cuando, desde aquel día un par de años atrás, cuando regresó a casa desde el trabajo y comprobó que las pertenencias de Cliff habían desaparecido pues de otro modo estaba convencida de perder el juicio. Una nota sobre el tocador decía que Jerry estaba con la señora Bodey pero que Cliff no había regresado. Poco después Janet había solicitado el divorcio.

En realidad, reconoció ahora mientras apagaba el cigarrillo, preparándose para regresar al equipo de asistencia intensiva, la marcha de Cliff había constituido en cierto modo una liberación. Ciertamente su posición económica no había empeorado, tal vez lo contrario, pues ya no precisaba ahora pagar sus estudios, comida y cigarrillos. El ser abandonada por su marido, sin embargo, fue un golpe para su amor propio como mujer, prescindiendo de las malas cualidades de Cliff. Durante algún tiempo había estado como aletargada hasta que Jeff Long la había arrastrado

prácticamente a la vida, concentrada ahora exclusivamente en el trabajo, el apartamento y Jerry. Ahora las convulsiones de Jerry con el presagio terrible de algo más grave amenazaban empujarla otra vez al estado de compasión de sí misma y desaliento del que sólo había empezado a emerger.

Mirando su reloj, observó que eran las cinco y se levantó, en el momento en que el altavoz del bar, en la parte exterior del cual estaba sentada, irrumpió con su anuncio: «Alerta. Caso cardíaco. Todo el personal a sus puestos».

Janet se sobrecogió al escuchar las primeras palabras del anuncio. Su primer pensamiento fue para el pequeño Jerry y su aparato respiratorio paralizado por el espasmo muscular de otra convulsión, sus labios y sus lóbulos oscurecidos con el terrible tinte violáceo de la cianosis. Su puesto de servicio era el equipo especial de asistencia intensiva, según el procedimiento general operatorio para el caso de urgencia más importante con que el hospital tenía que enfrentarse: el caso de un corazón paralizado. Pero si era el corazón de Jerry el que se había parado con otra convulsión, tenía que estar a su lado, prescindiendo del servicio. Rasgada por la indecisión y el terror, Janet no podía moverse en ningún sentido hasta que la segunda parte del anunció le devolvió la calma: «Alerta. Caso cardíaco. Sala de emergencia».

Habiendo recuperado el aliento, se dirigió con rapidez a su puesto.

Podría ser Pete, fue el primer pensamiento de Amy Brennan mientras las aterradoras noticias eran emitidas por el aparato de radio en la voz excitada del locutor. Lorrie era amoral por completo y tomaba como diversión cualquier aventura amorosa que le apetecía, lo que sucedía con frecuencia. Pete tenía un temperamento muy fogoso, recordó, mientras que su mujer —ocupada con sus mezquinos planes de gloria personal— no le prestaba, por desgracia, ninguna atención. El pensamiento le hizo pisar el acelerador a fondo y el potente coche emprendió una veloz carrera, mientras que la radio ofrecía más detalles de la tragedia, salvo el que ella deseaba y temía al mismo tiempo escuchar.

De pronto observó la luz roja de aviso en el indicador de gasolina y la aguja que marcaba «vacío». Como estaba alterada, no podía saber el tiempo que había estado indicando, y decidió en consecuencia no correr el riesgo de quedarse sin combustible antes de llegar al hospital. Dos estaciones de servicio estaban situadas al pie de la rampa de salida, y, acercándose a la primera, paró junto a los surtidores.

Dos hombres surgieron del interior de la estación. El uno era joven y de cabello rojizo, el otro encorvado y de cabello gris.

—Llénelo, por favor —dijo Amy—. Y no se preocupe del aceite.

Mientras el anciano introducía la manguera en el depósito y empezaba a llenarlo, el joven se puso a limpiar el parabrisas. Normalmente elegía este trabajo, ya que con los vestidos cortos ahora de moda, la visión desde su puesto ofrecía a menudo ciertos alicientes.

Los ojos de Amy denotaban impaciencia hasta que observó el precio en el surtidor. Abriendo la puerta, salió y buscó en el bolso una moneda de diez centavos sin hallar ninguna. Cogió, pues, un cuarto de dólar y se lo dio al joven.

—Déme cambio para el teléfono, por favor.

Este cogió el cuarto de dólar, y de la bandolera sacó dos monedas de diez centavos y una de cinco y se las dio.

—¿Me la paga o se la cargo en cuenta, señora?

—¿Qué?

—La gasolina. ¿Quiere que se la cargue en cuenta?

—Sí.

Abrió el portamonedas y le entregó su tarjeta de crédito, desplazándose luego hacia el teléfono casi en carrera. Sus dedos trémulos marcaron el número del hospital, pero cuando contestó la telefonista, casi colgó temerosa de lo que pudiera oír.

—Soy la señora Brennan —logró decir—. ¿Quiere ponerme con el despacho de mi marido?

—Hay un caso cardíaco de emergencia, señora Brennan. No podemos pasar las llamadas del exterior a los teléfonos interiores.

—¿Qué ocurre?

—Acaba de presentarse un caso cardíaco grave. Las líneas deben mantenerse libres hasta que cese la llamada de emergencia.

—¿Se trata de uno de los doctores de plantilla?

—Eso creo, señora.

—¿No puede decirme...?

—Hay una llamada para rayos X. Debo contestar. Ignorando lo que ocurría a su alrededor, Amy colgó el auricular y abandonó la cabina. Cuando el empleado más joven le entregó la cuenta y su tarjeta de crédito, garabateó automáticamente su nombre en la cuenta, dejando caer la tarjeta en su bolso.

—¿Se encuentra usted bien, señora Brennan? —preguntó el joven.

—Sí, sí. ¿Por qué?

—Da la impresión de haber visto un fantasma. Amy lo miró con las pupilas dilatadas. Entonces, lanzando un grito de espanto, corrió hacia el coche, subió y puso en marcha el motor.

Sus manos temblaban tanto que apenas podía sostener el volante y dejó caer su cabeza sobre el mismo al tiempo que se esforzaba por controlarse.

—¡Dios mío! —musitó—. No permitas que sea Pete. Esta oración le hizo recuperar la serenidad suficiente para dirigir el auto fuera de la gasolinera hasta la calle que conducía al hospital de la Universidad. Observándola, el más joven de los empleados se rascó la cabeza pensativamente.

—¿Sabes una cosa? Juraría que estaba rezando antes de alejarse de aquí —dijo.

—¿Rezando? —El de más edad sacudió la cabeza—. Estás viendo visiones otra vez, Ed.

—Sí. Tal vez tengas razón. Solía abastecer de gasolina su coche en la gasolinera de la ciudad. Es la esposa del doctor Brennan, eminente cirujano de la Universidad y tiene cuanto puede desear. ¿Por qué motivo tenía que rezar entonces?

Maggie McCloskey no consiguió ver el resto de las noticias, ni tampoco Grace Hanscombe. La ambulancia, que aparecía en la pantalla de televisión, acababa de desaparecer calle abajo, cuando Maggie sintió de repente náuseas y se dirigió vacilante hacia la puerta que conducía a través del salón hacia las dependencias de las damas. Evidentemente no lograría su propósito sin ayuda, y recordando Grace que era presidente de la comisión de embellecimiento del club, y debería hacer limpiar la alfombra del salón en caso de que ocurriera un percance, agarró a Maggie por la espalda y el cinturón de la falda.

Conduciendo su carga con pericia a través de la puerta del «Decimonono Agujero», Grace cruzó el salón, pasando a la sección de lavabos de señoras, dio una patada a una puerta y logró arrastrar a Maggie hasta uno de los retretes antes de que sobreviniera el vómito. Hizo una mueca al sonido desagradable que provenía del retrete, pero no abandonó su puesto. Aun cuando se sentía irritada contra Maggie McCloskey, Grace no sería capaz de dejar a un perro en estas circunstancias.

—¡Agua! —Cuando oyó el grito angustioso de Maggie, Grace tomó un vaso del estante del lavabo y lo llenó con agua del grifo.

—Si no te encuentras bien, sumerge la cabeza en el lavabo —le sugirió mientras le entregaba el vaso.

—¡Vete al diablo, Grace! —dijo Maggie cuando salió del retrete y se inclinó hacia el lavabo para echarse agua en la cara—. ¿Es que has de tratarme como si fuera un cerdo?

—Eso eres. —Los temores de Grace irrumpieron como un torrente de lava con frases insultantes—. Comiendo *pizza* e ingiriendo luego todo ese licor.

—No hubiera sucedido si no me hubiera sentido deprimida. Estaba preocupada...

—¿Por Joe?

—¿Por qué no?

—Un poco tarde, ¿no te parece? —La risa de Grace fue como un aullido de ira y disgusto—. A ti no te preocupa que sea él o no quien recibió el disparo, tan sólo si puedes conseguir una doble indemnización. Tuviste que someterle a la tortura de un pleito de divorcio sólo porque no podías darle lo que un hombre tiene derecho a esperar de la mujer con quien se casa.

—¡Putita inglesa! —chilló Maggie—. No creas que no sabía que tú y Joe dormisteis juntos en aquella convención médica cuando George y yo salíamos. Apuesto a que la experiencia no fue demasiado agradable.

—Por si no lo sabes, Joe es todo un hombre, aunque eso a ti no te importe, ramera impotente.

—¡Lo mataré! ¡Que tenga que decir otra mujer semejantes cosas! No tengo la culpa de que él no fuera capaz de excitarme.

—¿No? —Grace irguió las cejas—. ¡Pues lo logró conmigo..., y yo sé un poco

respecto a los hombres!

—No es preciso que lo jures. Todo el mundo dice que George te encontró en un bar, pero jamás lo creí. El lugar donde te halló fue un prostíbulo de Londres.

Grace se dirigió hacia la puerta, pero se volvió con la mano en el pasador.

—Fui camarera en Londres en el 45, Maggie —dijo con dignidad—. Los tiempos eran difíciles y ser camarera no es un trabajo degradante. He sido una buena esposa para George. Y ahora advierte lo que te digo, si tan sólo haces una ligera alusión a lo que acabo de decirte, te arrancaré a jirones la carne con mis uñas.

—No estás en disposición de amenazar...

—Sécate en alguna parte y cuando lo hayas hecho ve y ponte de rodillas y pide a Joe que te acepte de nuevo y te enseñe a ser una verdadera mujer. No sé por qué razón, pero todavía te ama.

—¿Cómo lo sabes?

—Él hombre dice generalmente la verdad cuando está bebido o hace el amor —Grace sonrió maliciosamente—. Tal vez ésa sea la razón por la que los psicoanalistas tienen siempre un diván en su despacho. Joe te ama. Si no fuera él el individuo a quien Mort disparó esta tarde (o si lo fuera y consiguiera salir con vida), ruega a Dios que no sea demasiado tarde para volver a él.

Salió dando un portazo. Por el pasillo pudo ver un grupo de hombres y mujeres apiñados aún en torno al televisor del «Decimonono Agujero», pero le dio miedo mirar. En lugar de eso, examinó la alfombra del pasillo y le complació comprobar que, gracias a su caritativa acción, Maggie no la había manchado.

Pensó que hubiera sido una gran complicación limpiar los restos de *pizza* y tomó el camino del bar de las damas, que estaba vacío en aquel momento a excepción del camarero.

—Un *whisky* doble con soda, Manuel. —Tomó asiento en uno de los taburetes y cuando las oscuras cejas del camarero se elevaron en señal de sorpresa mientras alcanzaba la botella, añadió—: Soy inglesa, y ya han pasado los cinco.

Sin embargo, Grace no tuvo tiempo de disfrutar su bebida. Aún no había apurado la mitad del contenido de la copa cuando entró Maggie McCloskey procedente de la sala de las damas. Se había peinado y lavado el rostro, pero aún tenía el semblante amarillo y tuvo que apoyarse en una de las sillas agrupadas alrededor de una mesa para mantener el equilibrio.

—¿Hay más noticias? —preguntó.

Grace sacudió la cabeza negativamente.

—La radio dice que se lo han llevado al hospital, pero no han revelado su nombre todavía. He oído a Arthur Painter que decía a alguien que había intentado llamar al hospital, pero que tenían un caso de emergencia y no aceptaban llamadas del exterior. Toma un trago, Maggie. Tienes un aspecto deplorable.

—Me voy al hospital. —Maggie empezó a andar hacia la puerta—. Tal vez Joe no me necesitaba antes, pero si es él quien estaba con Lorrie, le hará falta mi sangre

ahora. Ambos tenemos el Rh negativo, una característica poco corriente.

—Espérame. No estás en condiciones de conducir. —Grace engulló el resto de su bebida de un solo trago. Había estado intentando hacer acopio de coraje para ir al hospital y estaba contenta de haber encontrado un pretexto. Al salir del pequeño bar, vieron a Della Rogan en la puerta del «Decimonono Agujero».

—¡Hola, Della! —exclamó Grace—. ¿Quieres venir con nosotras al hospital?

Della dudó sólo un momento.

—Os seguiré —dijo—. Si llegáis antes, esperadme y entraremos juntas.

—Nos esperaremos unas a otras —convino Grace—. Todas necesitamos mutuo apoyo.

No podía haber sido Dave el que estaba con Lorrie, decía para sí misma Della tratando de convencerse, mientras recorría apresuradamente el recinto del aparcamiento hacia su coche. No podía haberle jugado esta pasada cuando ella se estaba preparando para la competición anual femenina de White Sulphur que tendría lugar el mes próximo. Un escándalo la desequilibraría a tal forma que no podría competir en plenitud de facultades.

Sin embargo, al poner en marcha el motor, Della Rogan sabía en lo más profundo de su ser que el hombre herido podía ser Dave, o Pete Brennan o Joe McCloskey o Paul McGill o George Hanscombe o Roy Weston. Prácticamente podía ser cualquier hombre de la localidad, pues Lorrie no había guardado en secreto sus amores.

Capítulo V

En el momento en que la voz de la telefonista finalizaba el anuncio, Janet Monroe había atravesado el pasaje que conectaba el equipo especial de asistencia intensiva con el nuevo pabellón quirúrgico. Su primer impulso fue mirar rápidamente a la batería de tubos de rayos catódicos de la pared de la mesa de gráficos. La acción fue un movimiento reflejo, parte del entrenamiento en el que participaba todo el personal del hospital por turnos, hasta el punto de que la respuesta de cada uno de ellos era automática, una vez que se daba la señal de alarma de que una vida humana estaba en una situación delicada a consecuencia de un fallo del corazón en la prestación de sus funciones.

El equipo especial de asistencia intensiva era utilizado principalmente para el tratamiento de trombosis coronarias por medio de electrodos conectados al cuerpo del paciente en las doce habitaciones que componían la sección. Una corriente constante de diminutos impulsos eléctricos, o sea, corrientes de acción que vibran a través del músculo cardíaco con cada uno de los latidos del corazón, era avanzada a cada uno de los tubos monitores de rayos catódicos, donde una línea ondulada trazaba el esquema del funcionamiento del corazón del paciente. Debajo de cada tubo había una segunda pantalla de vidrio, parte del sistema de televisión en circuito cerrado por el que cada paciente era mantenido en constante observación aun cuando no hubiera nadie en la habitación.

Las doce habitaciones de la unidad equipada con televisión en circuito cerrado, electrocardiografía y cámaras de oxígeno eran utilizadas aquella tarde. Nunca había camas suficientes, ya que el coste de equipar y mantener en funcionamiento una instalación semejante era fabuloso y sólo los que precisaban esa clase de cuidado constante eran sometidos al mismo. Sin embargo, de acuerdo con el procedimiento normal del hospital para los casos cardíacos urgentes, debía estar disponible inmediatamente una de estas camas, aunque esto significara verse precisados a trasladar a alguien a otra habitación.

—He recibido la llamada en el dispositivo de control.

El doctor Stirling Kent asomó la cabeza por la puerta de la habitación de gráficos. Un poco jadeante, sostenía en su mano un pequeño aparato del tamaño aproximado de un pequeño transistor. Este dispositivo, llevado ordinariamente en el bolsillo pectoral del uniforme blanco de los médicos del hospital o en la bata de largos faldones que llevaba el personal docente, permitía localizar a los doctores en cualquier momento, así como a los auxiliares. Cuando el pequeño detector transmitía la señal, el portador iba inmediatamente al teléfono más próximo para recibir la llamada que le estaba esperando.

—Vine corriendo todo el camino desde la máquina refrigerante de agua —dijo sin aliento—. ¿Qué sucede?

—No lo sé.

A Janet le gustaba el joven Kent, pues a diferencia de otros doctores del hospital no hacía alarde de sus conocimientos y de sus éxitos con las mujeres. Cliff no sabía hablar de otra cosa y aún ahora, casi dos años después del divorcio, no podía pensar en él sin un sentimiento de dolor e ira. No era sólo porque Cliff se había aprovechado de ella, manteniéndose con lo que ella sacaba como enfermera mientras él finalizaba los estudios de medicina, dejándola luego tan pronto como pudo ganarse la vida e iniciando la búsqueda de pastos más verdes. Su enojo iba más bien dirigido hacia sí misma por enamorarse de alguien indigno de ella, rebajándose a sus ojos por ese motivo.

—Ayúdame a decidir a quién debemos trasladar —dijo al joven Kent—. No podemos aplazarlo.

Los ojos de Kent se dirigieron a la batería de televisión y a los tubos monitores de rayos catódicos, examinándolos como lo había hecho Janet cuando se produjo la primera llamada. Los esquemas del corazón reflejados allí revestían una gran variedad de formas: líneas formadas por crestas y valles a medida que la energía de los impulsos eléctricos producidos en el corazón subía y bajaba.

—La señora Taylor sigue algo irregular. Dejémosla, por tanto —dijo Kent—. El intervalo P-R de Dignan es el doble del normal y puede producirse un ritmo ventricular de un momento a otro.

—La señora Saborn aún no está compensada —siguió Janet— y el señor O'Toole tuvo una pequeña trombosis esta mañana. Todos precisan una estrecha vigilancia médica como la que les otorgamos con los monitores, pero el reglamento dice que debemos dejar libre una habitación inmediatamente. El doctor Hanscombe pondrá el grito en el cielo, si nos trae un caso de trombosis aguda y no estamos listos.

—Es muy probable que se trate del tipo a quien Dellman disparó —dijo Stirling Kent.

—¿Qué has dicho?

—Estaba observándolo en el monitor hace un momento junto a la máquina refrigerante de agua. El doctor Dellman sorprendió a un eminente doctor con su esposa y disparó contra él hace un rato. Su esposa ha muerto y el hombre a quien disparó está en la sala de emergencia.

—¿Loretta Dellman? No puedo creerlo.

—Eso dijeron en el boletín de noticias.

—La visité una vez cuando estaba terminando las prácticas. Es difícil imaginarla muerta ahora. ¡Amaba tanto la vida!

Stirling Kent hizo una mueca.

—Según los rumores que corren por el hospital, amaba también otras cosas, incluyendo internos y estudiantes.

—Ya sabes lo que son las murmuraciones.

Janet se ruborizó recordando las habladurías que circulaban acerca de ella antes del divorcio, algunas de las cuales resultaron ciertas. Mientras que él vivía de lo que

ella ganaba como enfermera, Cliff hacía vida marital con otras mujeres, como se enteró tras el divorcio. Había sido otro Mike Traynor. Había siempre uno o más en cada clase de la Facultad de Medicina. Estos no tenían por lo general problemas para hallar compañeras para sus aventuras. No es que se considerara mejor que ellos —pensó Janet con amargura— aun cuando ella estaba divorciada legalmente.

—Si estaba con Lorrie Dellman un eminente cirujano, podría ser uno de los doce que destacan en este hospital —dijo Kent.

—Me pregunto quién será el infeliz.

—La señora Tatum es la que menos tiene que perder si algo sale mal —Janet ignoró la última observación de Kent—, después de todo tiene una enfermedad incurable en estado avanzado además de sus dolencias cardíacas.

—Tal vez le hagamos un favor sacándola de los monitores —dijo Kent—. Le explicaré lo que sucede mientras vas en busca de un asistente que te ayude a empujar la cama. Me muero de impaciencia por saber quién resulta ser ese eminente cirujano.

Dos operaciones, una de ellas sin importancia, se estaban realizando en la sala de operaciones principal, cuando sonó la llamada por el altavoz enmudecido en la sala de trabajos preliminares, donde dos enfermeras estudiantes estaban preparando bandejas de instrumental, que debía ser esterilizado más tarde en los autoclaves gigantes. No había altavoces en las salas de operaciones propiamente dichas, pues que los cirujanos necesitaban concentrarse en su trabajo sin ser molestados por los innumerables avisos que propalaban los altavoces durante todo el día.

—Mejor será que lo diga a la señorita Straughn —dijo Millie Cash, estudiante adelantada del servicio de operaciones.

—¿Qué daba a entender el aviso? —preguntó una estudiante de segundo año.

—Normalmente un caso de paro del corazón. Hemos de tener lista una sala de operaciones para el caso de que se precise abrir el pecho y dar masaje directo al corazón. Sin embargo ahora, contando con el aparato restablecedor del ritmo cardíaco y el sistema de reanimación a pecho cerrado, ya no suele hacerse muy a menudo.

—¡Ha de ser impresionante!

—Más de lo que te imaginas. —Millie habló con el conocimiento que le otorgaban dos años más de experiencia—. Los doctores se ponen nerviosos en estos casos. Si no logran que el corazón vuelva a trabajar al cabo de unos minutos, el paciente adquiere una vida vegetal por deterioro del cerebro a causa de la carencia de oxígeno. Será mejor que entre allí o subirán al paciente para una toracotomía antes de que la señorita Straughn lo sepa, y me reprenderán severamente.

Como todas las enfermeras dependientes de la sala de operaciones, Millie llevaba un uniforme de color verde pálido. Aunque no tenía un corte atractivo, los uniformes sin mangas tenían aún mucha aceptación entre las enfermeras de las salas de operaciones. Atados a la cintura con un cinturón, eran cómodos y no requerían llevar combinación debajo, hecho que un interno o estudiante reconocía fácilmente, lo cual no dejaba de tener sus ventajas, pues cuantas menos prendas el hombre imaginaba que la chica vestía, más probablemente pasaba por alto defectos más visibles.

Ajustándose la máscara que llevaba colgando del cuello por las cintas sobre la nariz y la boca, Millie atravesó las puertas oscilantes que separaban la sala de operaciones adyacente. Un cirujano de mediana edad, Cari Hagstrom, una enfermera encargada del instrumental, otra enfermera encargada de las compras y el anestesista Jeff Long estaban agrupados en torno a la mesa sobre la que yacía el paciente.

Helen Straughn alzó la mirada al escuchar el ruido de las puertas y miró a Millie Cash indicándole su desaprobación. Era una mala técnica quirúrgica que la gente entrara y saliera de la sala de operaciones si no era absolutamente preciso. Aunque dirigía la sección como una unidad militar, siempre había alguien que faltaba a esta norma, olvidando cubrir los zapatos antes de entrar u otra docena de cosas que podían introducir bacterias. Días más tarde aparecía una herida infectada en una de las salas

del hospital y el personal de la sala de operaciones recibía una reprimenda por ese motivo. Varios años de experiencia de Helen con enfermeras estudiantes le habían enseñado que éstas aprovechan cualquier oportunidad para desfilas por donde se encuentra un grupo de doctores. Cuando vio a Jeff Long alzar la vista y hacer una señal a Millie, se dirigió rápidamente adonde la chica estaba.

—Caso cardíaco urgente, señorita Straughn —le dijo Millie antes de que la inspectora pudiera empezar a abuchearla—. El altavoz acaba de anunciarlo.

La actitud de Helen Straughn cambió en seguida.

—¡Ocupe mi puesto mientras preparo el equipo de toracotomía de emergencia en la sala de operaciones número 4! —ordenó—. Nos llevaremos la enfermera encargada de los vendajes, si es preciso. —Bajando la voz a un leve susurro añadió—: Vigile la frente del doctor Whetstone. Es un caso difícil y está empezando a sudar.

Millie asintió y tomó la almohadilla de paño que Helen le entregó. Mientras ella se acercaba a la mesa, el doctor Whetstone alzó la mirada con el ceño fruncido. Aunque la sala estaba a idéntica temperatura en verano e invierno, su rostro estaba acalorado y el sudor empezaba a aparecer en sus sienes, signo evidente de que estaba teniendo dificultades.

—¿Dónde está la señorita Straughn?

Whetstone, cirujano auxiliar que sólo operaba ocasionalmente en el hospital de la Universidad, estaba orgulloso del trato que recibía allí e insistía siempre en que le ayudara un residente y que Helen Straughn dirigiera la labor de las enfermeras.

—Caso cardíaco de urgencia, doctor —dijo Millie Cash—. La señorita Straughn está preparando el equipo de toracotomía en la sala de operaciones número 4.

—Tenemos un nuevo procedimiento en casos de paro cardíaco desde que vino el doctor Dieter —explicó Cari Hagstrom—. Su función es que todos los que están familiarizados con el procedimiento de reanimación a pecho cerrado estén presentes en el momento que se les requiera, pero si se da el caso de que se precisa hacer un masaje de corazón, preparamos también una sala de operaciones para toracotomía.

—Lo que rara vez sucede, a Dios gracias. —Jeff Long habló desde detrás de la estructura metálica que mantenía las cortinas lejos del rostro del paciente y marcaba por otro lado la barrera entre el campo operativo estéril y el mundo potencial, mente contaminado exterior al mismo—. Es sorprendente la frecuencia con que un buen golpe en el pecho puede devolver la vida a un hombre clínicamente muerto.

—Asegúrese de que no tengamos que aporrear a este paciente, doctor —dijo Whetstone con impertinencia cuando Millie se situó detrás de él, extendiendo velozmente la mano para enjugar su frente con la almohadilla antes de que se doblara de nuevo sobre el herido.

—Es excelente en su trabajo, doctor —dijo Jeff Long amablemente—. No da una leve muestra de cansancio todavía.

Millie Cash casi se echó a reír, pero se reprimió a tiempo y cuando Jeff Long le guiñó el ojo, le devolvió el guiño. Este era un joven de temperamento ardiente y se

decía que había tenido relaciones con Janet Monroe, pero era también el mejor anestesista con que contaba el hospital desde hacía mucho tiempo y tenía un gran provenir.

Incluso el doctor Dieter sentía preferencia por Jeff y no por el doctor Macready, el jefe del departamento, que iba haciéndose algo viejo para la clase de emoción que siempre producía la cirugía de corazón abierto. Si la Monroe no tuvo el buen sentido de aceptarlo, despreció una buena oportunidad. Todos sabían que cuando acabara el período de prácticas el próximo año, podría obtener un empleo de veinte mil dólares al año, incluso sin período de prueba, lo que lo convertiría en un joven extremadamente codiciable, aun cuando él no alardeaba nunca de sus dotes.

Ocupado de nuevo en las profundidades de la incisión, el cirujano no advirtió la observación de Jeff Long, aunque la oyeron todos los demás. Estando el equipo quirúrgico ya relajado, la operación empezó a ir con más normalidad y unos minutos más tarde el doctor Whetstone se apartaba de la mesa de operaciones.

—Acabe la incisión, por favor, doctor Hagstrom —ordenó—, ácido crómico para la fascia y sutura con seda ininterrumpida para la piel.

—Sí, doctor.

Cualquiera menos pagado de sí mismo que Whetstone hubiera descubierto la nota satírica en la voz de Cari Hagstrom. Decir a un hombre con cinco años de experiencia quirúrgica tras haber acabado la licenciatura y varios centenares de operaciones realizadas personalmente la forma de cerrar la incisión era algo así como dar instrucciones a un experto relojero sobre la clase de resorte que debía utilizar en su propio reloj.

Helen Straughn regresó a la sala de operaciones en el momento en que la puerta de la sala de esterilización se cerraba tras el doctor Whetstone.

—Hay una herida de bala en el corazón en la sala de emergencia —dijo—. El doctor Dieter se dirige allí ahora. Lo necesitará a usted como anestesista, si él opera, doctor Long. He hecho llamar a una enfermera anestesista para que lo sustituya.

—Tan pronto como el doctor Hagstrom acabe aquí, puede usted ocuparse de los vendajes en la sala de operaciones número 4 si hacemos la toracotomía, doctora Tyndall —dijo Helen Straughn a la enfermera encargada de vendajes—. Un interno esterilizará los instrumentos.

—¿Quién disparó a quién? —preguntó Jeff Long. Estando Whetstone fuera de la sala y cerrando la incisión Cari Hagstrom con rapidez y pericia, el ambiente había adquirido su naturalidad habitual.

—Ignoro quién recibió el balazo —dijo Helen Straughn—, pero el que disparó fue el doctor Dellman. He oído decir que sorprendió a un hombre con su mujer.

—¡Vaya! —observó Jeff Long—. ¿Es alguien que conocemos?

Esa era exactamente la pregunta que se hacía también Helen Straughn y el pensamiento le produjo un escalofrío.

A medida que la estridente llamada del altavoz penetró en todos los rincones del hospital, los que tenían asignadas responsabilidades especiales en los procedimientos de emergencia y cuantos tenían que ponerse inmediatamente en acción como consecuencia de la llamada de urgencia en casos cardíacos, cesaron en la actividad a que se dedicaban en aquel momento y fueron a ocupar sus puestos, sin más dilación.

En el banco de sangre, sito en la planta baja junto a la morgue y el laboratorio de patología, un técnico que estaba preparando unas bolsas de plástico donde se almacenaba la sangre que donaban los estudiantes de primer año recién llegados, dejó el trabajo y se desplazó a la sección de registro Cogiendo un montón de tarjetas taladradas de los cajones de un alto archivador metálico, las colocó en una máquina IBM, y pulsando un botón, la máquina empezó a sortearlas en grupos y subgrupos. De este modo casi en el instante en que se conociera el tipo de sangre del paciente cuya vida estaba en peligro ya que de un momento a otro tomarían una muestra de sangre en la sala de emergencia para su clasificación, desplazándola a toda velocidad por el tubo neumático al banco de sangre, podría dar cuenta del número de unidades de sangre disponibles en el caso de que se precisaran. Al propio tiempo se pondría en contacto con el banco de sangre del otro hospital de Weston, Saint Michael, para comprobar si podían prestarles en caso de apuro.

Otro técnico empezó a elaborar un preparado de suero, dejándolo a punto para la muestra de sangre que podría llegar en cualquier momento, mientras que el primero se disponía a preparar ahora media docena de recipientes de plástico de sangre de tipo universal para enviarlos a la sala de operaciones, donde estarían dispuestos para cargar la llamada bomba de corazón-pulmón en el caso de que fuera preciso realizar una operación quirúrgica a corazón abierto. La sangre de tipo universal tenía la ventaja de que en una emergencia podía darse a cualquiera sin causar graves trastornos y hasta tanto no se dispusiera de otra sangre del tipo del paciente.

Con la nueva técnica de reanimación a pecho cerrado, en la que el corazón era estrujado rítmicamente entre el esternón y la espina dorsal mediante presión externa sobre el pecho, haciendo circular la sangre hasta los pulmones y hasta las arterias de importancia vital para las células del cerebro, era teóricamente posible mantener una persona viva, aun sin contracción espontánea del corazón, el tiempo suficiente para abrir el pecho, introducir las sondas en las cámaras del corazón y dejar que la bomba siguiera actuando. Por más improbable que fuera esta posibilidad en un caso determinado, formaba parte del procedimiento normal en cuanto sonaba la alarma en relación con un caso cardíaco.

Mientras Janet Monroe y el joven Kent empezaban a mover la camilla que sostenía al paciente, conduciéndola a la habitación que habían seleccionado, un enfermero de la sala de operaciones apareció en el pasillo con una carreta de ruedas que sostenía al voluminoso aparato restablecedor del ritmo cardíaco, además de todo

el instrumental necesario para realizar una pequeña incisión en el pecho, en caso de que la emergencia exigiera un masaje directo del corazón. Empujándola fuera del recinto de asistencia intensiva, se dirigió hasta el montacargas más próximo. Allí, siguiendo las previsiones de la llamada de alerta, un ascensorista esperaba con un montacargas vacío, dispuesto a llevar la carretilla al piso que fuera necesario; en este caso, la planta baja. Incluso en las resplandecientes cocinas de acero inoxidable tuvieron que ajustarse los preparativos para la cena del personal, ya que una porción considerable del mismo debía atender a sus responsabilidades especiales hasta que se dejara sin efecto la señal de alerta, que dificultaba también las previsiones en el aspecto culinario. Las secretarías dispuestas para cesar en el trabajo a las cinco treinta, esperaban en las oficinas trabajando como también los doctores cuya presencia podía considerarse necesaria antes de concluir la emergencia. Equipos de enfermeros entrenados especialmente en la técnica de presión a pecho cerrado, se desplazaban también hacia la sala de emergencia, listos para entrar en acción si el primer equipo se fatigaba a consecuencia del esfuerzo realizado. En el laboratorio clínico, que era el corazón del gran hospital, los técnicos se apresuraban a dejar listo el dispositivo para valorar los gases de la sangre —oxígeno y bióxido de carbono— en el caso de que se utilizara la máquina de corazón-pulmón. Un técnico en electrónica, cuya labor consistía en el entrenamiento de los delicados monitores utilizados en diversos puntos del hospital además del recinto de asistencia intensiva y del restablecedor de ritmo cardíaco, que estaba reparando, dejó su taller y se dirigió con su caja especial de herramientas en dirección hacia el punto en el que se concentraban todas las actividades del gran hospital, la única mesa-camilla de la sala de emergencia donde Marisa Feldman trabajaba con rapidez y eficacia.

El corazón humano es a la vez la parte más protegida y más vulnerable del cuerpo, siendo causa de su vulnerabilidad la misma naturaleza de su protección. Encerrado en un saco áspero, fibroso y poco flexible llamado pericardio, la bomba vital empieza a contraerse rítmicamente cuando el cuerpo es poco más que una célula única, sin sangre que circule todavía y sin arterias ni venas por las que puede fluir.

Durante siglos los hombres han discutido la cuestión de si la muerte es un cese de funcionamiento en algún centro del cerebro donde se oculta el alma, ocasionando una disminución en el ritmo de las restantes funciones del cuerpo hasta llegar al paro total, una vez que se ha producido el fin de un hombre como persona y personalidad; o si, por el contrario, la muerte ocurre únicamente cuando el corazón cesa de palpitir y se interrumpe el suministro de sangre al cerebro, causando la destrucción de las células cerebrales.

Sea cual sea el mecanismo de la muerte, lo cierto es que ésta se produce muchas veces en los casos en que la delgada hoja de un cuchillo o una diminuta bala de plomo, deslizándose a través de los blandos tejidos hasta las costillas, penetra la resistente pared muscular del corazón, dejando una abertura que actúa como válvula. Con cada latido, la sangre es impulsada a través de una pequeñísima abertura en el músculo del corazón para acumularse en el saco pericardial, impidiéndose su retroceso cuando la presión en las cavidades del corazón disminuye a medida que se llenan para producir el latido siguiente. Entonces, contrayéndose una vez más la pared muscular, otro chorro de sangre es impelido a través de la abertura hacia el saco rígido exterior. Sin posibilidad de escaparse, también ésta se acumula en el pericardio, incrementándose en cantidad con cada latido del corazón.

Una ley física indica que dos objetos no pueden ocupar el mismo espacio al mismo tiempo. Uno, por tanto, tiene que ceder, y éste sólo puede ser el corazón, el órgano más blando, que, bombeando en un intento de mantener la circulación vital, poco a poco se encuentra con menos espacio en donde operar. Así, pues, la sangre que se escapa de sus cámaras a través de la pequeña herida que cada latido produce, va oprimiendo paulatinamente el corazón como podría ser apretado por la mano de un asesino. Finalmente, puede dejar de funcionar y pararse: situación conocida con el nombre de obstrucción coronaria.

Marisa Feldman había reconocido el esquema clínico de obstrucción coronaria en el instante en que las pruebas acumuladas en su cerebro desde que vio por primera vez la figura inerte sobre la camilla le informaron de lo que estaba ocurriendo dentro del tórax de un hombre aparentemente muerto. El leve sonido que había escuchado en el estetoscopio podía significar únicamente para sus expertos oídos y clara inteligencia que, clínicamente, aún no había ocurrido la muerte. Por tanto, el mecanismo intrínseco del corazón, el músculo, las fibras de Purkinje, el manojito de His, que constituían un sistema especial de tejido nervioso de comunicación dentro

del corazón para asegurar que éste siguiera latiendo aun cuando estuviera desconectado de todo control nervioso por parte del cerebro, todo estaba aún tratando de mantener en acción la bomba, aunque el músculo cardíaco no tenía ahora espacio para relajarse y llenar las cámaras de sangre tras la contracción.

—¡Obstrucción coronaria!

El interno que manipulaba las válvulas del aparato de reanimación repitió las terribles palabras cuando Marisa se quitó de los oídos el estetoscopio. Encontró la mirada del interno y leyó sus pensamientos, mientras el cerebro de éste buscaba algún dato informativo mentalmente entre los libros que había estudiado, que por el momento no encontró. Marisa, sin embargo, no perdió tiempo en explicaciones. Debía realizarse inmediatamente un trabajo más importante si esta débil acción del corazón debía mantenerse, alimentarse y cobrar fuerza. Además, debía hacerse en cuestión de segundos, antes de que los centros del cerebro fueran deteriorados irremisiblemente por falta del caudal vital de oxígeno por la vía de la corriente sanguínea.

—Una jeringa de 50 cc ¡Una aguja del 18!

Las palabras de Marisa galvanizaron al personal de la sala de emergencia, impulsándolos a la acción. La supervisora, una enfermera fría, de cabellos grises, cuyos años de observación de hombres y mujeres en momentos difíciles la habían habituado a una acción inmediata, se apresuró a cumplir las órdenes. De una estantería junto a la mesa cogió un paquete de gasas estériles y lo abrió velozmente.

Sin molestarse en esterilizar —la infección es el mínimo de los males de un hombre herido hoy en día— Marisa cogió la jeringa y le insertó la aguja. Con movimiento diestro, empujó la punta a través de la piel en el lado izquierdo del esternón, a unos tres espacios entre las costillas por debajo de la clavícula. Guiando la punta de la aguja entre los duros cartílagos que unen los extremos de las costillas al esternón, la introdujo más profundamente hasta que notó un golpe seco contra su mano, al penetrar la aguja en el duro saco pericardial fuertemente distendido.

Un murmullo se elevó del pequeño grupo de espectadores agrupados en torno a la entrada del cuarto, cuando la sangre brotó llenando el depósito de la jeringa en el momento en que la aguja se introdujo en la cavidad que rodea el corazón. Nadi» comprendía con exactitud cómo se corrían las voces en el hospital, pero un caso dramático de la sala de emergencia, distanciado casi un pabellón de las instalaciones de los internos, podía atraer media docena de espectadores interesados en cuestión de segundos.

A la cabecera de la mesa, el interno de servicio en la sala de emergencia había finalizado de deslizar una vía de aire en la boca y garganta del herido. Un tubo curvado de plástico, aplanado para hacer más fácil la inserción, estaba destinado a mantener la lengua hacia delante y ofrecer un canal abierto hacia la tráquea, por donde el aire entraba en los pulmones. Sobre el extremo exterior del tubo, acopló una máscara conectada mediante sus conductos a un dispositivo de respiración.

Este último dispositivo, muy complicado, consistía en un tanque de oxígeno y unas válvulas especiales que permitían que la presión subiera lo suficiente para inflar completamente los pulmones, entonces se desconectaban del depósito y abrían al mismo tiempo otra salida por la que el gas podía escapar de los pulmones a medida que éstos se desinflaban. De este modo mediante este relleno alternativo de los pulmones con oxígeno y su expulsión posterior, el dispositivo lograba, mucho mejor que cualquier otro método, una simulación muy efectiva de respiración.

Mientras que la jeringa que empuñaba Marisa Feldman se llenaba rápidamente, la enfermera de la sala de emergencia abría otra. Cuando Marisa separaba la aguja de la jeringa llena, la enfermera la cogía con una mano, entregándole otra vacía con la otra mano. Mientras Marisa encajaba la jeringa vacía en la aguja, la enfermera expulsaba la oscura sangre de la jeringa llena, introduciéndola en una vasija esterilizada, que había desenvuelto rápidamente, dejando una pequeña cantidad que hacía pasar a una probeta, que había de ser enviada al banco de sangre para su clasificación.

—Mejor será que mezcle un poco de citrato con eso. Puede ser necesaria para una transfusión.

Marisa habló sin apartar los ojos de la segunda jeringa, que se iba llenando ahora con rapidez mientras mantenía una tracción uniforme en el émbolo.

—¿Obstrucción coronaria, doctora Feldman?

La voz era algo áspera, matizada con un acento alemán inconfundible, y, a pesar de su intensa concentración en la tarea vital de quitar sangre de un saco pericardial, Marisa se sobresaltó involuntariamente. Un hombre de estructura fuerte se había adelantado hacia la mesa, mientras que los que estaban en torno a ésta se apartaron respetuosamente para dejarle sitio. Habiendo oído la voz en la conferencia para el personal la noche anterior, la reconoció como perteneciente al doctor Antón Dieter, el brillante cirujano de corazón y de pecho; por el acento le produjo recuerdos que Marisa creía extirpados de su mente, de los años transcurridos en Inglaterra y Harvard. Refugiado de Alemania Oriental, Dieter había adquirido fama en estas facetas mucho antes de ser reclamado por el hospital de la Universidad de Weston, para engrosar el personal docente de la Facultad de Medicina.

—Acertaba a pasar por aquí y reconocí los síntomas —explicó ella.

—Bien. ¿Le ha inyectado ya adrenalina en el corazón?

—Todavía no. Parecía más importante extraer inmediatamente la sangre alojada en el pericardio.

—Perfectamente. Yo inyectaré la adrenalina. ¡Una jeringa y una aguja larga, por favor, enfermera! Tráigame el esquema cardíaco y el dispositivo restablecedor del ritmo cardíaco.

Una jeringa más pequeña, con una aguja más larga y estrecha, estaba en la mano de Dieter casi antes de que acabara de hablar. En el mismo momento la enfermera colocaba otra sobre la toalla esterilizada en la que estaba envuelta una ampolla de adrenalina, procedente de un surtido conservado en alcohol en un jarro, de forma que

quedara esterilizada y lista para cualquier emergencia. Con una pequeña lima — colocada también dentro del recipiente— Dieter aserró el cuello de la ampolla, la rompió con una gasa para impedir el posible desgarró de sus dedos con los fragmentos de vidrio y empezó a extraer su contenido pasándolo a la jeringa.

—Perdón, *fráulein* doctora.

Las manos de Dieter se desplazaron cerca de las de Marisa, llevando la pequeña jeringa llena con la adrenalina de color claro. Las manos, al hundir la tenue aguja directamente en la pared torácica a dos centímetros aproximadamente debajo de donde Marisa había colocado la primera aguja, eran enjutas y muy hábiles, los puños un poco rechonchos y quizá más poblados de vello que lo normal. Sus manos no tocaron las de Mansa, pero ella tuvo que luchar contra el impulso de retirarlas un poco, mientras desprendía cuidadosamente la jeringa de la aguja más grande y la entregaba de nuevo a la enfermera, recibiendo otra vacía en su lugar.

—¿Qué cantidad ha extraído, doctora? —preguntó Dieter.

—Cien centímetros cúbicos.

—Pronto veremos resultados. —El tenue acento alemán de Dieter hirió los oídos de Marisa recordándole el sonido de la campana de la prisión de Frondheim—. Siga, por favor. Trabajaré a su lado.

Cinco centímetros de la aguja más pequeña unida a la jeringa que Dieter sostenía en sus manos, habían sido introducidos en la pared torácica, lo que bastaba para penetrar en la parte muscular del corazón. Al retroceder el émbolo de la jeringa no brotó sangre a la misma, indicando que el punto atravesado estaba en el músculo. Inyectando la mitad del contenido de la jeringa, siguió empujando la aguja hasta que la boquilla metálica formó un hoyo en la piel, e inyectó el resto en la cámara del corazón que había penetrado, retirando a continuación la aguja y la jeringa en un veloz movimiento.

Nadie podía poner en duda quién había tomado el mando ahora, puesto que el doctor en período de prácticas del hospital, que acompañaba a Dieter, empujó la carretilla cargada con los dispositivos monitores y el estimulador eléctrico, denominado «restablecedor del ritmo», junto a la mesa. Marisa experimentó momentáneamente cierto resentimiento, al ser relegada, por decirlo así, a segundo término. Después de todo había sido ella quien había reconocido que el paciente podía ser salvado, aun cuando el diagnóstico de la ambulancia lo había dado por muerto, obrando en consecuencia. No obstante, la llamada de «Alerta. Caso cardíaco» por el altavoz del hospital indicaba que todos los doctores disponibles podían colaborar en este caso de emergencia, de modo que sabía que no podía echar en cara la aparición de Dieter. Por otra parte, era conocido mundialmente por su competencia en el campo de la cirugía cardíaca, y si fuera necesario realizar una operación era extremadamente importante que pudiera establecerse esta necesidad inmediatamente a causa de la intervención decisiva del factor tiempo en estos casos.

Las diestras y velludas manos aparecieron una vez más en el campo visual de

Marisa, esta vez sosteniendo los mangos aislantes de un par de electrodos conectados al «restablecedor de ritmo cardíaco». Al extremo de cada mango había un disco de metal —el electrodo propiamente dicho— un alambre del cual

estaba conectado a la máquina. Procurando no interferir con el trabajo de ella, Dieter colocó los electrodos metálicos sobre la piel del pecho del herido, uno a cada lado de la aguja que Marisa había insertado.

—Creo que el corazón presenta fibrilación —dijo ella—. Pude oír un débil sonido con el estetoscopio, pero no era rítmico.

—Bien. En este caso lo someteremos a otra descarga eléctrica.

Dieter dio instrucciones rápidas al doctor en prácticas que le acompañaba para que ajustara los mandos del «restablecedor del ritmo cardíaco». En casos de fibrilación en que se pierde la acción rítmica del músculo del corazón, siendo sustituida por unas contracciones completamente irregulares, la aplicación repentina de una fuerte descarga de corriente eléctrica devolvía al músculo el ritmo normal.

—Oprima el pulsador, por favor —ordenó Dieter. Y la máquina irrumpió en un zumbido instantáneo, parándose inmediatamente. En aquel instante, sin embargo, una corriente eléctrica había fluido de las bobinas, tubos y diodos del aparato a través del cable que se unía a uno de los electrodos, pasando al corazón que permanecía casi inmóvil bajo la pared torácica, para atravesar el músculo del corazón y regresar al segundo electrodo de la máquina, con lo que se completaba el circuito.

En respuesta a la descarga eléctrica, el corazón saltó como un caballo recién espoleado y Marisa notó cómo la punta de la aguja penetraba en el saco pericardial, originando una suave sacudida en su mano que sostenía la jeringa.

—Bien. —El gruñido explosivo de aprobación de Dieter cuando vio la jeringa moverse en la mano de ella era alemán puro, pero pasó acto seguido a un inglés levemente matizado—: Conecte el «restablecedor» a ritmo normal, por favor.

Las esferas sonaron de nuevo mientras se realizaban los ajustes, y la máquina empezó a zumbar ahora con menos fuerza, puesto que había disminuido la cantidad de corriente aplicada, pero bastó para establecer una pulsación rítmica.

—Noto el pulso en las sienes —informó el interno que manipulaba el aparato de reanimación.

—Significa únicamente que estamos impulsando la sangre para que vuelva a circular —dijo Dieter—. El corazón debe adoptar un ritmo propio antes de que podamos decir que el paciente sigue viviendo.

Sin embargo, hubo unos segundos más de duda con respecto al resultado. Mientras el «restablecedor de ritmo» estimulaba el corazón haciéndolo contraer a un ritmo fuerte, empezó el herido a dar muestras de un cambio impresionante.

La dilatación de las venas del cuello, que fue lo primero que advirtió a Marisa de lo que ocurría, desapareció súbitamente mientras que el corazón, habiendo perdido la mayor parte de la sangre que lo había sofocado en el saco pericardial, encontró espacio para realizar otra vez sus funciones y la circulación se restableció

normalmente. Con una dosis adecuada de oxígeno que era bombeada ahora a los pulmones, se establecía en éstos la relación normal con la sangre. Las vetas de color violáceo de la parte superior del tórax, cuello y rostro empezaron a adquirir el matiz rosado propio de la oxigenación normal.

—¡Es un milagro! —exclamó uno de los internos que estaba observando.

—¡Todavía no! —le corrigió Dieter—. Su corazón se contrae, sus pulmones se inflan y desinflan, el oxígeno se comunica con la sangre, pero sólo podemos hacer que un cadáver recobre los movimientos vitales...

Cesó de hablar en el momento en que el ritmo de la válvula del «dispositivo de reanimación» cambió de improviso. Desde que el interno había puesto en marcha el mecanismo, el firme cliqueteo de la válvula, inflando alternativamente los pulmones del herido y dejando escapar el aire, no había cambiado. Ahora, de repente, el intervalo entre los golpecitos se había acortado y comenzaba a ser irregular, señal inequívoca de que el paciente empezaba a respirar por sí mismo, cambiando el ritmo de la válvula al oponer la fuerza de su propia respiración a la de la máquina.

—¡Respira! ¡Vive! —exclamó Dieter—. ¡La felicito, doctora Feldman! ¡Ha provocado usted una resurrección!

Capítulo VI

Empujando la puerta de la sala de emergencia en el momento en que el reloj de pared marcaba las cinco, hora en que empezaba su turno, Mike Traynor se enfrentó con una escena dramática: la doctora, delgada y con el pelo corto de color oscuro y el rostro atractivo aunque algo anguloso, extrayendo sangre del saco pericardial; la maciza silueta de Antón Dieter sosteniendo los electrodos sobre el pecho del herido; y el interno con la máscara del «aparato de reanimación» sobre el rostro del paciente ocultando por completo los rasgos que podían identificar al paciente.

«Bien. Esta vez ocurre algo emocionante aquí», pensó.

No dudó por un momento que el paciente que reposaba sobre la mesa era el «médico eminente» mencionado en el mensaje radiado, y alargó el cuello por encima de la espalda de uno de los internos, tratando de ver quién era, pero la máscara de la bomba de oxígeno ocultaba las facciones del herido y Mike temía preguntar su nombre. A semejanza de muchos cirujanos de renombre, se sabía que Dieter tenía un temperamento irascible y Mike no quiso arriesgarse a provocar su cólera.

Al fijar su atención en Marisa Feldman pensó que el nuevo miembro de la Facultad no estaba mal del todo. Evidentemente no podía considerarse que estaba favorecida cubierta de sudor procurando obtener la aspiración de la sangre del pecho del paciente que yacía sobre la mesa. Hacía dos días que había llegado a la Facultad, pero todos sabían que en su especialidad era casi tan hábil como Dieter en la suya. La «*vox populi*» decía que era una refugiada educada en Inglaterra y que había ido a Alemania Oriental para ayudar a unos parientes y allí la habían internado en una especie de campo de concentración. Los judíos no eran apreciados en aquel sector aun entonces y los rusos los odiaban. Sin embargo, había logrado escapar, acabar los estudios en Inglaterra, colocarse como profesora auxiliar en Harvard durante un par de años y venir a Weston con el rango de auxiliar de cátedra.

El hecho de que Marisa Feldman tenía cerca de treinta años no molestaba a Mike Traynor, ni que fuese judía. Siempre había oído decir que las israelitas eran apasionadas y que cuanta más edad tuviera una mujer más agradecida estaría probablemente a un hombre más joven que se interesara por ella.

«Sí —decidió—. Valía la pena probar con la doctora Feldman». El hecho de que ella fuera profesora y él estudiante podía dificultar un poco las cosas, pero también daba mayor interés a la aventura. Como especialista en seducción, Mike sentía atracción por los casos difíciles y éste parecía hecho a medida de su habilidad.

En aquel preciso instante el interno que manipulaba la bomba de oxígeno quitó la máscara para ajustar el conducto de aire y Mike Traynor pudo echar un rápido vistazo a la cara del herido. Esto fue más que suficiente para que saliera del cuarto como una exhalación. En la puerta de la sala de emergencia encontró a Lew Saunders, compañero de habitación en la residencia de internos.

—Ocupa mi puesto durante diez minutos, Lew —dijo agarrando al estudiante por

el brazo—. Debo hacer una llamada.

—¡Siempre con trucos, Mike!

—Esto es realmente importante. Además supongo que no te querrás perder el caso cardíaco de ahí dentro.

—Tienes razón en eso —dijo Saunders— pero no tardes más de veinte minutos. Tengo una cita.

—Lo prometo.

Mike se dirigió velozmente a los vestuarios, donde había colgado la americana para ponerse una chaqueta blanca antes de empezar su turno. Arrojó la chaqueta blanca en el espacio reservado para los estudiantes, agarró la americana y bajó corriendo la rampa sobre la que las camillas eran empujadas al descender de las ambulancias.

Una hilera de cabinas telefónicas estaba situada a lo largo de la pared frente al snack bar y entró en una de ellas. Afortunadamente recordaba haber visto el nombre Hilton en la calle que conducía a la cabaña, donde había dejado a Elaine McGill no hacía más de media hora. Con una rápida ojeada al listín descubrió que había dos números con ese nombre, siendo el segundo una centralita de las afueras, lo que indicaba casi con certeza que se trataba de la cabaña. Dejando caer una moneda en la ranura, marcó el segundo número.

«El viejo y cornudo bastardo», pensó mientras esperaba que el teléfono hiciera la llamada. Entonces empezó a reír, porque después de todo había sido una curiosa burla del destino. Mientras él estaba en la cabaña del lago con la esposa del viejo dermatógrafo, éste había estado yaciendo con la mujer más ardiente de la ciudad.

Elaine McGill se despertó al sonar el teléfono. Todavía medio embriagada por la liberación explosiva de emociones durante tanto tiempo inhibidas, que había encontrado en los brazos de Mike Traynor la segunda vez, cogió el auricular sin lograr despertarse del todo.

—¿La señora Elaine McGill? —parecía la voz de Mike.

—¿Sí...?

—Soy yo, Mike Traynor. ¿Aún no te has enterado?

—¿Enterado? ¿De qué? Estaba durmiendo.

—¿Es que no tenías conectada la radio o la televisión?

—No. ¿A qué viene todo eso?

—Se trata sólo del mayor escándalo que ha habido en esta ciudad. En el hospital te están buscando.

—¿Por qué?

—Tu marido ha sido sorprendido con la señora Dellman esta tarde. El doctor Dellman disparó contra ambos.

—¡Es imposible! —dijo rápidamente—. Paul no podía...

—Le vi en la sala de emergencia con mis propios ojos. Tenía una bala alojada en el pecho.

Elaine se apoyó en la mesita de noche para no perder el equilibrio:

—¿Tendrán que operarlo?

—Dieter aún no lo había decidido cuando vine a llamarte. El doctor McGill estaba prácticamente muerto con una herida en el corazón, pero una nueva doctora del hospital se dio cuenta de que todavía vivía y podía salvarle. No te preocupes. En manos de Dieter se pondrá bien. Ese tipo es genial en lo referente al pecho o corazón.

—Estaré ahí lo más pronto posible. Haz el favor de decirles que no tardaré.

—No creo que eso sea prudente dadas las circunstancias. ¿No te parece?

—No, supongo que no. —No deseaba otra cosa sino acabar la conversación.

—Pensé que debías saberlo —dijo— y no te preocupes. Dieter es un brujo.

Elaine colgó el teléfono bruscamente y empezó a vestirse con velocidad frenética. ¡Paul y Lorrie! Era lo último que ella hubiera sospechado. En cuanto a los otros no tenía dudas. Maggie McCloskey dijo una vez durante una reunión de la «Sociedad Anatómica» que sus maridos tenían una cosa en común: que todos se habían acostado con Lorrie Dellman Y si Paul se acostó también con Lorrie, ¿por qué la reacción del marido había sido distinta?

—Ya puede administrarle la dosis normal de oxígeno —dijo Dieter al interno que manipulaba la bomba de oxígeno. El doctor en prácticas que acompañaba al cirujano empuñó las manivelas de los electrodos del restablecedor de ritmo cardíaco y Dieter tomó la muñeca del paciente contando las pulsaciones con la segunda de su reloj.

—Tiene pocas pulsaciones, pero son regulares y fuertes si tenemos en cuenta que hace unos minutos estaba muerto —informó—. ¡Que alguien compruebe la presión de la sangre!

—Admiro su rapidez de pensamiento, doctora Feldman —exclamó Dieter volviéndose hacia Marisa mientras aplicaba el puño para la presión al brazo de Paul McGill—. No creo que yo hubiera podido diagnosticar tan velozmente.

Procediendo de Dieter, sabía ella que se trataba de un gran elogio, pero reprimió el impulso de darle las gracias.

—Escuché sonidos débiles en el corazón del paciente con el estetoscopio —explicó ella—. ¿Saco ya la aguja de aspiración? Parece que se ha parado la hemorragia.

—Por ahora sí —dijo Dieter— pero no se aleje, por favor. Cuando suba la presión sanguínea, tal vez empiece a sacar sangre otra vez a través del orificio de la bala que tiene en el ventrículo antes de que podamos cerrar la herida con suturas. La herida de entrada se aprecia perfectamente en la región torácica central. ¿Examinó alguien la espalda por si presentaba alguna herida?

—Apenas había tiempo. Los enfermeros de la ambulancia le dieron por muerto cuando acerté a verlos llevándolo a la sala de emergencia y observé la congestión de las venas del cuello.

Las pobladas cejas de Dieter se elevaron de nuevo:

—¡En ese caso lo salvó usted prácticamente de la muerte, doctora Feldman!

La vigilante ya madura de la sala de emergencia miró de uno a otra, mientras recogía la jeringa y las agujas de la mesita, preguntándose qué podía existir entre ambos. La doctora judía no hacía más de dos días que había llegado al hospital, pero al observarlos, podría verse claramente la atracción física existente entre ambos.

—Parece respirar con normalidad —observó Dieter—. Veamos si se ha restablecido ya el ritmo cardíaco normal.

El doctor en prácticas elevó los electrodos de la pared torácica mientras la enfermera desconectaba el aparato. Dieter mantuvo los dedos sobre el pulso del enfermo durante un minuto mientras observaba la segunda de su reloj.

—El latido es casi normal y regular —informó—. Oreo que podemos ponerlo de lado con cuidado para buscar la salida de la bala.

Ninguna señal apareció por ningún lado y la expresión de Dieter era grave mientras volvían a colocar al paciente en decúbito supino.

—Ahora tendremos que extraer la bala —dijo—. Llévalo a rayos X y veamos lo

que encontramos. Y enfermera...

—Sí, doctor.

—Cuide de traer la bomba de oxígeno y el restablecedor de ritmo, por si los necesitamos. ¿Viene usted, doctora Feldman? Marisa titubeó sólo un momento. —Iba a cenar, pero eso puede esperar.

—Gracias —dijo Dieter mientras empujaba la mesa de examen fuera de la habitación—. Quisiera tenerla para el caso de que el pericardio empiece a llenarse de nuevo.

Quince minutos más tarde Dieter estaba junto a la mesa de rayos X frente al doctor Sam Penfield, radiólogo del hospital, estudiando la pantalla fluoroscópica iluminada por los rayos X que penetraban el pecho del paciente desde el tubo situado bajo la mesa. Una pequeña mancha oscura se mostraba contra el fondo más claro de los pulmones y los blandos tejidos de la pared torácica. Estaba situada en la sombra del corazón, que podía verse latir con regularidad.

—*Mein Gott*.

En momentos de excitación Dieter profería palabras en su lengua nativa. Existía ahora una buena razón para sentirse excitado, puesto que la bala se desplazaba lentamente dentro de una pequeña y restringida zona.

—¡Ese maldito objeto está dentro del corazón! —dijo el radiólogo con voz aterrada—. Me atrevería a decir que está en el centro del ventrículo.

—¿No hay ninguna probabilidad de que esté fuera de la cámara, en el pericardio o el músculo? —preguntó Dieter.

—No, por la forma en que se mueve —dijo Penfield—. Si estuviera en el pericardio o en el músculo la sombra se movería rítmicamente con el corazón, puede usted ver que está columpiándose en la corriente de sangre que atraviesa el ventrículo lo que significa que debe estar libre.

—Mire esto, doctora Feldman. —Dieter se apartó para que Marisa pudiera acercarse a la pantalla—. Tal vez no vea usted jamás nada semejante.

—Jamás vi cosa parecida —expuso Penfield.

—¿En qué condiciones se encuentra? —preguntó Dieter al interno que estaba de pie a un extremo de la mesa con el dedo en el dispositivo utilizado por los anestesiistas para contar los latidos del corazón durante las operaciones. Un puño para la presión de la sangre había sido colocado en el brazo del paciente y un estetoscopio aplicado a la parte frontal del antebrazo de forma que pudiera tomarse la presión de la sangre mientras yacía sobre la mesa.

—Muy buenas, señor —dijo el interno—. Pulso cien. Respiración veinticuatro. Presión de la sangre cien sobre sesenta.

—El corazón parece latir con fuerza —observó Marisa Feldman contemplando el latido en la pantalla fluoroscópica—. No debe haber mucha sangre en el pericardio.

—Y tampoco mana de la herida a juzgar por el aspecto de la sombra del corazón —convino Penfield.

—¿Qué le parecería a usted, doctora Feldman, si hiciéramos descender la parte frontal de la mesa para que cayera la bala a través de la válvula aorta hacia la aorta de forma que pueda ser impulsada a una de las arterias de las piernas? —preguntó Dieter inopinadamente—. Bastaría con hacer una corta incisión en la vena, abriéndola y extrayendo la bala.

—Su razonamiento sería correcto, doctor, si la bala se aloja en el ventrículo izquierdo. —El acento inglés de Marisa Feldman se hizo más patente—. Sin embargo, si está en el derecho, impulsaría la bala hacia el árbol arterial de los pulmones, donde la vena es siempre más estrecha. Antes de que pudiera darse cuenta, hubiera provocado una embolia pulmonar y probablemente la muerte.

—¡Vaya! —la entonación de Dieter era algo socarrona—. ¡Usted es lógica además de bonita, doctora Feldman!

Se quedó un poco tensa al darse cuenta de que sólo la había estado probando con la pregunta, relajándose en seguida.

—Ignoraba que estaba bromeando, doctor.

—No era broma. Sólo quería confirmar mi pensamiento. —Se dirigió al interno —: Como ha indicado la doctora Feldman, si la bala está en el ventrículo derecho y si accidentalmente se desliza introduciéndose en la circulación pulmonar, podría presentarse una complicación grave. Procure que el paciente sea conducido con cuidado a la sala de operaciones. No queremos que la pequeña bala empiece a desplazarse.

—En la oficina principal no han podido localizar todavía a su esposa. —La enfermera de la sala de emergencia acababa de entrar en la sala de rayos X—. Han tratado de llamarla a su casa, pero no contesta nadie.

—Entonces tendremos que operar sin ella —dijo Dieter secamente—. No podemos permitirnos esperar por más tiempo.

—Fuera hay dos policías, doctor Dieter —dijo la enfermera—. ¿Podrá usted hablarles antes de subir?

—Sólo un momento. Llame al doctor Long, por favor, y pídale que prepare la medicación preoperatoria. Si usted se sirviera acompañar al paciente a la sala de operaciones, doctora Feldman, le estaría muy agradecido.

El teniente Vosges y el sargento O'Brien se levantaron del banco de visitantes de la sala de emergencia al acercarse Antón Dieter.

—Debo estar en la sala de operaciones dentro de unos minutos, caballeros —dijo el cirujano bruscamente—. La enfermera me dijo que ustedes querían verme.

—¿Tiene alguna oportunidad el doctor McGill, doctor? —preguntó Eric Vosges.

—Una oportunidad excelente, habida cuenta de que tiene una bala en el corazón.

—¡En el corazón! —exclamó O'Brien—. Es un caso difícil, ¿no es verdad?

—Ciertamente no ocurre todos los días —convino Dieter—. No he tenido tiempo de obtener más detalles acerca de este desgraciado suceso. ¿Cuántos disparos se produjeron?

—Sólo uno —contestó O'Brien—. La bala atravesó primero el corazón de la señora Dellman, pero no era nada extraño al estar juntos en aquel momento.

—Ya veo. —Las cejas de Antón Dieter se arquearon—. ¿Es todo, caballeros?

—Tal vez le pidamos un informe complementario, una vez finalizada la operación —dijo Vosges.

—Naturalmente. —Dieter hizo crujir los talones—. Buenos días.

El teniente Vosges y el sargento O'Brien habían dejado el coche en el aparcamiento al otro lado de la calle. Al cruzar hacia éste en aquel momento, vieron cuatro mujeres que se dirigían a la puerta de la sala de emergencia desde distintas partes del inmueble. Todas parecían preocupadas y una caminaba entre otras dos tambaleándose. Ninguna advirtió a O'Brien, aunque éste levantó el sombrero hacia ellas en señal de cortesía.

—¿Amigas tuyas? —preguntó Vosges.

—Las conozco a todas, pero no puedo culparlas por no advertirme en estos momentos. Estoy seguro de que todas han oído la noticia y corren al hospital para comprobar si sus maridos padecen un caso agudo de envenenamiento por plomo.

Miró hacia el punto por donde hablan aparecido juntas las cuatro. Parecían dudar, esperando que una entrara la primera. Entonces Amy Brennan atravesó el umbral y las otras la siguieron.

—Ahí van las esposas de los más famosos doctores de la ciudad —añadió O'Brien—. Todas ellas íntimas amigas de Lorrie Porter. Las cosas que he oído sobre algunas de las fiestas que han celebrado te pondrían los pelos de punta.

—Creo que tienen derecho a estar asustadas —dijo Vosges—. Ahora ven probablemente que su pequeño mundo empieza a desmoronarse a su alrededor.

—Amy Weston, la alta que vino en el «Cadillac» blanco —dijo O'Brien— corre ahora como todas las otras a averiguar quién ha perdido. Ahora que lo pienso, creo que todas han perdido.

—¿Por qué imaginas esto?

—Ese grupo y otras dos o tres constituyen el núcleo más selecto de la sociedad de

la ciudad: presidente de tal o cual proyecto para recoger fondos, sociedad musical, festival de arte y otros centros importantes. Amy Brennan ocupa un puesto destacado en la esfera de los auxiliares médicos del Estado, por lo que he podido leer en los periódicos. Si no me equivoco, Dellman va a remover cielo y tierra para acabar con esta inmoralidad, lo que significa que esas mujeres y sus maridos y algunos más, van a tener que ayudarlo de buen o mal grado. A mi parecer, éste es el peor escándalo que haya promovido Lorrie Porter.

—¿En qué te basas para afirmarlo?

—Cuando Lorrie era una niña siempre se metía en líos. Yo trabajaba como guarda en las viejas tejedurías de Weston antes de ingresar en la policía, de forma que tuve que sacarla de muchos de ellos. Cosas sin malicia, sólo que tenía unas ideas peculiares sobre la diversión. Cuando veo a todas esas mujeres corriendo hacia el hospital para averiguar cuál de ellas tendrá que esconder la cabeza hasta que todo pase, casi estoy inclinado a creer que Lorrie lo planeó así.

—¿Se podrá echar tierra sobre el asunto?

—Naturalmente.

—No se puede ocultar el crimen bajo una alfombra.

—Olvidas que las tejedurías de Weston producen las mayores alfombras del mundo. Ya encontrarán alguna que pueda tapar este montón de suciedad. Vamos, Eric. Hemos de localizar a la esposa de este individuo y comunicarle lo que ha pasado.

El teniente Vosges vio cómo un coche atravesaba la luz roja a toda velocidad, cuando se acercaban a un cruce unos diez minutos más tarde. Hizo un giro rápido a la izquierda para seguirlo, haciendo sonar la sirena al mismo tiempo. Pronto adelantaron al vehículo, pero cuando empezaba a acercarse a la curva para hacerle reducir la marcha, el sargento O'Brien dijo rápidamente.

—Marcha delante de ella, Eric, sin dejar de hacer sonar la sirena.

—¿Pero, qué diablos...?

—Es la esposa de McGill, la que estamos buscando.

Vosges pisó de nuevo el acelerador mientras O'Brien se inclinaba hacia la ventanilla haciendo señas a Elaine McGill para que los siguiera. Cuando ella a su vez asintió con la cabeza dando a entender que había comprendido y siguió el coche de la policía, O'Brien se apoyó otra vez en el asiento.

—¿Sabes lo que resultaría irónico?

—Bueno, creo que todo este asunto lo es.

—Supongo que la razón por la que nadie podía encontrarla es porque ella estaba emulando a su marido con otro tipo.

—Eso sería gracioso.

O'Brien saltó en su asiento de repente.

—¡Ya lo tengo!

—¿Qué?

—¿No te dije que había algo que no encajaba en este asunto?

—Y sigo sin comprenderlo.

—Lorrie Dellman recibió un disparo en el corazón y el doctor McGill tiene también una bala alojada en el corazón que U penetró por delante. ¿Qué indica esto?

—Lo ignoro.

—A menos que Dellman disparara desde abajo de la cama estaban en posición inversa, de forma que cuando él disparó contra alguien pensando que un hombre estaba seduciendo a su mujer, era todo lo contrario. Apuesto a que Lorrie encuentre esto divertido, dondequiera que esté.

Capítulo VII

Eran las cinco y media cuando el señor David Rogan, psiquiatra de la clínica universitaria y jefe del correspondiente departamento de la Facultad de Weston finalizó de redactar una nota sobre el último paciente del día y paró el dictáfono. Como todo el mundo, tanto en la clínica como en el hospital, conocía el drama que se estaba desarrollando al otro lado de la calle en la sala de emergencia, pero como no tenía deberes especiales asignados en los casos de emergencia cardiacos, había resistido la tentación de cruzar en dirección al hospital para ver lo que ocurría, incrementando la avalancha de gente que únicamente podía poner trabas al equipo de reanimación en su trabajo.

La oficiosa red de comunicación del hospital le había informado, por mediación de su secretaria, que Paul McGill había sido herido por Mort Dellman «en el propio acto», según expresión de ella. Recordando que aún no habían podido examinar al niño de Janet Monroe en la consulta solicitada aquella mañana por el doctor Deemster, catedrático de Pediatría, Dave decidió pasar por allí antes de regresar a casa y tomó el ascensor hasta la planta baja de la clínica.

De estatura media, tenía una calvicie bastante avanzada a los cuarenta y cinco años, y el escaso pelo que le quedaba en las sienes era de color gris en dos terceras partes. El golf y la jardinería en los fines de semana mantenían esbelto su cuerpo, aunque debía vigilar el peso para evitar la formación de colesterol y también para impedir lo que George Hanscombe, especialista en corazón y circulación de la clínica, llamaba «hinchazón insinuante en las caderas», lo que no era fácil ausentándose Della tan a menudo para tomar parte en torneos de golf y con un ama de casa, cuyo fuerte era la bomba atómica de la gastronomía conocida con la denominación de «cocina meridional».

Como muchos psiquiatras, Dave Rogan tenía esa mirada ligeramente comprensiva que proviene de la observación de las debilidades y flaquezas humanas, en su caso a través de unos lentes montados al aire, sin los que no podía ver un letrero en la calle a tres metros de distancia. En aquel instante, sin embargo, la calma normal propia de un psiquiatra estaba alterada por un problema nada insólito en los maridos: la incapacidad de comprender a su esposa. Habían pasado dos semanas desde que Della había salido para Augusta para participar en el campeonato femenino, enojada porque él no podía acompañarla, y hasta el momento no había logrado ningún progreso perceptible hacia la conciliación.

Ninguna disputa entre ellos había durado la mitad de este tiempo, pensó mientras salía del ascensor, encontrándose en el vestíbulo de la clínica, que aparecía casi desierto a aquellas horas en que la marea de humanidad doliente, que irrumpía por las puertas cada mañana a las ocho, se había retirado por otras veinticuatro horas. Normalmente las desavenencias conyugales en el hogar de los Rogan seguían la misma pauta que en la mayoría de las parejas. Se producía una riña, tras la cual Della

permanecía callada un día o dos. Cuando la disputa era importante, ella dormía en otra habitación durante una o dos noches como manifestación de su disgusto. Al final, sin embargo, conseguían conciliarse sin la amenaza del divorcio.

Esta discusión había empezado más o menos como siempre, pero últimamente, sobre todo después de que Della regresó de Augusta, la reconciliación no había seguido su curso normal, mejor dicho, no se había producido tal reconciliación. Él había realizado los intentos de acercamiento que se esperaban de él como prueba de arrepentimiento por los pecados cometidos o imputados, pero no había logrado nada. Cada mañana, Della salía para jugar al golf y cada noche se sentaban en silencio tras la cena hasta que llegaba la hora de acostarse. Afortunadamente los niños estaban todavía en el campamento. Como psiquiatra no ignoraba que la discordia conyugal, aun en pequeño grado, existente entre Della y él, podía tener un funesto efecto en el desarrollo de la personalidad de sus hijos, si esta situación se prolongaba.

De modo que no podía hacer otra cosa que esperar hasta que Della decidiera revelar el pecado hasta entonces ignorado del que había sido juzgado y probada su culpabilidad mediante aquel extraño y tortuoso proceso de razonamiento —o sin razón— llamado lógica femenina. Él, sin embargo, era amante de la paz. Tras el tratamiento de tempestades emocionales, siempre había sido un alivio regresar al hogar y encontrarse a alguien que, tal vez en gran parte por estar psicológicamente exhausta a causa del esfuerzo realizado en el juego de golf, no lo recibía en la puerta con un rodillo. Y no deseaba otra cosa en aquel instante que la cesación de hostilidades.

Abandonando la clínica, Dave cruzó la calle y entró en el hospital por la entrada de emergencia, que servía de atajo hacia el pabellón de Pediatría donde, iba a examinar al pequeño Jerry Monroe. Mientras atravesaba la pequeña zona de espera fuera de la sala de emergencia, enlosada con mosaicos blancos, se sorprendió viendo a Della, Grace Hanscombe, Maggie McCloskey y Amy Brennan esperando en el mostrador con un aspecto inseguro como el que tiene la gente que ignora dónde ir. La repentina sensación de alivio que apareció en los ojos de Della al verle le cogió de sorpresa, después del trato frío que le había dado durante más de una semana.

—¡Hola! —dijo—. Si habéis venido por lo de Paul.

—¡Paul! —acertó a decir Amy Brennan—. ¡Entonces era él!

Los ojos de David pasaron de una mujer a otra observando la misma sensación de alivio que Della había mostrado al verle.

—Ninguna de vosotras sabía de quién se trataba, ¿no es cierto? —exclamó.

—El boletín de noticias de la radio no mencionaba su nombre —explicó Della—. Decidimos venir todas y ayudarnos mutuamente...

—¿Se salvará Paul? —preguntó Grace Hanscombe.

—No sé nada salvo lo que se comentó en el hospital —dijo— pero hablaré con la supervisora de la sala de emergencia para ver qué puedo averiguar. —Volvió al cabo de unos minutos—. Paul tiene una bala en el corazón, pero parece que se iba

recuperando cuando salió de aquí. Dieter lo ha subido a la sala de operaciones.

—Necesito un trago. —Maggie McCloskey se sentó súbitamente en un banco cercano.

—Te traeré agua. —Grace Hanscombe se dirigió al refrigerador de agua situado en una esquina de la sala de espera, cogió un vaso de papel y lo llenó de agua. Las manos de Maggie temblaban tanto que Grace tuvo que sostenérselo mientras bebía.

—¿Vas a la sala de operaciones, Dave? —Della confiaba en que estuviera libre y pudiera acompañarla a casa. Empezaba a sentirse un poco mareada como reacción a la tensión a la que había estado sometida desde que se dieron a conocer por radio las primeras noticias.

—Tengo que visitar al niño de Janet Monroe —explicó—. Allí me dirigía ahora.

—¿Está Elaine aquí? —preguntó Grace.

—La enfermera con la que hablé me dijo que habían ido a buscarla a su casa, pero no obtuvieron respuesta.

—Elaine y Paul han estado utilizando la cabaña de los Hilton en el lago Tabitha este verano —dijo Grace—. George y yo salimos a cenar con ellos la semana pasada.

—Diré a la telefonista que intente llamar a la cabaña —dijo—. Paul juega siempre al golf los miércoles y es probable que Elaine haya invitado a alguien al lago para nadar.

En aquel instante la puerta exterior se abrió y entró Elaine McGill. Miró a las mujeres y luego a Dave. Sabiendo la pregunta que se adivinaba en sus labios y notando que ella no podía articular palabra, dijo rápidamente Dave:

—Han llevado a Paul a la sala de operaciones, Elaine. El doctor Dieter cree que todo saldrá bien, pero no podían esperarte.

—Estaba en el lago.

—Tiene una bala en el corazón. Dieter va a abrirlo y extraerla. —Era una muestra de la reputación de Antón Dieter y del rápido avance de los conocimientos quirúrgicos el hecho de que ninguno de los presentes se extrañó de la naturaleza del procedimiento operatorio. La cirugía de corazón abierto se había convertido en un procedimiento operatorio corriente desde la llegada de Dieter al hospital de Weston.

—¿Puedo ver a Paul? —preguntó Elaine.

—Lo han llevado ya a la sala de cirugía —dijo Dave—, pero lo traerán a la sala especial de asistencia intensiva más tarde. Tengo que ir a la sala cuarta de Pediatría para realizar una consulta, pero me viene de paso y puedo acompañarte.

—¿Quieres que nos quedemos alguna de nosotras, Elaine? —preguntó Grace Hanscombe—. Yo puedo esperarte, si lo deseas.

—Yo también —dijo Della.

—Tengo jaqueca —dijo Amy—, pero me gustaría...

—No, por favor —contestó Elaine agradecida—. Será una operación larga, ¿no es así, Dave?

—Probablemente. Lleva mucho tiempo preparar una operación de esta clase, y

una vez comenzada, no se puede correr.

—Todo irá bien —manifestó Elaine para tranquilizar a las cuatro mujeres—. Gracias por haber venido.

—En estas ocasiones hemos de ser sinceras —dijo Grace—. Vinimos realmente porque ignorábamos de quién se trataba y estábamos atemorizadas.

Dave deseó que hubiera sido Della quien hablara, aun cuando las palabras hubieran sido una especie de reconocimiento de que ella sospechara que él podía haberle sido infiel. Ese algo que había trastornado la tranquila comprensión y confianza que había constituido una parte tan importante de su matrimonio a través de los años, había llegado a un extremo durante el pasado torneo de golf en Augusta, en el que Della había tomado parte. Él había esperado que le hablara en esta ocasión, sabiendo que debía descargar su alma espontáneamente, si había de restablecerse lo que había habido entre los dos. Sin embargo, ella no parecía dispuesta todavía y él era demasiado buen psiquiatra y un marido excesivamente comprensivo para forzarla.

—¿Vendrás a cenar tarde? —preguntó Della.

—Probablemente. Ed Harrison tiene que practicar una punción espinal al niño de Janet Monroe y debo quedarme a presenciar la operación con el fin de hacer un buen diagnóstico. Tienes mal aspecto, cariño. ¿Por qué no te vas a casa y descansas hasta que yo regrese? Entonces daremos una vuelta en coche o iremos a cenar a alguna parte.

—Está bien.

El tono de Della era apagado. La viveza que había mostrado al verle parecía haberse disipado.

—Procuraré no tardar mucho —prometió—. Vamos, Elaine. Te dejaré en la sala de asistencia intensiva.

—¿Cómo puede Elaine estar tan tranquila? —dijo Maggie McCloskey mientras se retiraban de la sala de espera—. Nuestros maridos no estaban implicados en el asunto y todas estábamos asustadas.

—Imagino que se encuentra como aletargada —dijo Della.

—Creo que todas lo estábamos —dijo Grace—. ¿Dónde te enteraste de la noticia, Amy?

—¿Qué dices?

Tan fuerte había sido la sensación de alivio de Amy al descubrir que el hombre en cuestión no era Pete que había estado medio adormecida mientras Dave Rogan les iba hablando, oyendo casi sin escuchar.

Incluso la jaqueca había cedido un poco momentáneamente a causa de su preocupación por Pete, empezando ahora a cobrar incremento.

—Pregunté dónde estabas al oír la noticia —repitió Grace.

—A unos veinticinco o treinta kilómetros al oeste de la ciudad, de regreso de una reunión del distrito sexto.

—Lo había olvidado. ¿Cómo fue todo?

—Tengo la garantía de sus votos.

—¡Felicidades! Esto contribuirá a tu triunfo.

—Así lo creo.

«Debía ser la jaqueca lo que le hizo sentir tan poca satisfacción al anunciar su triunfo», pensó Amy. Realmente todos los triunfos que recordaba haber experimentado se habían esfumado por el sonido de la voz excitada del locutor de radio.

—Me pregunto cómo será el segundo acto —dijo Maggie McCloskey.

—¿Qué quieres decir? —La voz de Della era cortante.

—Ninguna de nosotras es tan tonta que crea que hemos llegado al final de la obra. Esta tarde cada una de vosotras tuvo que enfrentarse al hecho de que su matrimonio podía ser un fracaso, exactamente como pasa con el mío. Debería sentirme victoriosa. Todas vosotras tenéis mucho que decir acerca de mi divorcio con Joe, pero ahora no siento sino compasión por vosotras y aún más por mí misma.

—Hablemos claro —dijo Grace—. Tres de nosotras, por lo menos, tenemos un marido que regresará a casa esta noche. Será mejor que estemos en casa para protestar enérgicamente por si acaso nuestros maridos piensan hacer de las suyas también.

La sala de asistencia intensiva estaba situada en el último piso del edificio médico, formando parte de la antigua sección del hospital. A través de la puerta de la pequeña sala de espera, a la que Dave Rogan había conducido a Elaine McGill, podía ver la sección de las enfermeras con las hileras de tubos monitores electrónicos y la mesa de dibujo en que Janet Monroe estaba trabajando en unos gráficos bajo la luz que se esparcía sobre la mesa, dejando la hilera de tubos más arriba en la oscuridad. Elaine no se había dado cuenta de que tenía apetito hasta que Janet le trajo una bandeja con café y tostadas con mantequilla. En aquellos instantes comía mecánicamente mientras iba recobrando parcialmente el ánimo tras la impresión sufrida por lo que Mike Traynor le había dicho cuando la llamó a la cabaña del lago, el hecho aún casi inverosímil de que Paul había sido sorprendido con Lorrie aquella tarde y de que Mort Dellman le había disparado.

A través de la gran ventana de la sala de espera, podía ver Elaine la esquina del nuevo edificio de Cirugía y una hilera de ventanas, una de ellas bastante grande y muy iluminada. Conocía suficientemente el hospital para darse cuenta de que la ventana marcaba la situación exacta de la sala principal de operaciones, pero era todavía difícil creer que no era todo realmente una pesadilla y que en la habitación, tras aquella ventana, la vida de Paul seguía estando en peligro. ¿Tenía quizá derecho a rezar?, se preguntaba, ¿cuando apenas tres horas antes ella había estado en brazos de otro hombre y era tan culpable como Paul? Sólo podía alegar en su descargo que la medida desesperada que había adoptado estaba motivada por el deseo puramente egoísta de dar un hijo a Paul, aun cuando la semilla que le diera el ser pudiera no ser suya. En el momento de realizarlo, aquella necesidad había parecido justificar ampliamente la primera unión de su cuerpo con el de Mike Traynor y no sintió arrepentimiento, pero ¿qué justificación podía encontrar para la segunda, salvo la inconfesable lujuria de Mike y su propio deseo de él?

Pudo haberse vestido y abandonar la cabaña al despertarse. En vez de eso, lo había despertado antes de lo preciso para que él pudiera estar a las cinco de la tarde en el hospital, hora en que empezaba su turno. Lo había despertado, lo admitía ahora en un momento de sinceridad, porque en lo más profundo de sí misma quedaba por contestar una pregunta, la duda de si era realmente la mujer que ella creía ser, con la habilidad femenina para responder plenamente en el acto físico de la unión carnal, que constituía una parte tan trascendental del verdadero matrimonio.

No, no podía censurar a Paul, cuando ella misma era tan culpable como él. Tampoco podía echar la culpa a Lorrie Dellman, pues Lorrie les había advertido en la casa de Amy Weston hacía más de un año, durante una reunión de la «Sociedad Anatómica». Habían estado jugando al *bridge* después de que la cocinera de Amy, Ethel, les había servido melocotones con azúcar quemado. Lorrie había realizado una hábil jugada. Era una apasionada apostadora, pero sorprendentemente a menudo

apostaba por apostar. Mientras Amy daba las cartas, había empezado a anotar las suyas, distribuyéndolas sobre el tapete como una experta.

—Me siento excitada —había dicho Lorrie tan despreocupadamente como si estuviera hablando del tiempo.

—Contenta —dijo Maggie McCloskey—. Mort no está por aquí.

—¿Por qué Mort? Cualquiera serviría en este momento.

—No digas tonterías, Lorrie —dijo Amy con seriedad.

—Estoy hablando en serio. —Lorrie puso su baza a su lado sobre la mesa y recogió el juego que le había correspondido.

—O tal vez a una de vosotras le gustaría subir un ratito. Os prometo una interesante...

—¡Lorrie! —interrumpió Amy—. Esto es pasarse de la raya incluso tratándose de ti.

—No iréis a decirme que ninguna de vosotras lo ha pensado o intentado alguna vez.

—Hay cosas que es mejor que no las comentas —dijo Maggie—. Apuesto dos corazones.

—Dos tréboles —dijo Lorrie—. Estamos en el siglo xx, chicas. Hace cien años a las mujeres no les estaba permitido tener sentimientos eróticos, salvo cuando sus maridos las ponían en trance.

—Como introducir la llave en la cerradura —dijo Grace.

—Y sólo debía encajar una llave —añadió Maggie.

—Cuando él estaba satisfecho, ella tenía que contentarse también —había dicho Elaine y recordaba ahora que se había ruborizado al haber revelado inadvertidamente la verdad acerca de su vida íntima con Paul—. Lo que quiero decir es...

—Todas sabemos a qué te refieres, Elaine —dijo Grace Hanscombe—. Creo que nos ha ocurrido a todas, más de una vez.

—¡Chicas! —dijo Amy—, hablemos de algo más agradable.

—Insisto en que no hay otro tema más agradable —dijo Lorrie—. La razón por la que muchas mujeres no hablan de esto es porque no quieren admitir públicamente que de vez en cuando sienten la necesidad de acostarse con algún hombre que no sea su marido. La verdad es que tenéis miedo porque pensáis que el hombre adquiere cierto poder sobre vosotras durante un par de minutos, en el momento del climax.

—¿No te ocurre a ti lo mismo? —preguntó Grace Hanscombe.

—Naturalmente, ¿para qué serviría de otro modo correr esta aventura? —dijo Lorrie—. Lo que olvidáis es que el hombre se domina menos que nosotras, lo que nos convierte en vencedoras.

—¡Magnífica ventaja! —exclamó Della Rogan—. Dos minutos de victoria y nueve meses de castigo.

—Lo que tienes que hacer, Della, es negociar una tregua —dijo maliciosamente

Grace Hanscombe.

—¿Qué clase de tregua? —preguntó Lorrie, lo que provocó una carcajada general.

Dos manos más tarde, Lorrie había soltado la bomba.

—¿Sabéis lo que sería divertido? —dijo Lorrie.

—Ya estamos otra vez —dijo Maggie—. ¿Qué se te ocurre ahora?

—Cambiemos nuestros maridos.

Se produjo un silencio penoso, al que siguió una carcajada en gran parte forzada.

—A nadie sino a ti se le ocurriría cosa semejante —dijo Elaine.

—No digas eso, porque todas habéis pensado en ello más de una vez. Dejemos el juego y empecemos a hacer planes.

Siguió otro silencio, un silencio culpable, a esta insinuación. Entonces Amy dijo bruscamente.

—Todas somos románticas; pues de lo contrario no estaríamos casadas, Lorrie. Naturalmente soñamos a veces con ser raptadas por un príncipe encantador. ¿A quién no le ha ocurrido tener uno de esos sueños?

—Sólo que luego ha resultado ser una pesadilla —dijo Maggie.

—Para eso se requieren dos personas, Maggie —dijo Lorrie.

—¿Sabéis de algo relacionado con Joe? —había preguntado Maggie con cierto temor.

—No, pero puesto que lo has sugerido, no me parece una mala idea. Los hombres bajos son generalmente excelentes amantes.

—No te acerques a él —gritó Maggie.

—No pierdas la calma —dijo Lorrie—. Joe es urólogo y las mujeres tienen sobre todo trastornos en la vejiga y riñones. Apuesto a que no pasa día en que no vea una docena de mujeres desnudas...

—Si Joe tan sólo... —había dicho Maggie incoherentemente.

—De todos modos nos reunimos cada mes, y siendo así, ¿por qué no dar mayor interés a estas sesiones? —dijo Lorrie—. Pensad lo divertido que sería empezar con un marido ajeno y pasar informe cada mes.

—¡Lorrie! —dijeron todas a coro en señal de virtuosa, aunque no del todo sincera, reprobación.

—Hablo en serio. Todas vosotras sufrís de raquitismo sexual por tomar siempre la misma dieta.

—Pues, ¿qué haces tú? —preguntó Maggie—. ¿Tomar vitaminas?

—Llámalo así si quieres. Al menos yo tomo de vez en cuando un nuevo plato, lo que me ayuda a mantenerme joven.

—Te diré una cosa —se apresuró a decir Grace Hanscombe—. Parece que la fornicación te prueba. Jamás vi a nadie con una apariencia de salud tan envidiable.

—Igual aspecto podéis tener vosotras —les garantizó Lorrie—. Nosotras, por ejemplo, formamos siete parejas —incluyendo a Alice y Roy— y hay siete noches

cada semana. Podemos turnarnos al menos una vez al mes.

—¿Has pensado que puedes estar casada con un hombre que se acueste contigo una vez por semana? —preguntó Grace.

—Tal vez las vitaminas que le recete, puedan ayudarle. ¿Quién sabe?

—Por lo que puedo oír, tenéis ya bastante adelantado el estudio sobre el intercambio de maridos —dijo Maggie. Lorrie sonrió burlonamente:

—¿Acaso te interesa saberlo? —Esperando que Maggie irrumpiera con alguna incoherencia, continuó—: Esta vez empezaremos sin ventajas. ¿Qué decís?

—Si se trata de una broma, Lorrie, esta vez has llegado demasiado lejos —cortó Amy.

—No, no se trata de una broma y no se va a acabar con palabras.

—¿Qué quieres decir?

—Nuestros maridos son médicos, ya que Mort es prácticamente un doctor en medicina y Roy es el abogado de la clínica. Cuando quieren probar una nueva droga, realizan un test clínico. Lo mismo podemos hacer nosotras. De este modo habremos realizado un estudio clínico con experimentos, como hacen nuestros maridos cuando discuten la existencia o no de un error al hacer un tratamiento.

—Te refieres a una conferencia de patología clínica, ¿no es verdad? —dijo Della.

—¿Qué es eso? —Puesto que Roy Weston era abogado, Alice no estaba familiarizada con la terminología médica.

—Es cuando el paciente ha muerto y se trata de averiguar qué lo mató —explicó Della.

—Es algo interesante —convino Grace.

—Apuesto a que puedo despertar incluso a los muertos —aventuró Lorrie.

—Olvídalo, Lorrie —dijo Amy secamente.

—¿Quién te eligió como portavoz, Amy? —preguntó Maggie.

—¿Quieres decir que tu...?

—No, pero no voy a consentir que las demás tomen decisiones por mí. Sugiero que hagamos una votación. Amy se encogió de hombros:

—No importa la decisión que toméis, no pienso participar.

—Tal vez Pete tenga ideas distintas, Amy. —La mueca de Lorrie fue como un insulto—. Después de todo un hombre que ha sido encadenado a un iceberg, no puede ser censurado si ve una palmera en el horizonte.

Amy se puso tensa, y por un momento Elaine pensó que iba a explotar.

—Te herí en lo más vivo, ¿no es cierto? —dijo Lorrie sonriendo—. Personalmente jamás he comprendido cómo un apuesto irlandés como Pete se casó con una melindrosa como tú.

—¡Cállate, Lorrie! —dijo Della Rogan—. Nuestros maridos son amigos íntimos y tenemos que convivir unas con otras. De nada nos servirá empezar a darnos arañazos.

—¿Qué opinas tú, Grace? —preguntó Lorrie—. ¿No eres partidaria de un poco de variación?

—Fui seducida por un cabo irlandés antes de que muchas de vosotras llegaraís a la pubertad —dijo Grace con fastidio—. Cuando te ha poseído uno, no te importa que lo hagan todos los demás.

—¡Qué cosas más terribles dices! —recordó Elaine en señal de protesta.

—Mi experiencia no es comparable a la de Lorrie, desde luego —dijo Maggie McCloskey— pero...

—¿Es que no vamos a jugar al *bridge*? —preguntó Grace.

—Votemos la proposición de Lorrie —dijo Maggie.

—Yo voto afirmativamente —dijo Lorrie con prontitud.

—No —dijo Amy con firmeza.

—Mi voto es negativo —dijo Della.

—Yo me abstengo —dijo Grace—. Al fin y al cabo soy extranjera.

—Yo voto negativamente —dijo Maggie—. Has perdido, Lorrie.

—Ya imaginé que no tendríais valor para hacerlo —Lorrie se encogió de hombros—. Pero pensé que debía daros una oportunidad antes de llevar a cabo el plan B.

—¿Qué es el plan B?

—Ya que rehusáis ser sinceras, haré el experimento yo sola.

Me acostaré con vuestros maridos, y luego podré daros algunos consejos, si me lo pedís.

—Al menos sería una opinión experta —dijo Grace.

—No estoy dispuesta a tolerar esto ni un momento más —Amy arrojó sus cartas al centro de la mesa y se puso en pie—. Esta es mi casa y creo que la fiesta ha terminado.

—Te olvidas de algo, Amy —le previno Lorrie—. Todas nosotras admitimos estar aburridas, lo que quiere decir que nos había hacer el amor con nuestros maridos. Estoy dispuesta a haceros un favor examinando cada uno de los casos a conciencia haciendo un diagnóstico y recomendando el tratamiento, a menos que el caso no tenga remedio. Creo que mi acción es digna de una amiga.

—En eso tienes algo de razón —admitió Grace— pero creo que mi caso está desahuciado.

—Tal vez no utilices todas tus armas —dijo Lorrie.

—¿Qué quieres decir con eso?

—No sé cómo vosotras, las inglesas, lo conseguís, pero tardáis en envejecer más que nosotras las americanas. Sé que pasas de los cuarenta y cinco, Grace, pero podrías pasar por cuarenta salvo a primera hora de la mañana, sobre todo cuando has pasado una mala noche. Cuando estás arreglada, eres bonita, como todas nosotras. Sólo tenemos que esforzarnos un poco más como amantes de lo que hacemos para ser esposas.

—Gracias por el consejo —dijo Maggie amargamente.

—Estamos casadas con hombres más o menos bien parecidos, aun cuando algunos de ellos poseen ya un poco la curva de la felicidad. En otras palabras,

formamos parte de la clase acomodada, aunque no somos millonarios. Tenemos todos los motivos para ser felices, salvo uno, que estamos hastiadas unas de otras y de nuestros maridos, lo que nos sitúa en una edad peligrosa.

—Esto afecta más a los maridos —dijo Grace.

—También a las mujeres —dijo Della Rogan—. Dave observa casos de estos todos los días. Lorrie no va mal encaminada. Al principio nuestros maridos y niños precisaban de nosotras, de forma que nos manteníamos ocupadas y fértiles. Ahora enviamos a los niños a campamentos de verano y dentro de unos cinco años muchos de ellos pasarán a los institutos e incluso a las universidades. Estamos desconectadas de la vida profesional de nuestros maridos y ellos no quieren jugar al golf o al póker con nosotras. Nuestros hijos tampoco nos necesitan y la criada se ocupa de la casa. Nos aburrimos en casa y comenzamos a manifestar síntomas de diversas enfermedades.

—Yo tengo colitis —dijo Alice con orgullo.

—Este es un síntoma corriente, pero hay más —dijo Della.

—Sin embargo, no deberían existir —interrumpió Lorrie—. Una mujer que tiene una aventura amorosa no se aburre. Está llena de vitalidad y sus glándulas trabajan a toda velocidad.

—Hasta que se le acaba la gasolina —dijo Grace—. Seamos sinceras, chicas. Nada estropea tanto una aventura amorosa como el matrimonio, especialmente si el amante es bueno.

—¡Grace! —protestó Amy.

—Todas somos un ejemplo viviente en ese sentido, salvo quizá Lorrie.

—La píldora parece que mantiene a las mujeres jóvenes y ardientes —protestó Maggie—. Incluso la menopausia desaparece.

—Dave observa diariamente casos de melancolía en mujeres que han llegado a la menopausia —dijo Della.

—¡Por lo que más queráis! —refunfuñó Maggie—. ¿No podemos hablar de algo más alegre?

—Yo estoy alegre —dijo Lorrie con viveza—. Es más, no puedo estar más excitada.

Elaine recordaba su mirada y el escalofrío que sintió al pensar lo difícil que resultaría a cualquier hombre resistir a Lorrie cuando estaba en esos momentos. Realmente, al reflexionar ahora sobre ello, Elaine no puso en duda de que Lorrie había decidido poner en práctica el plan B, tanto si agradaba como si no a las otras.

Pero ¿por qué tuvo que empezar con Paul? ¿O no había sido él realmente el primero?

Capítulo VIII

Ed Harrison tenía todo a punto para realizar la punción espinal a Jerry Monroe en el momento en que Dave Rogan terminó su examen neurológico. Dave siempre realizaba con agrado las consultas neurológicas aunque en este caso hubiera preferido tener otro paciente ya que tenía un sincero apego a Janet, que había descendido desde su sala cuando el pediatra en prácticas le llamó para acompañar a Jerry. También hubiera estado allí Jeff Long si no fuera porque debía hacer los preparativos para la operación de Paul McGill.

En un principio —y a menudo sigue siendo así— la neurología y la psiquiatría eran la misma especialidad denominada neuropsiquiatría. Esta postura era razonable puesto que una trataba de la anatomía del sistema nervioso y de los cambios patológicos en los tejidos mientras que la otra se ocupaba de los trastornos funcionales que rara vez podían localizarse como anomalía anatómica, salvo cuando, y también en raras ocasiones —ahora que la penicilina podía curarla— los resultados finales de una infección sifilítica originaban la demencia. Últimamente ambas esferas se habían separado, acercándose la neurología a los dominios de la medicina en oposición a la cirugía, al paso que la psiquiatría, que ocupaba prácticamente todo el tiempo de Dave, adquiría autonomía con respecto a la otra, lo cual era absurdo, según decía Dave a sus estudiantes al principio de curso cuando pasó a enseñar los principios básicos de la psiquiatría en el tercer año de medicina. La mente formaba parte integrante del cuerpo lo mismo que el sistema nervioso. ¿Cómo podía de otro modo explicarse que el miedo o la incertidumbre generados como pura emoción pudieran crear energía nerviosa en forma de impulsos eléctricamente mensurables que podían desplazarse por el nervio vago hasta el estómago y trastornar sus funciones de tal forma que el órgano empezaba a supurar formando una úlcera? Esta, a su vez, podía responder a los medicamentos, pero en algunos casos se requería la habilidad del cirujano, bien para cerrar la abertura originada en la pared torácica y que hacía surgir jugos digestivos muy irritantes hacia la cavidad abdominal, produciéndose un caso agudo, bien para extraer la zona productora de ácidos del estómago para evitar la corrosión del resto del mismo.

—¿Sabe usted algo más acerca del doctor McGill? —preguntó Ed Harrison a Dave mientras lavaba sus manos bajo el grifo del lavabo situado en la esquina de la sala de tratamientos del pabellón de pediatría.

El niño seguía aún medio dormido a consecuencia de la medicación preliminar. El psiquiatra se había visto forzado a despertarle para comprobar la reacción de las pupilas y el movimiento de los ojos.

—El doctor Dieter dijo que se iba a preparar una bomba de corazón-pulmón para el caso de que fuera precisa. Esto indica que tardarán una hora en la sala de operaciones para tenerlo todo preparado. Confío en ver la operación antes de marchar del hospital.

—¿Ha averiguado algún dato positivo en este caso, doctor Rogan? —preguntó Janet.

—No exactamente. Los reflejos tal vez sean más pronunciados en el lado derecho, pero ya sabe usted lo difícil que resulta juzgar estos síntomas en un niño.

—¿Cree usted que los músculos del cuello estaban rígidos? —preguntó Ed Harrison.

—No podría asegurarlo. Ahora está completamente relajado.

Harrison se inclinó hacia Jerry, que yacía en la mesa de tratamiento. A su lado estaba la enfermera jefe dispuesta para colocarlo en posición apropiada para la punción espinal.

—¡Despierta, jovencito! —dijo—. ¿Es que piensas dormir todo el día?

El niño abrió los ojos.

—¡Hola, doctor Ed! —dijo, y viendo a Janet le dirigió una sonrisa—. ¡Hola, mamá!

—¡Hola, cariño! —dijo ella—. Haz lo que el doctor Ed te diga y todo irá bien.

—Lo sé, mamá.

—Quiero que te apoyes en el costado. La enfermera te sostendrá —dijo el médico en prácticas al niño—. Tal vez sientas el pinchazo de un alfiler en tu espalda, Jerry, pero no te muevas que trataré de no hacerte daño. ¿De acuerdo?

—De acuerdo, doctor Ed.

Sus largas pestañas cayeron de nuevo y Harrison hizo una indicación a la enfermera que hizo girar con pericia al niño hasta que éste quedó de costado con la cabeza hundida y las rodillas levantadas.

La enfermera puso un brazo bajo sus rodillas y el otro alrededor del cuello, de forma que pudiera dominarlo si el niño trataba de estirarse.

La finalidad de esta posición arqueada era separar las vértebras y ampliar los espacios entre estas para permitir a Ed introducir una aguja. La aguja, al penetrar en el canal espinal estando el espacio revestido de membrana en torno al núcleo nervioso dentro de la columna vertebral, le permitiría obtener una muestra del fluido que circulaba en aquel punto en comunicación con otro espacio similar situado alrededor del cerebro y también en su interior.

La punción espinal era un complemento esencial para el diagnóstico en cualquier condición anómala relacionada con el cerebro, la médula espinal o de la meninge que formaba la envoltura de ambos. La presencia de pus indicaría un caso agudo de meningitis. Un número excesivo de linfocitos daba a entender generalmente una inflamación del cerebro conocida con el nombre de encefalitis. La presencia de sangre en el fluido podía obedecer a innumerables causas desde una herida en la cabeza a una lesión cerebral producida por un ataque de apoplejía en los pacientes de edad avanzada.

Poniéndose los guantes esterilizados Ed Harrison untó la espalda del niño con un antiséptico de color rojo dibujando un círculo de unos quince centímetros de

diámetro, lo tapó entonces con una pequeña sábana con una abertura de cinco por diez centímetros aproximadamente. Palpando a través de la ropa en busca de las excrecencias espinosas de las vértebras, los puntos de hueso salientes que formaban la zona visible de la espina dorsal, localizó la primera y segunda vértebras lumbares, desplazando la sábana para dejarlas al descubierto. En aquel instante con una pequeña aguja insertada en una jeringa, inyectó novocaína tan diestramente que no se despertó el niño.

De la bandeja colocada sobre la mesa que estaba a su lado, Ed Harrison cogió ahora una aguja flexible, por cuyo centro se deslizaba un alambre metálico llamado estilete. Centrando el punto de la aguja larga en el punto medio de la punción hecha con la novocaína, la empujó a través de la piel, penetrando a continuación los tejidos y continuando hasta que sus dedos percibieron un golpe apenas perceptible en el canal espinal, donde la aguja perforó la capa meníngea que forma su envoltura exterior.

Con todo cuidado retiró el estilete de metal del centro de la aguja, sosteniéndolo a punto para reemplazarlo en el caso de que se produjera un incremento notable en la presión del fluido. Si la presión del fluido espinal estaba sensiblemente incrementada, generalmente a causa de una lesión o tumor en el cerebro, un repentino descenso de presión en la parte inferior del canal dorsal podía ocasionar que el cerebro se apretara contra la base del cráneo con resultados graves, produciendo en ocasiones la muerte.

Sin embargo, no aparead ningún aumento de presión sino un goteo constante del extremo de la aguja. El fluido tenía casi su aspecto claro acostumbrado pero cuando Ed Harrison llenó un pequeño tubo de ensayo hasta la mitad y lo acercó a la luz, pudo verse claramente el tinte rojizo de la sangre.

—Sangra —dijo— pero ¿por dónde?

—Eso es lo que tenemos que averiguar —dijo Dave Rogan—. Creo que ya es suficiente por esta noche. Mañana puede usted pedir consulta de neurocirugía y de cirugía vascular.

Ed Harrison asintió.

—Eso haré. Confíemos en que no tenga otra hemorragia antes de que localicemos la causa de esta pérdida de sangre.

—¿Hay probabilidad de que ocurra eso? —preguntó rápidamente Janet Monroe.

—La misma que existía antes de la punción —le aseguró éste—. Tan sólo hemos extraído una pequeña cantidad de fluido de forma que no pueden haberse alterado demasiado las relaciones de presión.

Ed Harrison sacó la aguja y colocó un pequeño parche en el punto en que había atravesado la piel.

—¿Es posible que no se repitan estos trastornos? —preguntó Janet y el doctor más joven miró a Dave Rogan esperando que éste contestara.

—Sí, es posible —admitió el psiquiatra—. No obstante, las experiencias con las hemorragias dentro del cerebro o a su alrededor demuestran que en la mitad de los

casos son reincidentes a menos que se localice y combata la causa.

—¿Puede ser peligroso?

—Hay cierto peligro, no quiero engañarla, pero cada vez que se produce la hemorragia se duplica la dificultad de hallar la causa y eliminarla. Por esto seguiremos con algunos estudios de diagnóstico, aun cuando Jerry se encuentre al parecer bien en este momento.

—Comprendo —dijo ella—. ¿Qué haremos ahora?

—Los doctores Brennan y Dieter deben decidirlo. Seguramente será una exploración radioactiva del cerebro y posiblemente un arteriograma cerebral. —Dave Rogan recogió el pequeño maletín en el que guardaba los instrumentos para los exámenes neurológicos: un oftalmoscopio para estudiar el fondo del ojo, un martillo para probar los reflejos, un cepillito para comprobar las sensaciones de la piel, una aguja para calcular la reacción al dolor, un diapasón para verificación del sentido vibratorio y otros utensilios similares—. Sin embargo no se preocupe. Debe estar contenta por haber descubierto la hemorragia antes de que sea grave.

Dave Rogan dejó la sala después de esta observación. La angiografía, la inyección de un elemento químico opaco a los rayos X, directamente en las arterias que iban al cerebro de forma que éstas fueran visibles, era un procedimiento valioso pero no exento de peligro. Lo que era más, si la radiografía del árbol arterial del cerebro, la red múltiple de canales por los que la sangre era transportada a todos los rincones del cerebro, confirmaba el diagnóstico que iba empezando a adquirir forma en su mente, las perspectivas de vida del pequeño Jerry Monroe no superaban el 50 por ciento. Sin embargo, no había necesidad de decirlo a Janet Monroe por el momento. Sería absurdo aumentar su inquietud.

Cruzando desde el viejo edificio al nuevo en el que estaban las salas de operaciones, Dave cogió el ascensor hasta el piso situado encima del quirófano principal. A medio camino del pasillo abrió la puerta posterior de la galería de observación rodeada de cristal en la parte delantera, donde podían presenciar la operación hasta una docena de personas, tanto a través de los cristales como por la pantalla de televisión de circuito cerrado, orientada directamente hacia el punto donde se realizaba la incisión quirúrgica. De este modo, aun cuando los cirujanos estuvieran trabajando en lo más profundo de una herida en el cráneo o en el corazón, los detalles más minuciosos podían entrar en la esfera visual de las personas que ocupaban la galería de observación.

El quirófano completamente iluminado era el escenario de una animada actividad mientras proseguían los preparativos para el importante drama que iba a presentarse en breve en el escenario de mosaicos del piso de abajo. Los técnicos no habían acabado todavía de cargar de sangre la bomba del corazón, según pudo apreciar Dave, de forma que la operación quirúrgica no se llevaría a cabo hasta dentro de media hora o tal vez más tarde. Sabiendo que de nada serviría la ayuda que podía prestar a Paul McGill, estando éste en las manos expertas de Antón Dieter, Dave

abandonó la galería, tomando luego el ascensor hasta la planta baja y dirigiéndose a la puerta que conducía al exterior.

«Confío en que Mort no alegue demencia transitoria», pensó mientras entraba a la clínica facultativa camino de su despacho. Para un psiquiatra era siempre difícil considerar el caso, y conociendo a Mort, puso en duda que el bioquímico hubiera hecho jamás alguna cosa sin un propósito e intención premeditados.

Todas estas consideraciones hacían difícil la comprensión del motivo por el cual Mort había matado a un amigo aquella tarde, habiendo tenido amplias oportunidades en otras ocasiones para seleccionar a otro como blanco de su ira.

—¡Maldito Joe McCloskey! —dijo Maggie encolerizada, mientras ella y Della Rogan abandonaban el hospital.

—¿A qué viene este enojo con Joe? —Della se sentía tan aliviada al descubrir que el hombre a quien Mort había disparado no era Dave, que no podía siquiera ser brusca con Maggie.

—¿Por qué no pudo haber sido Joe en vez de Paul McGill? Después de brindarme a venir aquí para ofrecerle mi sangre.

—Hace un momento te lamentabas por la pérdida de tu pensión si se trataba de Joe y ahora deseas que hubiera sido él. ¿Qué clase de mujer eres, Maggie?

—Yo no deseaba que le hubiera disparado, pero al menos Joe debería sentirse agradecido por mi gesto.

—¿Por qué no vas y se lo dices?

—¿Para que se entere...?

—¿De qué?

—Nada —dijo secamente.

—¿De que todavía le amas?

—Por favor, Della. ¿Es que porque Dave es psiquiatra tienes que estar continuamente sometiendo a la gente a psicoanálisis? Antes de meter las narices en las vidas ajenas, ocúpate de la tuya.

—¿De qué estás hablando? —Della paró en seco a la entrada del aparcamiento.

—Yo bebo y tú juegas al golf. ¿En qué nos diferenciamos?

—Yo juego al golf porque me gusta.

—¿De veras? Pues yo bebo porque me gusta el alcohol. Además no creas que Dave se queda en casa mientras tú estás fuera jugando en torneos.

—Ya me lo imagino.

—Debe ser estupendo tener tanta confianza en tu maridó. Con todos esos chismes que corren acerca de las esposas de los jugadores de golf, no vas a decirme que no ocurre lo propio en el caso inverso.

—¿Qué tratas de decirme? —preguntó Della.

—No, nada. —Maggie se encogió de hombros—. Sin embargo creo que no te sentirás tan tranquila la próxima vez que salgas a jugar en un torneo.

Della no respondió, pues el golpe a ciegas de Maggie la había herido en lo más vivo. En su fuero interno pensaba que nada hubiera ocurrido si Dave no hubiera estado comprometido con aquel caso judicial, lo que había impedido —tal vez porque no tenía intención de acompañarla— asistir con ella al torneo femenino de Augusta un par de semanas antes.

Era la primera vez desde que se casaron que no habían estado juntos en su aniversario de boda. El torneo no podía, naturalmente, ser aplazado por ese motivo, pero ¿por qué Dave no pudo mentir diciendo que le era imposible testificar por

aquellas fechas? Roy Weston hubiera pospuesto la prueba. Después de todo, Roy era su amigo y miembro también de la Faculty Clinic Corporation.

Con todo, habían tenido una fuerte discusión por el hecho de la imposibilidad de acompañarla, y aun cuando, antes de partir para Augusta, él le había regalado la bolsa de golf que tanto deseaba como regalo de aniversario, ella se había ido enfurecida, no permitiendo que la llevara en coche hasta el aeropuerto, sino cogiendo la furgoneta que había dejado aparcada en el recinto destinado a ese fin.

Sin embargo su furia no le impidió hacer un buen juego. Se había colocado en muy buena posición, a sólo un golpe del récord de aquel torneo. Naturalmente su triunfo la había animado a llamar a Dave para contárselo, pero le había sido imposible localizarle. Cuando ella regresó él dijo que aquella noche había ido a ver una película de Elizabeth Taylor y Richard Burton: «¿Quién teme a Virginia Wolf?». Della no era entusiasta del cine y sabiendo que Dave lo era no tenía motivos para sospechar.

Aquella noche en Augusta, sin embargo, no se había dejado conmover por el amor por Dave o por la consideración de que él también podía sentirse solo, estando los niños en la escuela y ella en Augusta. Y cuando se canceló su vuelo nocturno de regreso a su hogar a causa del mal tiempo incluso le echó la culpa, por más irracional que esta idea le había parecido aún entonces.

Estaba cruzando el salón desde la oficina de transportes del hotel tras enterarse de que no podía conseguir el vuelo de regreso a Weston hasta la mañana siguiente, cuando Eve Post, la chica que había batido aquella tarde en el campamento femenino, se dirigió a su encuentro. Della sentía simpatía por Eve; habían sido rivales en otras ocasiones. Por eso, cuando Eve insistió en que, ya que se quedaba, asistiera a una fiesta con el resto de los participantes en el torneo en una de las suites del hotel, no pudo su enojo con Dave por no estar en casa evitar que aceptara.

Tampoco ignoraba los efectos del champaña, que nunca bebía sino en compañía de Dave. Sin embargo, las felicitaciones que recibió por su victoria trajeron consigo varios brindis, y por otra parte no parecía malo cenar con media docena de personas que conocía a través de los torneos profesionales, en particular con el apuesto jugador de Pebble Beach, que sería su compañero de mesa. Lo que no se había imaginado fue la forma en que le afectaría el champaña y las demás bebidas. Quizá pensara que tal vez tendría razón el dicho popular de que bastaba beber un vaso de agua después de haber ingerido una gran cantidad de champaña para recobrar inmediatamente la sobriedad.

Había sido una noche emocionante, al menos por lo que podía recordar. Además, no podía tener grandes dudas para saber lo que realmente sucedió, sobre todo al despertar por la madrugada en el lecho con otro hombre al que había conocido la noche anterior y que no era, por tanto, su marido.

Todo lo sucedido, se decía una y otra vez, había sido culpa de Dave. Si hubiera venido con ella a Augusta, como era su deber en ocasión semejante, y que además

coincidía con su aniversario de bodas, todo esto hubiera podido evitarse. Si hubiera estado en casa cuando ella, delirante de entusiasmo por su victoria, con la que casi había igualado el récord femenino, le llamó para decírselo, se hubiera ido luego a acostarse y su conciencia no la acusaría en estos momentos.

Lo que había sucedido aquella tarde había colmado la medida, y aun cuando Dave había esgrimido la rama de olivo y ella había aceptado la reconciliación, no podía olvidar lo ocurrido tan fácilmente. Lo que debía hacer era darle a conocer lo sucedido y echárselo en cara para demostrarle lo que sucedía a los maridos que descuidaban a sus esposas.

—De modo que eso es lo que ocurre en un torneo de golf. —La voz de Maggie sacó a Della de su conocimiento.

—¿Qué quieres decir con eso? —Sintiendo cómo le ardían las mejillas, se dio cuenta Della de que nunca podría engañar a Maggie.

—No tienes habilidad para esconder tus pecados, Della. Tus ojos te delatan y te sonrojas como una colegiala. ¿Cómo era él? —No seas absurda.

—No se lo diré a Dave, si es eso lo que te preocupa. Después de todo, las mujeres hemos de apoyarnos mutuamente en estos casos.

—¿Dónele quieres que te deje? —La voz de Della era cortante cuando arrancó el coche a través del recinto.

—Si has de adoptar esa postura estúpida —dijo Maggie—. Cogeré un taxi para que me lleve al club.

Cuando Maggie se encaminó hacia una de las cabinas telefónicas situadas junto a la pared del hospital, Della empezó a rogarle que regresara, pidiéndole excusas. Luego se encogió de hombros y siguió andando hacia el lugar donde había dejado su coche.

«¿Por qué no pudo Dave regresar a casa con ella?», pensó con resentimiento. Eran ya más de las cinco y la clínica estaba cerrada. Además no era pediatra y Ed Harrison era suficientemente capaz para atender al niño de aquella enfermera. El gran defecto de Dave era que siempre pensaba en los demás con preferencia a los miembros de su propia familia, como en este momento en que estaba más preocupado por un paciente que por el hecho de que su mujer se sintiera turbada. Era psiquiatra y podía haberse dado perfecta cuenta de su estado cuando la vio en la sala de espera y regresar con ella a casa cuando ella se lo pidió.

Cuando llegó a casa, Della estaba muy enojada con Dave, sintiendo al mismo tiempo compasión por sí misma. Se hizo un bocadillo, que comió en la mesa de la cocina lentamente, acompañándolo con un vaso de leche. Luego, tras escribir una nota a su marido, diciéndole que en la nevera encontraría carne, pan y mahonesa y que se iba a acostar porque le dolía la cabeza, subió las escaleras hasta la habitación de los niños y cerró la puerta, indicio evidente de que no quería ser molestada.

Frente al casino, Maggie McCloskey pagó al taxista y salió del taxi. Su coche estaba aún en el recinto de aparcamiento y por unos momentos acarició la idea de cogerlo para dar una vuelta por las afueras de la ciudad, lejos de todo lo que pudiera recordarle la felicidad que había conocido en Weston antes de que su vida empezara a desgarrarse.

En el período de noviazgo entre ella y Joe solían ir en coche junto al río, muchas tardes como ésta, a un restaurante situado en lo alto de la montaña que señalaba la frontera occidental del valle donde yacía la ciudad, en las riberas del río Rogue y el lago formado por el dique río abajo. En este momento se hubiera desprendido de cualquier cosa para volver a vivir, aunque sólo fuera por breves instantes, uno solo de los momentos en que dejaban el coche junto a una atalaya para contemplar a la claridad crepuscular del verano el juego de luces que se formaba ante su vista allá abajo.

Algo, sin embargo, había frustrado estos días felices, y en este momento de examen de conciencia originado por su depresión de ánimo, sin tener a mano una copa para reanimarla, y la tragedia de la muerte de Lorrie, Maggie tuvo que enfrentarse con el hecho de que la culpa era en gran parte de ella, si bien no podía precisar el momento en que su matrimonio había empezado a tambalearse.

Ciertamente no había sido en aquellos primeros años en que ella siguió trabajando como secretaria de Dave Rogan mientras que Joe se ocupaba de organizar el departamento de Urología de la Facultad de Medicina. Contaba entonces únicamente con el sueldo que él ganaba y la casa de Sherwood Ravine. La habían comprado cuando no se hallaban todavía en situación de poder afrontar los pagos, pero era tan hermoso contemplar allí desde la cañada hacia el barranco lleno de árboles y la pendiente de la más elevada colina de Weston, tal vez a un kilómetro de distancia, que no habían podido resistir la tentación de comprarla.

Como los plazos mensuales de la casa eran cuantiosos, Maggie se había cuidado de decorarla después de terminar su trabajo en la clínica todos los días. A ella siempre le había entusiasmado esta actividad y había deseado asistir al Instituto Pace de Nueva York para estudiar decoración después de terminar el segundo año en la Universidad. No obstante, su padre había muerto de repente aquel verano y apenas le quedó bastante dinero después del funeral para pagar un año de estudios en la academia Katherine Gibbs, donde se preparó para obtener un empleo como secretaria.

Poco después de llegar a Weston, encontró un puesto como secretaria de Joe McCloskey, encontrando muy de su agrado la innata cortesía y buenos modales del pequeño urólogo. Los dos simpatizaron desde el primer momento y habían sido extraordinariamente felices durante un tiempo, aun contando únicamente con el salario de Joe. Luego Mort Dellman y Pete Brennan tuvieron la idea de crear una clínica integrada por miembros de la Facultad de Medicina de Weston, pasando una

buena parte de los honorarios recogidos allí al personal de la clínica.

Temiendo que se resentiría la calidad de la enseñanza en la Facultad, los fiduciarios de la Facultad de Medicina no habían acogido favorablemente el cambio. Al final no tuvieron más remedio que dar su consentimiento, a menos que la Facultad se resignara a perder sus mejores catedráticos, puesto que al elevarse enormemente los ingresos de los médicos por el ejercicio privado de la profesión en los años cincuenta, constituyendo una fuente adicional de entradas para muchos miembros de la Facultad, la única forma de retener al profesorado había sido permitirles ejercer la profesión, pues de lo contrario se arriesgaban a perderlos en beneficio de otras Facultades, donde las normas sobre el ejercicio de la profesión en el exterior eran menos estrictas. Como se demostró después en la práctica, no perdió por ese motivo calidad la enseñanza. Por el contrario, había mejorado, pues Weston había podido atraer a hombres importantes en muchas esferas para integrar el cuerpo docente de la Facultad precisamente por el renombre adquirido por los miembros de la clínica facultativa.

La creación de la clínica había producido pingües beneficios, en especial para los seis que habían regresado juntos de Corea: Joe McCloskey, Dave Rogan, Pete Brennan, Paul McGill, George Hanscombe y, por último, Mort Dellman, que, como director de los laboratorios, había organizado lo que muchos médicos de los contornos llamaban con envidia «una línea de producción médica». La clínica tenía también gran aceptación por parte de los pacientes, ya que ésta podía conseguir en dos días a lo sumo lo que en otra clínica se tardaría una semana, pasando de una a otra especialidad. Lógicamente los médicos se habían visto obligados a trabajar más que antes, habiéndose reducido considerablemente su vida familiar. Sin embargo, la prosperidad que traía consigo el pertenecer al cuadro de especialistas de la clínica facultativa compensaba sobradamente esta desventaja.

«¿Valía la pena sacrificarse por esta prosperidad?», se preguntaba ahora Maggie.

Había sido feliz trabajando como secretaria. Aun después de trasladarse a Sherwood Ravine había realizado la mayor parte de los trabajos domésticos, decorando la casa, plantando en el jardín, paseando con Joe al atardecer antes de la cena por los senderos que rodeaban el barranco u observando las truchas entre las piedras del arroyo que se deslizaba por la garganta situada debajo de la casa, formando una serie de pequeñas cataratas. Pero pronto sus deberes como catedrático y médico de la clínica habían empezado a impedir a Joe llegar a casa a tiempo para los paseos por la tarde, aunque sí había tenido tiempo, pensaba ahora resentida, para la partida semanal de golf con algunos amigos y los juegos de poker, para los que se reunían dos veces al mes.

Al principio Maggie no había dado importancia a esta parte de la vida de Joe, pues habiendo estado juntos en Corea antes de llegar a Weston y trabajando juntos todo el día, los seis hombres —además de Roy Weston— eran un grupo muy unido. Pero el paso del tiempo y un descontento creciente habían cambiado su punto de

vista.

Ella no había tenido necesidad de tener una criada todo el día, sobre todo después de dejar su trabajo en la clínica. Después de todo, había cuidado de la casa en los primeros años, salvo que una mujer venía a ayudarle a limpiar un día y a planchar otro. Pero los ingresos de Joe se doblaron casi de la noche a la mañana, y como Della, Grace y Elaine tenían servidumbre —Amy Weston tenía la servidumbre heredada de su madre y Lorrie y Alice tenían también criados—, Maggie no podía seguir realizando las faenas del hogar y mantenerse al mismo tiempo al nivel social en que se movieron los médicos afamados ya desde un principio. No teniendo prácticamente nada que hacer en casa y careciendo asimismo de una clara finalidad en la vida, pasaba la mayor parte de su tiempo en el club y también en el bar.

«¡La historia de mi vida! ¿Y qué me espera en el futuro? ¡Nada!», pensó con amargura.

Saliendo del coche, dio un portazo y se dirigió hacia la entrada de la tienda, el camino más corto hacia el bar de las señoras, donde Manuel estaría dispuesto a escucharla, a falta de alguien más.

Capítulo IX

Los miércoles por la tarde Pete Brennan acostumbraba a jugar al golf con Paul McGill, Joe McCloskey y con cualquier otro que se presentara para formar las dos parejas. Algunas veces era Arthur Painter, que se ocupaba de la mayor parte de los asuntos legales de la Faculty Clinic Corporation. Roy Weston era miembro de la sociedad, pues fue él quien persuadió a los otros médicos para que vinieran a Weston, pero además era fiscal del condado con aspiraciones al cargo de fiscal general del Estado el año próximo. Por este motivo no se creyó conveniente que fuera él quien se ocupara del aspecto jurídico de la clínica.

Aquel miércoles Pete se había excusado de jugar al golf. Cogiendo su «Porsche» del recinto de aparcamiento, había pasado por River Road hasta llegar al dique del río Rogue, a unos quince kilómetros de Weston. Había dejado el coche en la zona de aparcamiento junto al dique y descendido por la pendiente hasta el desembarcadero de las canoas a orillas del río.

Al estar proyectado convertir el lago en presa hidroeléctrica, se permitía la navegación de canoas, siendo el esquí acuático el deporte principal en verano, y la pesca en la docena de caletas construidas cuando el río ocupó el valle atraía aficionados durante todo el año. Pete tenía una canoa fueraborda de seis metros para que sus hijos pudieran esquiar, para acampar por las noches y para excursiones de pesca cuando sus ocupaciones se lo permitían.

En los embarcaderos de canoas cerca del nivel del agua tenía su embarcación, aunque normalmente la guardaba en el almacén, salvo cuando Michael y Terry estaban en casa durante el verano y la utilizaban todo el día. Llenando el depósito de gasolina en el surtidor y añadiendo el aceite necesario, oprimió el pulsador para poner en marcha el motor y se complació al oírlo sonar al segundo intento, aun cuando no lo había utilizado más de seis veces en todo el verano.

Estando la clínica en todo su apogeo y teniendo además sus deberes como presidente de la Faculty Clinic Corporation, Pete no disponía de mucho tiempo libre, y perdía al menos la mitad de los juegos de golf de los miércoles. Esta tarde, precisaba algo más que sentir el viento azotando su rostro y el ruido del motor en la popa de la canoa al abrir la válvula de mariposa; en estos momentos, más que en ninguna época anterior de su vida, necesitaba tiempo para pensar a solas. Puesto que no esperaba el regreso de Amy hasta mañana, le había parecido una ocasión excelente.

De nada servía negarlo por más tiempo, admitió mientras daba marcha atrás al motor y se alejaba del embarcadero, las cosas no iban bien entre él y Amy. Últimamente su deseo de alcanzar el puesto cumbre en el cuerpo de auxiliares médicos del Estado se había convertido para ella en una obsesión, dando sensación de que ambos estaban comprometidos en una batalla a muerte por la supremacía.

A decir verdad, Pete no experimentaba un deseo irresistible de llegar a ser

presidente de la asociación médica del Estado. Alcanzaría este cargo sólo con el paso del tiempo y entretanto tenía muchos asuntos en qué ocuparse, aparte de la política, en el campo de la medicina. La clínica iba adquiriendo un incremento tan enorme y rápido que pronto se plantearía la cuestión de levantar un nuevo edificio más adecuado al tipo de estudios de diagnóstico, por el cual la organización iba adquiriendo fama más allá de las zonas que les proporcionaba la clientela actual.

En la última convención médica, Pete había visto un analizador de múltiples secuencias y de doce canales, con el que podían realizarse treinta análisis distintos de sangre en una hora. Inmediatamente se había dado cuenta de que este aparato sería conveniente para la clínica, pero necesitarían más espacio para instalarlo y acoger al creciente número de pacientes que acudirían al elevarse el porcentaje de ensayos de laboratorio. La sala de rayos X precisaba también más espacio, como asimismo el laboratorio de radiaciones, el archivo con su nuevo equipo computador de datos, la oficina de seguros, que tenía doble trabajo ahora con el «Medicare», y los nuevos despachos para otros doctores de la clínica.

Pete podía abarcar todo esto con la ayuda del genio innegable de Mort Dellman en esta esfera, aun cuando Mort se había mostrado últimamente más áspero de lo normal e insistía en incrementar más los ingresos de la clínica, a veces con detrimento de la eficiencia profesional. Dave Rogan y Joe Me Closkey habían abordado este tema con Pete unos días antes y sabía que habiéndose incrementado el malestar reinante, pronto se habrían de poner las cartas boca arriba en una de las reuniones de la sociedad. Siendo bioquímico y no médico, forzosamente el punto de vista de Mort había de ser distinto del suyo, pero su evidente afán de lucro había empezado a inquietar también a Pete, como si no tuviera ya demasiadas preocupaciones con Amy y las disensiones surgidas en su matrimonio.

Poniendo *la* palanca de cambio en «marcha hacia delante», Pete abrió la válvula y se aferró al volante, mientras la canoa empezaba a oscilar sobre la lisa superficie del lago. La vibración del motor acallaba sus músculos y nervios, actuando como una especie de purgante que eliminaba los pequeños trastornos acumulados desde su última partida de golf que le había proporcionado el bien merecido alivio de tensión.

Los problemas de la clínica, así como las decisiones puramente profesionales que debía tomar en su ejercicio como neurocirujano sabía cómo enfocarlos, pero cuando se trataba de hacer algo para remediar lo que estaba ocurriendo entre él y Amy, se sentía perplejo.

Reflexionando sobre esto ahora, parecía como si se hubiera apoderado de ella una fiebre, una especie de enfermedad que la había transformado paulatinamente en los últimos años en una mujer ambiciosa y viajera incansable, completamente diferente a la chica de la que se había enamorado aquella noche en el club de campo de Weston, cuando Roy los presentó. Aquella noche —y durante mucho tiempo después— Amy había parecido ser la esposa que él siempre había soñado: alta, segura de sí misma, bella más que delicadamente bonita, con unos modales aparentemente heredados de

Nueva Inglaterra que trascendían en su rostro y en su porte. Ella aquella noche había avivado un fuego en su interior que aún continuaba ardiendo, pero últimamente parecía que intentaba apagarlo por razones que él no podía comprender.

Había advertido ya antes de su matrimonio su agresividad característica, pero le había parecido entonces que complementaba su propia capacidad para trabajar arduamente con el fin de lograr lo que deseaba conseguir. Sabía que ella se había sentido decepcionada por su decisión de no querer ser catedrático de cirugía, cuando se produjo la vacante unos cinco años antes. Habiendo tenido dinero siempre y aceptándolo como cosa muy natural, Amy había sido incapaz de comprender cómo Pete podía rechazar el prestigio que llevaba consigo la cátedra, aunque reconocía por otra parte las oportunidades de ganar dinero que ofrecía la clínica. La tarea de organizar la clínica y hacer que funcionara a satisfacción había constituido un gran esfuerzo en aquella época, y ahora que su éxito era indudable, se había demostrado lo acertado de su elección. A pesar de todo, pensaba algunas veces que Amy guardaba cierta animosidad contra la clínica.

Al principio se sintió complacido cuando ella orientó su tremenda energía al servicio de los auxiliares médicos, pero pronto empezó a desagradarle la actividad de su mujer. Ahora prácticamente su vida entera, incluso sus sueños, iban encaminados hacia las maniobras de tipo político, y aunque parecía no darle importancia, él sabía que su propio círculo de amistades, integrado en su mayoría por sus compañeras de la «Sociedad Anatómica», había empezado a apartarse de ella.

Dirigiendo la canoa hacia una cala recogida, sacó la caña de pescar y los cebos y la arrojó al agua, no tanto por la esperanza de pescar sino más bien por ocupar sus manos mientras ponía en orden sus pensamientos y trataba de hallar solución a su dilema.

El problema no residía en sus relaciones sexuales, que habían prácticamente desaparecido en los últimos ocho o diez meses mientras Amy estaba ocupada en su incansable campaña para llegar a ser presidente de los auxiliares médicos del Estado. Además, trabajando en el hospital, cuyo personal estaba compuesto en su mayor parte por mujeres, no había experimentado dificultades para hallar una compañera cuando necesitaba desahogarse.

Tal vez la solución más sencilla hubiera sido mantener unas relaciones de cara al exterior, como había hecho Roy Weston. Al menos Alice parecía satisfecha con este arreglo, pero Pete llevaba en su interior su ascendencia irlandesa y con ella un matiz intransigente que obedecía tal vez a la enseñanza católica recibida en su niñez, aunque había abrazado la religión de la Iglesia episcopal, a la que había pertenecido durante muchas generaciones la familia de Amy. De todos modos, su conciencia rechazaba esta especie de mujer irresponsable y amante apasionada al estilo francés, que parecía aceptarse como cosa lógica y que se había impuesto en alto grado en los altos niveles de la sociedad de Weston, donde todos ellos se movían.

Un divorcio haría vacilar su pequeño mundo sin destruirlo, aunque quizá

destruiría a Amy desvinculándola de un golpe de la política médica e hiriendo su fogoso orgullo de Nueva Inglaterra.

Muchos doctores de su edad estaban divorciados. Podía nombrar media docena del cuerpo docente de la Facultad de Medicina. Muchos de ellos se habían casado con mujeres más jóvenes: secretarias, enfermeras, especialistas, con las que estaban diariamente en contacto, y muchas veces las nuevas esposas aportaban a estos segundos matrimonios una comprensión y amor que habían desaparecido en buena parte de la unión anterior.

Pete, sin embargo, amaba a sus hijos y a la mujer con la que se había casado y se preguntaba si existiría algún medio de recuperarla y evitarle la vergüenza y el escándalo que se habían producido tantas veces aun en una ciudad tan pequeña como Weston, donde algunos maridos solían buscar fuera de casa el fácil solaz que ya no encontraban con sus esposas.

Serían aproximadamente las seis cuando Pete Brennan llegó a un embarcadero con la canoa y la amarró. Los trabajadores del embarcadero se ocuparían de sacarla del agua con ayuda de la grúa gigante y de colocarla en el recinto destinado a su almacenamiento. Mientras pasaba por delante de la oficina, el encargado apareció en la puerta.

—Se ha producido un gran escándalo en la ciudad, doctor Brennan —dijo—. La noticia se ha divulgado por la radio y la televisión. —¿Qué ha ocurrido?

—Un doctor llamado Dellman, según creo, disparó contra su mujer y otro doctor que estaba con ella esta misma tarde. La mujer murió y el hombre está en el hospital sin esperanza de sobrevivir.

¡Mort Dellman y Lorrie! Era inverosímil, no porque Mort fuera incapaz de una cosa semejante. Pete había descubierto en él hacía mucho tiempo un carácter duro, cínico, frío y calculador y por ese motivo hacía lo posible para evitar el trato con el brillante bioquímico. Mort, sin embargo, no ignoraba el temperamento apasionado y la vida licenciosa de su mujer, que por otra parte ella no trataba de ocultar. Estando, pues, al corriente de todos estos antecedentes, Mort debía haber procedido con más sensatez sin destruir la mina de oro que representaba estar casado con la heredera de Jake Porter.

—¿Quién era el otro individuo? —preguntó.

—No dieron su nombre al principio, pero acaban de anunciarlo ahora —dijo el encargado—. Es el doctor McGill. Tiene también una canoa y es una persona excelente. ¿Quién iba a pensar...?

Pete ya se había encaminado hacia el coche. Su primer pensamiento fue que, estando Amy fuera con su reunión de auxiliares médicos, Elaine precisaría de su ayuda y también el desventurado de Paul. Por otra parte, este asunto podría influir perniciosamente en la clínica.

George Hanscombe entró por la puerta principal en la clínica en el preciso instante que Dave Rogan empezaba a guardar su equipo neurológico y cogía el sombrero para dirigirse a su casa. Hanscombe, que aventajaba diez años al psiquiatra, era alto y tenía el aspecto cuidado y próspero de un ejecutivo de alto nivel o de un brillante profesional a pesar del pequeño bigote que bordeaba su labio superior. Su cabello seguía siendo oscuro, aunque se rumoreaba que utilizaba un tinte que se había hecho popular recientemente. Nadie, sin embargo, se permitía hacerle bromas al respecto, ya que George Hanscombe, desprovisto casi por completo del sentido del humor, era el prototipo de la eficiencia y esperaba idénticos resultados de los demás.

—Pensé que estarías jugando al golf —dijo Dave, echándose a un lado para dejar entrar al especialista de medicina interna.

—Me dirigía al club cuando me llamaron para atender a la mujer de Sam Portola, que al parecer sufrió un ataque de corazón. ¿Qué otra cosa podía hacer?

—No tenías más remedio que acudir —convino Dave. Portola era el jefe de la corporación propietaria en la actualidad de las tejedurías de Weston, millonario y uno de los pacientes más importantes, junto con su familia, del grupo de la clínica facultativa—. ¿Era trombosis coronaria?

George Hanscombe negó con la cabeza. Como llevaba el cabello algo largo, el efecto fue similar al movimiento de un león enojado.

—Una falsa alarma. Insiste en seguir comiendo platos italianos de excesiva riqueza calorífica. Me pasé toda la tarde con ella hasta que consiguió vomitar.

—¿El síndrome característico en estos casos?

—¿A qué te refieres?

—¿Has olvidado ya los días de la Escuela de Medicina? Hermosa, gruesa, cuarentona y con flato. —Entonces el rostro de Dave adquirió un aspecto grave—. ¿Te has enterado de lo de Paul y Lorrie?

—Sí. Acabo de pasar por el hospital. —El especialista de medicina interna exteriorizó una vez más su carácter agrio—. Me han dicho que está en manos del maravilloso Dieter. No me extrañará, pues, que Dieter se saque de la manga uno de sus milagros o al menos lo haga pasar por tal.

—Antón ha dado muchas pruebas en apoyo de sus procedimientos —dijo Dave—. ¡Lástima lo de Lorrie!

—¡Y también lo de Mort! Al fin y al cabo no han hecho más que lo que hicieron antes muchos tipos apasionados...

—No sigas, George. Mort es un indeseable y todos lo sabemos, pero Lorrie era una de las personas más normales que he conocido.

—¿Normal? —dijo George Hanscombe sin poder contenerse—. No me vengas otra vez con una de tus teorías freudianas.

—Creo que Freud la hubiera calificado de normal. La mayoría de los trastornos

que observamos los psiquiatras provienen de que la gente enfrenta sus instintos más primitivos contra las paredes de piedra de sus inhibiciones. Lo único que hizo Lorrie fue dar rienda suelta a los suyos.

—El adulterio no deja de ser un adulterio.

—Tu forma de pensar se parece a la de Gertrude Stein —dijo Dave—. Con esa forma de razonar, todos seríamos culpables, incluso tú. Parece que no quieras admitir que Lorrie nos advirtió de antemano lo que se disponía a hacer.

—¿Qué quieres indicar con eso?

—¿No recuerdas lo que ella nos dijo aquella noche en el club, cuando entró en la sala de juego durante un descanso de la orquesta?

—No del todo.

—Tú, Joe, Paul, Roy y yo estábamos jugando al poker.

—Además, no tengo tiempo para recordar nada ahora —dijo George—. Grace habrá regresado del club cuando llegue a casa, y ya tendrá preparada la cena. Últimamente está tan irritable que no quiero darle motivos para su enojo.

—Vete, pues. Me alegro de comprobar que no soy el único que tiene problemas con su mujer.

Del quiosco frente a la clínica Dave adquirió con diez centavos la última edición del periódico con los sucesos de la tarde. Una fotografía de Lorrie Dellman ocupaba el centro de la página frontal y el relato del incidente, en caracteres negros, llenaba el resto de la página. Viéndola sonreír, Dave recordó con más claridad el incidente que había contado a George. En efecto, el vestido que llevaba en la fotografía del periódico era el mismo de la noche del baile, como de costumbre de corte más bien atrevido para dar realce a los dones que le había prodigado la naturaleza.

—¿Os importa si me quedo aquí? —había preguntado Lome cuando entró en la sala de juego mientras estaban jugando, con una copa medio vacía en la mano. Mort Dellman estaba ausente aquella noche en compañía de Pete Brennan inspeccionando un nuevo equipo automático que planeaba comprar para la clínica. Lorrie había venido con Roy y Alice, y como la mayoría de los asistentes, había bebido unas copas de más.

—Es un juego de hombres. —George Hanscombe estaba perdiendo, lo que acentuaba su carácter ya normalmente áspero—. Vete a jugar con las mujeres, Lorrie.

—Me temen —dijo ella con aire inocente, prelude siempre de alguna observación picante.

—¿Por qué? —preguntó Roy.

—Sostuve ayer una conversación sincera con todas vuestras esposas en casa de Amy —les informó Lorrie—. Les hice una proposición y están ahora preocupadas por si hablaba en serio.

—¿No se trataría de una broma?

—En absoluto. Yo nunca miento, ni siquiera a mí misma.

—Es muy difícil pretender que la gente sea sincera —recordó haber dicho Dave.

—Dejaos de charlas inútiles. —George había perdido otra vez—. Sigamos con el juego.

—A propósito, George —dijo Lorrie—. ¿Cuánto tiempo hace que no vistes «smoking» y llevas a Grace a un restaurante caro o a un «night club»?

—La última vez fue hace dos años, en el Congreso Médico.

—No estoy hablando de congresos —dijo ella—. Mucha gente se emborracha y se introduce luego en otras habitaciones. Te pregunto, ¿cuánto tiempo hace que no tienes una cita con Grace y la llevas a cenar y bailar?

—¿Qué diablos tiene que ver eso con el juego de póker?

—Tal vez si prestaras más atención a Grace y menos al póker y al golf (y además a la Bolsa de valores) no estaría siempre hablando de regresar a Inglaterra. —La voz de Lorrie había adquirido de repente un matiz punzante.

—Te estás excediendo, Lorrie —había protestado Roy Weston.

—Dejadla hablar —había dicho Dave—. Tal vez diga algo que nos sea preciso escuchar. Continúa, Lorrie.

—No estoy dispuesto a escuchar semejantes tonterías. —George arrojó sus cartas y se puso en pie—. Después de que uno ha trabajado todo el día con el fin de reunir dinero suficiente para que su esposa pueda llevar un «Cadillac», tenga sirvienta, juegue al golf y se emborrache en el club, no creo que deba hacer el payaso sólo porque su mujer no tiene suficientes quehaceres y hay que hacerla feliz.

—¡Vaya, vaya! —dijo Lorrie con ironía—. Has hablado como un típico marido americano, los individuos más aburridos del mundo.

—¿Cuál es la proposición de que hablabas? —preguntó Roy mientras George Hanscombe se dirigía hacia el bar en un arrebato de ira.

—Ahora que os veo todos juntos, estoy segura de que no todos estáis desahuciados —dijo Lorrie—. Con todo, trataré de hacer lo que pueda.

—¿De qué se trata?

—El otro día dije a vuestras esposas que me acostaría con cada uno de vosotros, luego les pasaría informe sobre cada caso en particular, prescribiendo el tratamiento...

—¡Pero, Lorrie! —exclamó Paul McGill—. ¿Te das cuenta de lo que dices?

—Claro que sí —dijo Lorrie gesticulando impudicamente—. Os propongo hacer un experimento legítimo sobre un aspecto que todos hemos experimentado ilegítimamente. Una cosa es cierta y es que todos vosotros sois malos amantes o de lo contrario vuestras esposas no estarían tan descontentas de la situación actual. Puesto que sois mis amigos, os ofrezco mis años de experiencia sobre el particular con el fin de ayudarlos.

—¿Y cómo propones realizar el tratamiento? —preguntó Dave.

—En un principio pensé que bastaría informar a vuestras esposas, como se haría en la clínica —dijo Lorrie—. Ahora he decidido, sin embargo, que debe darse el diagnóstico y discutirse el tratamiento en presencia de marido y mujer. Como podéis

observar, sería un procedimiento puramente clínico.

—Tal vez fuera clínico —objetó Dave—, pero difícilmente puro, al menos de acuerdo con las normas morales de la mayoría de la gente.

—A mí no me importan las normas morales de los demás —dijo Lorrie—. ¿Alguno de vosotros duda de mi capacidad para llevar a cabo el experimento? No tengo que recordaros que la mayoría de vosotros tiene buenas razones para saberlo. Nadie contestó hasta que Paul MacGill dijo:

—¿De veras, Lorrie? ¿Es ese tu sentido del humor?

—¿Quién está bromeando? —Miró a ambos interlocutores, pero no obtuvo respuesta—. Bien, ¿quién es el primero que va a someterse a prueba?

Lorrie no obtuvo tampoco respuesta a esta pregunta.

—Entonces me veré obligada a insinuarme con los dos —dijo—. Buenas noches.

No se sintieron después con ganas de jugar al poker, pues ninguno de ellos sabía con exactitud si Lorrie estaba o no bromeando.

Ahora se había demostrado que hablaba en serio.

Mike Traynor estaba trabajando en la sala de emergencia cosiendo unas heridas a un niño que había caído mientras pintaba, cuando Pete Brennan entró procedente del recinto de aparcamiento.

—¿Se sabe algo del doctor McGill? —preguntó Pete.

—Está en el quirófano, doctor Brennan. El doctor Dieter se está preparando para extraerle una bala del corazón.

—¿Cómo está la señora McGill?

—La vi hablando con el doctor Rogan y otras esposas de doctores en la sala de espera hace un rato —dijo la jefa de enfermeras de la sala de emergencia, que había acudido al ver a Pete—. Creo que dijeron que llevarían al doctor McGill a la sala de tratamiento intensivo después de la operación. Allí se encontrará probablemente ahora.

»La señora Brennan estaba con ellas, pero creo que ya ha salido —añadió la enfermera mientras Pete salía por la puerta. Pete se volvió al llegar a la puerta.

—¿Mi esposa?

—Sí, señor.

—Pero eso no es posible. Está fuera de la ciudad.

—Yo la vi, doctor Brennan. Debe haber regresado antes de lo previsto.

No tenía sentido, se decía Pete mientras caminaba hacia el ascensor. Amy había dicho que pasaría la noche fuera para que sus enemigas —con estas palabras las había designado— no pudieran trabajar entre bastidores después de la reunión con el fin de sacar ventaja.

Janet Monroe alzó la cabeza de detrás del mostrador de la sala especial de tratamiento intensivo al entrar Pete Brennan.

—El doctor McGill está todavía en el quirófano —dijo—. La señora McGill está en la sala de espera.

—¿Cómo ha reaccionado?

—Muy bien, señor.

Elaine logró esbozar una sonrisa cuando Pete se sentó a su lado tomando sus manos entre las suyas.

—Todo saldrá bien —le aseguró—. Dieter es un mago.

—Dave pasó por aquí hace un momento. Dijo que Paul tiene muchas probabilidades.

—¿Han comenzado la operación?

—Dijo que estaban preparando la máquina de corazón-pulmón o como se llame.

—Eso lleva tiempo. Subiré a observar lo que ocurre.

—Mejor sería que fueras a casa con Amy, Pete.

—Entonces, ¿estuvo ella aquí?

—Oyó el mensaje radiado como todas las demás, ignorando quién era la víctima.

Todas vinieron juntas, pero Amy estaba aún trastornada cuando las dejé abajo. Ella te necesita más que Paul, Pete.

La idea de que Amy tuviera necesidad de él le parecía tan improbable que Pete se preguntó si sería verdad. Con todo debía haberle afectado mucho pensar que pudiera ser él quien estaba con Lorrie y esto podía explicar su abatimiento.

—¿Estás segura de que no quieres que me quede contigo? —preguntó a Elaine.

—Estoy bien ahora. La señora Monroe se ocupa de mí.

—No dejes de llamarme si me necesitas.

—Lo haré. Gracias por haber venido, Pete.

—Había salido con la canoa por el lago toda la tarde. Hace sólo unos minutos que me enteré de lo ocurrido.

Como catedrático clínico, Pete tenía una pequeña oficina en el hospital y también una de las mejores salas al otro lado de la calle en la clínica facultativa. Se dirigió directamente a su oficina del hospital, y una vez allí, marcó en el teléfono el número de su domicilio.

Amy estaba a medio camino de su casa, conduciendo como un autómatas y medio conmovida por la carrera realizada y el subsiguiente alivio al descubrir que Pete no estaba en peligro, cuando el dolor contundente de la jaqueca le hizo recordar el motivo de haber ido al hospital al oír el primer informe por radio. Por un momento pensó regresar hasta que observó en su reloj que la oficina de George Hanscombe debía haber cerrado media hora antes. Podría ir a la sala de emergencia para que le pusieran una inyección, pero ello implicaría tener que dar explicaciones al médico de guardia, que sospecharía lógicamente si alguien le pedía una inyección que contuviera narcótico.

Pete no estaba en el hospital. Se lo había dicho la telefonista al detenerse en la centralita en el camino de salida. Más que regresar prefirió seguir hasta su casa, confiando que él hubiera llegado ya y pudiera administrarle alguna medicina de su equipo médico de emergencia que guardaba para las llamadas nocturnas. Sus planes para la noche habían fracasado, en primer lugar por la muerte de Lorrie y luego por la jaqueca. Seguramente habría algo en la nevera para preparar a Pete un bocadillo para la cena. En cuanto a ella, no podía pensar en comer nada en estos momentos.

Al llegar a la casa, trató de abrir a tientas, pues el dolor pulsátil de la jaqueca oscurecía su visión, como siempre ocurría hasta que se le aliviaba el malestar. Por fin logró abrir la puerta y se abrió camino hasta la cocina. Agarrando la primera cosa que pudiera aliviar el dolor, tomó una botella de *whisky* del estante de licores del pequeño armario situado detrás del bar que daba acceso a la sala de estar. Echándose cierta cantidad en un vaso, sin detenerse a precisar la medida, llenó el resto del vaso con cerveza de una botella que sacó de la nevera y se bebió la mitad del contenido.

Con el vaso en la mano, subió las escaleras hacia el dormitorio principal y se bebió el resto. Como tenía el estómago vacío, absorbió el alcohol casi inmediatamente, notando cómo su calor empezaba a impregnar su cuerpo, aunque sin cesar el dolor pulsátil de la jaqueca. En este instante sonó el teléfono y ella lo cogió luego de dejar el vaso vacío.

—¿Amy? —Era la voz de Pete.

—Sí.

—Salí con la canoa y llegué al hospital cuando tú acababas de irte. Elaine dijo que parecías un poco trastornada. ¿Estas bien?

—Tengo dolor de cabeza. —El *whisky* hacía que su voz fuera un poco pastosa.

—Me estoy preparando para ir a casa. ¿Quieres que te lleve algo?

—Ethel tiene su día libre y no tengo ganas de preparar la cena.

—Compraré en una charcutería un par de cosas. ¿Algo más?

—No. Eso bastará.

—Entonces te veré dentro de media hora.

—Adiós.

Colgó el teléfono, medio inconsciente todavía por la jaqueca a pesar de la gran cantidad de *whisky* ingerida. Tropezando se dirigió hacia la cama, donde iba a echarse cuando sus ojos tropezaron con el pequeño estuche de medicinas de Pete. A veces visitaba por la noche, cuando algún amigo íntimo enfermaba y en previsión guardaba una pequeña caja con medicinas y vendas que podían servirle en un caso de emergencia.

Debía haber algo en la caja que pudiera tomar para la jaqueca, pensó Amy, tal vez una ampolla o dos de «Demerol». Desde luego no podía inyectarla sin una jeringa esterilizada, pero incluso tomadas oralmente podían surtir efecto, si ingería las dos ampollas a la vez.

Yendo hacia el lavabo, cogió la cajita y la abrió, pero no encontró «Demerol», el medicamento que buscaba. Sin embargo, en una pequeña bolsa dentro del estuche descubrió una docena de tubos diminutos, cada uno con una aguja cubierta por una protección de plástico.

«Sulfato de morfina de dosis», leyó, y reconoció al momento para qué servían los tubos. Cada uno de los tubos contenía una pequeña dosis de morfina dentro de un pequeño tubo plegable, semejante a ciertas muestras de propaganda de pasta para los dientes.

Habiendo hecho un curso de curas de urgencia, como parte del entrenamiento de defensa civil en caso de guerra, Amy sabía la forma de utilizarlas. Pasándose por el brazo un trozo de algodón empapado en alcohol que cogió del botiquín, cogió uno de los tubos, quitó la pequeña cobertura de plástico que cubría la aguja, y clavándola en la carne, oprimió el tubo hasta vaciarlo, impeliendo la droga bajo la piel.

Mientras daba masaje a la piel en el punto donde había introducido la aguja con el trozo de algodón para precipitar la absorción de la droga por los canales de sangre situados en los tejidos subcutáneos, empezó a notar los efectos de la fuerte dosis de morfina, notando una especie de languidez que parecía esparcirse hacia el exterior desde el punto donde se había inyectado. La palpitación en las sienes disminuyó también, y el efecto de la droga combinado con el alcohol fue algo así como flotar en una nube. Venció el deseo de echarse y quedarse dormida, resuelta a gozar hasta el máximo este maravilloso estado de beatitud en el que había caído al inyectarse el diminuto tubo de morfina.

Mientras empezaba a desnudarse para el baño, Amy observó que el pequeño estuche del que había cogido la morfina estaba aún sobre la cama, donde lo había dejado cuando fue al cuarto de baño para coger el alcohol y el algodón del botiquín. Empezó a cerrar el estuche, pero, movida por un impulso repentino, cogió nueve de los pequeños tubos y los colocó en un cajón del tocador bajo el forro del mismo. Entonces, cerrando el estuche, lo volvió a dejar en el estante del lavabo, donde lo había encontrado.

Sabía por experiencia que los ataques de jaqueca podían repetirse en cualquier momento y el alivio obtenido con la morfina había sido infinitamente mayor que el

de las suaves inyecciones de «Demerol» y ergotamina que George Hanscombe solía administrarle. De esta forma podía cuidarse ella misma sin causar molestias a George cuando llegaran los ataques.

Cuando Amy acabó de desnudarse y se introdujo en la ducha, el dolor había desaparecido por completo y se sentía transportada en el aire. Se duchó rápidamente y luego, con la esperanza de disipar parte de su somnolencia, dejó salir el agua fría por un instante, de modo que su cuerpo tomó un tinte sonrosado cuando salió de la ducha y empezó a secarse con la toalla. Estaba admirando el resplandor de su piel en el espejo de la puerta del cuarto de baño, cuando entró Pete.

—¡Vaya! —dijo silbando en señal de aprobación—. ¡Qué agradable sorpresa!

El primer impulso de Amy fue el de taparse con la toalla. Un pudor instintivo le había impedido dejarse ver por Pete cuando estaba desnuda, si podía evitarlo. Incluso en sus relaciones íntimas insistía en que la habitación estuviera a oscuras. No obstante, la combinación de la morfina y el *whisky* la habían despojado de estas inhibiciones de modo que no hizo el menor movimiento para cubrirse.

—No te oí entrar —dijo ella mientras seguía secándose con la toalla.

—Tal vez trate de llegar a casa más a menudo en ocasiones como ésta —dijo él burlonamente.

Amy se dirigió al lavabo, plenamente consciente de que los ojos de Pete seguían todos sus movimientos y orgullosa de la esplendidez de sus formas. Buscando entre las perchas, cogió una combinación de bata y vestido, como la que llevaba normalmente por las noches, pero cambió de idea y cogió una bata suelta más bien transparente. Anudándola a su cuerpo, se fue al tocador y empezó a cepillar su cabello, sabiendo que cada movimiento de su brazo acentuaba la redondez de sus pechos bajo la tela transparente.

Por el espejo vio a Pete acercarse tras ella antes de sentir sus manos en los hombros. El contacto le hizo sentir un hormigueo, impresión muy similar a la que experimentó cuando él la cogió en sus brazos en su luna de miel, pero al mismo tiempo notó una sensación parecida a la que observó cuando la inyección había comenzado a surtir efecto. Dejando caer el cepillo, alzó sus manos para encontrar las de Pete y se echó hacia atrás mientras él bajaba la cabeza para besar su cuello, volviendo la cabeza para que él pudiera besarla.

Hacía mucho tiempo que no se besaban así, y cuando las manos de Pete descendieron para tirar la bata por encima de sus hombros, dejando al descubierto sus pechos, no opuso resistencia. Por el contrario, sus manos se desplazaron hacia las sienes de éste sosteniendo su cabeza entre sus palmas mientras lo besaba con pasión. Cuando sus manos acariciaron sus pechos y la zona cálida por debajo de los mismos, Amy se levantó y giró sin soltarse de sus brazos, soltando la suave prenda de sus hombros y dejándola caer a sus pies.

Echada sobre la cama, observando a Pete que se desnudaba rápidamente, Amy empezó a reír de pronto.

—Me parece que mi aspecto no es para provocar la risa —dijo él algo ofendido—.
—¿Qué es lo que te hace reír?
—Nada, que el pollo se enfriará, pero no me importa.

Capítulo X

Mirando hacia abajo desde la galería de observación con paredes de cristal, Marisa Feldman se encontraba a unos tres metros de la mesa de operaciones que ocupaba el centro del quirófano. Sobre ella yacía Paul McGill, con todo el pecho y abdomen al descubierto así como la ingle derecha. Las dos luces cóncavas que iluminaban la mesa de operaciones, foco de toda la actividad desarrollada en la sala, para que los que trabajaban allí no pudieran proyectar sus sombras. Cuando se interponía el cuerpo de alguno de ellos entre la luz y la zona operativa, la otra lámpara seguía iluminándola. Al centro de las luces se habían unido unos mangos esterilizados de forma que el cirujano podía alcanzar y ajustar cualquiera de ellas o ambas, según sus necesidades, durante la operación sin contaminar sus guantes esterilizados.

Aún no había comparecido Antón Dieter, pero el escenario de abajo reflejaba una ferviente actividad. A un lado tres técnicos trabajaban con una máquina de metal brillante, vidrio y tuberías. La porción central de ésta consistía en un gran tubo de plástico de un metro de largo y tal vez entre diez y quince centímetros de diámetro que contenía más de una docena de discos de metal acoplados a un eje central, mediante el cual podían girar.

Inmóvil ahora, este conjunto de discos y eje, que constituía el elemento principal del aparato encargado del funcionamiento tanto del corazón como de los pulmones, empezaría a dar vueltas con sólo accionar el interruptor. Cada giro expondría a una atmósfera de oxígeno puro contenida en un tubo largo una delgada película de la mezcla de sangre que llenaba la parte inferior del cilindro horizontal, al ser elevado éste por los discos en revolución. La propia mezcla, llamada perfusato, se componía de unas tres cuartas partes de sangre del banco de sangre del hospital y una cuarta parte de una solución salina, más una pequeña cantidad de heparina para impedir la coagulación de la sangre.

La galería de observación estaba prácticamente llena de estudiantes e internos. Discutían lo que ocurría abajo en voz queda, aunque ningún sonido podía llegar desde la galería a la sala de operaciones.

—Ese largo artefacto se llama oxigenador —explicaba un interno a varios estudiantes de primer año—. Mientras la sangre es recogida en forma de película en aquellos discos metálicos, el oxígeno que llena el tubo es absorbido por la hemoglobina contenida en las células rojas de la sangre, mientras al propio tiempo se desprende bióxido de carbono al espacio.

—¿Cómo se produce esto? —pregunta un estudiante.

—La atmósfera contenida en el tubo es O₂ prácticamente puro. Con un alto contenido de O₂ en el tubo y una baja concentración en las células rojas, el oxígeno es absorbido por la hemoglobina y transportado al resto del cuerpo. Al mismo tiempo, con un alto contenido de CO₂ en la sangre y una baja concentración en la parte

superior del tubo, donde está el oxígeno la sangre desprende su CO₂.

—Lo mismo que ocurre en los pulmones, ¿no es cierto?

—Salvo que la máquina, que se llama realmente bomba de oxígeno, sustituye a la vez al corazón y a los pulmones. De esta forma el cirujano puede abrir el corazón, si se ve precisado a ello, y trabajar en su interior, sustituyendo las válvulas o remendando aberturas anormales y la circulación sigue funcionando sin que intervengan el corazón o los pulmones.

—¿Cuánto tiempo puede trabajar en estas condiciones? —preguntó el estudiante.

—El máximo tiempo transcurrido en este procedimiento, denominado derivación cardíaco-pulmonar, que yo recuerde haber visto, fue de tres horas, pero Dieter es un cirujano muy hábil y rara vez tarda más de hora y media.

—¿Qué ocurre con el corazón durante ese tiempo? —preguntó otro estudiante—. ¿Permanece invariablemente inmóvil?

—Si el doctor Dieter utiliza la «derivación» esta noche, verás que el corazón del doctor McGill se contrae ligeramente. En realidad la sangre se enfría y la temperatura del paciente desciende simultáneamente —explicó el interno—. Una vez se ha conseguido este enfriamiento, los tejidos no precisan gran cantidad de oxígeno de forma que todo el proceso se realiza a un ritmo lento. El corazón permanece casi inactivo y de esta forma se logra la protección del corazón y de los pulmones.

Los estudiantes que ocupaban la primera fila habían dejado un pequeño espacio a ambos lados de Marisa Feldman. En este momento un individuo de cabello oscuro y muy apuesto, con una chaqueta blanca, entró y se abrió camino hacia la primera fila, ocupando uno de los espacios junto a ella y forzándola a que se desplazara un poco para hacerle sitio.

—Me llamo Traynor, doctora Feldman —dijo—. Mike Traynor. La vi trabajar en el dispensario en aquel caso de trombosis coronaria, Hizo usted un buen trabajo, un estupendo trabajo.

—Creo que usted exagera.

Marisa había estado en América el tiempo suficiente para reconocer la adulación por parte de algunos estudiantes americanos.

—¿Es ésta la primera operación que ve realizar al doctor Dieter?

—Sí. Estuve un mes de vacaciones y sólo hace dos días que estoy aquí.

—¿Viene usted de Harvard?

—He estado allí dos años con una beca después de terminar mis estudios en Inglaterra donde hice las prácticas —dijo Marisa haciendo resaltar su acento inglés.

En el centro del quirófano, un ayudante había comenzado a untar el abdomen del paciente con una solución antiséptica de brillante colorido. Casi al mismo tiempo apareció desde la puerta que conducía a la sala de esterilización, una figura más bien compacta con el uniforme verde esterilizado, el casquete y la máscara.

—¡Es Dieter! —El interno que había hecho esta observación, pronunció este nombre con una reverencia semejante a la que hubiera utilizado si se hubiera tratado

de un rey—. Ahora veréis lo que es capaz de hacer.

La aparición del cirujano ejerció una poderosa influencia tanto en la galería de observación como en el quirófano, creando un estado de tensión en los presentes. Los de la galería se inclinaron hacia delante para observar aun cuando Dieter se estaba colocando únicamente la bata y los guantes. Marisa se sintió partícipe de la tensión de los demás, sin darse cuenta de que el hombro de Mike Traynor se apretaba contra el de ella hasta un punto que no justificaba el elevado número de personas que ocupaban la galería. Una mujer bonita estaba acostumbrada a estas cosas, en especial si vivía en un mundo habitado mayormente por hombres, como era el de la medicina. En el piso de abajo, Dieter había concluido la colocación de la bata y de los guantes. Miró hacia la galería de paredes de cristal, desplazándose sus ojos por la hilera de estudiantes e internos hasta que encontraron los de Marisa en el centro del grupo. Al cruzarse sus miradas, notó ésta el impacto de su personalidad a través del espacio, a pesar de estar separados por los cristales de la sala de observación, como lo había notado abajo en la sala de emergencia aproximadamente una hora antes.

Siendo realista por temperamento, no podía negar la atracción que había experimentado hacia Dieter la primera vez que entró en contacto con él. Con todo, al propio tiempo, algo muy profundo en su interior la apremiaba a oponerse a esa atracción una especie de antagonismo intrínseco excitado por su basto acento alemán, cuando él le había hablado abajo.

Marisa no dudaba por un momento que Antón Dieter trataría de reunirse de nuevo con ella, como sabía también por el contacto del hombro de Mike Traynor con el suyo de que a este último nada le complacería más que si ella le invitaba a su apartamento. Esto formaba parte del sexto sentido que toda mujer posee, el conocimiento instintivo de que un hombre se interesaba por ella movido por una apremiante necesidad de contacto sexual, que no era después de todo sino la fuerza vital que sostenían las relaciones entre hombres y mujeres, sin importar demasiado las circunstancias de su encuentro.

En cuanto a lo que iba a hacer con respecto a la agresividad jactanciosa de Mike Traynor y a la sutil insinuación, cuando la mano de éste se deslizó de su rodilla para tocar su pierna, tampoco tema duda alguna. Las relaciones románticas entre estudiantes y miembros del cuerpo facultativo no podían provocar más que disgustos, y, por otra parte, a pesar de su presencia y de su energía puramente animal, no se sentía atraída hacia Mike Traynor.

Admitió, sin embargo, que la cosa cambiaba con respecto a Antón Dieter, mientras le observaba preparándose concienzudamente para una intervención quirúrgica importante. Lo que había nacido entre ellos era una complicada fuerza de atracción y repulsión, una fuerza que podría alcanzar mayor profundidad de lo que implicara un encuentro sexual fortuito, y que podía mantenerse incluso a un nivel distinto, si ella deseaba. Con todo, mientras observaba la compacta figura que

ocupaba el centro de la escena allí abajo, como lo había hecho antes en la sala de emergencia, no le cabía la menor duda de que tenía que hacer frente a esa elección así como de que Antón Dieter iba a realizar en breve otro de los milagros quirúrgicos por los que había adquirido una enorme reputación. Lo que le preocupaba es que tal vez debería tomar la decisión antes de que estuviera emocionalmente preparada para ello, y lo que era más importante, físicamente.

Ante este último pensamiento, Marisa se sintió sobrecogida por un antiguo temor, el horror que ella había confiado en dejar tras de sí, al abrirse las puertas de la prisión de Frondheim, pero que sabía debería combatir otra vez en breve. Impulsada por unas ansias repentinas de huir, de aplazar por un poco al menos el inicio del conflicto definitivo con su desenlace traumático ya familiar, empezó a levantarse de su asiento para abandonar la galería de observación, pero en aquel momento, una de las enfermeras del quirófano enchufó el micrófono que arrastraba desde el interior de la bata de Dieter en una clavija situada en el suelo y su voz, resonando por los altavoces a cada extremo de la galería, la hizo sentarse de nuevo.

—El doctor Hagstrom, cirujano en prácticas, es mi ayudante en esta operación —anunció Dieter—. El doctor Jeff Long, practicante anestesista, está al cargo de la más importante faceta de nuestras actividades. El aparato que ven ustedes al lado de la mesa de operaciones es un oxigenador de discos, llamado comúnmente bomba de corazón-pulmón. Confiamos en que no nos veremos obligados a utilizarlo, pero hemos de estar preparados si se da el caso.

—Una producción Weston-Dieter —dijo un interno desde el fondo de la galería, haciendo una imitación prodigiosa de la voz del cirujano— fotografiada en maravilloso Medicolor.

Marisa empezó a relajarse mientras una oleada de carcajadas inundaba la galería. El proceder de Dieter era algo teatral ciertamente, pero sabía que muchos grandes catedráticos dramatizaban deliberadamente con el fin de captar la atención de los estudiantes.

El primer ayudante había acabado ahora de pintar toda la parte expuesta del abdomen e ingle del paciente con un antiséptico marrón rojizo. Al acabar de untar una zona, el interno que actuaba como segundo ayudante aplicaba una segunda capa de la solución destinada a destruir las bacterias que existen siempre en la piel. Acabada la unción, ambos hombres retrocedieron y Helen Straughn se acercó a la mesa con un vaporizador «Aerosol» en la mano. Desplazando el vaporizador en velocidad uniforme hacia arriba y hacia abajo, cubrió toda la zona de la piel expuesta con una abundante dosis del contenido del mismo.

—La señorita Straughn está aplicando un compuesto adhesivo —explicó Dieter por el micrófono que descansaba sobre su pecho debajo de la bata—. Dentro de un instante cubriremos toda la zona con una sábana transparente de plástico, empezando a cortar los vendajes precisos con el fin de acelerar nuestro trabajo.

Mientras Dieter hablaba, Jeff Long se ocupaba de introducir en la boca del

paciente un laringoscopio. Este instrumento, consistente en un tubo metálico con una luz en su extremo, le permitía deslizar un tubo de goma con un pequeño puño y éste con un globo en su extremo, directamente a través de la laringe del paciente hasta la tráquea. Quitando el laringoscopio y dejando el tubo en su lugar, infló rápidamente el pequeño tubo alrededor del mismo —situado ahora profundamente en la tráquea del paciente— para formar una obturación impermeable al aire. De esta forma el aire podía sólo entrar y salir de los pulmones por el tubo intratraqueal, pudiendo mantenerse la presión dentro del tórax una vez estuviera abierto en el curso de la operación.

Dieter se adelantó entonces hacia la mesa para tomar un lado de la sábana de plástico transparente que le entregó la enfermera. Cari Hagstrom tomó el otro y la desarrollaron, echándola sobre la piel expertamente pintada del herido y alisándola sobre el abdomen y la ingle, donde quedaba sujeta gracias al adhesivo que Helen había vaporizado. En torno a la zona recubierta de plástico, colocaron toallas y sábanas esterilizadas, de un color verde pálido como los uniformes de los doctores y enfermeras, de los vendajes y de las batas, con el fin de aliviar la tensión de las brillantes luces de la sala de operaciones sobre los ojos.

—Se trata de una herida de bala en el corazón. —Dieter elevó su mirada una vez más hacia la galería de observación—. Los rayos X muestran que la bala está todavía alojada en el corazón. A juzgar por la posición de la herida de entrada, se halla al parecer en el ventrículo derecho. —En este momento señaló una mancha rojiza en el tórax de Paul McGill, un poco a la derecha del centro y casi a la altura de la tetilla derecha.

En la pared de la sala de operaciones situada al otro lado de la galería de observación, se iluminó una ventana de cristal esmerilado, al presionar Helen un pequeño interruptor. Dibujado allí en fuertes rasgos con un lápiz de cera negro aparecía el esquema de un corazón humano con las diversas cámaras claramente delineadas. A su lado, otro marco de cristal que contenía las radiografías, se iluminó también apareciendo la blanca imagen de la bala perfectamente visible dentro de la sombra algo más oscura del corazón y la imagen mucho más clara de los pulmones a su alrededor.

—Reconstruyendo lo mejor posible la trayectoria de la bala, entro más bien por la derecha —continuó Antón Dieter—. Esta trayectoria la introduciría en el lado derecho del corazón, pero el hecho de que penetró primero en otro cuerpo, haciendo desviarla posiblemente, nos ofrece la hipótesis de que la bala pudo haber entrado prácticamente desde cualquier ángulo.

—Esto es como matar dos pájaros de un tiro —dijo un estudiante aparentando sorpresa.

De nuevo se produjo una carcajada en la galería de observación, que no se oyó en la sala de operaciones, y que cesó al continuar Dieter.

—Confiamos que no será necesario utilizar el oxigenador de discos, pero

procederemos en primer lugar a dejar al descubierto la arteria femoral de forma que pueda ser abierta y permita la introducción de cánulas, y que pueda conectarse al oxigenador y conseguir el retroceso de la sangre arterial al cuerpo, en el caso de que precisemos acudir a la utilización del aparato.

Iba trabajando mientras hablaba, moviendo sus manos con una velocidad similar a la de un virtuoso pianista, pensó Marisa. El equipo quirúrgico trabajaba también con regularidad mientras se practicaba una pequeña incisión en la ingle derecha y las grapas hemostáticas aprisionaban las venas conteniendo la hemorragia. Era mucho más fácil observar el desarrollo de la operación de lo que hubiera sido si la incisión se hubiera rodeado con toallas, como en las antiguas técnicas operatorias. Además, la sábana de plástico adherida a la piel no sólo impedía la posibilidad de contaminación de la herida por las bacterias de la superficie sino que incrementaba también materialmente la zona operatoria lo mismo para los cirujanos que para los observadores.

Desde el punto en que estaba sentada, Marisa Feldman podía observar las manos de Dieter hurgando con rapidez con unas tijeras curvadas sin filo en el extremo de las profundidades de la pequeña herida en la ingle. Tras unos breves momentos dejó las tijeras y cogió con unas pinzas curvadas que deslizó bajo la arteria femoral, un tubo de aspecto blanquecino quizá *del* tamaño del dedo meñique, visible ahora mientras palpitaba en lo más profundo de la herida. Un ayudante deslizó el extremo de un trozo de cinta de algodón entre las garras de la grapa y Dieter las cerró, quitando la cinta de debajo de la arteria y aislándola donde pudiera estar rápidamente a su alcance. Unos cuantos cortes rápidos dejaron al descubierto una vena azul de paredes delgadas y muy cercana. También ésta la aisló con un trozo de cinta y dejando al interno que le iba entregando los instrumentos que tapara la herida de la ingle con un parche de algodón húmedo, Dieter y Cari Hagstrom se desplazaron hacia el pecho del paciente.

—Dejaremos al descubierto el corazón a través de una incisión media de esternotomía separando el esternón —explicó el cirujano por el micrófono, designando el hueso plano y delgado que forma la parte frontal de la caja torácica, por deferencia a los estudiantes de primer año que se hallaban en la galería y que no habían empezado a estudiar anatomía—. Esta incisión da libre acceso al corazón y permite investigar ambos lados, derecho e izquierdo.

Las manos de Dieter se movían mientras hablaba, abriendo con el bisturí, que parecía una prolongación viviente de su cuerpo, la piel en la línea central situada directamente sobre el esternón. El bisturí llegó hasta el hueso en un veloz movimiento y por un momento desapareció la herida, ya que Dieter y los ayudantes se desplazaban con rapidez, obturando las venas sangrantes y sujetándolas en las ligaduras de catgut extraídas de bobinas metálicas. El extremo superior de la incisión se había parado a unos seis o siete centímetros de la concavidad del cuello y se prolongaba a derecha e izquierda unos pocos centímetros, dando la apariencia de una

Y.

—El mayor inconveniente en una incisión media de esternotomía es que tienden a formarse gruesas cicatrices (tumores) llamadas queloides cuando se cura —explicó Dieter sin dejar de trabajar—. Por esta razón formamos una Y en el extremo superior de forma que la cicatriz no aparezca por encima del cuello.

Se desplazó entonces al extremo inferior del esternón y prolongó la incisión un poco hacia abajo a través de las capas exteriores de la pared abdominal.

—Hemos de dejar al descubierto todo el esternón, pues de lo contrario no podríamos separarlo en toda la amplitud precisa para lograr el espacio que precisamos.

—Ese Dieter es un artista —dijo Mike Traynor, pero Marisa Feldman apenas lo oyó, embebida en los movimientos rítmicos del cirujano similares a un ballet estilizado. Por un momento pudo olvidar que el primer actor del drama era alemán, perteneciente al país que había destruido a sus padres y la obligó a sufrir la degradación máxima.

Dieter se ocupaba ahora en separar la cobertura exterior del esternón, el periostio, con un solo corte de bisturí hacia abajo firmemente en la ranura cortada por la sierra. Cari Hagstrom cogió un martillo metálico y a una indicación de Dieter empezó a golpear en la porción ensanchada del cuchillo por encima del filo, desplazando la cuchilla hacia abajo a lo largo del curso ya trazado por la sierra para dividir el esternón netamente en toda su longitud.

Detrás de la hoja del cuchillo «Lebsche», el interno y una enfermera trabajaban con rapidez, untando de cera los filos del hueso para cerrar la esponjosa medula que formaba su centro e interrumpir el chorro de sangre procedente de ésta. Cuando Dieter retiró el instrumento de la incisión en su extremo inferior, él mismo y también el ayudante, cogieron cera y trabajaron en sentido ascendente hasta que toda la superficie al descubierto de la medula estuvo cerrada y parada toda clase de hemorragia.

Utilizando dos instrumentos parecidos a rastrillos con manivelas de treinta centímetros de largo aproximadamente, el interno mantuvo separados los bordes cortantes del esternón de forma que Dieter pudiera examinar la capa posterior o interior del periostio que cubría la parte posterior del esternón, buscando venas sangrantes que pudieran obstaculizar más tarde la operación.

Podía observarse ya el corazón con su saco pericardial a través de la abertura en el hueso, latiendo fuerte y uniformemente.

Utilizando una gasa sostenida entre las garras de una pinza, Dieter apartó suavemente los tejidos colocados debajo del extremo superior del esternón ahora dividido, dejando al descubierto una cinta fibrosa y dura que se prolongaba a través del espacio así abierto. Al deslizar una pinza curvada debajo de la cinta y cortar a través de la hendidura del esternón se ensanchó de repente.

—Acabo de cortar el ligamento interclavicular —explicó.

Con el dedo enguantado iba separando el pericardio del lado inferior del esternón mientras hablaba, desplazándolo hacia abajo en ambos lados hasta obtener una separación conveniente.

—El separador de costillas, por favor.

Un instrumento con pesadas púas sin filo era introducido ahora entre las superficies cortadas del hueso. Un sistema de transmisión o base de trinquete permitía la separación de las garras. A medida que el espacio entre las mitades cortadas del esternón se ampliaba apreciablemente, aparecía más al descubierto el corazón en la membrana pericardial envolvente. Un fluido de color sanguinolento podía verse dentro del pericardio y una pequeña cantidad de éste goteaba fuera en el espacio abierto por la bala.

—Otra ventaja de la incisión media de esternotomía —dijo Dieter mientras acababa de enroscar el tornillo de trinquete del «espaciador de costillas»— es que en muchos casos las múltiples cavidades que rodean los pulmones no precisan ser abiertas. Sin embargo, en el caso de que hubiésemos abierto una u otra cavidad intencional o inadvertidamente, no se produciría colapso del pulmón porque el doctor Long ha introducido prudentemente un tubo intratraqueal y el paciente está recibiendo ahora una anestesia positiva de presión.

De la mesa de instrumentos cogió un par de pinzas delgadas, dentadas en el extremo. Con éstas podía sostener una sección del pericardio y, mientras el doctor en prácticas lo sostenía con otra pinza por su lado, cortar la membrana con un bisturí. Colocando un pequeño sujetador a ambos lados de la abertura de la medula de forma que todo el conjunto pudiera separarse bastante del corazón, Dieter desgarró ampliamente el pericardio, dejando al descubierto el músculo del corazón por debajo del mismo.

—Observará, doctora Feldman, que no se han producido pérdidas de la pared del ventrículo, puesto que usted evitó la estrangulación del corazón por la trombosis. —Dieter miró hacia arriba para encontrar sus ojos a través de la pared de cristal de la galería de observación y, al darse cuenta Marisa de que todo el público masculino de la galería había desviado su atención de la operación para concentrarla en ella, se ruborizó—. Las heridas del corazón a menudo se cierran por sí solas, una vez que se ha acumulado en la cavidad pericardial sangre suficiente para reducir notablemente el movimiento del corazón. El peligro reside en que la acumulación estrangule el corazón, matando al paciente. Sólo la rápida acción de la doctora Feldman impidió que tal cosa pasara al doctor McGill.

»Aquí está la herida de entrada. —Con los ojos en la zona de operación una vez más, Dieter señaló una mancha oscura en la superficie del corazón, donde se había producido una pequeña hemorragia en el músculo—. Probablemente la bala está en el ventrículo derecho, pero no podemos estar seguros a causa del emplazamiento de la herida de entrada: La bala pudo haber atravesado el tabique entre los ventrículos y estar alojada ahora en el lado izquierdo. Antes de hacer ningún intento por averiguar

dónde está, hemos de dejar al descubierto la arteria pulmonar de forma que podamos bloquearla e impedir que la bala

pase a la circulación pulmonar donde, como hizo observar la doctora Feldman en la sala de rayos X, podía ocasionar una embolia fatal al interceptar el suministro de sangre a una buena parte del pulmón.

Utilizando unas pinzas delgadas y un par curvado de tijeras de disección, el cirujano empezó a separar los tejidos de la parte superior del corazón entre la arteria pulmonar que lleva sangre a los pulmones y a la aorta, el canal gigante que transporta la sangre al resto del cuerpo. Un completo silencio reinó en la galería de observación mientras él trabajaba, pues aun el estudiante más inexperto sabía que un paso en falso podía provocar una hemorragia que podía ser incontrolable. Sin embargo, Dieter actuaba como si no conociera las terribles consecuencias de un ligero descuido, trabajando con la misma calma que si estuviera desclavando la pata de una mesa.

—Ese tipo debe tener sangre de horchata en las venas —dijo uno de los estudiantes de la galería con una voz que denotaba su espanto.

—Brennan es tan bueno como él en cuestiones del cerebro —dijo un interno.

—O McCloskey para cosas de la vesícula —convino otro—. Este hospital cuenta con buenos cirujanos e internos.

Dieter estaba trabajando con unas pinzas curvas detrás de la arteria pulmonar. Al aparecer el instrumento por el otro lado, sostenía el extremo de un pedazo de cinta entre las garras metálicas y lo hizo retroceder hacia dentro, afianzando y uniendo ambos extremos y levantando la arteria para que los estudiantes pudieran ver el punto de origen en el ventrículo derecho.

—Puesto que ahora podemos impedir que la bala se introduzca accidentalmente en la circulación pulmonar, estamos ya listos para la exploración —anunció Dieter—. Sutura cerrada, por favor.

A la derecha de la porción visible del ventrículo podía observarse la cámara superior de delgadas paredes para aquel lado del corazón llamado atrio, con las venas gigantes, las venas cavas superior e inferior, que llevan sangre al mismo desde todo el cuerpo, salvo los pulmones.

En la pared delgada del atrio, Dieter empezó a coser en círculo de cuatro centímetros de diámetro, impulsando la aguja por completo a través de la pared de la cámara con cada puntada.

—El cordón que estoy colocando puede tener dos finalidades —explicó a la galería—. Primeramente me permitirá introducir un dedo en el lado derecho del corazón y determinar si está o no allí la bala.

Dejando la aguja y su soporte, con los que había estado realizando la sutura, Dieter señaló hacia el esquema del cuadro de cristal apoyado en la pared.

—Por otro lado, si la bala atravesó el lado izquierdo, tendremos que aplicar el oxigenador al paciente, lo que nos permitirá abrir por completo el corazón, sacarlo y reparar la herida en el punto en que penetró en el tabique entre los ventrículos con el

fin de impedir que se forme allí posteriormente una comunicación anormal. Afortunadamente, si tenemos que utilizar la derivación cardíaco-pulmonar, podremos introducir tubos de plástico directamente en las venas cavas inferiores y superiores a través de esta zona de sutura, consiguiéndose con ello una vía por la que la sangre procedente de todo el cuerpo pueda pasar al oxigenador.

La sutura cerrada estaba lista para tirar de ella para cerrar la abertura que él iba a realizar en el centro del círculo rodeado por las puntadas. Cari Hagstrom sostuvo ambos extremos de la sutura, elevando la pared del atrio mientras Dieter cogía un bisturí de punta afilada con la mano izquierda, con su dedo índice dispuesto para actuar.

Con un rápido movimiento, clavó la hoja en el centro del círculo que había cosido en la pared del atrio. Brotó sangre mientras la hoja del cuchillo penetraba en el corazón, pero un instante después su dedo se había introducido en la abertura. Mientras Cari Hagstrom apretaba la sutura, la pared del atrio fue arrastrada cómodamente junto al dedo del cirujano interrumpiendo el caudal de sangre a su alrededor.

—Puedo notar la parte interior del atrio y la válvula tricúspide entre éste y el ventrículo. —Dieter explicó sus hallazgos mientras movía su dedo explorante dentro del mismo corazón—. Parece que la válvula no ha sufrido daños.

Mientras introducía el dedo más profundamente en el corazón, la delgada pared del atrio, sostenida cómodamente alrededor de su dedo con la sutura, se desplazaba al propio tiempo.

—Ahora mi dedo está en el ventrículo tocando la bala —dijo, y el aire del quirófano se impregnó súbitamente de una tensión perceptible incluso en la galería.

»La bala está suelta en el ventrículo tal como sospechábamos. Apriete la cinta alrededor de la arteria pulmonar, doctor Hagstrom.

El médico en prácticas elevó los extremos de la cinta situada debajo de la vena y los cruzó para impedir que pasara la sangre.

—Está apretada, señor —informó.

—Podemos interceptar la circulación a los pulmones durante unos breves segundos solamente sin peligro grave —dijo Dieter, mientras Marisa se inclinaba hacia delante, tensa y expectante, notando las pulsaciones de su corazón en la garganta—. Confío en extraer la bala por la herida de entrada.

—¡Cielos! —dijo uno de los estudiantes—. ¡Mi corazón no puede resistir más!

—Sostengo la bala contra la pared del ventrículo en este momento. —Con los dedos de la mano izquierda, Dieter apoyó el punto exterior por donde había entrado en el corazón, separando los dedos para dejar la herida libre—. La cabeza de la bala entra ahora por la herida desde el interior del ventrículo y la estoy empujando a través de la pared.

Otro murmullo de admiración llenó la galería cuando un reflejo metálico apareció de repente en la superficie del corazón, haciéndose cada vez más visible a medida que

el dedo de Dieter la impulsaba hacia fuera. Cautelosamente, Cari Hagstrom agarró la bala recubierta de acero con unas pinzas, cuyas garras contenían varios dientes que se engranaban entre sí. Cuando sacó el proyectil, un chorro de sangre surgió de la herida que se había abierto de nuevo, pero se interrumpió en seguida cuando Dieter la tapó con su dedo índice.

—Deje suelta la arteria pulmonar, doctor Hagstrom. —Incluso en la galería, los observadores podían notar el aire de triunfo en la voz del cirujano alemán por haber realizado una operación quirúrgica realmente notable—. Coloque, por favor, algunas suturas en el ventrículo alrededor de mi dedo para cerrar la herida de entrada.

Las suturas fueron colocadas rápidamente, atravesando la pared muscular del corazón a ambos lados de la diminuta abertura por la que la bala había entrado y había sido extraída. Cuando Cari Hagstrom tuvo los cordeles fuertemente apretados, Dieter quitó el dedo. Tan sólo una pequeña gota de sangre apareció entre ambas suturas.

—Una más bastará —dijo y separó los largos extremos de las dos suturas que habían sido ya colocadas de forma que Hagstrom pudiera intercalar otra entre ambas. Una vez atadas las tres suturas, no se produjo pérdida de sangre del ventrículo.

—Hemos tenido suerte —dijo Dieter a los de la galería—Puesto que no fue necesario abrir el corazón, salvo para explorar a través de la blanda pared del atrio, ya no será preciso aplicar al paciente el oxigenador de discos. Si usted sostiene los cordeles, doctor Hagstrom, retiraré el dedo del atrio.

Sólo se produjo un pequeño derrame de sangre antes de que Cari Hagstrom pudiera tirar fuerte de las suturas, después de retirar Dieter el dedo índice del interior del corazón. Con aquella sutura atada y con otras de refuerzo, se cerró asimismo la pequeña herida del atrio.

—¿Cómo se encuentra el paciente, doctor Long? —preguntó Dieter.

—Bien, doctor. Presión 100 sobre 70. Pulso 100.

—¿No hay señales de *shock*?

—Ninguna.

—Bien. Dejaremos por ahora la transfusión. No es preciso que le exponamos al virus de hepatitis. Además, puesto que la herida está seca, no será preciso desangrar.

La sutura siguió a ritmo rápido. Marisa Feldman abandonó la galería mientras los alambres destinados a unir ambas mitades del esternón eran introducidos mediante un punzón sólido impulsado a través de la capa exterior del hueso plano. Una mirada al reloj de pared de la galería le indicó que la operación había durado hora y media; aunque impresionada por el ambiente de tensión, le parecía que apenas había pasado la mitad del tiempo.

Costaba trabajo creer ahora que sólo poco más de dos horas antes, estaba ella mirando a la inerte figura tendida sobre la camilla de la ambulancia y había oído decir al camillero que el doctor Paul McGill había llegado muerto a la clínica.

Capítulo XI

Eran casi las seis cuando Alice Weston empezó a recobrase del ataque de dolor que se había apoderado de ella cuando la llamó Jake Porter preguntando por Roy. Había un teléfono supletorio en el cuarto de baño que le permitió llamar a George Hanscombe a su oficina de la clínica. Estaba cerrada a aquella hora, pero el doctor de guardia conocía su padecimiento y le prescribió volviera a repetir el tratamiento que acostumbraba a tomar de vez en cuando siempre que tenía molestias de colon y que se le enviaba desde una farmacia cercana. Puesto que la última revisión había tenido lugar hacía más de un año, le sugirió también que pasara por la clínica a primera hora de la mañana siguiente.

Cuando llegó la medicina —una solución verde con algo similar a hojas trituras en el fondo— Alice tomó doble dosis. Cuando empezó a disminuir el dolor, había ya oído la emisión local de las seis de la televisión —faltando a su norma de no oír jamás las noticias— y enterándose de que Paul McGill había recibido un disparo por parte de Mort Dellman. Poco después, llamaron de la oficina de Roy para advertirle que éste tenía que cuidarse de llevar a cabo ciertas gestiones en conexión con el arresto del doctor Dellman y por tanto no podría venir a casa a cenar.

Alice tenía preparado ya el martini de Roy y el suyo antes de que él llamara. Se bebió el suyo y tomó un plato de sopa que había calentado en el fogón, titubeando con los mandos, pues era la primera vez en varios meses que tocaba la cocina. Los miércoles, día libre de la sirvienta, ella y Roy solían ir a cenar al club después del ritual martini.

En su estado de trastorno emocional, Alice había olvidado diluir su bebida. Cuando la sopa caliente excitó la circulación en la región digestiva superior, el alcohol fue rápidamente absorbido, llenándola de un vivo calor que no se había permitido desde hacía mucho tiempo, desde los tiempos del instituto cuando Lorrie había regresado de la universidad aquella primera Navidad.

Jake Porter estaba fuera por asuntos de negocios la noche que llegó Lorrie. Cuando Lorrie la incitó a beber, tomaron unas copas antes de cenar y llevaron la botella arriba cuando se fueron a la cama. Lorrie había insinuado a Alice que podían tomar la última copa a la hora de ir a dormir, y cuando ella

terminó de desnudarse, la muchacha más joven estaba medio embriagada.

Cuando Lorrie penetró en la habitación procedente del baño que compartían, secándose con una toalla después de la ducha, Alice llevaba ya puesto el camisón de percal algo remilgado. Cepillándose el cabello en el tocador, no había podido apartar sus ojos del cuerpo desnudo de Lorrie reflejado en el espejo mientras la otra chica cruzaba la habitación para sentarse a la cama.

—¿Has estado alguna vez con un chico, Al? —había preguntado Lorrie.

Alice negó con la cabeza sonrojada, con los ojos aún fijos en el maravilloso cuerpo de Lorrie.

—¿Cómo conseguiste el bronceado en todo el cuerpo?

—Utilizo una lámpara de rayos infrarrojos en invierno.

—¿Desnuda?

—¡Claro! ¿Por qué no? —Los ojos de Lorrie tenían un brillo que hizo sentir a Alice una sensación curiosa en su interior—. Levántate, Al.

Cuando Alice obedeció, Lorrie se agachó, cogió el dobladillo de su camisón, sacandoselo por encima de la cabeza de la muchacha más joven, dejándola de pie desnuda sobre la alfombra junto a la cama con su piel sonrosada y blanca reflejándose en el espejo, mientras que la de Lorrie estaba bronceada.

—Has crecido, Al. —La voz de Lorrie había adquirido una nueva tonalidad, una excitación que no había tenido antes—. Te has redondeado por aquí. —Tocó sus senos ya llenos—. Y aquí.

Alice había notado que le quemaba el rubor cuando la mano de Lorrie se apoyó en su cintura en la parte en que se ensanchaban sus caderas, desplazándose luego por su suave y redondo vientre. Sabía que debía huir, pero le faltaron las fuerzas o tal vez el deseo de hacerlo.

Con un veloz movimiento, Lorrie había cruzado la habitación entonces, cerrando la puerta con llave y había apagado la luz, dejando sólo que alumbrara la de la mesa del tocador. Regresó inmediatamente y con un rápido gesto de la mano, bajó la sábana que cubría la cama.

—¿Quieres otro trago, Al? —preguntó. Alice movió la cabeza negativamente. La habitación empezaba ya a dar vueltas en círculo vertiginoso, como si se tratara de uno de los columpios de la feria.

—Entonces, ¿qué esperamos?

Alice se había dormido en brazos de Lorrie después, ardiente y saciada de placer. Cuando despertó a medianoche y notó la mano de Lorrie acariciar su cálido cuerpo, la excitación que ahora le era familiar había surgido de nuevo exigiendo la satisfacción que Lorrie sabía dar con tanta destreza, recibéndola a su vez de las manos cariñosas y agradecidas de Alice.

Aquellas Navidades habían sido las más felices que Alice pudiera recordar, hasta que Lorrie regresó a Sweet Briar. El verano siguiente, Lorrie había ido a Europa y cuando regresó a su casa por Navidades un año después, estaba enamorada de un conde francés que la había seguido hasta los Estados Unidos. Ya no tenía tiempo para dedicar a Alice y después de esto, Alice había empezado a salir con Roy, que llevaba un flamante uniforme de oficial del ejército.

Dominada por la soledad y la desesperación se dirigió entonces Alice tambaleándose hacia el teléfono y marcó un número.

—¿Corinne? —preguntó al contestar una voz femenina con tono de contralto.

—Sí, querida.

Corinne Marchant solía cuidar a menudo de los niños durante el año escolar, cuando Alice y Roy tenían que salir. También se quedaba con Alice durante las ausencias cada vez más frecuentes de Roy por asuntos políticos.

—Roy ha tenido que quedarse en el despacho y yo he tenido un cólico —dijo Alice—. He tomado algunas medicinas, pero ¿puede usted pasar por casa y hacerme compañía hasta que me acueste?

—Desde luego, querida. ¿Dijo usted que llegaría tarde? —Su secretaria me telefoneó para decirme que no regresaría hasta medianoche o tal vez más tarde. Es algo relacionado con el asunto de Mort Dellman. Dejaré la puerta entornada, Corinne.

—Estaré ahí dentro de diez minutos.

Mientras Alice volvía a colocar en la nevera la mantequilla que había utilizado para las tostadas, vio el martini de Roy sobre el estante. Sin pararse a reflexionar sobre ello, cogió el martini y se lo bebió de un trago. Entonces, dejando la puerta entornada como había prometido a Corinne, subió hacia el dormitorio, poniéndose el camisón más transparente que encontró, saboreando de antemano la sensación que se agitaba en su interior.

—Otra vez has bebido más de la cuenta, Grace —fueron las primeras palabras de George Hanscombe al entrar en la sala de estar después de la acostumbrada ducha nocturna a continuación de la cena. Situado en una calleja en las afueras de Sherwood Ravine, el bloque era espacioso y la casa grande y cómoda, como todas las casas de aquella zona.

Cruzando hacia el salón, donde un pequeño bar ocupaba una de las esquinas, se sirvió una buena cantidad de *whisky*, su bebida favorita, echó soda y agitó el contenido con una barra de vidrio. Estaba habituado a tomar las bebidas sin hielo desde su estancia en Inglaterra, una de las pocas costumbres inglesas que encontraba de su agrado.

—¿Por qué no he de beber?, ¿no lo haces tú? —Grace estaba cansada y de mal humor. El incidente con Maggie MacCloskey en el club, aparte de acompañarla al hospital y luego la preocupación por si había sido George quien había recibido los disparos, era algo superior a sus fuerzas, teniendo en cuenta que todo había sucedido en la misma tarde.

—Vamos, Grace. Ya sabes que tienes diabetes.

El tono tranquilo de George la enfurecía aún más que las palabras que le había oído pronunciar infinidad de veces con el mismo sentido de reprensión. Por otra parte su caso no era grave y además no había probado el azúcar en un año por lo menos.

—¿Quieres decir que debo privarme de todo? —preguntó indignada—. Para eso más me valdría estar muerta.

—Vamos, Grace —dijo George con el mismo tono indulgente—. Tienes una bonita casa y además el club y tu trabajo en el hospital bastan para mantenerte ocupada.

Dos veces por semana, vestía un uniforme y cofia de color azul y llevaba un carrito con revistas, dulces y artículos como papel de escribir, sobres y bolígrafos de una a otra sala del hospital, vendiéndolos a los pacientes. Constituía parte de las actividades de un servicio situado en el primer piso del hospital. Las ganancias iban destinadas a crear becas para las estudiantes de enfermera en la Universidad.

—Prefiero volver a ser camarera —dijo con furia, no ignorando que conseguiría alterarlo de este modo. En las ocasiones en que a ella se le ocurría hacer mención a su pasado empleo, George la corregía siempre diciendo que había sido camarera en un restaurante, lo que se acercaba más a la verdad. Su trabajo en realidad había sido atender a los clientes en un bar londinense de gran categoría, ayudando a las camareras cuando había demasiado público para servir a todos con rapidez.

—Tú no fuiste camarera, Grace —dijo George, tal como ella esperaba.

Cogiendo una revista, se sentó en una butaca frente al televisor. Quince minutos después de empezar el primer programa estaría durmiendo, roncando quedamente con la boca abierta.

—¿Te avergonzarías de mí si lo hubiera sido? —preguntó Grace.

—No lo sé. —Abrió la revista—. Jamás me detuve a pensarlo.

—No te avergonzaste antes de casarnos —dijo con súbito enojo—. Recuerdo lo impaciente que estabas por acostarte conmigo.

George siguió leyendo la revista como si no hubiera oído nada.

—Dime la verdad, George, ¿tuviste alguna vez relaciones con Lorrie Dellman? Desviando la mirada hacia la revista dijo:

—¿Decías algo, querida?

—Te preguntaba si te habías acostado alguna vez con Lorrie Dellman.

—¡Naturalmente que no! ¿Qué te hizo concebir esa idea?

—Todos tus amigos lo hicieron. ¿Por qué no tú, George?

—No demuestres esa falta de respeto por los muertos —dijo George con severidad.

—No hablo mal de ella, incluso la admiro. Después de todo hizo lo que deseaba y cuantas veces le apeteció.

Él se encogió de hombros y siguió leyendo sin hacer comentarios.

—Tú eres más o menos de la misma edad de Paul McGill, pero él es mejor que tú, George —dijo Grace.

—¿Por qué dices eso?

—Paul tuvo una experiencia sexual el miércoles. Tú sólo las tienes los sábados y aun así podrías hacerlo mejor.

—No seas grosera, Grace. ¿Qué diablos te ocurre? Pensó con satisfacción que por fin había conseguido hacerle saltar. A los hombres no les agrada que les digan que son inferiores a otros, especialmente en cuestiones sexuales.

—Estoy hastiada de hacer lo mismo día tras día y noche tras noche; eso es todo. —Por fin surgieron las palabras, brotando como una inundación incontrolable—. Estoy cansada de ser diabética a medias. ¿Por qué no todo o nada? Estoy aburrida de quedarme en casa por las noches esperando que regreses de las asambleas médicas, y más aún de estar en casa por las noches en tu compañía sin que me dirijas la palabra porque te pones a roncar delante de ese maldito televisor. Estoy cansada de jugar al golf y al *bridge* en el club, de ver las mismas caras de siempre, de tratar siempre los mismos temas.

Él estaba otra vez enfrascado en la revista. Por eso se permitió lanzar un nuevo ataque.

—¿Por qué no pudiste ser tú quien estaba esta tarde con Lorrie, George? —preguntó Grace.

—¿Cómo?

—¿Tal vez porque es miércoles en lugar de sábado? ¿Es que tus órganos funcionan sólo durante una hora el sábado por la noche?

—Ya está bien, Grace. ¿Quieres decirme qué te pasa?

—Nos estamos haciendo viejos, George. La vida se nos escapa. ¿Qué ha sucedido

con las promesas que me hiciste en Inglaterra? ¿Las que solías utilizar para inducirme a acostarme contigo?

—Por lo que puedo recordar, no tenía demasiado trabajo en convencerte —dijo en tono airado.

—No nos queda ya mucho tiempo, George. —En estos momentos estaba a punto de llorar—. ¿Por qué no podemos disponer de parte de nuestro dinero, tomar parte en un crucero, hacer un viaje a Inglaterra?

—Basta, Grace. Ya hemos discutido eso antes.

—¿Por qué no a Río de Janeiro? El mes próximo se celebrará allí un congreso internacional de cardiología. Hemos recibido un folleto de una agencia de viajes.

—Sabes que tengo responsabilidades, Grace, y que debo dar clases.

—Los demás asisten a muchos congresos de medicina. En la Facultad tenéis personal preparado que podría hacerse cargo de tus clases. Además les alegraría tener esa oportunidad.

—Eso está descartado —dijo él secamente.

—Esa es la razón por la que jamás haces vacaciones, salvo para jugar al golf y al *bridge* en verano en lugares como Deerslayer Lodge, cuando han terminado las clases. Tienes miedo de que alguno de esos jóvenes brillantes vaya a ser mejor doctor que tú, George. Todo el mundo en el hospital sabe que no les das ocasión de lucirse.

—Grace —dijo él con dureza—. Me niego a seguir escuchando esas nimiedades.

—Tienes que escucharme, George. Estamos casados para bien o para mal y Dios sabe que las cosas pueden empeorar.

En este momento estaba llorando. Entonces él, sin saber qué hacer, trató de darle unas palmadas en el hombro, pero ella apartó su mano.

—¿Por qué no hablas con Dave Rogan, cariño? —sugirió pero cuando los hombros de ella se pusieron tensos, se apresuró a añadir— o con Jack Hagen. Después de todo, la menopausia...

—Las mujeres ya no tienen menopausia. Eres un doctor de pacotilla, si no sabes eso. Los ginecólogos nos dan hormonas y el paso del tiempo no deja en nosotras las huellas características. Es la fuente de la juventud; las mujeres podemos conservarnos jóvenes toda la vida. Únicamente los hombres envejecen.

—Ya vuelves a decir necedades.

—Leí un informe de un doctor respecto a esto. Afirma que no existe menopausia masculina, que todo es imaginación vuestra. Por tanto, ¿por qué no has de poder hacerlo en miércoles, como Paul McGill? ¡Qué envidia me da Elaine! —Se levantó rápidamente del sofá y corrió hacia las escaleras que conducían a los dormitorios—. Buenas noches. No, George. Esto no puede traer buenas consecuencias.

Estaba dormida cuando él subió al dormitorio, exactamente a las diez como siempre, como tampoco se despertó cuando él se echó al otro lado de la cama de matrimonio.

Pete y Amy Brennan estaban en la cama fumando y viendo la televisión a las ocho y media aproximadamente cuando sonó el teléfono.

—No contestes —dijo Amy inmediatamente—. No quiero que me dejes ahora.

—¿Cómo puedo continuar con ese maldito teléfono sonando?

—Descuélgalo.

—¿Para que la telefonista nos oiga y llame a la policía pensando que se trata de una emergencia?

—Entonces contesta; pero no te vayas muy lejos.

Cogió el teléfono y aplicó el auricular a su oído.

—Aquí el doctor Brennan.

—¿Pete?

Era Roy Weston.

—¿Eres tú, Roy?

—Será mejor que vengas a la cárcel. Mort Dellman te necesita y yo también.

—¿Qué puedo hacer por Roy? Lo que necesita es un abogado.

—Mort no necesita un abogado, al menos por ahora. Insiste en hablar contigo.

—¿No se puede esperar hasta mañana?

—Si no vienes aquí y tratas de apaciguar a Mort, está dispuesto a contarlo todo a los periodistas. Imagínate lo que esto representaría para la clínica y para la mitad de los hombres de la ciudad.

—Está bien —dijo Pete con resignación—. Veré qué puedo hacer para calmarlo.

—Date prisa, Pete. Me veo impotente para controlarlo. Pete miró hacia la cama donde estaba echada Amy desnuda, transparentándose su cuerpo bajo la sábana color azul pálido, pensando que era el momento menos apropiado para pensar en un miserable como Mort, cuando su mujer, después de haber mantenido unas relaciones sexuales superficiales durante diez años, se liberaba de repente de todas sus inhibiciones.

—De acuerdo, Roy —dijo dirigiéndose a su interlocutor—. Estaré ahí en seguida.

—¿Qué le ocurre a Roy? —preguntó Amy cuando Pete colgó.

—Mort Dellman quiere verme. Roy dice que será mejor que vaya o de lo contrario Mort va a divulgar toda la historia sentimental de Lorrie por la Prensa, empezando por el propio Roy, según creo.

—¡Pero esto ocurrió hace ya mucho tiempo!

—Podría todavía destruir las oportunidades de Roy en las elecciones. Abner Townsend insiste siempre en sus conferencias sobre la moralidad. Piensa qué perjuicios podrían resultar para Roy en esta campaña, teniendo a Townsend como adversario.

—No quiero pensar precisamente ahora en Mort, Roy o Lorrie. Deseo pensar en nosotros.

La morfina hacía que la voz de Amy fuera un poco tartajeante, pero Pete estaba demasiado alterado para advertirlo, pensando en los perjuicios que Mort Dellman podría ocasionar a la clínica.

—Duerme un poco, mientras estoy fuera, cariño. —La besó y a continuación se deslizó fuera de la cama y empezó a vestirse—. Te ayudará a recobrar fuerzas para cuando regrese.

—Tú sí que vas a necesitar todas tus fuerzas, amor —dijo Amy sonriendo—. Hazme el favor de poner el pollo en la nevera al pasar por la cocina. Nos servirá para el desayuno.

Desde el lugar donde estaba sentada en la pequeña sala de espera junto a la sala de asistencia intensiva especial, Elaine McGill vio pasar la camilla. Jeff Long iba delante y sonrió para darle ánimos, pero Paul iba rodeado por tantos aparatos —los tubos y botellas de dos equipos intravenosos transportados por dos enfermeras de la sala de operaciones que acompañaban a la camilla, las conexiones para el electrocardiógrafo, las mantas que cubrían su cuerpo— que no pudo ver su rostro. Era tan escalofriante como la espera misma. Sin embargo, ni siquiera intentó ir a su habitación, sabiendo que todos estarían demasiado atareados allí para ocuparse de ella. Unos minutos después Antón Dieter paró a la puerta de la sala de espera.

—Soy el doctor Dieter, señora McGill —dijo—. Nos conocimos el pasado año durante una recepción en casa del doctor Hanscombe.

—Lo recuerdo. Fue poco después de su llegada a Weston.

—Su marido responde bien. Pudimos extraer la bala con relativa facilidad —de su bolsillo extrajo una bala brillante de acero y la sostuvo en la palma de su mano para que ella la viera—. Lógicamente las autoridades precisarán de ella.

—A mí de nada me sirve —dijo Elaine con voz trémula—. ¿Cuánto tardará en despertar?

—Eso depende de varios factores. Su marido estuvo clínicamente muerto durante cierto tiempo, señora McGill, sin respiración y sin pulso perceptible. Ignoramos la duración de ese período, pero no cabe duda de que las células del cerebro se quedaron sin oxígeno por algún tiempo.

—¿Entonces, podría haber todavía...? —Se interrumpió al recordar repentinamente un caso que había leído sobre un enfermo, cuyo corazón había cesado de latir en el curso de una operación. Aunque finalmente revivió, jamás había recobrado el conocimiento y había vivido durante años en estado de coma—. ¿Entonces podrían presentarse aún complicaciones?

—Desde que la doctora Feldman lo reconoció y prescribió el tratamiento de emergencia, su marido ha respondido bien. Tenemos en consecuencia, todos los motivos para pensar que se recobrará por completo —le aseguró Dieter.

—Pero ¿no es seguro?

—Me temo que no.

Cuando Dieter se alejó, se encaminó a tientas hacia una silla de la pequeña sala de espera. Hasta ahora, todo se había centrado en la dramática operación y no había ni siquiera imaginado la posibilidad de que ya se hubiera producido un daño mayor antes de la operación que podría ser irreparable, a pesar de que se habían utilizado todos los recursos que podía proporcionar un gran hospital para salvar la vida de Paul. Nadie podría asegurar ahora el tiempo preciso para saber si el cerebro había sufrido daños, ya que no existía medio para averiguarlo hasta que él recobrara el conocimiento o siguiera en estado de coma. Hasta ese momento, sólo podía esperar y

rezar.

Seguía aún sentada en la pequeña sala de espera cuando Jeff Long salió de la habitación de Paul. Desde su silla podía observar la imagen de televisión en circuito cerrado de la habitación en uno de los tubos monitores, y debajo de ésta, la línea destellante que señalaba el funcionamiento del corazón tal como era registrado por el electrocardiógrafo. Janet Monroe le había explicado el desarrollo del sistema y que era mejor para ella no permanecer en la habitación de Paul, donde las enfermeras e internos estarían ocupados observando su estado postoperatorio, pero que podía verle en todo momento a través de los tubos monitores.

Jeff Long le había sido presentado como anestesista. Se paró unos momentos a conversar con la enfermera de recepción, luego se acercó y se sentó junto a Elaine.

—Jan... la señora Monroe, me dice que está usted preocupada por el doctor McGill —dijo—. No tiene por qué preocuparse, aunque es posible que tarde varias horas en recobrar el conocimiento.

—El doctor Dieter me ha dicho que ustedes no sabrán hasta entonces si... si estará en posesión de todas sus facultades.

—¿Por qué no cruzar el puente cuando llegamos a él si no nos queda otro remedio? —le dijo para infundirle ánimos—. Lo importante ahora es que ha salido bien de la operación.

—Entonces, ¿por qué le administran oxígeno y todo lo demás si el doctor Dieter le extrajo acertadamente la bala?

—Son medidas de protección —explicó él—. La bala penetró en el lado derecho del corazón. Tal vez lo entendería si le hago un esquema.

—Estoy segura de ello.

Se dirigió a la mesa de dibujo y regresó con una hoja de papel en blanco y un lápiz de dibujo. Con rasgos rápidos hizo un dibujo del corazón con las cuatro cámaras separadas por la partición central llamada septo.

—Afortunadamente la bala no choco en su recorrido con ningún cuerpo sólido, como hubiera sido una costilla e incluso un cuerpo metálico —explicó—. En caso contrario podía haberse ramificado y producido una herida mucho peor. El orificio por donde penetró la bala en el corazón era muy pequeño y se precisaron muy pocas suturas para cerrarlo.

—¿Fue muy difícil?

Jeff Long sonrió.

—No para el doctor Dieter. El realiza operaciones del corazón con la misma facilidad que muchos cirujanos lo hacen con las de apéndice; con todo haremos lo posible para que no quede ningún cabo suelto. Le estamos inyectando heparina en la sangre para impedir que se formen coágulos en el punto del músculo en que la herida se cerró. Observamos también que no se interrumpa el sistema de comunicación en el corazón por hinchazón o hemorragia.

—Lamento decirle que no entiendo nada. En el esquema que había hecho de las

cámaras del corazón, Jeff Long bosquejó con un lápiz lo que parecían las ramas de un árbol, que se extendían a través del músculo de las cuatro cavidades del corazón. Un tronco central atravesaba el septo, del que ya le había hablado, separando el lado derecho del izquierdo.

—Estos podrían denominarse los circuitos telefónicos del corazón —explicó señalando el dibujo, parecido a un árbol, que había dibujado—. Cada uno de los latidos nace en un punto central situado arriba en la aurícula derecha, la pequeña cavidad superior. Este se extiende por medio de estas ramas que he dibujado y hace que ambas aurículas se pongan en contacto, llenando los ventrículos de sangre durante la primera mitad del latido. Al propio tiempo, el impulso eléctrico del latido se ha ido desplazando por este tronco de tejidos que he dibujado a través del septo —en este momento señaló el tronco—, antes de desparramarse por los ventrículos, haciéndolos palpar.

—Esto parece algo complicado.

—Sí lo es la primera vez que se ve. En la práctica no es más complicado que el teléfono, y tal vez no tanto. —De nuevo se dirigió al dibujo—. A causa de que el canal principal del impulso nervioso del latido transmitido a los ventrículos atraviesa el septo, es una zona muy vulnerable y la hinchazón o la hemorragia en un espacio tan estrecho puede hacer presión en los tejidos nerviosos desplazando el impulso e interceptando el mensaje.

—¿Produciendo la muerte? —preguntó ella inmediatamente.

—Posiblemente, si no se está preparado para evitarlo. Generalmente los ventrículos recobran inmediatamente su propio ritmo, si bien éste es más lento que los impulsos transmitidos desde las aurículas, que producen el latido normal. Sin embargo en el caso de que no empiecen a funcionar en seguida, todos los que trabajan en la sala de asistencia intensiva saben manejar el restablecedor de ritmo cardíaco.

—¿A qué clase de aparato se refiere?

—Se trata de un dispositivo que estimula el corazón desde el exterior haciendo pasar una pequeña corriente eléctrica a través del músculo. El doctor Dieter lo utilizó en la sala de emergencia cuando ingresó su marido.

—Creí que la doctora se había ocupado de él allí.

—Indudablemente la doctora Feldman salvó la vida de su marido, retirando la sangre del espacio que rodea el corazón. El doctor Dieter llegó poco después e hizo funcionar el corazón de nuevo con el dispositivo mencionado.

—¿Es probable que se produzca la hinchazón de que me habló?

—Creemos que no. Por el momento no existen indicios de ello, y como le hemos dicho, no dejamos nada al azar. El oxígeno que le administran liberará la carga de su corazón, la heparina impedirá la coagulación, y estamos preparados si se produce una obturación.

—Por lo que veo lo tienen todo previsto.

—Prácticamente todo. El doctor McGill está en excelentes condiciones ahora y no hay motivo para que usted siga aquí, aunque puede hacerlo si lo desea.

—Usted preferiría que no lo hiciera, ¿no es así? —Elaine había comprendido la intención del doctor.

—Eso depende de sus sentimientos con respecto a lo que ocurrió esta tarde.

—¿Qué quiere usted decir?

—Me preocupo por su marido, señora McGill. Está bajo mis cuidados hasta que se recupere por completo de los efectos del anestésico. Hasta el momento todo va saliendo bien, pero en casos como éste puede alterarse el equilibrio del paciente por algo aparentemente tan insignificante como es un trastorno emocional.

—¿Está usted preocupado por si hago una escena? —Quiero estar seguro de que usted no la hará, al menos hasta que desaparezca cualquier probabilidad de que esto pueda perjudicar su corazón.

—Lo único que deseo a mi marido es que se restablezca, doctor Long. Quisiera quedarme aquí para decírselo cuando recobre el conocimiento.

—Entonces ambos perseguimos el mismo objetivo. —Jeff Long sonrió—. Hay un diván en una pequeña habitación al final del pasillo. El interno de guardia duerme allí cuando tenemos un caso crítico. ¿Por qué no se echa y descansa un poco?

—¿Puedo hacerle una pregunta más?

—Naturalmente.

—He oído decir que los estudiantes llaman a mi marido el viejo dermatógrafo. ¿Puede decirme la razón?

—Es un apodo cariñoso. El doctor McGill es extremadamente agudo y prudente. Nos enseña que la piel refleja todos los estados del cuerpo, incluyendo el equilibrio emocional. Si no fuera por mi extraordinaria vocación como anestesista, hubiera solicitado hacer las prácticas en su servicio.

—Gracias, doctor Long. Me imagino que es el mejor elogio que usted podía hacer de él.

—Lo es en efecto. Ahora será mejor que descanse para que esté preparada para verle cuando recobre el conocimiento.

—No creo que pueda dormir después de lo ocurrido.

—Me ocuparé también de eso —le prometió—. La señora Monroe le dará un Nembutal.

—Si usted cree que me ha de ir bien...

—Esta es mi receta —le dijo jovialmente—. Confíe en nosotros. Ya sabe usted que somos profesionales en estos asuntos.

Elaine pensó, mientras yacía en el estrecho diván de la pequeña habitación, esperando el efecto de la cápsula amarilla, si podía realmente dejarlo todo en sus manos. Hasta esta tarde había dejado que Paul tomara las decisiones más importantes tal como él creyera conveniente, pero ahora no sólo tenía que pensar en su propia vida y la de él sino también en la criatura, que era todavía una sola célula formada en

el interior de su cuerpo poco menos de cinco horas antes.

Por un instante se preguntó si debía contarle lo acaecido aquella tarde, pero desechó la idea inmediatamente. Paul era orgulloso y nada podía herir el orgullo de un hombre con más rapidez o efectividad que el conocimiento de que su mujer le había sido infiel. No sentía remordimientos por su parte, pues lo que había hecho formaba simplemente parte de su necesidad biológica de quedar embarazada, sin cuyo hecho ninguna mujer podía sentirse realmente completa. Sabía, sin embargo, que no podía esperar que Paul lo viera de la misma forma.

El hecho de que Paul había sido sorprendido «in flagranti» delito con Lorrie Dellman y el escándalo que su acción había provocado no constituía por otro lado un paliativo de su acción. El hombre, aunque monógamo por costumbre e incluso por la ley, no era en realidad una criatura monógama y la naturaleza tampoco había pretendido que lo fuera. ¿Cómo se explicaba de otro modo que hubiera más hembras en la especie humana que machos?

Conociendo a Lorrie y recordando la apuesta que había tratado de hacer con ellas aquella tarde en casa de Amy, Elaine no estaba del todo segura de que Paul hubiera sido el seductor aquella tarde. Para Lorrie, él representaba una conquista que no había podido lograr hasta entonces. La misma Elaine se había preocupado en ese sentido manteniéndolo apartado de los demás en los congresos médicos y evitando que bebiera en demasía, costumbre muy arraigada en su círculo de amistades. En cierto modo estaba convencida de que Lorrie se las había arreglado para atraer a Paul a su casa aquella tarde y a partir de aquel momento había ella tomado la iniciativa. Fue una mala suerte que Mort hubiera escogido aquel preciso momento para reivindicar su honor.

Capítulo XII

La cárcel municipal de Weston era de las más modernas del Estado y ocupaba el piso superior del nuevo juzgado. Pete Brennan subía en este momento en un ascensor especial, acompañado de un policía armado.

—El señor Weston está abajo en la sala de interrogatorios, quiero decir, en la sala de conferencias —dijo el policía.

Se abrió la puerta de la gran sala y Pete entró. En ésta había varios despachos abiertos similares a la oficina de redacción de un periódico. Roy Weston, desabotonado el cuello de su camisa y con la cara congestionada por la ira y el mal humor iba andando por uno de ellos conversando con un hombre más joven al que Pete reconoció como Jimmy Lastfogel, ayudante del fiscal del distrito del municipio de Weston. Al ver a Pete, Roy salió e hizo señas al cirujano para que le acompañara a otro despacho.

—Menos mal que estabas en casa cuando te llamé, Pete —dijo—. Los periodistas me han estado importunando en las dos últimas horas. Hasta ahora los he mantenido a raya, argumentando los riesgos inherentes a una publicidad lanzada antes del juicio y haciéndoles ver la necesidad de proteger los derechos del detenido de no declarar en su perjuicio.

—Al enterarme me pareció una especie de folletín radiado —dijo Pete—. Había salido al lago con mi canoa esta tarde, pero cuando regresé al embarcadero y me enteré de lo ocurrido, volví rápidamente al hospital. Llamé al tío Jake, pero me dijo que estaba disponiendo los preparativos para el funeral y que quería que se hiciera la menor publicidad posible en este asunto.

—Eso es lo que todos pretendemos, pero mi ayudante, que tiene una mentalidad de pájaro, lo ha echado todo a perder.

—¿Qué ha pasado?

—Yo estaba ocupado cuando trajeron a Mort y Jim O'Brien estaba buscando a Elaine. Parece ser que estaba en la cabaña del lago de los Hilton y no se enteró de nada hasta que alguien pensó en llamarla allí.

—Lo mismo me ocurrió al salir al lago.

—Al parecer muchos de nosotros estábamos muy ocupados esta tarde para poder ser localizados. Jim O'Brien y Eric Vosges llevaron a Mort a la cárcel en un coche blindado, cuando terminaron la investigación del caso sobre el terreno en la casa de Mort. Fueron al hospital para hacer indagaciones sobre Paul.

—¿Invalidó Mort su confesión?

—Por eso te llamé. Mort envió a buscarme hace un momento y fríamente me dijo que había sido interrogado sin habersele prevenido sobre sus derechos y mientras sufría una gran tensión emocional a consecuencia de la muerte de su esposa. Asegura que ignora lo que dijo a Jimmy Lastfogel y al periodista, pero que fuera lo que fuere, lo niega ahora rotundamente.

—¿Firmó la declaración?

—No, pero esto no tiene trascendencia en nuestras leyes. La confesión sería invalidada si él lo quiere así por más que hubiera jurado sobre un montón de Biblias.

—¿Te importa decirme lo que confesó o está también prohibido?

—No veo que haya motivo para no decírtelo. Probablemente Mort piensa vender el relato de los hechos a una revista a cambio de una fortuna, con un título que podría ser «Yo disparé contra mi mujer y su amante» y que batiría el record de ventas. Según Mort, mientras Lorrie se limitó a mantener sus amoríos dentro del recinto familiar, por decirlo así, no le importó gran cosa. Opina, y en eso no se aparta de la verdad, que muchos de nosotros nos hemos acostado con las esposas de nuestros compañeros desde hace varios años, lo que introducía una variación que impedía la rotura de muchos matrimonios.

—No creo que muchos asesores en asuntos matrimoniales estuvieran de acuerdo con esa clase de terapia —convino Pete—, pero tal vez estés acertado en eso.

—De todos modos admitió Mort que Lorrie era demasiado para él y que, por tanto, no le importaban sus actividades extramatrimoniales siempre que se limitara a los miembros del club. Sin embargo, últimamente se enteró de que también había intervenido un estudiante.

—¿Un estudiante de Medicina?

—Un estudiante de pelo rizado y bien vestido llamado Mike Traynor.

—Lo conozco. Armó un escándalo con una enfermera hace dos años y estuvimos a punto de despedirlo.

—¡Lástima que no lo hicierais!

—Resultó que la enfermera era tan sinvergüenza como él.

—Bien. Mort sospechó lo que estaba ocurriendo o tal vez se lo dijo Lorrie. Ya conoces sus ideas sobre el humor. Mort le ha tenido vigilado durante algún tiempo y su detective descubrió que el individuo acudía los viernes por la tarde, cuando la mayoría de vosotros jugabais al golf.

—No pudo haber elegido ocasión más oportuna.

—Mort decidió utilizar a Traynor como objeto de escarmiento para hacerle entrar miedo a Lorrie y que limitara sus amoríos. Creo adivinar que lo planeó para espantar a algunos otros que podríamos nombrar, pero la intención principal era hacer concebir miedo a Lorrie para que no se metiera con los estudiantes de Medicina.

—Era un plan bien pensado.

—Precisamente la especie de idea que Mort concebiría y pondría en práctica —convino Roy—. La dificultad fue que estaba bastante oscura la habitación en que se encontraba. Mort tiene buena puntería, pero no imaginó al parecer que Lorrie estaba encima de él.

—¿Qué dices?

—Jim O'Brien y Eric Vosges comprobaron los ángulos y trayectoria de la bala. Ambos afirman que no pudo ocurrir de otra forma. Pero ¿quién se iba a imaginar que

fuera Paul Me Gilí el que estaba con ella?

—Juraría que Paul no había tenido relaciones sexuales antes de casarse con Elaine y que no ha mirado a otra mujer desde entonces —afirmó Pete.

—Se cree que Lorrie atrajo a Paul a la casa esta tarde de alguna forma, tal vez en relación con la disparatada apuesta que había hecho con sus amigas.

—Un momento. ¿Qué es eso de la apuesta?

—¿Acaso no te lo contó Amy?

—Ni una palabra.

—Ocurrió hace más de un año. Estaban todas en una reunión de aquel círculo de costura que han formado...

—«¿La Sociedad Anatómica?».

—Sí. Alice me habló de ello entonces. Parece que Lorrie empezó a analizar nuestros matrimonios. Deduzco que ella dijo a las otras que no obtenían del matrimonio lo que tenían derecho a obtener. Se ofreció a hacer un estudio del comportamiento de cada uno de nosotros en el lecho, informándoles luego de sus experiencias.

—¿No irás a decir que ellas aceptaron?

—Naturalmente que no. Por eso Amy jamás te lo mencionó. En cuanto a Alice le tenía sin cuidado. La mayor parte de las veces que me acuesto con ella se queda dormida antes de que yo haya terminado. De todos modos, como ninguna de ellas estaba dispuesta a aceptar la apuesta, dijo que ella lo haría igualmente, y así lo hizo al parecer.

—Por esa razón Lorrie trató de que la acompañara en un coche al baile del club el pasado año —dijo Pete.

—¿Pretendes decir que no fuiste?

—Da la casualidad de que amo a tu hermana con todos sus defectos, aunque no sé cómo podré seguir soportándolos.

—He estado reflexionando también sobre esto —dijo Roy...

Desde que era niña, Amy ha querido siempre mandar. Supongo que porque mi madre hacía lo propio con mi padre. La única forma de conseguir algo de Amy, cuando éramos niños, era hacerle ver lo ridículo de sus pretensiones. Por eso será mejor que hagas lo mismo con ella. Pero volviendo a lo de Mort una vez que impugnó su confesión solicitó verte y por eso te llamé.

—Entonces será mejor que hable con él.

—Hazme un favor, Pete. Trata de conseguir que alegue trastorno mental transitorio.

—¿Te servirá esto de algo con Abner Townsend?

—Es mi única oportunidad y quizá también la de Mort.

—¿Crees que lo hará?

—Sólo tiene esa salida o bien probar suerte con la llamada ley no escrita, pero nunca se sabe en estos casos la reacción del jurado.

—Si Mort ha planeado las cosas de la forma que tú piensas, habrá previsto también probablemente ese aspecto.

—Entonces hazle comprender que es la mejor solución que tiene de ser declarado inocente. Un hombre llega a su casa y encuentra a su mujer en la cama con otro individuo y dispara contra él en un arrebato de ira. Esto le hace irresponsable de sus actos en la mayor parte de los casos. Ningún jurado de esta región lo condenaría si alega que perdió temporalmente la razón. Además puedo evitar que el asunto se ventile en un tribunal, si Mort accede a cooperar.

—¿Cómo?

—Hoy se reúne un jurado especial. Si puedo conseguir presentarles el caso y con la ayuda de un psiquiatra...

—¡Que no sea Dave Rogan! —exclamó Pete.

—Dave es el último a quien acudiría —dijo Roy—. En primer lugar no certificaría probablemente la locura de Mort, y tanto si lo hiciera como no, Abner Townsend podría decir que todo había sido preparado. Llamaré a un psiquiatra de Atlanta o de Asheville. Contando con testigos adecuados, podremos ocultar este asunto y Abner Townsend no podrá hacer absolutamente nada.

—¿Qué ocurrirá con Mort? Tengo que saberlo antes de aconsejarle.

—En todo caso se verá precisado a abandonar la ciudad. De esta forma no tendrá que ocultarse.

—¿Se lo has sugerido tú?

—¡Soy el fiscal del distrito, Pete! Mi deber es hacer lo que esté en mi mano por colgar a Mort y así lo haría si no estuviera comprometido mi nombre. Ahora hemos de salir de este asunto del modo más airoso posible.

—Con todo, no comprendo cómo podrás echar tierra sobre este escándalo si Mort se empeña en darle publicidad.

—No podremos si no cesa en su actitud. Si podemos lograr que acepte que yo presente el caso al jurado especial solicitando clemencia temporal, el procedimiento se llevará en secreto y probablemente podremos mantenerlo así. Sin embargo, hemos de obrar con rapidez.

—¿Puedo hablar en privado con Mort ahora?

—Naturalmente. Haré que lo traigan. Dile que no se preocupe de la gente que merodea por aquí. Lo último que ahora deseamos es otra confesión.

Pete Brennan no había demostrado nunca predilección especial por Mort Dellman, y en otras circunstancias no hubiera escogido al patólogo clínico de figura compacta como socio. Como todos los otros del pequeño grupo de médicos que formaban el núcleo de la clínica facultativa había trabajado con Mort en Corea en el hospital general del Ejército durante dos años. Cuando los demás solicitaron cargos docentes en la nueva Facultad de Medicina de la Universidad de Weston quince años antes, a sugerencias de Roy, Mort lo había solicitado también por su cuenta.

Los méritos de Mort como bioquímico y experto director del laboratorio eran indiscutibles, aparte de que los demás lo apreciaran o no. Todos ellos, y también la junta de síndicos de la Facultad de Medicina, habían reconocido su genio en este campo, de forma que logró un cargo en la Facultad. Cuando decidieron inaugurar la clínica facultativa para ejercer su profesión en privado —aparte de su labor docente—, Mort había hecho valiosas sugerencias en cuanto a automatización e incrementó de eficiencia de forma que lógicamente lo nombraron director de los laboratorios clínicos. Ocupados primordialmente en un trabajo de tipo médico, le habían encargado de buen grado la labor de crear una organización administrativa de la clínica, y en todos estos cometidos se había desenvuelto extraordinariamente bien.

Había sido Mort el que introdujo la técnica de automatización que permitió a la clínica facultativa atender al doble de pacientes al día que cualquier otro grupo de iguales dimensiones en todo el país, con la excepción tal vez de algunos grupos de California que utilizaban las mismas técnicas. De hecho Pete sospechaba que la clínica facultativa estaba estructurada de un modo muy similar a las organizaciones de California, puesto que Mort había estado trabajando en una de ellas hasta que su condición de reservista lo había llevado a prestar servicios en la guerra de Corea.

Cuando los ordenadores electrónicos empezaron a adquirir renombre, Mort había visto las posibilidades de almacenar y recuperar rápidamente datos médicos y se había anotado un tanto frente a los otros grupos médicos al persuadir al resto de sus compañeros que adquirieran un ordenador. Reconociendo las posibilidades de la clínica en el aspecto publicitario, había invitado a varios colaboradores de revistas a presenciar sus métodos de funcionamiento, describiéndolos en una especie de informes generales pseudocientíficos que eran del todo aceptables desde el punto de vista ético y que además resultaban una forma muy efectiva de publicidad médica.

Roy había dejado abierta la puerta del pequeño despacho. Cuando Pete vio a Mort Dellman acompañado del policía junto a la misma, salió del otro lado de la mesa y le estrechó la mano.

—¿Le han hecho pasar un mal rato, Mort? —preguntó. El bioquímico se dejó caer en una silla y aceptó un cigarrillo que le ofreció y encendió Pete. Era de mediana estatura, con un rostro algo inflado y ojos astutos y hundidos, siendo grises sus cabellos. Su traje estaba arrugado y los ojos como inyectados en sangre.

—Lo he pasado mal, en efecto, pero me encuentro perfectamente ahora —dijo—. Lorrie ha muerto y no puedo ayudarla, de modo que tengo que salir de esto del mejor modo posible.

—Tal vez sea mejor que no hable hasta que tenga un abogado...

—Estoy preparando mi propia defensa. Usted sabe cómo era Lorrie, Pete. Si usted no la utilizó como los demás, fue culpa suya. Estoy seguro que no le faltaron oportunidades.

Pete no hizo ningún comentario, puesto que ninguno le parecía indicado.

—Mientras Lorrie mantuvo sus actividades dentro de la familia no me importó demasiado. Un hombre llega a hastiarse de un plato delicioso si se lo ofrecen con demasiada frecuencia. No me importa admitir que era demasiado para mí solo y por otra parte permitiendo que mis compañeros de profesión tontearan con mi esposa ocasionalmente me confería cierto poder sobre ellos, que tal vez me hubiera faltado de otro modo. No me ufano de que mucha gente me aprecie, me tiene sin cuidado, salvo en lo que respecta a usted.

—¿Por qué yo? —preguntó Pete sobresaltado.

—Le admiro más que a cualquiera de los otros, aunque Dave Rogan también se ha portado bien conmigo. Tal vez sea a causa de su encanto irlandés —sonrió burlonamente—, o debo decir por su homosexualismo latente, como uno o dos que podría nombrar.

—Siga su relato.

—Roy le habló probablemente de la confesión que su ayudante, ávido de éxitos, me arrancó con astucia —dijo Mort con una mueca maliciosa, con lo que dio a entender a Pete que la hipótesis de Roy Weston acerca de la finalidad de la confesión era acertada—. Pero podría perdonar a Lorrie prácticamente todo, salvo que me humillara teniendo una aventura con un estudiante de Medicina. ¿Pueden ustedes imaginarse las murmuraciones que esto provocaría en la sala de internos?

—Me imagino que no serían muy agradables para usted.

—Este individuo solía venir los miércoles por la tarde. Por tanto, pensé servirme de él para asustar a Lorrie y hacer coger miedo a algunas otras personas.

—¿Dice usted que fue allí esta tarde con la intención premeditada de disparar contra ese...? ¿Cómo se llama?

—¿Traynor? No. Sólo quería herirle ligeramente, pero ¿quién iba a pensar que Paul McGill estaría en su lugar?

—¿No había estado antes con Lorrie?

—No, que yo sepa, y a propósito, el hombre que contraté tenía un buen historial de cada uno.

—Vivirá. Antón Dieter le extrajo la bala del corazón.

—Me alegro. Siempre creí que Paul era un estúpido, pero no quisiera haberle herido.

—¿No tiene usted alguna idea de cómo Paul se vio mezclado con Lorrie?

—Todo lo que tenía que hacer era ir a la casa. Usted lo sabe.

—Pero ¿por qué razón había de ir?

—Lorrie debe haberle rogado que pasara. Recuerdo haberle oído hablar de una irritación de la piel cuando salí de casa esta mañana. ¿O quizá fue anteayer por la mañana? De todos modos nuestra casa está camino del club, donde juegan generalmente al golf los miércoles por la tarde, de modo que no tenía motivos para sospechar nada. Quizá también Lorrie estuvo esperando al estudiante de Medicina, y al no comparecer éste, se decidió por Paul. De todos modos no creo que él pudiera oponerle mucha resistencia, estando ella desnuda por allí.

—¿Desnuda?

—Lo leyó ella en una revista. Me parece que debe haber sido *Time*. Parece que un grupo de mujeres chifladas ha empezado a hacer las faenas domésticas en casa de esta forma. —Está usted bromeando.

—Lea el artículo si no me cree. El tiempo ha sido caluroso y los niños estaban en el campamento, de modo que Lorrie inició esta costumbre este verano. Dice que es estupendo, y le diré una cosa, durante un tiempo consiguió que fuera a comer a casa.

—¡Lástima que no fuera usted hoy! —dijo Pete con brusquedad.

—¿Cree usted? Tal como me lo imagino, Lorrie consiguió que Paul entrara en la casa, siendo atrapado en una situación en que hasta una estatua de piedra se vería incapaz de resistir. Tuvo la mala fortuna de que yo decidiera hoy dar un escarmiento a ese maldito estudiante de Medicina.

—Roy puede perjudicarle mucho en el juicio si usted admite que fue a su casa deliberadamente con la intención de disparar contra Mike Traynor, especialmente sabiendo que él había estado con Lorrie en otras ocasiones.

—No creerá usted que soy tan tonto. Mi defensa se basará en la ley no escrita. Disparé defendiendo mi honor y mi matrimonio. Ningún jurado me condenaría por eso.

—¿Y si alegara demencia temporal? Encajaría en ese tipo de defensa, reforzándola al mismo tiempo.

—Si me aplican ese sambenito, tal vez me escape de la silla eléctrica, pero me enviarían con toda certeza a un hospital del Estado durante un par de años tal vez, hasta que algún psiquiatra decidiera que soy normal e incluso entonces podrían juzgarme de nuevo. No, prefiero hacer las cosas a mi manera.

—Entonces, ¿por qué me hizo venir?

—Voy a necesitar un abogado de la categoría tal vez de Percy Foreman. A usted y al resto de los muchachos les corresponde pagarlo.

Pete le miró con sorpresa.

—¿Por qué se imagina que lo haremos?

—Tienen que salvarme para conservar la reputación de la clínica facultativa y la de aquellos a quienes hizo caer Lorrie con esa loca apuesta...

—¿Estaba usted al corriente de eso?

—Ella pensó que era una buena broma, pero creo que la broma le costó cara.

—¿Creería usted que jamás tuve noticia de la apuesta hasta que Roy me lo ha dicho hace un momento?

—Estoy dispuesto a creer lo que me diga, Pete. Por esa razón envíe por usted y también porque usted es el presidente de la sociedad de la clínica.

—¿Qué tiene que ver la sociedad con esto?

—Tendré que dejar la Facultad y también la clínica. Por tanto, estoy dispuesto a negociar con todos ustedes, pues preciso dinero para financiar mi defensa.

—¿Basándose en la ley no escrita?

—Sí. Me arriesgaré a que el jurado me condene por homicidio o asesinato impremeditado a dos años, o hasta un máximo de diez en prisión. Aunque así lo hicieran, saldré dentro de un año o dos con cien mil dólares en el banco.

—¿Qué le hace pensar que conseguirá ese capital?

—Le estoy pidiendo cien mil dólares por mi participación en la clínica y en su futuro.

—¡Está usted soñando!

—Si lo estoy, es una pesadilla para el resto de ustedes..., no para mí.

—Pero no tenemos esa cantidad, Mort.

—Tal vez no en efectivo, pero su crédito es bueno. Cada uno de ustedes saca más de cincuenta mil al año de la clínica, aparte de la paga de la Universidad. Si usted, George Hanscombe, Dave Rogan, Joe McCloskey y Paul McGill sacan diez mil dólares al año cada uno de esos cincuenta, pueden devolver un préstamo de cien mil dólares en dos años, pudiendo reintegrar los intereses en el año siguiente.

—Parece que lo tiene usted bien calculado —dijo Pete.

—Ustedes saben que no soy precisamente estúpido. Cien mil dólares es la cantidad que sacaría aproximadamente de la clínica en los próximos años, pero ya empiezo a cansarme un poco de este lugar. Habiendo muerto Lorrie, puedo tomar ese dinero y disfrutarlo solo.

—¿Dónde?

—Necesitan personal médico en Africa del Sur y en muchos otros países. Por otra parte no abundan los bioquímicos especializados en patología clínica.

—Pero cien mil dólares...

—Reflexione sobre ello y verá que es un precio razonable. Después de todo, introduje la automatización en la clínica y logré para ustedes una cantidad muy superior en los pasados cinco años.

—No podemos negarlo —admitió Pete.

—Entonces, ¿qué deciden?

—No puedo decir nada antes de hablar con los otros, y además Paul McGill no está ahora en condiciones de tomar decisión alguna. Déme una semana.

—Demasiado tiempo. No me gusta estar entre rejas. Si Roy no me saca de aquí dentro de uno o dos días, presentaré un *habeas corpus* contra él.

—¿Cinco días?

—Tres. Si Paul reacciona bien como dicen, pueden hablar con él pasado mañana. Pero será mejor que trate de convencerle, Pete. Mi cuello está en peligro y no pienso ceder un centímetro.

Roy Weston entró en la pequeña oficina después de que Mort Dellman fue escoltado fuera de la misma por el policía.

—Parece que hayas visto un fantasma, Pete —dijo.

—Así es. ¿Hay algo para beber por aquí?

—¿En la cárcel?

Roy hizo una mueca y abrió un cajón de la mesa de despacho sacando una botella de *whisky*. Pete se sirvió una buena cantidad y encendió un cigarrillo con los dedos todavía algo temblorosos.

—Es un sinvergüenza sin escrúpulos —dijo Roy—. Me gustaría poder estrujarle bien en la sala del tribunal.

—Olvídalo. Cualquier bien que pudiera hacerte para conseguir votos se vería anulado por la forma en que los periódicos hablarían de este escándalo.

—Por eso quería que tú le indujeras a alegar locura temporal.

—No picará este anzuelo, Roy.

—¿Por qué no?

—Mort cree que sería internado en un hospital del Estado y no tiene más confianza en el personal de la mayoría de estos establecimientos que la que yo puedo tener. Piensa que no saldría hasta dentro de un par de años.

—Es mejor que la soga.

—Mort no espera ser colgado. Además desea tener un buen abogado, como Percy Foreman, por ejemplo.

—Cobra caro —silbó Roy Weston.

—A Mort no le preocupa eso. Pretende que George, Dave, Joe, Paul y yo paguemos los honorarios. Tendremos que resarcirle con cien mil dólares por no poder seguir trabajando en la clínica.

—¡Cien mil dólares!

—Es la parte que se merece. No puedo discutirlo.

—¿Qué vas a hacer, pues?

—Hablaré con los otros mañana y dispondremos lo necesario para obtener ese dinero.

—No olvides que soy socio de la sociedad de la clínica. Pagaré mi parte.

—Ni lo sueñes. Este asunto es nuestro y a nosotros corresponde resolverlo. Además, piensa en lo que haría Abner Townsend si dispone de esa información en la próxima campaña.

Amy estaba dormida cuando Pete llegó a casa. Estaba cubierta hasta la barbilla con la sábana de color azul pálido y estaba acurrucada como un bebé. La luz situada encima de la cama estaba aún encendida y parecía más encantadora que nunca iluminada por el resplandor de la lámpara.

Se preguntó cómo podía haber pensado en el divorcio alguna vez.

Debía admitir por otro lado que en cinco años no había habido entre ellos nada semejante al breve período de tiempo de esta noche, en que habían encontrado el éxtasis del amor como dos jóvenes amantes.

Mientras se desnudaba se preguntó en qué acababa este éxtasis juvenil, en lo que sucedía a dos personas que se aman, en el muro invisible que parece levantarse entre ellos a través de los años sin ningún motivo al parecer.

En su propio caso había achacado la mayor parte de culpa a la ambición de Amy, pero si había de ser justo para con ella tenía que admitir que no ignoraba ese aspecto de su esposa antes del matrimonio. La clínica le había tenido ocupado durante mucho tiempo en los últimos cinco años, pero se daba cuenta ahora de que la causa principal de sus dificultades residía en su propio deseo de dinero, dinero que había ganado con sus propias manos y que no tenía que ver con la fortuna de Amy, en su mayor parte invertida en acciones de gran rendimiento, siendo destinado el interés de la misma a un fideicomiso para los niños.

Reconoció que había sido un estúpido al enfrentarse con la posibilidad de que todo lo que había trabajado fuera reducido a la nada por el escándalo que Mort Dellman pudiera ocasionar, al permitir que algo amenazara destruir lo que él y Amy tenían en común desde el principio. Si tan sólo hubieran dedicado un poco más de tiempo a su matrimonio, cediendo un poco ambos ante las debilidades del otro y reconociendo sus buenas cualidades sin resentimientos, los años en que se habían ido apartando el uno del otro podían haber sido muy distintos.

Amy no se movió cuando él entró en el lecho y apagó la luz. Tenía el rostro contra la almohada de modo que no pudo ver sus pupilas. De haberlo hecho, la rigidez ocasionada por la dosis de morfina que se había administrado antes de su llegada aquella noche le hubiera indicado que algo iba mal, algo tan terrible que jamás había pasado por su imaginación como posible. Sin embargo otras cosas que él no creía pudieran suceder habían ocurrido hoy. Tardó mucho tiempo en conciliar el sueño.

Eran más de las nueve y Maggie estaba sola en el pequeño bar de las damas, saboreando un *whisky* y una cerveza muy despacio, cuando Manuel, el encargado del bar, la tocó en el codo.

—Estamos a punto de cerrar, señora McCloskey —dijo en su suave acento cubano—. ¿Quiere que llame un taxi?

—¿Taxi? —Maggie sacudió la cabeza para despejar su vista, pero los rasgos de la cara del barman continuaron borrosos—. Tengo el coche aparcado.

—Un taxi sería mejor, señora McCloskey. Puede dejar el coche en el aparcamiento.

—Está bien. Pídame uno mientras acabo esto.

—¿No le iría mejor una taza de café? Me lo he hecho también para mí.

—Bueno.

Maggie estaba demasiado cansada y deprimida para discutir. A ruegos de Manuel, logró ingerir dos tazas de café antes de llegar el taxi. Él la acompañó por el club, ahora desierto, hasta el taxi y cerró la puerta.

—3501 Sherwood Ravine Drive —murmuró y se hundió en el respaldo. Al llegar a casa salió del taxi y pagó al taxista.

—¿Vive usted sola, señora? —preguntó. Maggie se balanceó, apoyándose en el taxi para no caer.

—¿Acaso hago cara de tener una hermana gemela?

—Dejaré las luces encendidas hasta que entre en la casa —sugirió él.

—Gracias.

Maggie subió tambaleándose por el sendero y después de varios intentos logró poner la llave en la cerradura. Abrió la puerta y una vez dentro pasó su mano por la placa de interruptores junto a la puerta, iluminando no sólo la casa —un edificio de ladrillo de un solo piso con amplios aleros, en cuyas esquinas había varios focos—, sino también el patio.

El café la había estimulado lo suficiente para disminuir un poco el letargo provocado por el alcohol, aunque no lo bastante para despejar su mente. Más que otra cosa, deseaba en estos momentos escapar de la realidad de su propio futuro confuso y caer en el estado de inconsciencia del sueño, pero había bebido bastante café para disipar el sueño.

La habitación principal con las camas vacías la disipó aún más, mientras se desnudaba, dejando caer la ropa en el suelo y poniéndose un camisón. En el cuarto de baño abrió la puerta del botiquín sin saber exactamente lo que buscaba hasta que vio la botella medio vacía con pequeñas cápsulas amarillas. Abriendo la botella, dejó caer cuatro en la palma de la mano y abriendo el grifo, llenó de agua el vaso de plástico del cepillo de dientes.

Cuando estaba a punto de ingerir las cápsulas se detuvo con el ceño fruncido,

tratando de recordar algo que Joe le había dicho con respecto a ellas, pero fue inútil, de modo que se tragó las cápsulas con un poco de agua. Podía recordar, sin embargo, que en otras ocasiones había tomado ya cuatro. No veía, por tanto, motivo para no hacerlo ahora.

De nuevo en el dormitorio, empezó a doblar la cubierta de su cama, pero el hallar vacía la otra y el sentimiento de soledad que le producía siempre, hizo que se dirigiera a la habitación contigua, echándose en un diván. Allí empezó a llorar y con ello sobrevino el olvido.

Capítulo XIII

La operación de Paul McGill había casi acabado, quedando sólo por hacer las suturas, cuando Marisa Feldman atravesó la galería de observación de cristal, con el espectáculo dramático del escenario brillantemente iluminado que abarcaba la mesa de operaciones con el paciente sobre ella, el equipo de cirujanos y asistentes en torno a la misma y en la penumbra con menos luz las enfermeras, los monitores eléctricos que mantenían en observación el funcionamiento del corazón, la presión de la sangre, la respiración y otras funciones vitales y, siempre dispuesta mientras se realizaba una operación del corazón, la bomba que podía hacerse cargo de las funciones de circulación y respiración en caso de emergencia.

El bar del hospital estaba cerrado a estas horas de la noche, como ella sabía, aunque se abría por breve tiempo después de las diez para servir café y bocadillos a las enfermeras que entraban en el turno de noche para el relevo de la noche y para los miembros del personal médico que se quedaban a trabajar en las emergencias. Con una fuerte sensación de hambre —habían pasado ocho horas desde la comida del mediodía—, Marisa abandonó el hospital y cruzó la calle hacia el snack bar espléndidamente iluminado.

El pequeño restaurante estaba sólo medio lleno y pudo seleccionar un sitio con cojines rojos en un rincón. El menú del aparador parecía preparado para niños, y los platos tenían un brillante colorido.

Mabel, la exuberante camarera rubia, colocó un vaso de agua en la mesa, esperando que ella pidiera.

—Todo parece tan bueno —dijo Marisa sonriendo—. Tráigame lo mejor.

—Un filete bien tierno y patatas al horno, Abe. Ensalada también. —Mabel tomó nota de los platos—. ¿Un café ahora, doctora Feldman?

—¿Cómo sabe mi nombre?

Marisa no llevaba el uniforme que diferenciaba las distintas clases de personal del hospital: bata blanca con mangas largas para el personal docente; pantalón y chaqueta blancos para los doctores; uniformes blancos para el personal auxiliar; batas de nylon para las enfermeras, camareras y personal de limpieza, llevando las enfermeras sus cofias que las distinguían de las demás.

—Siendo nueva aquí, no sabrá usted que existe una especie de gaceta en el hospital —dijo Mabel sonriendo—. Tenemos un sistema especial de comunicación con el hospital, la Facultad de Medicina y la clínica facultativa. ¿Quiere usted tener una muestra de los rumores que corren acerca de usted?

—Sí, sí, siempre que no sean demasiado severos.

—Usted tiene buenos informes. —Mabel fue en busca de tres recipientes de vidrio, uno para el agua caliente y dos de color marrón oscuro con café. Sacó una taza y la colocó delante de Marisa—. Usted es la doctora Marisa Feldman. Un nombre bonito, Marisa. Además es catedrática auxiliar de Medicina. —Mabel había estado

trabajando con destreza en la nevera mientras hablaba por encima del hombro. Ahora colocó un recipiente de plástico color marrón con ensalada en la mesa y dispuso un cuchillo y un tenedor sobre la servilleta. La cucharita estaba en el plato con la taza de café—. Dicen que es usted extraordinaria.

—¿Quién ha dicho eso?

—Nuestro sistema de comunicación. Una secretaria de la oficina de personal dice una cosa, un técnico del laboratorio otra. Dos internos estaban hablando de usted anoche en la cena. Se juntan todos los datos y en un momento tenemos un expediente.

El café estaba delicioso y también la ensalada. Marisa estaba saboreando ambas cosas cuando la puerta tras de ella se abrió, dejando entrar una bocanada de aire caliente del exterior que se disolvió rápidamente en el frío aire acondicionado del interior del local. Con el rabillo del ojo vio entrar a Mike Traynor. Cuando él la vio, dio un paso a su encuentro; el resto de las mesas estaban ocupadas. Marisa apartó la vista con rapidez con el fin de no alentarle a que viniera. Después de un momento de vacilación, él se encogió de hombros y se dirigió al otro extremo, donde una rubia estaba sentada sola y leyendo un libro.

—¿Le importa que me siente aquí? —le oyó decir Marisa, y cuando la rubia le sonrió y dejó a un lado el libro, recitó para sí una oración de acción de gracias por habérsele evitado la ocasión de ser grosera. Lo último que esta noche pudiera desear era tener que luchar con un joven galanteador.

—Doctor Dieter —oyó Marisa decir a Mabel con entusiasmo cuando la puerta se abrió por segunda vez, dejando entrar otra bocanada de aire húmedo del exterior.

Involuntariamente se puso tensa al oír el nombre, pero se esforzó por relajarse para que él no notara el efecto que producía en ella.

—Me han dicho que usted salvó al doctor McGill —iba diciendo Mabel a Dieter—. Es tan simpático.

—¿Cómo te encuentras, Mabel? —El cirujano y la camarera parecían tratarse familiarmente, una característica de los americanos que Marisa, aun después de dos años de estancia en los Estados Unidos, le costaba trabajo aceptar—. Acabo de realizar la operación, y ya lo sabes todo. Mabel se echó a reír.

—Esta es la encrucijada de Weston, doctor, como aquel lugar entre Times Square y la calle 42 que solía llamar «la encrucijada del mundo».

—Apuesto a que sabes sobradamente lo que pasa al otro lado de la calle.

—Poco más o menos.

—Entonces ya sabrás que el doctor McGill fue en realidad salvado por la doctora Feldman. —Marisa levantó la mirada del plato, al parar Dieter junto a su mesa.

—¿Me permite que me siente con usted, doctora? —preguntó—. Parece que no quedan más sitios.

—Desde luego. —Para entonces había tenido tiempo de controlar su reacción instintiva al acento teutónico de su voz y a los desagradables recuerdos que ésta le producía. Entonces Marisa trató de ser amable—. El rango tiene sus privilegios.

—No quiero abusar del rango, como dicen los americanos —le aseguró—. Si usted prefiere...

—Le ruego que se siente. Trataba de ser graciosa, pero me temo que no lo he logrado. Debe ser mi ascendencia inglesa.

—¿Qué ha pedido usted? —le preguntó Dieter mientras se sentaba frente a ella.

—Un filete.

—Magnífica elección. Yo tomaré lo mismo, Mabel, y el resto como tú sabes.

—Sé exactamente lo que le gusta.

Evidentemente, Mabel lo adoraba.

—Confiaba en que usted no abandonara el recinto de la sala de operaciones antes de que pudiera darle debidamente las gracias por haber salvado la vida del doctor McGill esta tarde —dijo Dieter a Marisa—. Es una excelente persona.

Preparada para sentir repulsión hacia el cirujano, Marisa se vio por el contrario complacida por el elogio, y se puso en guardia contra este sentimiento.

—No hubiera podido extraer la bala del corazón —le recordó ella.

—No estoy seguro de ello. —Dieter removió el azúcar dentro del café—. Sospecho que es usted una persona de grandes recursos; puesto que no habrá honorarios, ¿qué le parece si compartimos el mérito?

—El enfoque es ciertamente original —dijo ella con cierta sequedad, pero Dieter sólo hizo una mueca. Al parecer no era hombre fácil para recibir insultos.

—¿Y la intención? —preguntó Dieter—. ¿Se ha parado usted a considerarla?

—La de siempre, imagino.

Él sacudió la cabeza.

—Tengo el presentimiento de que nada en usted es exactamente lo que podríamos llamar corriente, doctora Feldman, y espero que de mí pueda decirse lo mismo. ¿Nos comprendemos, pues?

—Perfectamente.

—Bien. Esto evita una cantidad de molestias y de tiempo.

—No esté seguro de eso.

—En medicina evitamos utilizar dos palabras: siempre y nunca. Sigo la misma norma en mi vida personal.

El filete de Marisa llegó en aquel momento. Era pequeño, pero grueso y tierno, con las patatas doradas y un panecillo tostado con mantequilla.

—Por favor, cómase la cena —le apremió Dieter—. La comida se le va a enfriar.

Lo mismo que la ensalada y el café, el filete, las patatas y el panecillo eran deliciosos y estaban perfectamente cocinados:

—Es bastante mejor que la comida inglesa a la que estuve acostumbrada —admitió Marisa.

—Lo mismo puede decirse del *sauerbraten* alemán o del *bigos*. —Vio el dolor repentino de sus ojos al mencionarle su plato favorito y dijo rápidamente—: Perdóneme si la he ofendido.

—Mis familiares eran judíos polacos; han muerto todos ya.

—Lo ignoraba.

—Mi hermano mayor fue teniente del ejército polaco. Los nazis lo ejecutaron.

—¿Por eso se muestra usted hostil hacia mí?

—¿Me he mostrado hostil, doctor?

—Quizá me he confiado demasiado, especialmente teniendo en cuenta que nos conocemos desde hace tan poco tiempo. Mabel me encuentra irresistible y confiaba que usted también lo haría. De todos modos tenemos mucho tiempo, puesto que somos colegas de profesión. ¿Le gusta Weston?

—Mucho... hasta ahora.

—Soy un hombre muy llano. —No le había pasado inadvertida la inflexión de su voz—. Pero sospecho que usted lo es también. Estoy seguro, pues, de que nos llevaremos bien.

Llegó la comida de Dieter y él empezó a engullirla, esforzándose luego por comer más despacio.

—Debe usted excusar mis modales en la mesa —dijo—. Estuvimos tanto tiempo con poca comida en Alemania Oriental que aún ahora en América, donde hay mucha, no puedo evitar comer como un animal.

La palabra hirió los sentidos de Marisa como el sonido de una campana de alarma, haciéndola recordar los animales humanos que hablaban el mismo idioma que este hombre había aprendido a hablar de niño.

—Mi padre fue catedrático de la Universidad de Francfort, pero no éramos nazis —continuó—. Yo era demasiado joven para ingresar en el ejército cuando empezó la guerra y a causa de mi deseo de ser médico, los nazis me permitieron asistir al instituto y a la universidad. Cuando los rusos ocuparon Alemania Oriental, mi padre tuvo la suerte de encontrar entre los oficiales de las tropas rusas de ocupación un amigo que había sido catedrático antes de la guerra. Él se preocupó de que se me permitiera acabar los estudios de Medicina y tuve la oportunidad de trabajar en la clínica de cirugía vascular de la Universidad de Moscú.

Vació su taza de café, pero Mabel compareció al momento para rellenar ambas.

—¿Le gustaría tomar postre? Hay un pastel que es especialidad de la casa.

—No debería, pero...

—Indudablemente usted no debe preocuparse de las calorías o del colesterol. Traiga dos, Mabel.

El pastel era, en efecto, todo lo que él había dicho: apetitoso, exquisito y relleno de chocolate. Habiendo comido satisfactoriamente, Marisa se dio cuenta de que requería toda su voluntad para oponerse al poderoso encanto de Dieter y se acordó de que era alemán y de las razones por las que odiaba a los alemanes como raza.

—Estoy convencido de que usted sabe —dijo— que los rusos ya realizaban todo género de procedimientos quirúrgicos experimentales muy avanzados en los laboratorios de Pavlov en tiempo de los zares.

—Estudié los experimentos de Pavlov en Inglaterra.

—Recientemente inventaron una maravillosa máquina para cerrar los vasos sanguíneos en el curso de la cirugía vascular. Me las arreglé para pasar una cuando escapé.

—Si usted hacía lo que deseaba en Rusia, ¿por qué se marchó de allí? —preguntó—. Yo creía que los rusos daban considerable libertad a los científicos.

—Yo gozaba de una libertad relativa en Rusia. Sin embargo de vez en cuando veíamos revistas americanas de medicina y, cuando me di cuenta de que los americanos avanzaban más deprisa en mi campo que los rusos, decidí huir a Alemania Occidental y venir a América. Era relativamente fácil antes de que se construyera el muro de Berlín.

—Recuerdo muy bien lo que pasaba en Alemania Oriental —dijo Marisa, sin hacer ningún intento por ocultar la dureza de su voz.

—Su acento es inglés. ¿Cómo fue usted a parar allí?

—Era una niña en Polonia cuando los ale... los nazis llegaron. Mataron a mi hermano, pero mi madre y yo escapamos a Inglaterra con las fuerzas de liberación polacas. Ella murió allí, pero mi padre quedó encarcelado en Alemania. —La voz de Marisa aumentó en dureza a pesar de su determinación de ser agradable—. Usted estaba a salvo en la escuela, por eso no puede imaginar la vida para una chica en aquellos campos de concentración, sobre todo para una chica judía.

—En un hospital de Rusia vi a algunos de los que fueron, liberados por los rusos cuando invadieron Alemania.

—Por favor, no hable de ello si le produce pena.

—El odio acumulado en mi interior desde hace tanto tiempo hace que me resulte difícil hablar de ello incluso ahora —admitió.

—En especial, con un alemán. ¿No es cierto?

—Sí.

—Pero ahora ambos somos americanos. Eso queda en el pasado.

—Todo excepto los recuerdos.

—Con suerte se esfumarán con el tiempo. Usted ejerce la profesión que le gusta, exactamente como yo. Eso es lo más importante.

—Creo que usted no tiene tanto que olvidar.

No podría decir por qué le estaba hablando de cosas que no había expresado durante tanto tiempo, pero en cierto modo sentía que debía hacerlo y que él lo comprendería.

—Al principio ignoraba que mi padre vivía —continuó ella—. Cuando me enteré, después de haber estudiado Medicina en Inglaterra, regresé a Alemania Oriental para intentar sacarlo de allí, pero me cogieron prisionera. Mi padre padecía de angina de pecho en estado avanzado y los alemanes no querían darle la medicina para aliviarle, de modo que compré la droga yo misma.

—¿En la prisión?

Los ojos de él no se apartaban de los de ella.

—Sí, con la única moneda que disponía entonces.

Absortos en la conversación, no se dieron cuenta del sonido entrecortado de sorpresa que emitió Mabel, que había logrado escuchar a pesar de desplazarse de un lado a otro de la barra, sirviendo a los escasos clientes que quedaban ahora.

—No me sorprende que odie a los alemanes —dijo él con suavidad.

—No tenía ningún derecho a contarle esto. Le ruego me perdone.

Marisa se levantó de repente de su asiento.

—Hágalo... siempre que lo necesite. —Se levantó también y cuando ella hurgó en el bolso, se apresuró a decir—: Por favor, déjeme...

—No —dijo ella con voz aturdida—. Soy perfectamente capaz de mantenerme.

Él se retiró para dejarla pasar hacia la caja, donde Mabel hacía la cuenta.

—Naturalmente que lo sé —dijo él con gentileza—. Buenas noches, doctora Feldman. Lo siento si la he ofendido.

—Buenas noches.

Pagó la cuenta y casi echó a correr desde el interior iluminado del snack bar a la oscuridad de la calle en el exterior.

Hacía mucho tiempo que no había llorado, desde aquella noche que se dirigió tambaleando al dormitorio de la prisión después de la primera visita a las dependencias del comandante.

—Es una chica muy bonita —dijo Mabel al dar el cambio a Dieter.

—Muy bonita y con muchos problemas. —Dieter retrocedió hasta la mesa y dejó una propina espléndida—. Inquietada por cosas que aquí en América no podéis siquiera imaginar, pero creo que volverá a encontrarse a sí misma.

—¿Con su ayuda?

—Con mi ayuda, si ella me deja. Buenas noches, Mabel.

—No creo haberla visto por aquí antes —había dicho Mike Traynor al ocupar el puesto en la mesa frente a la rubia al fondo del snack bar—. Mi nombre es Mike Traynor. Soy un estudiante de los últimos cursos aquí enfrente —hizo una seña indicando el edificio del otro lado de la calle— y hago de sustituto este verano en calidad de interno.

—Sibyl Cáster —dijo la rubia—. Mi compañera de habitación y yo alquilamos un apartamento calle abajo hace una semana. Ella es enfermera y está de servicio de noche ahora y por eso no quería comer sola.

Si la rubia lo había dicho con intención o no, por su mundología sospechaba él lo primero, lo cierto es que le había dado bastantes datos.

—¿Eres enfermera también? —le preguntó Mike.

—Soy estudiante graduada en sociología en la Universidad. Terminé mis estudios en Vassar el pasado junio. Trabajo a media jornada en el departamento de servicio social del hospital. Por esta razón me conviene más vivir en este sector de la ciudad.

—Sociología, ¿eh? Eso debe ser interesante.

—Estoy trabajando en una investigación entrevistando a madres solteras en la clínica O.B. y grabando sus relatos en cinta magnetofónica.

—Entonces debes conocer casos verídicos.

—Deberías oír algunos de ellos.

Al aceptar la chica que se sentara a su lado, Mike estaba seguro de que iba por buen camino.

—Me gustaría.

Miró hacia la mesa en la que Dieter y Marisa Feldman estaban conversando seriamente y sintió un profundo resentimiento. ¡La maldita puta judía! ¡Rechazándole un minuto antes y adulando al siguiente a Dieter como una colegiala en su primera cita! ¡Qué actitud más repulsiva!

Mabel sirvió a Mike la hamburguesa y éste la devoró con rabia antes de girarse hacia la rubia.

—¿Qué te parece esta noche? —le preguntó.

—No sé. Mi compañera de habitación hace el turno de tres a once.

—Tenemos un par de horas. A menos que tengas otros planes.

—No.

—Dame un minuto para comer esto y saldremos para allá. Acabó de comer la hamburguesa y se bebió el café, mientras la rubia pagaba su propia cuenta. Después de pagar la suya, salió él también detrás de ella.

La chica tenía un «Mustang» blanco, y al entrar en él, Mike vio a Marisa Feldman caminando hacia los apartamentos de la Facultad. Cuando la vio pasar a la luz de un farol, pudo ver su cara y estaba seguro de que había estado llorando.

Así que ella y Dieter habían reñido. Cuando se presentara la ocasión oportuna,

insistiría de nuevo con Marisa. Uno de los aspectos más emocionantes con respecto a las mujeres es que nunca se sabe cuándo van a cambiar de opinión.

Cuando Mike regresó poco antes de medianoche, Lew Saunders, su compañero de cuarto, estaba viendo la televisión en la habitación que compartían en las dependencias de los internos, donde vivía Mike aquel verano trabajando en calidad de sustituto.

—Llegas a tiempo por un pelo como siempre. —Saunders echó una mirada a su reloj—. Tu turno empieza después de la medianoche, no lo olvides.

—Ya estoy aquí y aún me queda tiempo para una ducha rápida —dijo Mike— y créeme, la necesito.

—¿Quién fue esta vez?

—Una estudiante graduada en sociología con apartamento propio.

Lew Saunders silbó quedamente.

—¿Y una compañera de habitación?

—Una enfermera graduada, que tiene el turno de tres a once. Vi una fotografía suya en el apartamento y puede ser interesante para ti cuando cambie de turno la semana próxima.

—¿No son las estudiantes graduadas en sociología demasiado intelectuales para ti, Mike?

—Esta chica lo fue... al principio. —Mike se dirigió a la ducha—. Tiene un magnetofón y lo graba todo en el aparato.

—¿Todo? —Lew Saunders irguió las cejas.

—Las cosas más terribles que hayas podido escuchar. Empieza a dictar con su voz nasal con acento de Nueva Inglaterra: Las zonas erógenas responden al estímulo.

—¡Es emocionante! —Lew Saunders no pudo reprimir una carcajada.

—Todo fue muy extraño. Hicimos una repetición inmediatamente después, pero estaba tan extenuada que olvidó poner en marcha el magnetofón esta vez. La dejé lamentándose porque no había logrado una grabación completa.

—No comprendo cómo puedes hacerlo, Mike. ¿Cuántas veces han sido hoy?

—Cuatro. ¿A que no adivinas con quién estuve esta tarde?

—Con la camarera del snack bar de enfrente.

—¡Por favor, Lew! Mabel tiene suficiente edad para ser mi madre y además no me aprecia. ¿Te lo creerás si te digo que fue la esposa del viejo dermatógrafo?

—No.

—Como quieras. —Mike se encogió de hombros mientras entraba en el cuarto de baño y abría el grifo de la ducha—. Te diré una cosa. El viejo dermatógrafo estaba escribiendo esta tarde y se equivocó de piel. Está abandonando sus deberes.

Un gran hospital por la noche es como una ciudad dormida y su población residente se pone a resguardo mucho antes del cambio de turnos a las once. Con todo, se desarrolla una actividad continua y domina un susurro constante, aunque apenas perceptible, sobre el silencio que reina por doquier en los pabellones, pasillos, en las salas con la luz tenue, en las dependencias de gráficos brillantemente iluminadas, en las zonas de servicios y cocinas, donde hierve incesantemente una cafetera después de medianoche para ayudar a mantenerse despiertos durante las largas y solitarias horas de la noche hasta el amanecer a los que están de servicio.

Ya se han facilitado las medicinas de la noche: un narcótico para el dolor, un ligero barbitúrico para el sueño. El tratamiento necesario del día se ha terminado, a menos que el estado del paciente requiera medicación continua, y no volverá a reanudarse hasta el bullicio de la hora de despertarse a las seis de fe mañana.

Un interno o residente con chaqueta blanca se dirige a las dependencias del personal con los hombros caídos por el cansancio tras un día de trabajo que puede haber representado dieciocho horas o más. En el camino cambia un saludo rápido con un médico en prácticas ayudante de obstetricia con su chaqueta recién puesta y que va a atender una emergencia.

En la planta baja del hospital los del turno de noche están ocupados preparando las actividades del día. Carretillas con ruedas de llanta repletas de bandejas de tratamiento, vendas, ropa de color verde para las salas de operaciones y cientos de otros artículos que requieren esterilización, se desplazan por los silenciosos pasillos hacia los sótanos, donde están los gigantescos autoclaves.

En la central de energía, en un rincón del patio del hospital, conectada al edificio principal por un laberinto de conductos subterráneos de agua, calor, vapor, electricidad —la savia vital, cuyo curso debe continuar siempre a través de las arterias del hospital, de día y de noche— hay siempre un técnico de servicio: una caldera está siempre cargada y encendida, y produce vapor para los autoclaves, y agua caliente para esterilizar los utensilios en las salas de servicios y en los sumideros de las cocinas.

Por los pasillos casi silenciosos que comunican las salas, un técnico electricista con herramientas colgando de su cinturón, se apresura a reparar un cortocircuito sobrecargado, apartando la vista cuando se encuentra con una camilla movida silenciosamente en la que yace lo que hasta hace unos minutos era un ser humano viviente y que lleva cubierto el rostro con una sábana mientras el cuerpo es conducido a la morgue. Allí será colocado en uno de los compartimientos de una nevera enorme en espera del cuchillo revelador del patólogo por la mañana.

En una de las habitaciones de partos, el primer llanto de un recién nacido es como las notas de una flauta entre la sinfonía de vida que forma el tema musical de un hospital. En una de las salas de asistencia intensiva se percibe el ruido incesante de

una bomba de oxígeno, que infla y desinfla los pulmones que, por una razón u otra, ya no funcionan de común acuerdo, marca el ritmo a los tambores, mientras que el estrépito de algún recipiente metálico al caer añade ocasionalmente el matiz del estruendo de los platillos. El zumbido de una máquina succionadora, que quita el fluido mucoso peligroso para la vida de un corazón fuertemente descompensado es como la nota gutural de un violoncelo.

El motor gruñiente de un camión de leche, abandonando la zona de entrega de la cocina después de descargar la leche, confiere la vibración profunda de una tuba. Una ambulancia, al acercarse a la entrada de la sala de emergencia, tiene un sonido similar a la aguda nota de la gimiente trompeta. Y el ruido de los coches, impacientes por seguir su camino tras el paro a causa del semáforo rojo en la esquina, fluye por las abiertas ventanas como la tonada melodiosa de las trompas de caza y soplido más profundo de los trombones. Incluso los violines hacen su aparición en el grito quejumbroso de un esquizofrénico en la sala cerrada de psiquiatría, incesantemente repetido como un tema loco que se apodera de la melodía y no cesa jamás de escucharse.

Generalmente la sinfonía de un hospital durmiente era una música que a Janet Monroe le gustaba oír. A menudo mientras atravesaba los pasillos al cesar el servicio, solía pararse a escuchar, embelesada por alguna nota aún no escuchada y tratando de adivinar su procedencia. Esta noche, sin embargo, había dado su informe a toda prisa a la supervisora de noche del equipo especial de asistencia intensiva y se dirigía a echar una mirada a Jerry antes de regresar a casa para pasar la noche.

Turbada por el tinte rojizo del pequeño tubo de fluido espinal que Harrison había extraído del cuerpo de Jerry y por sus posibles implicaciones, Janet no oyó una sola nota de la sinfonía del hospital.

La pequeña luz que iluminaba la cama de Jerry desde abajo era suficiente para ver que estaba dormido plácidamente. No lo despertó, pero se inclinó para besarlo ligeramente antes de regresar a la sala de gráficos. Una ojeada a su gráfico le advirtió que no había habido ningún cambio desde que había estado con él antes, cuando Ed Harrison había realizado la punción espinal y Dave Rogan el examen neurológico. El pulso, la respiración y la temperatura eran normales, y con sólo mirar el gráfico —o a Jerry durmiendo en su camita— era difícil creer que algo estaba amenazando su vida. Y, sin embargo, la anotación clara de Ed Harrison con respecto al color del fluido espinal implicaba que existía el peligro. También se desprendía en la solicitud de Dave Rogan de consultas neuroquirúrgicas y vasculares y también al pedir una pantalla radioisotópica que había demostrado su utilidad revelando anomalías difíciles de identificar.

Janet estaba colocando el gráfico de Jerry en su sitio cuando Jeff Long entró en la sala de gráficos.

—No pude encontrarte en la sala de asistencia intensiva —dijo—. Mi imaginé que te encontraría allí.

—Quería ver a Jerry antes de ir a casa.

—Bajé después que sacamos al doctor McGill de la sala de operaciones, pero Jerry estaba ya dormido entonces.

—Aún sigue durmiendo, pero estoy preocupada, Jeff. ¿Qué puede significar todo esto?

—Perdí la cena. —La cogió del brazo—. Vamos, te acompañaré hasta el snack bar.

—No podría probar bocado...

—Te sentirás mucho mejor después de haber comido uno de los bocadillos de Mabel y bebido una taza de café. Vámonos antes de que caiga muerto de hambre a tus pies.

En el snack bar, Mabel los acogió con una sonrisa y los acompañó a una de las mesas.

—¿Cómo está su hijo, señora Monroe? —preguntó.

—No demasiado bien —dijo Janet—. Lo traje al hospital hace un par de días con espasmos.

—¿Lo trata el amable doctor Harrison?

—Sí, y el doctor Rogan.

—No podía estar en mejores manos. —La confianza de Mabel en el hospital de la Universidad de Weston y en la clínica facultativa era sublime—. Déjenme que les traiga café mientras deciden lo que van a tomar. Les entonará a ambos.

Cuando Mabel hubo tomado nota de sus encargos, Janet alargó inconscientemente la mano al otro lado de la mesa y Jeff cubrió su delicada mano con la suya, sabiendo que ella necesitaba el apoyo de su fortaleza.

—La sangre en el fluido espinal de Jerry, Jeff, significa algo malo, ¿no es cierto?

—No necesariamente. —Sabía que su voz no era convincente.

—¿Qué indica en realidad?

—Es difícil de precisar.

—Dime la verdad, Jeff. Cualquier cosa es mejor que esta incertidumbre.

—Hablé con Ed acerca de ello cuando antes vine a ver a Jerry —admitió Jeff—. Todo lo que se puede decir por el momento es que probablemente se trata de algo congénito.

—¿Algo que yo le contagié? —Fue como un grito de culpabilidad.

—Estás confundiendo las anomalías hereditarias con las congénitas, Jan. Las personas heredan un defecto probablemente porque se transmite dentro de la familia de generación en generación, como el daltonismo o la hemofilia. Congénito significa únicamente algo con que se ha nacido, no tiene que ver con los padres.

—Pero ¿no deja de ser malo?

—No se sabrá hasta que tengamos todos los informes. Por ahora parece que ha parado la hemorragia, pues de lo contrario Jerry seguiría teniendo convulsiones. —Pero ¿puede empezar de nuevo?

Mabel vino con la comida, pero Janet no la tocó de momento.

—¿Podría o no? —insistió.

—Eso es lo que nos preocupa a todos —admitió Jeff Long— pero no debes pensar únicamente que pueda ocurrir lo peor. Lo cierto es que Jerry nació con algún defecto en la circulación alrededor del cerebro o en las meninges que lo cubren. Lo que hemos de hacer ahora es averiguar dónde está el defecto, y curarlo.

—Pero ¿puede curarse? ¿Será como uno de esos niños espásticos que el doctor Rogan examina a veces?

—Los espásticos presentan generalmente el cerebro dañado al nacer —explicó—. Salvo la pequeña cantidad de hemorragia en el fluido espinal cuando Ed hizo la punción, tanto él como el doctor Rogan dijeron que no habían encontrado ninguna anormalidad importante.

—Tal vez si me hubiera quedado en casa dejando de trabajar cuando estaba embarazada, las cosas hubieran cambiado —dijo Janet—, pero siempre necesitábamos dinero para los estudios de Cliff y otros gastos.

—El hecho de que trabajaras o no, no tiene ninguna trascendencia, querida —le aseguró—. Cómete el bocadillo y cesa de hacerte reproches por algo que posiblemente no tenga que ver contigo.

—Son una bonita pareja —dijo Mabel a Abe Fescue, mientras iba retirando los platos después de que Jeff y Janet salieron—. ¡Lástima por su hijo!

—¿No te oí decir que el arreglador de cabezas cuidaba del niño?

—Si quieres decir el doctor Rogan, es cierto. Es un buen doctor.

—¿Te ha visitado alguna vez?

—Naturalmente que no. No tengo nada malo en el cerebro.

—Nunca se sabe —Abe hizo una mueca—. Yo tenía una esposa que padecía asma. Uno de los arregladores de cabezas dijo que era debido a los nervios, pero yo he creído siempre que nació con agua helada en las venas en vez de sangre. Una de las mujeres más frías que he conocido. No me permitía entrar en la cama con ella hasta que me había dado un baño caliente que me dejaba hecho una piltrafa. Lo mismo quemaba que era un témpano.

—Siempre tienes qué decir. —Mabel se inclinó sobre la barra y miró al otro lado de la calle hacia el nuevo pabellón de cirugía—. Me hubiera gustado mucho haber visto al doctor Dieter extraer la bala del corazón del doctor McGill.

—Sí —dijo Abe—. Debe haber sido emocionante, pero ni siquiera la mitad de lo que habrá sido ver llegar al marido con una pistola precisamente cuando uno está...

—¡No seas bruto! El doctor McGill es un caballero muy agradable.

—¡Vaya caballero! ¡Corriendo siempre tras las esposas de los demás! ¿Por qué no sientes lástima por ese tipo Dellman?

—Porque nadie lo aprecia. Todo el mundo sabe que se casó con Lorrie por dinero.

—¿De modo que ahora ya lo tiene?

—¡Bah! Ella no lo hubiera conseguido hasta que muera Jake Porter y a ése aún le

queda mucha vida.

—Parece como si Dellman hubiera matado la gallina antes de poner los huevos de oro —dijo Abe—. Con todo el dinero que tiene el viejo Porter, Dellman podría construir un palacio maravilloso.

—Por lo que sé, ya tenía bastante dinero ganado. Por tanto, ¿qué derecho tenía a matar a su esposa y herir al simpático doctor McGill?

—Mejor será que se lo preguntes a Roy Weston la próxima vez que venga por aquí —le aconsejó Abe—. Dices que conoces a su esposa y tal vez tú y la señora Weston podáis reuniros y sacar conclusiones, ya que ambas sois tan aficionadas a los folletines de la televisión.

Grace Hanscombe se despertó poco después de las cuatro de la mañana con dolor de cabeza, como le ocurría con frecuencia. George pesaba más que ella, con lo que hundía el lado de su cama. Por esa razón dormía ella inclinada y tenía que apoyarse en una almohada para no caer rodando contra él. Sin embargo, durante la noche cedía generalmente la almohada y como que ella no se despertaba siempre en ese momento, el intento inconsciente de mantenerse en su lado de la cama creaba una tensión que le impedía dormir bien y le daba dolor de cabeza.

No es que sintiera repulsión por George. A su manera imaginaba que lo amaba tanto como ama la esposa por lo general a su marido después de quince años de matrimonio, lo que no era necesariamente demasiado. Ella había sentido siempre un interés conveniente por las relaciones sexuales y lo seguía teniendo ahora después de diecisiete años de matrimonio y las experiencias prematrimoniales. Sin embargo, una vez concluido el acto, le agradaba tener su intimidad sin verse forzada a dormir junto a un hombre que había estado sudando durante diez o quince minutos y cuya piel, siempre que por casualidad lo tocaba, lo que procuraba evitar, estaba pegajosa.

Grace había sugerido hacía mucho tiempo que durmieran en camas separadas en vez de la anticuada cama de matrimonio que George prefería. Ella hubiera aceptado incluso un juego de camas gemelas que pueden colocarse una al lado de otra formando una doble cama de grandes dimensiones, pero teniendo cada uno su propio somier y colchón. A George, sin embargo, le gustaba tenerla a su alcance para acariciarla cuando volvía a la cama después de levantarse a altas horas de la noche.

Un día de éstos Joe McCloskey tenía que sacar la próstata de George y ella temblaba al pensar el efecto que ello produciría en su personalidad. Maggie le había dicho que Joe le había contado que muchos hombres perdían toda su potencia después de una operación de próstata y conocía lo suficiente a George para saber el golpe que ello representaría para su amor propio.

No es que a ella le preocupara demasiado esta pérdida. Después de todo, ella era mayor que Amy y las demás y había empezado a experimentar ya un acaloramiento repentino que amenazaba sofocarla aun en invierno. Había dejado también de comer dulces, cuando en la revisión médica semestral en la clínica facultativa se le había descubierto una baja tolerancia para el azúcar, lo que indicaba un caso benigno de diabetes.

Habiéndose criado en Inglaterra, donde existe gran afición por los dulces y otros alimentos ricos en calorías, Grace no creía que abandonar la actividad sexual podía ser mucho peor que la limitación rigurosa a la que George le había sometido cuando se descubrió la diabetes. Y aunque George no fuera capaz de desarrollar gran actividad en ese sentido, ella era todavía atractiva para los hombres, como se había demostrado en los congresos médicos y en otras partes.

Grace sabía que no debía haberse irritado tanto con George la pasada noche. En

realidad tenía un carácter apacible, salvo que tenía algunos defectos, como el de acariciarla y despertarla por la noche. Siendo doctor debía darse cuenta de que un hombre no hace estas cosas a menos que tenga un propósito definido, y George nunca lo tenía en aquellas horas de la noche.

El recuerdo de la tarde de ayer y de las horas penosas hasta llegar al hospital y enterarse de la verdad le produjo uno de esos acaloramientos y, deslizándose por debajo de la cubierta, Grace se dirigió a la ventana abierta. El aire frío de la noche le dio repentino alivio, pero tomó nota mentalmente de que debía hablar a Jack Hagen acerca del incremento de dosis de hormonas. Jack decía que una mujer no tenía razón para manifestar ningún síntoma de menopausia, si no quería tenerlos, pero en lo más profundo de su corazón sabía Grace que sus trastornos no eran provocados sólo por las hormonas. Estaba aburrida, hastiada hasta la medula de George, del club, de sus amigas, de la lucha constante de Amy por alcanzar la cima en el asunto de los' auxiliares médicos y de Weston.

Soñaba con volver de nuevo a Inglaterra, estar en un «pub» inglés, en el que se puede bromear mientras se toma uno una cerveza lo mismo con un vendedor ambulante de frutas que con un conde y demostrar la habilidad en los dardos frente a los hombres. No habría que preocuparse por el azúcar allí. Si uno tenía diabetes, el servicio nacional de sanidad se haría cargo.

Sin embargo, George había rehusado incluso considerar la posibilidad de volver a Inglaterra. Había dicho que después de haber pasado allí cinco años durante la guerra, le bastaba para el resto de su vida. En realidad Grace había opinado lo mismo cuando se fueron de Inglaterra, destruida y en ruinas a causa de la guerra. Sabía que no volvería a ser otra vez como la recordaba en su niñez. El tiempo se cuidaba de oscurecer los recuerdos, incluso los de amor. Mas ella sentía una apremiante necesidad de algo e Inglaterra estaba lo suficiente lejos para ofrecer un cambio en relación con la monotonía insípida de su vida en Weston, tal vez incluso la oportunidad de hallar un significado en su existencia que no había encontrado en América.

Las mañanas eran frías a principios de septiembre aquí junto a los Great Smokies y, empezando a tiritar súbitamente, Grace regresó otra vez a la cama. No se apoyó en la almohada sino que se desplazó junto a George, buscando consuelo en aquel instante de depresión profunda. Su cuerpo estaba caliente y ella sintió un repentino afecto por él cuando éste alargó la mano y acarició sus muslos desnudos en la parte que había dejado al descubierto el camisón al subirse. Su mano se deslizó por su piel, acelerando su pulso por un momento como en los viejos tiempos, pero entonces dejó de acariciarla dando un suave ronquido, con lo que se dio cuenta de que había estado durmiendo todo este tiempo y que se trataba sólo de un movimiento reflejo. Entonces pensó: «Estoy casada con un hombre viejo y yo misma me hago vieja, sin acertar a encontrar un significado en mi vida».

Capítulo XIV

Elaine McGill fue despertada por una suave palmada en el codo. Se sentó rápidamente en el estrecho diván donde había dormido profundamente después de tomar el comprimido que Janet Monroe le había dado la noche anterior por prescripción de Jeff Long.

—¿Está mi marido...?

—El doctor McGill está bien. —La enfermera que la había despertado sonreía y se dio cuenta ahora de que la habitación estaba iluminada por la luz del día—. Son las seis y pregunta por usted.

La mano de Elaine tocó instintivamente sus cabellos.

—¡Déjeme un minuto!.

—Desde luego. El lavabo está abajo en la sala. ¿Tiene todo lo que necesita? ¿Lápiz de labios? ¿Peine?

—Lo llevo en el bolso. ¿Está usted segura de que está bien?

—Hemos dejado de administrarle oxígeno. Las pulsaciones y el trazado del electrocardiograma son normales.

Paul fue ligeramente levantado en la cama cuando Elaine entró unos quince minutos después. Estaba pálido, pero logró sonreír y se alegró de haber tenido tiempo de lavarse la cara con agua fría, peinarse, pintarse los labios y darse color a las mejillas y de alisar el vestido lo mejor que pudo.

Antes de que pudiera hablar, cruzó ella rápidamente la habitación y le besó en la boca con cariño.

—Me alegro tanto de que estés bien, amor —dijo.

—¿Quieres decir que no me guardas rencor...?

—Claro que no.

—Pero... el escándalo...

—Lo arrostraremos juntos.

—Entonces, ¿me perdonas?

—No me hables más. —Colocó un dedo sobre sus labios—. Te amo y eso es lo que cuenta.

—¡Qué descanso! —Respiró profundamente y se dio cuenta ella de que había enfocado bien el asunto—. Temía perderte.

—Si vuelves a hacerlo otra vez quizá —dijo ella sin pensar—, pero no esta vez.

—En realidad no tenía intención de...

—Cállate. —Volvió a cruzar un dedo sobre los labios de Paul—. Todo eso terminó. Lo importante es que te encuentres bien.

—La enfermera dijo que Antón Dieter me sacó una bala del corazón.

—Sí. La vi.

—Lamento lo de Lorrie.

—Ha muerto, Paul. Ya se acabó todo. Ya no hemos de hablar de ello nunca más.

—¿Todo va bien por ahí? —La enfermera había asomado la cabeza por la puerta—. Su electrocardiograma ha registrado unas líneas muy irregulares en un par de pulsaciones.

—Eso fue por la sensación de alivio. —Paul se esforzó por sonreír—. Todo va bien.

—Será mejor que no me quede más tiempo —dijo Elaine—. Necesitas descansar, Paul.

—Y tú dormir —convino él—. Gracias de nuevo, cariño, por ser una esposa comprensiva y sobre todo porque no has dejado de ser tú misma.

Fuera del hospital, la ciudad empezaba a revivir con el movimiento de los primeros vehículos por las calles. El snack bar estaba casi vacío, cuando Elaine atravesó la calle y entró. Tomando un taburete junto a la barra, pidió huevos revueltos, tostadas y café.

Mientras el cocinero iba preparándolo diestramente en la parrilla, se dio cuenta de las miradas de admiración de un par de conductores de camión que tomaban café en el otro extremo de la barra.

El saber que unos hombres que ella desconocía la encontraban atractiva a esta hora de la mañana después de lo que había sufrido en las últimas veinticuatro horas, fue casi tan estimulante como el café concentrado que le sirvió el camarero antes de empezar a preparar el desayuno que tomó con lentitud, saboreando la comida.

Elaine iba cruzando el recinto de aparcamiento en dirección a su coche cuando vio a Mike Traynor salir de la entrada de emergencia del hospital con rumbo hacia el snack. Él la vio en el mismo instante y cambió de dirección con el fin de cruzarse en su camino. Ella trató de esquivarlo, pero cuando él la llamó, se volvió lentamente.

—¿Me estaba hablando? —preguntó.

—¿Cómo está el doctor McGill?

—Bien, gracias. Acabo de verle hace unos minutos.

—Seguramente no admitirá usted la reconciliación.

—Esto es algo que a usted no le importa, señor Traynor.

Ella había hablado en voz baja, pero él la había oído perfectamente y cuando ella vio que enrojecía lleno de furor, sabía que había comprendido la insinuación.

—Un momento. Si usted cree que puede hacer conmigo...

—¡Señor Traynor! —La frialdad con que pronunció su nombre cortó en seco el torrente de palabras airadas—. Creo que le falta un año para acabar la carrera, ¿no es verdad?

—Sí, pero qué tiene que ver...

—Mi marido es catedrático de la Facultad. Si le digo que usted me abordó aquí, no creo que le permitan acabar la carrera y obtener la licenciatura.

Él empezó a hablar de nuevo mientras ella entraba en el coche, pero se calló tras corta reflexión. Por su tono no ponía en duda que ella cumpliría su amenaza y después del incidente con la enfermera —que no había sido lo bastante prudente— no

podía permitirse más líos con la esposa de un catedrático.

—¡Mujeres!

Jamás las comprendería. Muchas veces no merecía la pena tomarse tantas molestias, según expresión de Mike Traynor.

Eran las seis y media cuando Della Rogan despertó en el dormitorio de los niños en su casa de Sherwood Ravine. Había tomado un comprimido de «Nembutal» después de cerrarse en el dormitorio y se había dormido casi instantáneamente sin oír a Dave cuando llegó. Yendo hacia la ventana, vio que el sol había salido ya y el tiempo parecía apropiado para jugar al golf. La idea no le produjo demasiado entusiasmo, pues hubiera preferido quedarse en la cama, pero como estaba muy desentrenada desde su regreso de Augusta, necesitaba un poco de práctica si quería hacer un buen papel en el campeonato del club que tendría lugar la semana próxima.

Sus vestidos estaban en el armario y tocador del dormitorio principal, donde Dave estaría dormido. Yendo de puntillas por el pasillo, miró hacia dentro y vio que yacía sobre el lado derecho, de espaldas a ella con la cabeza hundida bajo la almohada.

Por un momento estuvo tentada a despertarle y disculparse por haberle hecho preparar su cena la pasada noche, pero cambió de opinión. Había rehusado regresar a casa con ella desde el hospital aunque no pudo menos de notar cuan trastornada estaba. Merecía, pues, que el castigo se prolongara un poco más. Pensaba salir de casa hacia el club para jugar una partida de golf antes de que calentara el sol, obligándole a tomar el desayuno en el hospital. De todos modos no sería la primera vez, pues a menudo tenía programadas las visitas por las salas del hospital a primeras horas de la mañana.

Moviéndose con el mayor cuidado posible, Della sacó ropa limpia del tocador y entró en el cuarto de baño para arreglarse y vestirse. El sostén que había cogido del cajón tenía un tirante roto y salió del cuarto de baño para coger otro, vestida únicamente con las bragas. Dave giró sobre la cama y bostezó.

—¡Hola, cariño! —Alcanzando la almohada que ella hubiera utilizado si hubiese dormido en la misma cama, la colocó bajo su cabeza para incorporarse—. ¿Qué haces tan temprano?

—Estoy desentrenada y pensé que me iría bien hacer una partida a primera hora. —¿Sola?

—Tengo que practicar algunos golpes. —Estaba revolviendo en el cajón buscando un sostén—. Habrá alguien más a estas horas y probablemente puedo hacer los dieciocho agujeros antes de la comida. Luego, después de hacer la siesta, tal vez Grace o una de las chicas saldrá conmigo por la tarde.

Deslizó los brazos entre los tirantes del sostén, tratando de alcanzar el cierre, pero le costaba trabajo localizarlo.

—Acércate y te lo cerraré yo —le propuso Dave. No se sentía con fuerzas para rehusar, pues estaba agradecida por la mirada cálida que le había dirigido al despertar. Cruzando la habitación, llegó hasta la cama y esperó que él le sujetara el sostén, pero cuando sus manos se desplazaron por su desnuda espalda, se apartó rápidamente y empezó a buscar una falda y una blusa en el armario.

—¿Necesitas de verdad tanta práctica? —le preguntó él.

—Naturalmente. El torneo del club empieza la semana próxima.

—Podrías hacer un poco de práctica en algunas otras cosas —dijo él despreocupadamente—. Como psiquiatra contemplo siempre el lado malo de las mujeres, pero esta mañana estoy viendo tu lado bueno. Lo que necesitamos es una segunda luna de miel.

—Jugamos al golf en nuestra luna de miel.

—¿Aún lo recuerdas?

—¡Claro que lo recuerdo! —saltó Della—. No hace tanto tiempo.

—Sólo quince años, pero estamos ya cerca de los cuarenta, Della.

—Tú te estás volviendo obeso y viejo, yo no.

Estaba esparciendo en su piel una crema protectora. El sol puede quemar en septiembre y Paul McGill le advertía siempre que no debía exponerse demasiado a una insolación. En algunos puntos de su cuerpo su piel presentaba manchas a las que aplicaba nitrógeno líquido que no dejaba cicatrices como la aguja eléctrica, por ejemplo.

—Aún tienes una bella figura, cariño —dijo Dave sonriendo—. Tal vez lo que necesitamos es tener otro hijo.

—Con dos nos basta. Convinimos eso hace años.

—Entonces los niños eran pequeños, pero dentro de poco ingresarán en la escuela preparatoria y en la Universidad. Cuando llegue ese momento sería estupendo tener un pequeñín que rondara por la casa.

—¿Es ésa otra forma de decirme que no paro en casa lo suficiente? —preguntó Della con enfado.

Desde el torneo de Augusta, le remordía la conciencia recordándole que debía pasar más tiempo en casa. Ahora, por uno de esos caprichos que a menudo caracterizan la lógica femenina, halló un motivo para desplazar la culpa hacia él, pues si la hubiera acompañado a Augusta, como debía haber hecho, nada hubiera ocurrido y su conciencia culpable no la trastornaría de este modo.

—Jamás me he opuesto a tus desplazamientos. —A Dave no le había pasado inadvertida su inmediata reacción y estando al corriente de las distintas facetas de la culpabilidad, empezó a sentir cierta inquietud—. He visto tantos matrimonios que empiezan a desunirse después que los hijos van a la Universidad...

—A los nuestros aún les queda mucho tiempo para eso.

—No tanto como imaginas. Ni tampoco están tan lejos del matrimonio, si consideramos la cantidad de estudiantes universitarios que se casan hoy en día. Tal vez sea egoísta, pero pienso en la época en que me encuentre solo mientras tú andas por esos mundos ganando campeonatos nacionales de golf. Sería hermoso tener un bebé acurrucado en la cuna del desván.

Él había vuelto a la carga y su reacción fue instintiva y similar a la de un niño que al sentirse avergonzado golpea incluso a los que tratan de ayudarlo.

—Tú no quieres que sobresalga en nada —estalló de pronto—. Tú te sientas en tu despacho de la clínica y piensas que diriges las vidas de los demás, cuando la verdad es que no puedes gobernar la tuya.

—Tal vez tengas razón en eso —admitió él—. Todo el mundo sabe que las familias de los doctores reciben una asistencia médica mucho más deficiente.

—¿Admites entonces que no puedes disponerlo todo?

—Si me dices de qué soy culpable, querida, sabré cómo defenderme.

—¡Otra vez haciendo bromas! ¡Nunca me tomas en serio! El rostro de Dave se serenó.

—En eso estás equivocada, Della. Tal vez descuide alguna de tus necesidades emocionales. Incluso un psiquiatra pasa un mal rato tratando de comprender a las mujeres y muchos médicos se ven incapaces de entender a sus esposas. Es el tributo que hemos de pagar por estar metidos en las vidas ajenas durante todo el día. Dime qué es lo que he hecho mal esta vez, y trataré de darte satisfacción.

Se volvió de espaldas velozmente, pero aun así bastó para que él observara la mirada avergonzada y el rubor culpable en sus mejillas. Algo había ocurrido en Augusta, no le quedaba la menor duda ahora, algo que él se veía impotente para remediar, a menos que ella se confiara y se lo contara todo. Sabía, sin embargo, que no iba a hacerlo ahora.

Al darse cuenta de esto sintió una sensación de vacío y dolor. Sabía que Della era una mujer fuera de lo normal. Había sido su refugio en aquellos años en que llegaba a casa por la noche, cansado de luchar con las crisis y problemas emocionales de sus pacientes, hasta que el golf había empezado a incrementar sus ausencias.

Un instinto natural le advirtió que existía otro hombre. Era lo suficientemente realista para saber, por otra parte, que la infidelidad sexual ocasional no era en modo alguno un obstáculo infranqueable que impidiera la feliz continuación del matrimonio.

Como psiquiatra trataba de convencerse de que la unión podría ser más fuerte después. Le dolía, sin embargo, que Della se hubiera entregado a otro hombre y, lo que era peor, si volvía a ausentarse con motivo de los torneos de ahora en adelante no podría evitar preguntarse lo que estaría ocurriendo. En la puerta giró de nuevo e irrumpió llena de ira:

—Eres como el resto de los hombres, quieres una esposa que esté siempre a tus pies como un perro.

—Entonces con uno de esos cambios repentinos de humor, que da a las mujeres ese encanto especial, —dijo—: ¿Puedes desayunar en el hospital?

—Claro. Tengo que ver al hijo de Janet Monroe antes de las horas de consulta.

—El que te quedaste a ver anoche.

—Sí.

—¿Le pasa algo malo?

—Temo que sí. Sufre convulsiones y tiene sangre en el fluido espinal.

Della recordaba suficientemente sus tiempos de especialista en rayos X para saber lo que esto significaba, pero estaba tan tensa ahora que no podía experimentar otra cosa que un desaire por haberle mencionado esto y hacer que se sintiera culpable por su forma de reaccionar al quedarse él en el hospital ayer por la tarde para examinar al niño.

—Probablemente se trata de algo transitorio —dijo ella.

—Confío que así sea. ¿No te desperté cuando fui al hospital anoche?

—¿Fuiste al hospital? —Volvió a girar en el umbral sorprendida por la pregunta.

—Hacia la una. Maggie McCloskey trató de suicidarse.

Della se apoyó en el marco de la puerta, sintiendo que sus piernas se debilitaban de pronto.

—¿Cómo...? ¿Cómo sucedió?

—Lo de siempre: barbitúricos y alcohol. Felizmente para Maggie estaba allí Jeff Long. La mantuvo con una bomba de oxígeno mientras hacían desaparecer la droga con fluido intravenoso. Está en mi sala.

—Maggie no está loca.

—Hay opiniones sobre este particular. Personalmente tengo mis dudas con respecto a Maggie. Por otra parte, está en mi servicio porque todos los suicidas frustrados van a parar allí. —Le dirigió una penetrante mirada—. ¿Te encuentras bien, cariño? Estás blanca como la nieve.

—Ha sido la impresión. Dile a Maggie que haré lo posible por ayudarla.

—Ella es la única que puede ayudarse por el momento. Si está dispuesta a admitir eso, tal vez podamos conseguir algo. ¡Que tengas suerte en el juego!

Della no contestó, desapareciendo rápidamente por la puerta. «¿Por qué tiene que ser tan comprensivo con todo el mundo y a mí no llega a comprenderme?», pensó con resentimiento mientras bajaba las escaleras. «Podría prohibirme que jugara y pedirme que estuviera más tiempo en casa. Este es el inconveniente de estar casada con un psiquiatra: comprenden a las mujeres demasiado bien, o tal vez no las comprenden en absoluto».

Si Dave la hubiera comprendido, ¿por qué ignoraba que si él mantenía una postura inflexible con respecto al golf, ella no podría dedicar tanto tiempo al juego y tendría una coartada cuando empezara a perder en los torneos? En vez de eso, la dejaba que se esforzara intentando vencer a todo el mundo, cuando lo único que quería era divertirse un poco en el juego. Disfrutar del golf como ella y Dave lo habían hecho antes de estar demasiado ocupado con la clínica, para ganar los cincuenta mil dólares al año, para jugar con ella, con lo que daba la sensación de que ya no formaba parte de su vida.

«Sería mejor —pensó— tener una diabetes benigna como Grace», y recordando que George Hanscombe generalmente salía muy pronto hacia el hospital, tomó el camino hacia la casa de éste al llegar a medio kilómetro del cañón. El coche de George debería ya estar fuera del garaje. Della aparcó el suyo y fue hacia la puerta

trasera.

Dentro de la casa pudo ver a Grace con bata bebiendo café mientras veía la televisión. Cuando Della hizo sonar el timbre, Grace se acercó a la ventana y miró hacia fuera, yendo después a abrir la puerta.

—Entra. Te daré una taza de café —dijo—. Necesito que alguien me levante el ánimo. Me siento como un cadáver ambulante.

—No me siento mejor yo. —Della se dejó caer en la silla junto a la mesa de la cocina mientras Grace le servía el café—. Dave me ha estado ayudando a vestirme para jugar al golf.

—Esto puede facilitar las cosas —dijo Grace con ironía—. ¿Pero por qué jugar al golf si puedes hacer un ejercicio semejante en casa, sin necesidad de vestirme? —¿Por la mañana?

—Sigue mi consejo, querida, y aprovecha la ocasión cuando se presente. Llegará un día no lejano en que no sentirás calor a menudo y más bien estarás tibia.

—¿Es que no puedes hablar de otra cosa, Grace? Eres peor que los hombres o que Lorrie.

—¡Pobre Lorrie! La voy a echar de menos —dijo Grace—. Era una mujer única, una mujer absolutamente sincera. ¿Por qué tuvo que matarla ese bastardo? Ha causado más daño del que ella ha hecho.

—Dave quiere que tengamos un hijo. —Della cambió de tema.

—Aún conservas un cuerpo apropiado y te mantienes joven todavía. ¿Por qué no?

—¿Con qué derecho hablas? —dijo Della con furia—. ¿Por qué no los tienes tú?

Grace apartó la vista rápidamente para que Della no viera el dolor que expresaban sus ojos. Ella y George no tenían hijos y sabía la razón, aunque no George. Jack Line lo había atribuido a la herencia. El ataque que ella tuvo, y que llamaron de apendicitis, en los primeros meses de la guerra, no había sido tal. Salpingitis, una inflamación de los conductos desde el útero a los ovarios que dejaba estos importantes canales sin posibilidad de intervención quirúrgica, era el verdadero diagnóstico.

En los primeros días de la guerra cuando los muchachos, tan apuestos y jóvenes, desfilaban antes de irse a los campos de batalla el gesto podía calificarse de patriótico. Pero ¿cómo iba ella a saber que uno de esos valientes jóvenes le dejaría una herencia siniestra que le impediría para siempre tener hijos?

—¿Dije algo inoportuno, Grace?

—Della sentía aprecio por la inglesa.

Grace sonrió forzosamente.

—Tan sólo un viejo esqueleto paseando sobre mi tumba.

—¿Qué te parece si jugáramos al golf esta mañana?

—Hoy no. Ayer reñí a George porque no había sido él quien estaba con Lorrie. Ahora me siento culpable. ¿Recuerdas la época en que éramos pobres, Della?

—Claro. ¿Por qué?

—¿No éramos todos más felices entonces?

—Creo que sí.

—¿Qué nos ha ocurrido a todas, Della? Tú y yo somos desgraciadas, Amy está destruyendo su matrimonio con Pete con su intento de pasarle por delante. Elaine lo ha pasado muy mal anoche preguntándose si se moriría Paul; Lorrie ha muerto. La única del grupo que es verdaderamente feliz es Alice, con sus folletines. Tal vez tenga más sensatez que todas nosotras.

Pete Brennan estaba aún dormido cuando Amy se despertó y se sorprendió al descubrir que había dormido toda la

noche desnuda, algo que no había hecho ni siquiera en la luna de miel. A medida que intentaba abrirse camino a través de la niebla que rodeaba todavía su cerebro, empezó a recordar algo de lo que había sucedido antes de que llamaran a Paul y quedarse dormida.

Deseaba ahora que él la hubiera despertado al regresar a la cama. Si lo hubiera hecho, tal vez hubieran podido prolongar un poco más el maravilloso éxtasis que habían compartido, lleno de placer y naturalidad. Pero esta mañana estaba perdida por el efecto de decaimiento producido por la morfina mientras su cuerpo se entregaba a la destrucción de la droga como lo haría con una sustancia extraña.

Por un momento acarició la idea de inyectarse otra de las pequeñas jeringas, buscando la evasión de la realidad del día, pero la desechó. Era lo suficientemente fuerte para no necesitar drogas, se recordaba a sí misma con firmeza, salvo cuando empezaba la insoportable palpitación de la jaqueca.

Saltando de la cama, fue al cuarto de baño para ducharse y tratar de disipar el sopor que invadía aún su cerebro. Salió de la ducha envuelta por completo con una gruesa bata de baño. Tal como se sentía esta mañana, lo último que deseaba era estimular a Pete para que se repitiera lo ocurrido la pasada noche. Este, sin embargo, estaba en la ducha, cantando el «Alma Mater» que solía cantar en la Universidad, como lo venía haciendo prácticamente todas las mañanas desde que se casaron.

Mientras Pete se duchaba, Amy se vistió velozmente, poniéndose pantalones y blusa. Al principio de su matrimonio se había prometido no ir por la casa por las mañanas con bata de baño, rulos en la cabeza y crema en la cara como hacían muchas mujeres. Luchó consigo misma sobre si debía hablar a Pete acerca de su éxito en la reunión del distrito sexto, pero cambió de opinión. Se presentarían otras y mejores ocasiones, ahora que había descubierto la llave mágica que abría el mundo que había casi olvidado que existía desde los días de su noviazgo y luna de miel.

—Buenos días, querida.

Pete salió de la ducha, envuelto en una toalla alrededor de su cintura a guisa de falda. Olía a loción de afeitar y tónico capilar cuando se inclinó para besarla. Aunque tenía cuarenta y dos años, su cuerpo era sólo un poco más pesado de lo que había sido en sus años de la Universidad, gracias al golf y ejercicios regulares en el pequeño gimnasio y piscina de la planta baja de los apartamentos de la Facultad. Su cabello era oscuro

y rizado con un mechón de cabellos grises en las sienes y conservaba el brillo de sus ojos como ahora cuando descansaba las manos en sus espaldas.

—Lo de anoche fue maravilloso, Amy. Hemos de repetirlo más a menudo.

—Tal vez lo hagamos —se esforzó por decir.

—De todos modos, ¿qué te hizo poner así?

—Recuerdo que tomé una copa abajo, pues la jaqueca no me dejaba vivir cuando llegué a casa desde el hospital. Me imagino que al llegar tú la bebida había hecho su efecto.

—No importa lo que haya sido, me parece muy bien.

Fue hacia el armario y sacó unos slips, dejando caer la toalla y colocándoselos después. Amy sintió un repentino momento de pánico al pensar en lo que diría si supiera lo que había hecho aflojar el control normalmente rígido que mantenía sobre sus impulsos.

Lo que ocurrió la pasada noche, procuraba convencerse a sí misma, había sido un incidente aislado. Si hubiera podido comunicar con la oficina de George Hanscombe ayer por la tarde y le hubieran proporcionado la inyección corriente, no hubiera tenido que tomar morfina y mientras una parte de su cuerpo se ocupaba en recordar cuánto más alivio había logrado con la diminuta jeringa que con la inyección habitual, otra parte mucho más grave le decía que no debía volver a hacerlo.

—¿Por qué razón tuviste que salir la pasada noche? —preguntó mientras Pete se ponía los pantalones.

—Algo importante, puedes estar segura. De otro modo ni los caballos salvajes hubieran podido arrancarme de tu lado. Si estabas un poco ebria, tal vez no lo recuerdes, pero eras algo sublime, una especie de ser fantástico extraído de un sueño.

—¿Era un caso de emergencia?

—En cierto modo. Roy me llamó para decirme que Mort Dellman quería verme.

—¿Qué quería?

—Te lo diré durante el desayuno. —Había acabado de vestirse en este momento y colocó su brazo alrededor de su talle mientras cruzaban la habitación hacia la puerta—. Ethel debe tenerlo casi a punto. Puedo oler el tocino desde aquí abajo. Tengo que ver a Arthur Painter esta mañana, de modo que tendré que comer aprisa.

—¿Os va a traer complicaciones Mort? —preguntó mientras sacaba la silla para colocarse a la mesa. Estaba dispuesta sólo para dos, pues los niños estaban en el campamento.

—No —tomó la taza de café que ella le llenó con la cafetera de plata—, pero tendrá que marcharse cuando salga del lío en que se ha metido...

—¿Piensa salir airoso de esto?

—Eso cree él y Roy también. Sin embargo, dada su posición, Roy no puede decirlo con palabras. Mort quiere vendernos su participación en la clínica por cien mil dólares.

—Vale más, ¿no es cierto? —Habiendo poseído siempre dinero en cantidad, no le sobresaltó oír esta cifra.

—Mucho más, a decir verdad. He convocado a los otros hoy a la hora de comer. Algunos de ellos se resistirán, desde luego, hasta que se den cuenta de que no les queda otra alternativa.

Los dedos de Amy habían agarrado el asa de la taza de café, pero al oír estas últimas palabras, la taza empezó a rechinar tanto en el plato que parte del café se derramó sobre el blanco mantel.

—¿Qué te pasa? —el tono de Pete denotaba inquietud.

—Creo que estoy nerviosa. —Trató de sonreír, aun sabiendo que su sonrisa no era convincente.

—Me extraña ese nerviosismo en ti.

—Tal vez sea el exceso de actividad de ayer noche, al que no estoy acostumbrada.

—Se esforzó por soltar una carcajada, que resultó también hueca.

—Será mejor que vayas acostumbrándote a ello otra vez.

—¿Qué quisiste decir con eso de que no tienen otra alternativa?

—Seamos francos. Mort podría irse de la lengua y contar muchas cosas, la mayor parte de ellas ciertas.

—Pero no sobre ti y Lorrie.

—Bueno, yo estuve con ella una o dos veces antes de casarnos. Todos los que venían a la ciudad por primera vez hacían lo propio. Sin embargo, ya no volví a hacerlo más después.

Amy respiró aliviada. Jamás se le ocurrió poner en duda sus palabras, pues Pete siempre le había dicho la verdad.

—Tenemos que comprar la parte de Mort y a mí me corresponde hallar algún medio para recoger el dinero —continuó—. La mayoría de nosotros no contamos con esas sumas.

—Podría prestártelo. —Había aprendido ya a no decir «dar».

—Gracias. —Seguía comiendo—. Pero todos los socios de la sociedad de la facultad clínica tendrán que cooperar en esto, salvo quizá Paul McGill. No creo que haya ninguna dificultad en obtener el préstamo, pero puedes hacerme un favor, si quieres.

—Lo que tú quieras.

—Llamé a tío Jake anoche desde el hospital, pero dijo que sólo quería que le dejaran en paz. ¿Quieres ir a verle esta mañana y enterarte de lo que podemos hacer por él con respecto a Lorrie?

—Desde luego.

Amy se alegraba de tener la oportunidad de hacer algo por Pete, aplazando durante un tiempo por lo menos el momento en que debía decirle que ella iba a ser presidente de los auxiliares médicos del Estado un año antes de que él estuviera al frente de la asociación médica.

Grace Hanscombe había guardado una muestra de la orina de la mañana como hacía siempre desde que un *test* para averiguar la cantidad de azúcar en la sangre había revelado un alto contenido de glucosa un año antes. Después de marcharse Della, la comprobó automáticamente, consciente a duras penas de lo que estaba haciendo, hasta que el color de la solución cambió repentinamente a un fuerte color anaranjado.

Asustada, pues era la primera vez que había observado este cambio, repitió el *test*, volviendo a dar el mismo resultado. Fue al teléfono y marcó el número de la clínica con dedos temblorosos y preguntó por el despacho de George, sabiendo que siempre iba allí a dictar cartas e informes antes de empezar el recorrido de la mañana en el hospital. Apreciando la urgencia en la voz de Grace la secretaria le pasó la comunicación a George en seguida.

—Dispongo sólo de un minuto, Grace —dijo.

—Di muestras de tener azúcar esta mañana, George.

—¿De qué color? —Su voz cambió adquiriendo un tono tajante e incisivo.

—Naranja muy intenso, George.

—Has desayunado ya, ¿no es cierto?

—Sí, contigo, George.

—Es verdad. Ven a la clínica tan pronto acabes de vestirte. Ve directamente al laboratorio. Les telefonaré antes de empezar el recorrido.

—¿Qué vas a hacer?

—Empezaremos con una curva de tolerancia de azúcar. Estabas afectada anoche por lo de Lorrie y esto podría explicar la presencia de azúcar. Escucha una cosa, Grace...

—Sí, George.

—Quizá no sepa mucho acerca de las mujeres, pero sé bastante sobre diabetes. —Sabía ella que era su forma de excusarse e infundirle confianza y le estaba agradecida.

—Lamento lo de anoche, George —dijo ella—. Me trastornó lo ocurrido con Lorrie y había tenido dificultades con Maggie McCloskey. Estaba ebria.

—Ayer hacia la medianoche trajeron a Maggie a la sala de emergencia, Grace. Intentó suicidarse. Por un momento Grace no podía dar crédito a sus oídos.

—¿Has dicho que lo intentó? —preguntó al final.

—No lo logró del todo. Le extrajeron lo que había ingerido y Dave Rogan se ocupa de ella en una de sus salas. No corras para llegar a la clínica, querida. No es preciso que conduzcas a toda velocidad. Puedes esperar en mi despacho después de acabar los tests. Me darán por teléfono los resultados.

Grace colgó el teléfono y subió a vestirse. Se preguntaba a cuántos más haría caer la única bala de Mort Dellman. Había matado a Lorrie, Paul McGill había sido herido de gravedad y, por lo que había dicho George, por poco alcanza a Maggie

McCloskey: había provocado en ella un fuerte ataque de diabetes y Della no era evidentemente la misma cuando la visitó esta mañana.

En cuando a Elaine McGill, recordaba la forma extraña en que había reaccionado ayer, al ofrecerse a quedarse con ella en el hospital. Había demostrado siempre una gran predilección por Elaine y Paul, ya que éste tenía aproximadamente la misma edad que George y ello hacía que existiera entre ambos una amistad más profunda que con los otros. Elaine había observado una extraña serenidad ayer tarde para estar su marido moribundo. Tal vez fuera el alivio que sintió al saber que Paul no había muerto y al menos no había dado muestras de guardarle rencor, lo cual no dejaba de ser lógico a juicio de Grace. «Después de todo —pensaba Grace mientras se vestía—, Lorrie había hecho presa en cada uno de los maridos en una u otra ocasión».

Mientras acababa de vestirse y al salir a recoger el «Mercedes» que George le había regalado para Navidad, Grace llegó a la conclusión de que Alice Weston era la única entre las que integraba la «Sociedad Anatómica», que no se había visto afectada por la muerte violenta de Lorrie. Eran primas lejanas, pero Lorrie había demostrado siempre desprecio por Alice de modo que no podía haber una gran amistad entre ellas.

Cuando dejaba el «Mercedes» en el aparcamiento del hospital, Grace vio a Alice entrando a toda prisa en la clínica, un poco inclinada como si le doliera el estómago, y comprendió entonces que la bala de Mort Dellman había alcanzado también a Alice.

Capítulo XV

Alice Weston había acudido a la clínica facultativa, como le había sugerido la noche anterior el médico de guardia después de decirle que él mismo se ocuparía de avisar a la farmacia para que le sirvieran a domicilio la receta acostumbrada. Puesto que había transcurrido más de un año desde la última revisión, Alice iba pasando por lo que se denominaba «revisión médica rutinaria».

En recepción, donde se registró, se le entregó una cartulina a la que iba unida un resumen de su historial en la clínica, condensado y abreviado de forma que pudiera perforarse en las tarjetas «IBM». Con ella iba una hoja en blanco, donde debían anotarse los síntomas actuales y un puñado de tarjetas para los distintos exámenes a realizar aquel día. Al entrar en el largo pasillo situado detrás de recepción, vio a Grace cruzar la sala para registrarse también, aunque no tuvieron oportunidad de hablarse.

En un pequeño cuartito a un lado del pasillo, Alice se quitó la ropa salvo las zapatillas y las bragas, poniéndose una de las batas de papel para examen disponibles, que convertía a los pacientes en un ser uniforme repetido en cada uno de ellos, dando la sensación de que incluso sus almas podían ser perforadas en los espacios adecuados de las tarjetas «IBM» del historial clínico. Las batas de papel eran, sin embargo, superiores a las antiguas de paño. Por otra parte las enfermeras cuidaban de seleccionar el tamaño más apropiado para cada paciente para que su aspecto fuera lo menos ridículo posible.

Alice había llegado a la clínica en ayunas y se dirigió en primer lugar al laboratorio. Construido bajo la dirección personal de Mort Dellman, este centro vital de toda gran clínica fue erigido con el fin de lograr el mayor grado posible de eficiencia y versatilidad en la realización de los exámenes. A ambos lados del pasillo central había pequeños cuartitos con la cabida suficiente para que el paciente se sentara en una silla con un tablero anexo y para que el especialista estuviera de pie a su lado extrayendo la sangre.

Alice temía siempre el pinchazo de la aguja, pero la chica de uniforme blanco encargada esta mañana era muy diestra y el dolor no fue superior al que le hubiera proporcionado un alfiler. De un estante colocado en la pared del cuartito, la enfermera sacó una pequeña tira de esparadrapo que adhirió sobre la pequeña mancha roja en el brazo de Alice en el punto en que la aguja había penetrado la piel y la vena en un solo y rápido pinchazo. La muestra de sangre que había extraído con la jeringa sería distribuida para los distintos exámenes que debían realizarse en el laboratorio.

Afuera en el corredor, la especialista le entregó un vaso de papel que había sacado de un aparato distribuidor y lo llenó de un líquido amarillento.

—¡Bébaselo todo! —le mandó—. Esto le preparará... pero usted ha estado ya aquí-antes, señora Weston.

Alice asintió con la cabeza y vació el vaso. El líquido tenía el acostumbrado sabor

dulce, similar a una tarta de limón. La combinación de glucosa y agua carbónica sería absorbida por su estómago vacío yendo a parar a la sangre en un espacio de tiempo relativamente corto. Una hora después aproximadamente le extraerían otra muestra de sangre.

Alice no comprendía con exactitud la finalidad de estas pruebas, salvo que la información obtenida con el primer *test* de sangre y luego el segundo pasaba a la máquina computadora de datos para compararla con los exámenes anteriores, resultando un diagnóstico indicativo de una cantidad normal de azúcar en la sangre o la existencia de diabetes. Cuando la especialista apuntó la hora en una de la media docena de tarjetas anotadas de datos unida con un clip al tablero que Alice llevaba, observó que el tiempo invertido hasta ahora en el *test* de sangre era exactamente cuatro minutos.

Unos cuantos metros más abajo del pasillo, Alice pasó al puesto número 6, marcado en rojo en su tarjeta de ruta, y se echó sobre una mesa. Otra figura sin rostro vestida de blanco —para Alice todas parecían ser la misma— ató con pericia unos electrodos de metal a sus muñecas y tobillos, conectándolos por medio de alambres aislados con amianto a un panel de pulsadores y cuadrantes sito en la pared. Alice dormitó un poco mientras la máquina zumbaba grabando eléctricamente el latido de su corazón en aquel papel sensibilizado, hasta que la enfermera puso uno de los electrodos sobre su pecho, produciéndole un escalofrío al contacto con el frío metal.

—Casi hemos acabado, señora Weston —dijo la chica—. Tengo que hacer sólo una conexión para registrar los sonidos del corazón.

—¿No lo hace esto un médico?

—Hace tiempo que no pasa usted por la clínica, ¿verdad?

—Hace más de un año.

—Utilizamos un fonocardiógrafo ahora y hacemos una grabación en cinta de los sonidos del corazón. —Mostró a Alice una pequeña caja metálica que podía colocarse dentro de otro aparato que ocupaba una esquina de la habitación—. La cinta está dentro de la caja. Una vez realizada la grabación, se remite junto con el electrocardiograma. El radiólogo puede ver el electrocardiograma mientras oye la cinta y examina una película de rayos X del tórax que le indica el tamaño de su corazón. De esta forma el doctor puede realizar un examen completo del corazón sin que se vea precisado a poner una mano sobre el paciente. El próximo año se espera poder hacerlo todo por medio de una computadora y tal vez puede prescindirse del concurso del médico.

Alice rió por compromiso al oír esta última observación, pero recordando cómo se realizaban los exámenes en otras épocas, antes de que la clínica fuera automatizada, el rasgo de humor de la especialista le pareció ahora una especie de predicción del futuro.

Otra de las tarjetas del tablero fue perforada al dejar el puesto número 6, viendo que había estado en este cuarto exactamente ocho minutos. Al salir, la puerta daba

otra vez al pasillo y reconoció a Grace Hanscombe colocándose sobre otra mesa, copia exacta de la que ella acababa de desocupar.

En el puesto siguiente, otra especialista registró el pulso y la presión de la sangre. Hasta entonces no había visto a ningún médico y sabía que no lo haría hasta que acabara el examen. En otro puesto más allá le colocaron gotas en uno de los ojos para dilatar la pupila de forma que se pudiera fotografiar en color el globo del ojo y pudiera ser estudiado más tarde por un oftalmólogo. Se comprobó asimismo la tensión de los globos de los ojos para detectar la presencia de glaucoma, enfermedad engañosa que, de no ser descubierta, podía causar la ceguera antes de que la víctima supiera lo que estaba ocurriendo.

En otro puesto midieron la capacidad de sus pulmones en cuanto a contenido de aire. Una disminución de ventilación, como solía denominarse, indicaría enfisema, otra enfermedad mortal que debía descubrirse pronto. En el siguiente, su pecho fue sometido a rayos X casi tan rápidamente como el tiempo empleado en pasar por delante de la máquina. En otro se registró su peso y altura junto con otras mediciones, cuya significación le era desconocida.

La siguiente parada fue para realizar el *test* de Pap, que ayudaba a descubrir el cáncer en los órganos reproductivos femeninos. Todo esto, que sabía Alice por haberlo oído comentar a doctores en las fiestas, se combinaba ofreciendo una imagen completa como podía obtenerse por medio de cualquier dispositivo mecánico que pudiera utilizarse para aminorar la necesidad de personal médico experto.

En el último puesto antes de ver al doctor, una especialista extrajo una segunda muestra de sangre del brazo de Alice. Una mirada a su reloj le indicó que había pasado exactamente una hora desde el momento en que bebió la mezcla de glucosa aromatizada a continuación de habersele practicado la primera extracción de sangre. Desde aquí se le dieron instrucciones para que vaciara una muestra de orina en un recipiente numerado, con lo que quedó terminado el examen del laboratorio.

Alice estaba cansada cuando fue acompañada a un despacho con pocos muebles. Un aparato de rayos X ocupaba unas de las paredes y la sala de examen adjunta contenía la ya conocida mesa que podía colocarse en doce posiciones para efectuar exámenes internos. Había acabado de escribir un relato del ataque de la pasada noche en la hoja de papel en blanco del tablero —había estado tan ocupada hasta ahora que no había tenido oportunidad de hacer estas anotaciones—, cuando se abrió la puerta y entró una mujer joven llevando la larga bata propia de los médicos.

—Buenos días, señora Weston. —El acento inglés apenas perceptible era agradable—. Soy la doctora Feldman.

—¿La nueva doctora?

Marisa Feldman sonrió.

—Soy mujer, soy doctora, y éste es mi tercer día en Weston, de modo que creo que está usted en lo cierto.

—No pretendí ser inquisitiva —dijo Alice inmediatamente, sintiendo una

simpatía instintiva por la joven y esbelta doctora de pómulos salientes y de ojos atractivos y brillantes.

—Estoy convencida de eso. —Marisa Feldman ocupó la silla junto a la mesa—. Soy nueva aquí, pero estoy acostumbrada a tratar anomalías como las que usted padece, señora Weston. El doctor Hanscombe me habló de usted esta mañana.

Lo que no le dijo Marisa fueron las palabras de George: «Alice Weston ha vuelto a tener espasmos gástricos. Examínela, por favor, e intente relajarla».

—¿Puede dejarme ver su historial? —preguntó Marisa.

Alice le pasó el tablero y Marisa empezó a examinarlo. Tras breves momentos alcanzó un fichero con claves numeradas y taladró unas cuantas. Después de un breve período de tiempo en que parecía absorbida en la lectura de lo que Alice había escrito sobre su ataque más reciente, la máquina empezó a funcionar y algunas de las tarjetas perforadas que ya conocía salieron por una ranura.

Alice sabía que esto formaba parte de su anterior historial combinado con el informe sobre los reconocimientos que se le habían practicado en el día de hoy. Marisa Feldman les echó una ojeada, apilándolos junto al secante situado sobre su mesa y continuó leyendo.

—Parece que pasó un mal rato anoche —dijo al fin.

—Fue terrible hasta que tomé la medicina verde que el médico de guardia de la clínica prescribió. Ya la había tomado antes, pero tenía la botella vacía, pues últimamente me encontraba bien y no vi necesidad de rellenarla. Anoche tuve que tomar una segunda dosis para encontrar alivio.

—La medicina verde, como usted la llama, es un remedio anticuado pero muy efectivo, belladona, fenobarbital y agua de menta. Lo utilizábamos mucho en Boston. Allí lo llamábamos «elixir mágico». ¿Se encuentra mejor esta mañana? —Mucho mejor, gracias.

—Entonces, si le parece, vamos a acabar con el reconocimiento. ¿Quiere usted entrar en la otra habitación y echarse sobre la mesa?

Las manos de Marisa Feldman eran suaves y expertas. Encontró la zona afectada en la parte inferior izquierda del abdomen, pero no le produjo dolor alguno el contacto de su mano, lo que siempre ocurría cuando George Hanscombe la oprimía en ese punto. Mientras sentía ahora el masaje suave de la mano de Marisa, Alice se sentía relajada.

—Bueno, ya está mejor —dijo Marisa Feldman—. Tenía usted una zona espasmódica, pero ya se va relajando.

Incluso el examen por medio de instrumentos, que Alice siempre había temido, resultaba casi agradable en manos de esta atractiva doctora de dedos ágiles y modales placenteros. Había acabado antes de que Alice se diera cuenta de que había comenzado.

—Tiene todavía algo de espasmos y una pequeña infección de la membrana que recubre el colon —dijo Marisa a Alice mientras ésta volvía a cubrirse con la bata de

papel—. ¿Le ha ocurrido algo recientemente que pueda explicar el ataque de anoche?

—Mataron a mi prima.

—¿La señora Dellman?

—Sí. Nos criamos juntas y estábamos muy unidas.

No era verdad, pues ella y Lorrie estaban en pésimas relaciones últimamente, pero Alice no quería que la nueva doctora la creyera neurótica. George Hanscombe la había llamado así una vez y jamás había podido perdonarle del todo.

—La impresión pudo haber provocado el ataque fácilmente —le aseguró Marisa—. Creo que debe tener un poco de cuidado con la comida durante una semana, señora Weston. Límitese a comidas ligeras. Usted ha hecho régimen antes, de modo que ya sabe lo que le está permitido. Siga tomando la mezcla como antes. Si tiene más molestias, me llama. El doctor Hanscombe cree que debo ocuparme de su caso de ahora en adelante. Espero que no le importe.

—De ningún modo —Alice se sonrojó—. Me alegro del cambio.

—Quisiera verla dentro de unas tres semanas. Usted se halla en perfectas condiciones físicas salvo esta ligera molestia y creo que podremos controlarla.

—Gracias, doctora Feldman —dijo Alice agradecida—. Mi marido es socio de la sociedad de la clínica, de modo que es probable que nos veamos en alguna reunión.

—Eso espero. Adiós.

Alice partió contenta, habiendo olvidado por completo su dolencia abdominal. La nueva doctora era estupenda. Se le hacía duro esperar a la próxima reunión para contárselo a las chicas, pero luego se preguntó si volvería a haber otra asamblea de la «Sociedad Anatómica» habiendo muerto Lorrie.

Con todo no iba a lamentar la pérdida de Lorrie. Al fin y al cabo la culpa era de ella por ir detrás de los hombres, cuando Alice había deseado darle todo el amor que se puede desear.

En su despacho, Marisa Feldman hizo unas notas en una cuartilla y las unió a una de las tarjetas «IBM» con el historial de Alice. Los hechos destacados podrían ser perforados más tarde por los operadores de las tarjetas perforadas de forma que pudieran ser almacenados por la computadora para uso posterior.

Algo no anotó Marisa, pero su rostro daba muestras de duda mientras depositaba el historial en la ranura, donde sería transportado por una cinta continua a la sección central del archivo. Le habían bastado sólo unos minutos para darse cuenta de que Alice Weston era homosexual. Había visto muchas de ellas en la prisión de Frondheim para que los signos revelados pasaran inadvertidos a una observadora experta. Sabiendo esto se preguntaba cómo era el marido de Alice y qué clase de vida marital podían tener juntos.

Después de que Pete salió para el hospital, Amy cambió el pantalón que llevaba por un vestido de lino, pues aquella prenda le parecía poco apropiada para visitar a un padre que acababa de perder a su hija. La casa de los Weston —así se llamaba todavía en la ciudad, aunque hacía unos quince años que la ocupaba Amy como señora de Pete Brennan— estaba situada sobre una colina con vistas al río a unas cuantas millas de la nueva urbanización de Sherwood Ravine, donde vivían la mayoría de las esposas de los otros doctores. La casa de Jake Porter estaba poco más de un kilómetro de la de Amy y estaba sobre una loma, existiendo entre ambas un profundo barranco.

Los Weston se habían desplazado hacia el sur desde Nueva Inglaterra después de la guerra civil cuando la tierra podía comprarse por un precio irrisorio y la mano de obra era tan barata casi como lo había sido cuando existía la esclavitud. Aplicando los ahorros de Nueva Inglaterra y sus conocimientos a la fabricación de alfombras y tejidos, el abuelo de Amy había hecho una fortuna, siendo reputado como el ciudadano más destacado de aquella parte del Estado. Jake Porter había sido de joven encargado al principio de las tejedurías de Weston, pero tenía un talento directivo que le valió en seguida la concesión de un cargo importante y más tarde una parte en la propiedad.

El padre de Amy no fue el hombre de negocios que había sido su abuelo, pero Jake Porter dirigía la fábrica en aquella época e iba amasando una fortuna propia con inversiones masivas en terrenos forestales y propiedad industrial. Jake fue quien negoció la venta de las tejedurías Weston al sindicato de Portola cuando se produjo la segunda emigración textil de Nueva Inglaterra desde los mercados del Norte dominados por la Unión y de mano de obra muy cara hasta los mercados del Sur, desorganizados y con una mano de obra barata y en gran parte ignorante.

Por estas razones y aunque de hecho no existiera parentesco alguno entre ellos, Amy y Roy habían crecido considerando a Jake Porter como su tío. Cuando Roy se casó con Alice, pupila de Jake, los lazos se hicieron más fuertes. Amy, Alice y Lorrie se habían criado casi como hermanas, hasta que al terminar los estudios en el instituto, la universidad las separó durante cierto tiempo. Al casarse se habían reunido de nuevo, cuando Mort Dellman y Pete Brennan habían llegado con Roy y los otros de Corea para convertirse en catedráticos de la Facultad de Medicina de la Universidad de Weston. Ahora existía el riesgo de que todo se derrumbara por el único disparo de la pistola de Mort Dellman, a menos que Pete pudiera encontrar los cien mil dólares que exigía Mort por su participación en la clínica.

Amy no ponía en duda que Pete sería capaz de lograr un préstamo para comprar la participación de Mort. El peligro residía en que, si Roy presionaba a Mort a causa de sus ambiciones políticas personales, su pequeño y cerrado mundo se vendría abajo por un escándalo que podría obligar a los síndicos de la Facultad —que por otra parte

envidiaban el éxito de la clínica facultativa— a tomar cartas en el asunto y exigir la renuncia como catedráticos de la Facultad a todos los implicados. Esto, desde luego, no podía ser beneficioso para la clínica, pues obligaría a un cambio de nombre y pondría tal vez en peligro la sólida reputación alcanzada como una de las mejores organizaciones de su género en todo el sudeste.

Amy había decidido ir andando hasta la casa de Jake Porter, con jardín y rodeada de cipreses, donde había pasado horas tan felices en su infancia. Confiaba volver a recordar, siquiera por un breve rato, aquel período ahora casi olvidado cuando Weston era una pequeña localidad y ella, como hija del hombre más importante de la misma, había sido la chica más envidiada y codiciada. A medio camino de la casa, lamentó no haber cogido su «Cadillac» con aire acondicionado, pues el día era caluroso y sentía que el sudor iba empapando su ligero vestido de verano.

En un punto elevado de la ladera de la montaña hacia el oeste vio un reflejo metálico, reconociendo la gran y reluciente antena de la torre que transportaba las conversaciones telefónicas y las imágenes de televisión a través de la cresta de la cordillera. La torre se elevaba junto a una carretera que conducía a una pequeña hondonada en las montañas donde estaba situada Deerslayer Lodge y se preguntaba si, una vez terminara la pesadilla de ayer y de los días siguientes, podría convencer a Pete para pasar una semana allí arriba. Pasaron la luna de miel en Deerslayer Lodge y con la ayuda de las diminutas jeringas que había ocultado en un cajón de su tocador, podrían encontrar de nuevo parte de la felicidad que habían conocido allí y que parecía perdida hasta anoche.

Jake Porter estaba sentado bajo el porche en una mecedora cuando Amy subió las escaleras. Vivía solo en la vieja mansión, cuidado por un par de sirvientes de color que vivían en un apartamento encima del garaje.

—Buenos días, tío Jake. —Amy se inclinó para besar las arrugadas mejillas del anciano—. Imaginarás lo apenados que estamos por lo ocurrido.

—Siéntate, Amy. —La voz del anciano acusaba cansancio—. Has sido muy amable en venir.

—Pete quería saber si podíamos ayudarte en algo con respecto al funeral.

—Ya está todo arreglado, Amy. Llamé a la funeraria y les dije que le hicieran un entierro decente. El doctor Potter está fuera de la ciudad, pero el canónigo de la catedral se encargará del servicio fúnebre.

Potter era el ministro de la mayor iglesia episcopal de Weston, a la que pertenecía la mayoría de la clase alta de la ciudad.

—A Lorrie no le hubieran gustado grandes ceremonias —convino Amy—. ¿Estarán los niños aquí?

—Envié a Jasper a recogerlos de los campamentos en donde están, cerca de Asheville —dijo Jake Porter—. De todos modos hubieran regresado el martes para reanudar las clases.

Jasper era el chófer y sirviente de color que cuidaba de Jake Porter. Los hijos de

Amy estaban en el mismo campamento.

—Lorrie siempre se salió con la suya —añadió el anciano—. Confío en que sobreviva el hombre que estaba con ella.

—El doctor Dieter extrajo anoche la bala del corazón de Paul McGill —le dijo Amy—. Pete dice que todo irá bien.

—¿Y qué ha pasado con Dellman?

—Lo tienen en la cárcel. Ha ofrecido vender su participación en la clínica a los otros miembros de la sociedad.

—¿Por qué precio?

—Cien mil dólares.

—Eso indica que espera ser declarado inocente, probablemente basándose en que obró en defensa de su honor. Me alegrará perderlo de vista. No comprendo, sin embargo, las razones que lo impulsaron a matarla, a menos que creyera que Lorrie tuvo algo que ver con mi cambio del testamento.

Amy había estado escuchando a medias.

—¿Qué has dicho, tío Jake? —preguntó.

—No podía hacerme a la idea de que Dellman se apoderara de mi dinero después de mi muerte y, por tanto, cambié el testamento hace cosa de un mes. Dejé todo en fideicomiso a los hijos de Lorrie, y como fiduciario al Banco. ¡Buena la hice en vista de lo que ocurrió después!

—Lorrie amaba a sus hijos. Se alegraría de saber que los has tenido en cuenta.

—No les faltará protección, te lo aseguro. —Había una extraña fuerza en la voz del anciano que pasó desapercibida a Amy, que estaba medio aletargada—. Espero que Dellman no vaya a crear problemas a tu marido y a los demás.

—¿Qué quieres decir, tío Jake?

—Ya sabes a qué me refiero.

—Pete dice que Mort saldrá de Weston tan pronto como el tribunal tome una decisión respecto a él.

—Será un alivio para todos. Lorrie no era realmente mala. Amaba a sus hijos y probablemente también a Dellman al principio. Sin embargo, no podía prescindir de los hombres como tampoco puede un alcoholico de su botella. Creo que podría decirse que estaba enferma y su enfermedad la ha matado como cualquier otra enfermedad. Tal vez sea culpa mía por haberle dado demasiada libertad cuando era joven, o tal vez haya salido a mí. Ya sabes que no he sido precisamente un puritano.

Sin saber qué decir, Amy se limitó a callar.

—No es que lamente lo que yo haya podido hacer, más de lo que ella lo hizo. Es algo connatural en nosotros. Dile a tu simpático marido que pase a verme. Quiero hablar con él de todo este asunto.

—Tal vez pueda venir esta noche.

—Has tenido la suerte de casarte con un hombre bueno y humano. A veces hará cosas que a ti te desagraden. Después de todo tú has heredado muchas características

de tu familia de Nueva Inglaterra. Pero anda con cuidado. Un buen matrimonio es una de las cosas de más valor del mundo. La madre de Lorrie y yo tuvimos esa dicha, de modo que puedo hablar con conocimiento de causa.

—Pete y yo nos llevamos bien, tío Jake.

—Espero que sí, pero no está de más comentarlo. Algunos dicen que él no podrá soportar por más tiempo tus ausencias y que terminará divorciándose.

Las palabras hirieron a Amy como si hubiera recibido un golpe de estaca. ¡Que Pete iba a divorciarse de ella! No podía imaginarlo siquiera.

—Eres inteligente, Amy, y ambiciosa como todas las mujeres —Jake Porter no había notado al parecer el efecto de sus palabras en Amy—. No dejes que tus ambiciones arruinen tu matrimonio.

—Así lo haré, tío Jake.

Se levantó rápidamente y empezó a bajar los escalones con paso algo vacilante a consecuencia de la impresión por lo que había oído.

—Gracias por haber venido —gritó tras ella, pero Amy no le oyó.

Al tiempo de llegar a una esquina, Amy había logrado controlarse un poco. Al mirar hacia atrás, Jake Porter seguía sentado en la mecedora en el porche de la casa, con la barbilla hundida en el pecho como si estuviera dormitando. Era difícil creer que acababa de hundir hasta los cimientos el cómodo y pequeño mundo de Amy Brennan.

Lo peor de la borrachera era despertar del letargo producido por el alcohol, pero esta vez fue distinto. Maggie McCloskey fluctuó durante mucho tiempo entre el estado consciente y el inconsciente, tratando de dormir mientras que por otra parte parecía que el mundo entero tratara de mantenerla despierta. En ese espacio de tiempo un verdugo la ahogaba, quemaba su cuello con una barra incandescente y la asaeteaba con agujas, como en las ilustraciones del Infierno de Dante que recordaba haber estudiado en la escuela. Por fin despertó encontrándose en un ambiente extraño: la blancura antiséptica de la habitación de un hospital.

Sentía palpitaciones en la cabeza, le dolía la garganta y parecía que su rostro hubiera sido golpeado por alguien. También tenía dolor en el brazo, pero cuando trató de moverlo, vio que estaba unido a un tablero cubierto de vendas del que estaba suspendido un pequeño tubo de plástico, y cuando volvió la cabeza para seguir la trayectoria del tubo, pudo ver que estaba conectado a un frasco que colgaba de un soporte, un frasco medio lleno de un líquido de color amarillento.

Al mover la cabeza encontró una ventana en su esfera visual. Cuando vio las vertientes lejanas de las montañas a través de la misma, se dio cuenta de que aún estaba en Weston, probablemente en el hospital de la Universidad. El exterior estaba iluminado con la luz de mediodía, lo que indicaba que había estado inconsciente durante mucho tiempo.

—¿Despierta? —le preguntó una voz joven y vigorizante, apareciendo esta vez en su campo de visión una enfermera pelirroja y con pecas.

—¿Qué hora es?

—Casi mediodía.

—¿Cuánto tiempo hace que estoy aquí? —Le costaba trabajo hablar, en parte por el sopor que aún acusaba y en parte por el extraño dolor en la garganta.

—Usted fue ingresada en la sala de emergencia a medianoche, pero no la trajeron a esta sala hasta casi las cinco de la mañana.

Maggie trató de hacer cálculos. Todo lo que recordaba era que había ido a casa hacia las diez. Medianoche eran dos horas después. Había perdido, pues, el conocimiento. ¿Y entre medianoche y las cinco de la mañana? El esfuerzo era excesivo, y por fin renunció a seguir calculando y volvió a dormirse.

Al despertar, tenía la cabeza mucho más despejada. La botella de líquido que colgaba del soporte había sido cambiada. Era ahora de color rojo brillante y las sombras en la montaña que podía ver a través de la ventana le indicaron que atardecía.

—La comida era amarilla. —La ronquera de su voz la sobresaltó—. La cena es roja.

Empezó a reír, pero la risa pronto se tornó en sollozos, sollozos que no podía controlar. Cuando al fin cesaron, estaba mirando con los ojos en blanco al techo de la

habitación, contemplando la nada que era su vida.

Capítulo XVI

Pete Brennan había convocado una asamblea de la junta directiva de la clínica facultativa a la hora de comer, en un pequeño comedor privado apartado del salón del personal y sito en el último piso de la clínica. La mayoría del personal de la clínica hacía la comida de mediodía al otro lado de la calle en el restaurante del hospital. Sin embargo, con el fin de ahorrar tiempo, el pequeño comedor había sido colocado junto al salón para comodidad del personal médico cuando se celebraban conferencias a la hora de comer. Todos estaban allí a excepción de Mort Dellman, cuya concurrencia nadie podía esperar, dadas las circunstancias.

—Cierra la puerta, por favor, Dave —dijo Pete al psiquiatra, después que la comida había sido servida y la camarera se había ido—. Tú eres el que estás más cerca.

Dave Rogan cerró la puerta y volvió a sentarse luego. Nadie preguntó la razón de mantener esta reunión en secreto. Habían ocurrido hechos en las últimas veinticuatro horas que justificaban la adopción de esta medida.

En términos breves y concisos explicó Pete la conversación sostenida la pasada noche con Mort Dellman. Al terminar, el aspecto de agobio en los rostros de la mayoría de los hombres reunidos junto a la mesa fue un fiel reflejo de sus propios sentimientos al salir de la cárcel la noche anterior. Sin embargo, había tenido tiempo desde entonces para reflexionar y elaborar algunos planes preliminares para salvar lo posible de la dificultad en que se encontraban.

—Mort no tiene nada que achacarme —profirió con ira George Hanscombe—. Yo nunca...

—Un detective ha estado vigilando a Lorrie durante mucho tiempo, George —le advirtió Pete—. Será mejor que te asegures de que eres casto.

—¡Que me asegure de si soy casto! —Dave Rogan rió sin ganas—. Si no estuviera tan seguro, Pete, tendría gracia. Debe haberse tratado de un desliz freudiano.

George Hanscombe abrió la boca para hablar, cerrándola luego sin decir palabra.

—Sólo a un indeseable como Mort se le ocurriría hacer vigilar a su esposa. —Joe McCloskey era rechoncho y de escaso cabello, pero era uno de los socios más importantes y formales del grupo además de un buen especialista y todo el personal de la clínica lo respetaba—. Lo que no puedo comprender son las razones que tuvo para matarla. Después de todo, debía saber que su mujer había tenido amantes desde hace años.

—El disparo que recibió Lorrie fue un accidente —explicó Pete—. Lorrie tenía relaciones con un estudiante de medicina y Mort planeó darle un escarmiento.

—Mort sabía que Lorrie se vería comprometida en un escándalo un día u otro —dijo Dave Rogan—. En mi opinión la hizo seguir por un detective para poder amenazar a Jake Porter si se planteaba el divorcio. Jake siente adoración por sus

nietos y le hubiera ofrecido una buena cantidad para que la vida inmoral de su hija no llegara a conocimiento de ellos.

—Lo cierto es que al parecer Mort nos tiene bien cogidos —admitió Joe McCloskey.

—Pero ¿por qué hacernos eso a nosotros? —protestó George Hanscombe—. Después de todo le dimos participación en la clínica, cuando no debíamos haberlo hecho.

—Mort se hizo partícipe al convertirse en catedrático de la facultad de Medicina en un principio —les recordó Pete—. No nos engañemos, pues una buena parte del éxito de la clínica facultativa se lo debemos a él.

—En realidad Mort copió la idea de automatización de las clínicas de California que iniciaron el sistema —hizo resaltar Dave Rogan—. Aunque dudo de que los demás nos hubiéramos percatado de sus posibilidades, si él no nos sugiere la compra de la computadora.

—Entonces, ¿compramos su parte? —preguntó Joe McCloskey.

—¿Por cien mil dólares? —La voz de George Hanscombe salió algo aguda—. ¿Estás loco, Joe?

—No os rogué que vinierais aquí para que os pusierais a chillar porque os duele —dijo Pete secamente— ¿Cuántos de vosotros estaríais dispuestos a liquidar su parte por cien mil dólares?

No hubo respuesta.

—Entonces lo que hemos de decidir es la forma de cerrar el trato.

—Yo no tengo ese dinero —protestó George Hanscombe.

—Tienes tus acciones de Merrill Lynch —le recordó Joe McCloskey.

—Estás loco si piensas que las voy a ofrecer en garantía.

—Tú contribuirás como todos los demás, George —dijo Pete categóricamente.

—Pero tú cuentas con lo de Amy...

—Cállate, George —dijo Dave Rogan con fastidio—. Ya sabes que Pete paga de lo suyo desde que llegó aquí.

—Gracias, Dave —dijo Pete—. Creo que, incluyendo los honorarios del abogado y gastos similares, además del interés nos tocará aportar de veinticinco a treinta mil dólares por cabeza.

George Hanscombe abrió la boca para protestar de nuevo pero cambió de idea al parecer.

—Una cosa me preocupa —dijo Joe McCloskey—. ¿Cómo podemos asegurarnos de que Mort no cogerá nuestro dinero y nos delatará después? Con el relato que podría hacer de lo que acaece en una ciudad como Weston, no faltaría alguna revista que le ofrecería cincuenta mil dólares más, e incluso podría escribir un libro.

—Lo que ocurre aquí, sucede prácticamente en todas las ciudades de estas dimensiones, aun sin tener Universidad —dijo Dave Rogan—. Somos una comunidad muy unida dentro de otra mayor y es fácil que ocurran cosas de este tipo.

—Hasta que un buen día todo sale a relucir como ahora —dijo Pete.

—Seguimos estando en un apuro —insistió Joe McCloskey—. Todo tu psicoanálisis no va a cambiar en nada la situación, Dave.

—Pero puede hacernos reflexionar sobre nuestra vida para comprobar cómo nos hemos metido en este lío —dijo el psiquiatra—. Tal vez veinticinco mil dólares sea un precio económico por un psicoanálisis.

El resoplido de George Hanscombe fue un comentario explosivo.

—Tú puedes hablar, Dave. Tú no te das cuenta de lo que significa tener acciones Dow Jones por debajo de la par.

—Pero mira lo que conseguiste cuando subieron, George. —Pete Brennan levantó su mano imponiendo silencio:

—Todos contamos con buenos ingresos económicos y buenas perspectivas. Propongo que tomemos prestado lo que necesitemos, reembolsando al Banco como lo haríamos con cualquier otro préstamo. Puede ser gravoso para alguno de nosotros, pero, como acaba de decir Dave, puede merecer la pena al final.

—Todavía no has contestado mi pregunta sobre cómo podemos estar seguros de que Mort no va a hacernos chantaje —le recordó Joe McCloskey.

—No puedo asegurarnos que no le haya pasado esa idea por su mente —admitió Pete—. Anoche me dijo lo que realmente ocurrió ayer por la tarde. Me dijo que esperaba encontrar a ese estudiante de medicina con Lorrie y planeó herirle, como advertencia. Esta mañana he anotado todo lo que Mort me dijo...

—No le habrás pasado la nota a la secretaria —dijo Joe McCloskey.

—No soy tan estúpido, Joe. El rumor hubiera corrido por la clínica en menos de media hora y se hubiera extendido por toda la ciudad al mediodía. Lo he escrito a mano y el documento está aquí. —Sacó un gran sobre del bolsillo—. Lo remitiré por correo certificado a mi nombre esta tarde y lo dejaré cerrado en mi caja fuerte cuando me lo entreguen. Así podrá determinarse el momento en que fue escrito.

—Es una excelente idea —dijo George Hanscombe.

—Los escritores suelen hacerlo para proteger los manuscritos, según me contó un paciente en una ocasión. Remitiéndose a sí mismos una copia realizada sobre papel carbón de cualquier escrito que desean proteger, tienen automáticamente la prueba de que fue escrito antes de una fecha determinada.

—Entonces Mort sólo puede hacernos chantaje, poniéndose la soga alrededor del cuello al admitir que se dirigió allí con la intención de disparar contra el estudiante —dijo Dave Rogan—. Esto le retendrá.

—¿Y qué hay sobre Paul McGill? —preguntó Joe McCloskey—. ¿Cómo interviene él en todo esto?

—Paul no obtendrá ninguna ventaja por hacer un trato con Mort. Pienso, pues, que debe quedar descartado —dijo Pete—. Creo que todos estamos de acuerdo en que hemos de formar un grupo para obtener el préstamo de cien mil dólares que

necesitamos. Mort nos vende su participación en la clínica legalmente por esta cantidad y, como creo conocer a Arthur Painter, ya encontrará un medio para hacerlo pasar como un gasto del negocio. ¡Levanten las manos los que están de acuerdo!

Tres manos se levantaron al momento. Finalmente George Hanscombe elevó la suya, con lo que se logró el acuerdo unánime.

—Me ocuparé de que Arthur redacte los documentos y consulte con el Banco —dijo Pete—. ¿Algo más que tratar?

Al no introducir nadie otro tema de debate, se disolvió la asamblea. Dave Rogan se quedó atrás dejando salir a los demás.

—He estado pensando en el lío en que estamos metidos, Pete —dijo—. ¿Tienes un minuto para hablar sobre esto?

—Claro. Tomemos otra taza de café y fumemos un cigarrillo.

La camarera había dejado un recipiente de vidrio burbujeante sobre un hornillo eléctrico en un rincón del comedor. Pete llenó dos tazas de café y las trajo a la mesa donde Dave Rogan estaba sentado. Tenía gran simpatía por el psiquiatra y al principio de su asociación habían pasado muchas horas agradables en sesiones de tipo financiero. Sin embargo, habían estado demasiado ocupados últimamente con sus deberes docentes y las necesidades de la clínica para poder dedicar tiempo a cualquier otra cosa.

—Creo que sabes que Maggie McCloskey está en una de mis salas, Pete.

—Joe me lo dijo. ¿Saldrá bien?

—Esta vez se ha salvado, pero quizás no sea así la próxima vez.

—¿Qué le impulsaría a hacerlo?

—Maggie sigue queriendo a Joe. Estaba en el club ayer por la tarde cuando llegó la noticia de que Mort había disparado contra Lorrie. Los primeros informes no mencionaron el nombre de Paul, sólo dieron a entender que estaba comprometido un médico eminente. Maggie, Della y Grace Hanscombe vinieron llorando hacia aquí con la duda de si su marido sería ese médico.

—Amy estuvo aquí también. Y anoche... —Pete cesó de hablar de repente mientras acudía a su mente una posible explicación del comportamiento de Amy.

—¿Qué ibas a decir?

—Amy estaba, por decirlo así, más cariñosa de lo normal, cuando llegué a casa.

—Este mensaje radiado las atemorizó a todas ellas —dijo el psiquiatra—. George me dijo antes de la comida que Grace presentaba una fuerte dosis de azúcar esta mañana por primera vez en un año. Su curva de tolerancia de glucosa ha subido enormemente, de modo que la he ingresado en el hospital por miedo a que se produzca un estado de coma de tipo diabético.

—Esto debía ser lo que preocupaba a George hace un momento. Generalmente no es tan terco.

—Creo que cualquiera de nosotros estaríamos excitados si nuestra esposa precipita azúcar con la orina probando que aún nos ama. La diabetes de Grace cederá

con el tiempo. Su caso es de tipo leve. Es por Maggie y Joe por quienes estoy preocupado. ¿Sabes que ha estado pagando al encargado del bar del club para que la persuada de no conducir cuando está ebria, lo que ocurre prácticamente todas las noches?

—No.

—Después de salir del hospital ayer, Maggie regresó al club y permaneció allí hasta que el encargado del bar la envió a casa en un taxi. Evidentemente estaba demasiado nerviosa para poder dormir y tomó algunos barbitúricos que había en el botiquín. Joe acostumbra a pasar por delante de la casa a últimas horas de la noche para comprobar si se encuentra bien. Afortunadamente sospechó que sucedía algo anormal cuando vio anoche toda la casa iluminada y la llevó al hospital. Jeff Long estaba de servicio y le puso una sonda intratraqueal en la tráquea para poder bombearle oxígeno. Luego le aplicó un activante psíquico en forma de goteo intravenoso para excitar su cerebro y empezó a entrar en sí a primeras horas de la mañana.

—Parece que escapó de milagro.

—Efectivamente. Cuando Maggie despierte, trataré de atemorizarla para que acepte la cura.

—Muchos alcohólicos se niegan a ello, ¿no es cierto?

—Sí, pero esta vez tengo algo que puede intimidarla. Su marcha precipitada hacia el hospital de ayer prueba que sigue amando a Joe y ambos sabemos lo que ha sufrido él desde el divorcio. Tal vez pueda convencerla con estos hechos para que se reforme.

Pete Brennan miró hacia el blanco mantel y las manchas de ceniza que había producido en éste con su cigarrillo. Recordaba los hechos relativamente lascivos de Amy la pasada noche, interpretándolos ahora como un síntoma de algo inquietante, pues a pesar de lo mucho que le había complacido entonces, esa forma de comportamiento no era corriente en Amy.

—¿Qué nos ha ocurrido a todos, Dave? —preguntó—. ¿En qué nos hemos equivocado?

—El psiquiatra no cuenta con unas normas fijas para distinguir lo correcto de lo incorrecto, Pete.

—Lo que quiero decir es ¿cómo introducimos ese desorden en nuestras vidas? La mayoría de nosotros hemos tenido amantes durante años aunque sólo Lorrie fue sincera con sus amoríos. Pero ¿qué hemos sacado con eso?

—Tal vez placer.

—Tal vez en el momento, pero ¿cuánto dura?, ¿qué valor tiene?

—Dura sólo un instante y no vale nada.

—Entonces, ¿por qué lo hacemos? Seguramente esta forma de comportamiento no puede calificarse de normal.

—Esa es otra expresión que los psiquiatras tratan de evitar,

pero entiendo lo que quieres expresar. Maggie bebe demasiado Grace Hanscombe

sufre una agravación de lo que era una diabetes benigna. Mi esposa Della juega demasiado al golf. Alice Weston tiene colitis espasmódica. Creo que Elaine McGill es la única verdaderamente equilibrada de todas ellas, pero es estéril y no puede acostumbrarse a esa anomalía.

—¿A quién o a qué cosa puede achacarse todo esto?

—Los maridos tampoco somos lo que tú llamarías normales. Trabajamos demasiado para mejorar de posición y no otorgamos a nuestras mujeres la comprensión que tienen derecho a esperar de nosotros. Pongamos a George Hanscombe, por ejemplo. Es semiparanoico en muchos aspectos, como mucha gente denominada normal. Votó por Goldwater, pertenece a la sociedad John Birch, puede que sea del Ku-Klux-Klan y cuando menos es un fanático en cuestión de segregación. Grace es una chica inglesa amable y bastante inteligente, que hubiera sido inmensamente feliz casándose con el propietario de un «pub» inglés de clase media. Ya sabes que en realidad era camarera. En vez de eso se casa con George, trata de ser merecedora de él y hace un buen trabajo con muy poca ayuda de él. Lo que sorprende es que ya no haya tenido antes diabetes o algo peor.

—No voy a pedirte que me analices. —Pete esbozó una mueca—. Estás demasiado penetrante esta mañana.

—Todo esto es elemental —Dave Rogan le aseguró—. A decir verdad no me veo más capaz para hacer frente a los problemas de mi esposa que vosotros. ¿No creerás que Della es campeona de golf sólo porque le gusta el juego?

—Pero...

—Como soy psiquiatra, Della está convencida de que es intelectualmente inferior a mí, lo cual no es cierto. Mientras estaba ocupada con los niños, no tenía tiempo para pensar en esto. Nada contribuye mejor a formar la personalidad de la mujer que tener hijos que la necesiten. Sin embargo, el pensar que van a ir ya a la escuela preparatoria y luego a la Universidad ha empezado a mermar su propia estimación. Por esta razón se hace campeona de golf, probando que es físicamente superior a mí, lo que es evidente. —¿Qué piensas hacer? Dave sonrió.

—Hacer que se quede otra vez embarazada si me da alguna oportunidad, pues me parece que tendré que sustituir las píldoras anticonceptivas que toma por tabletas de lactosa.

—Lo que sigo sin comprender es por qué nos hemos complicado todos la vida, cuando ninguno de nosotros está lejos de ser lo que se considera ordinariamente un ser normal —insistió Pete—. Hay tal vez un centenar de catedráticos en la Facultad de Medicina, de los que tenemos treinta trabajando en la clínica, ¿y somos nosotros los únicos anormales?

—Ten cuidado con la palabra «anormal» —le advirtió Dave Rogan—. La dificultad principal reside en que somos muy parecidos en ingresos, nivel social, la forma en que vivimos..., lo que hace de nosotros un grupo selecto en todos los sentidos.

—¿Selecto?

—Tú, Joe, George, Paul, Mort y yo, junto con Roy, nos reunimos en Corea, pero no por casualidad. En muchos aspectos somos muy semejantes. Somos inteligentes, ambiciosos y tenemos mucho empuje. Somos esa clase de hombres que tienen éxito en cualquier esfera. En Corea nos reunimos entre todo el personal del hospital por un proceso de selección natural. Un capricho del destino (la inauguración de una Facultad de Medicina en esta ciudad) nos volvió a juntar una vez terminada la guerra de Corea. Nos casamos con mujeres de distinto nivel social, pero la fuerza de las circunstancias ha hecho que todas ellas se conformen a un mismo molde.

—¿Qué clase de molde?

—Por un lado, el molde de la uniformidad. Todos vivimos en la misma especie de hogar, pertenecemos al mismo club, bebemos el mismo licor y la verdad es que hemos tenido la misma vida sexual poco más o menos. Siendo así, ¿a quién le importará que cambiemos un poco?

—Hablas como si fuéramos conejos de Indias en una especie de experimento diabólico.

—Tal vez eso sea la vida; el diablo nos' prueba para ver si somos aptos para el infierno.

—No estoy de acuerdo con eso —protestó Pete—. Sería como estar en el infierno dos veces.

—Eso les ocurre a la mayoría de las personas.

—Entonces, ¿cuál es la respuesta?

—Para los hombres es la especie de competición amistosa que celebramos aquí en la clínica día tras día. Estamos tan ocupados que no tenemos tiempo de acumular agresividad que pudiera canalizarse en síntomas físicos o trastornos emocionales. Sin embargo, la cosa cambia cuando se trata de las mujeres con las que estamos casados. Al principio tenían algo en qué ocuparse: ayudándonos a establecernos, creando un hogar, criando a los niños, esas cosas que las mujeres saben hacer mejor que los hombres.

—Tener un hogar confortable, una esposa y unos hijos hermosos ha tenido siempre mucho aliciente para mí —protestó Pete.

—Y lo tiene para todos nosotros hasta que empezamos a considerarlo natural. La felicidad en el matrimonio, en el trabajo y en la vida no es algo que se produzca de por sí. Si se considera de este modo, en seguida se da uno cuenta de que la ha perdido. La felicidad se la ha de ganar uno, creando un hogar, dando educación a los hijos...

—Maggie y Grace no tienen niños —protestó Pete—. No encajan, por tanto, en esa teoría tuya.

—¿Por qué te imaginas que están más enfermos que los otros?

—¿Y Amy?

—¿De veras quieres conocer mi opinión? —preguntó Dave.

—Me agradaría saberla.

—No creo que Amy corra menor riesgo que las otras, Pete. Esa es una de las razones por las que quería hablarte hoy.

—Espero que no se haya presentado a tu consulta.

—Ni ella ni las demás, salvo Maggie, que fue llevada a mi servicio automáticamente porque es una suicida frustrada. Lo que me preocupa es la ambición de Amy. Sin duda la habrás advertido, sobre todo últimamente. Pete asintió.

—Al principio no era tan intensa. Gozaba de una buena posición, era rica e independiente y podía ayudar a establecerse a un marido que fuera médico. Así lo hizo, no lo puedo negar. Tuvimos varias riñas en los comienzos, porque yo insistía en que debíamos vivir con mi salario, pero entonces la clínica empezó a rendir y empecé de repente a obtener unos ingresos superiores a los que había tenido su padre.

—Piensa ahora con detenimiento —le interrumpió Dave Rogan—. ¿Fue entonces cuando empezó a interesarse por los auxiliares médicos?

—Aproximadamente por aquella época, es cierto. Creo que fue después de que renuncié a la cátedra de cirugía.

—¿No fue entonces cuando tuvo el primer ataque de jaqueca?

—Ahora que lo pienso, así fue.

—¿Jamás te preguntaste la razón?

—¿Tratas de decir que fue entonces cuando Amy empezó a pensar que yo no la necesitaba más?

—Al menos cabría considerarlo una posibilidad —dijo Dave—. Amy ha sido siempre independiente y ambiciosa. Siempre ha estado al frente de todas las actividades comunitarias en las que puede participar una mujer en Weston, y ahora está ampliando su esfera para incluir el Estado. Sin embargo, eso le está costando caro ya, aunque por el momento sólo sea una jaqueca.

—¿Me quieres dar a entender que puede agravarse?

—¡Quién sabe! En primer lugar, Amy ya no tiene confianza en ti. Ninguna de nuestras mujeres la tiene, pues no se hubieran alarmado tanto cuando oyeron por la radio que un médico había sido sorprendido con Lorrie ayer tarde.

Pete llenó de nuevo su taza de café y encendió otro cigarrillo. No se sorprendió al comprobar que su mano temblaba tanto que tenía dificultades para sostener el encendedor.

«¿Era el miedo lo que había hecho cambiar tanto a Amy? —se preguntaba—. ¿O el alivio al saber que no estaba herido? Ninguna respuesta parecía encajar y, sin embargo, no tenía indicios para sospechar otra cosa. Resultaba difícil por otra parte preguntar incluso a un amigo íntimo como Dave por qué su mujer, que se había mostrado prácticamente frígida en los últimos años, empezaba súbitamente a comportarse como una libertina».

—Como dije antes... —La voz de Dave lo devolvió de nuevo a la realidad—. Creo que el mal que afecta a nuestro pequeño grupo es lo que llamo comunidad

natural. Los hombres trabajamos aquí juntos todo el día y nuestras esposas se reúnen en los campos de golf, en el bar del club, o en ese grupo de Amy que tú llamabas «Sociedad Anatómica». Cuando asistimos a reuniones sociales, lo hacemos generalmente juntos, y normalmente asistimos a Congresos médicos estatales, y lo hacemos como corporación. Es un caso de familiaridad que engendra algo más que el desprecio, una especie de rotura de barreras similar a un juego de sillas musicales.

—Tal vez sería más apropiado decir camas musicales —dijo Pete McCloskey—. ¿Crees que cambiaremos después de lo que ha sucedido?

Dave Rogan sacudió la cabeza.

—Todos somos cuarentones poco más o menos y algunos aún mayores, de modo que el mal está ya hecho. Lo que hemos de aprender ahora es a vivir con nosotros mismos y sacar el mejor partido de lo que tenemos. —Apagó el cigarrillo en el plato de su taza de café y se levantó—. He pasado todo el tiempo filosofando y me resulta difícil volver a la realidad. ¿Has podido ver al niño de Janet Monroe?

—Todavía no —dijo Pete—. Pensaba hacerlo después de acabar aquí, pero tengo que hablar con Arthur Painter por teléfono para que empiece a trabajar sobre el trato con Mort y sobre el préstamo. ¿Tienes idea de lo que le puede ocurrir al chiquillo?

—Opino que se trata de un aneurisma del Círculo de Willis que presenta alguna pérdida. Antón Dieter lo examinará esta tarde y Ed Harrison está preparando una exploración radiográfica para mañana por la mañana.

Este método, relativamente nuevo, servía para localizar tumores dentro del cuerpo aprovechando la tendencia del tejido maligno a absorber ciertos isótopos radiactivos, en ese caso generalmente una sal de mercurio. Utilizando un instrumento sensible relacionado con un contador Geiger que reaccionaba ante la presencia de radioactividad, era posible detectar la presencia e incluso la forma de una excrecencia por más profunda que estuviera en el cuerpo, registrando sobre una película de rayos X el incremento de grados de radiación procedente de las células afectadas por el tumor.

—Es lo que se puede hacer por el momento —convino Pete Brennan—. Veré al niño esta tarde antes de marchar. Janet es una buena chica que ha sufrido un duro golpe. Merece algo más de suerte, como, por ejemplo, que el niño se recupere y que ella se case con Jeff Long. Confío en que ambas cosas sucedan.

Sin embargo, mientras tomaba el ascensor hacia su despacho para hablar con Arthur Painter del préstamo, el neurocirujano sabía que si el diagnóstico de Dave era correcto, las probabilidades de éxito eran muy escasas.

—¿Por qué lo hiciste? La pregunta sobresaltó tanto a Maggie McCloskey, que respondió sin detenerse a pensar que la intención de Dave Rogan había sido provocar una erupción de la verdad de la parte preconsciente de su mente, en donde no tenía probabilidad de ser matizada por la emoción.

—Quería dar a Joe mi sangre, pero no la necesitaba. —Sus ojos se llenaron de lágrimas—. Antes me necesitaba, pero no ahora. Nadie me necesita.

De repente Maggie se dio cuenta de lo que estaba diciendo, la verdad que antes no había confesado a nadie y apenas a sí misma.

—¡Tú tenías que ser, Dave Rogan! —exclamó cuando se hizo ver el psiquiatra—. ¿Cómo entraste en la habitación sin que yo lo oyera?

—Estabas demasiado ocupada sintiendo piedad por ti misma. Además quería sorprenderte y obtener una respuesta sincera.

—¿Cómo puedes estar tan seguro? —Estaba empezando a recuperar un poco su calma habitual.

—Porque es la respuesta que esperaba. El sentimiento de no ser necesitado es una causa básica además de un síntoma del síndrome de «la esposa del doctor».

—¿Qué dices de la esposa del doctor?

—Es una anomalía conocida, la enfermedad de la esposa del doctor, si no recuerdas el significado de la palabra síndrome. Por cierto que síndrome es un conjunto de síntomas que encajan un esquema específico de enfermedad.

—Estás bromeando.

—Jamás hablé más en serio. Della la padece, sólo que su síntoma es golf y no suicidio.

Maggie McCloskey lo miró y sus ojos se dilataron lentamente de terror.

—¿Crees tú que intenté...?

—¿No es verdad?

—No, por favor. ¿Por qué habría de querer hacerlo?

—Porque crees que ya no te necesitan. Acabas de admitirlo.

—Me cogiste desprevenida.

—Me dijiste la verdad la primera vez. Ahora tratas de ocultarla. —Dave se sentó al pie de la cama y empezó a llenar la pipa—. ¿Qué sucedió exactamente anoche, Maggie?

—Della, Grace y yo estábamos en el club tomando unas copas cuando se retransmitió por la televisión la noticia de que Mort había disparado contra Lorrie. ¿Cómo está Paul?

—Vivirá. Habla de ti misma.

—¿Por qué habría de hacerlo?

—Eres mi paciente y éste es mi servicio.

—¿Psiquiatría?

—Exactamente. ¡Cuéntame lo que te ocurrió! No dispongo de todo el día. Algunas otras esposas de doctores y otras muchas personas tienen la misma enfermedad que tú.

—Sigo sin creerlo.

—Mi tiempo vale dinero y tú dispones de él gratis —le dijo bruscamente—. Sigue con tu relato.

—Me sentí mal ayer por la tarde en el club después de oír la transmisión. Entonces recordé que Joe tiene el Rh negativo como yo y que este tipo no se encuentra fácilmente y salí para el hospital.

—¿Te encontrabas mal?

—¿Estaba...? —Maggie palideció un poco al recordarlo—. Grace me llevó en el coche y Della siguió detrás.

—¿Así que estabas mal y sin embargo te dirigiste hacia el hospital para ayudar a Joe? ¿Y luego?

—Ya lo sabes. Paul fue quien recibió el disparo, no Joe.

—¿Y bien?

—Después que te vimos en la planta baja tuve una discusión con Della en el recinto del aparcamiento. ¿Crees realmente que el golf es su síntoma?

—Sí, pero estamos hablando de ti.

—Regresé al club en taxi y me emborraché como de costumbre. Manuel me pidió un taxi cuando se cerró el bar un poco antes de las diez. Dejé mi coche en el aparcamiento. —Un espasmo de dolor cruzó su rostro—. He ido a casa de ese modo muchas veces.

—¿Por qué estaban encendidas todas las luces de la casa?

—Seguramente debí tocar la batería de interruptores, que está junto a la puerta, con mi mano cuando encendí las luces delanteras. Recuerdo que el taxista dejó los focos encendidos hasta que encontré el ojo de la cerradura.

Empezó a reír con un matiz de histeria.

—No permitiré eso —dijo Dave Rogan secamente—. Sigue con el relato.

—Estaba borracha, pero no tenía sueño. Manuel me había dado café en el club. Creo que lo que me trastornó fue ver la cama.

—¿Qué cama?

—La de Joe. Está vacía. Encontré unas píldoras en el botiquín y tomé unas cuantas.

—¿Cuántas?

—Tres o cuatro. Las he tomado en esa cantidad en otras ocasiones.

—Pero no cuando estabas ebria.

Sus ojos se abrieron completamente.

—Estaba intentando recordar algo sobre las píldoras antes de tomarlas, algo que me había dicho Joe una vez. Me dijo que no debía tomarlas después de haber estado bebiendo. ¿Fue eso lo que me trastornó?

—La combinación de pentobarbital y *whisky* puede ser mortal —le dijo—. Ya no respirabas cuando te trajeron a la sala de emergencia. Afortunadamente estaba de guardia una joven doctora muy inteligente y reconoció los síntomas al momento.

—¿Me hicieron lavado de estómago? ¿Es por eso por lo que me duele la garganta?

—Llevaste el pentobarbital en el cuerpo durante dos horas, tiempo suficiente para que una buena parte del mismo fuera absorbida. Lo primero que hizo Jeff Long fue colocarte en la tráquea un tubo intratraqueal de modo que pudiera acoplar un respirador y una bomba de oxígeno. Introdujo también una sonda en tu estómago, pero quedaba poca cosa allí.

Maggie se estremeció.

—¿Tienes que hablar de mí como si fuera un animal, algo que utilizaras para un experimento?

—Los animales no tratan de matarse, Maggie. Tienen más sentido.

—Ya te dije que fue un accidente —saltó Maggie.

—Y no te creo. —Dave sacó un encendedor del bolsillo y volvió a encender su pipa.

—¿Por qué?

—Has tratado de destruirte desde que empezaste a beber tanto, mucho antes de que tú y Joe os separarais. El alcoholismo es una forma de suicidio, Maggie. Al añadir el veneno de los barbitúricos...

—Ya te he dicho que fue un accidente.

—Y yo digo que no lo fue. Hace un momento no tuviste dificultad en recordar que Joe te había dicho que no debías mezclar la droga con el alcohol. Sin embargo, sostienes que anoche no lo recordabas.

—Estaba ebria —dijo tristemente.

—Pero no lo suficiente bebida para acostarte sin ayuda, ni para encontrar las píldoras y contarlas.

—Sólo quería dormir.

—Estoy seguro de que querías dormir, para siempre. Las actrices de Hollywood que toman barbitúricos en los llamados intentos de suicidio se las componen generalmente para telefonar a alguna amiga o a alguien en el último momento. Tú sin embargo, no intentaste llamar a nadie.

—¿Cómo lo sabes?

—El teléfono estaba colgado cuando te encontraron. Tú te habías desnudado, puesto un camisón y estabas echada en la cama en la otra habitación. Me preguntaba la razón de esto hasta que tú me hablaste hace un momento sobre las dos camas. Apartó la cara para no verle.

—No podía soportar el pensamiento de que se enterara Joe.

—Ahora empiezo a ver claro —dijo Dave animado y se desplazó de su asiento al pie de la cama para vaciar la pipa en el cenicero de la mesita de noche.

—No comprendo por qué.

—Has admitido al fin que intentaste matarte porque sientes que Joe ya no te necesita. No querías perpetrar el hecho en la habitación que compartías con él, porque te daba vergüenza lo que estabas haciendo y ahora temes que llegue el momento de intentarlo otra vez y salir airosa.

—Pero ¿quién eres tú? ¿Un adivino?

—Podía haberte dicho todo esto cuando entré hace un momento. Esto ocurre a menudo y no sólo a las esposas de los doctores. Es también muy frecuente en los casos en que los hombres suben rápidamente en su profesión, como en leyes, seguros o en negocios, y sus esposas no son capaces de ponerse a su altura o piensan que no pueden. Lo importante es que lo admitieras tú misma.

—Entonces, ¿me has estado sonsacando?

—Esa es la labor del psiquiatra, Maggie: sonsacar a la gente hasta que ven la verdad por sí mismos. Afortunadamente a ti no te ha costado enfrentarte con los hechos y eres inteligente. Esto nos sitúa a medio camino de regreso. Se preguntó si debía creerlo o si lo decía sólo para animarla.

—¿Por qué crees eso?

—La fuerza más importante en la vida de una mujer es el conocimiento de que es querida y necesitada. Toda su constitución física y emocional está vinculada a ese único impulso y el perder ese conocimiento puede producir una lesión física como un grave ataque del corazón o una úlcera, o si es afortunada esa clase de colitis benigna o cistitis que envía tantas mujeres a casa del médico. Mentalmente la reacción más leve es la psiconeurosis y la más grave es alguna de las formas de enfermedad mental.

—¿O el suicidio?

—Sí.

Maggie respiró profundamente. Le daba miedo hacer la pregunta que tenía en la punta de los labios y con todo debía hacerlo y obtener respuesta.

—Hace un momento dijiste que estaba a medio camino de regreso, pero ¿hacia qué lugar?

—Joe te necesita, tanto si lo sabes como si no.

—Si me necesita, ¿por qué tuvo que recurrir a aquella prostituta de Greenville?

—¿De verdad quieres que conteste? Me temo que mi respuesta va a ser cruel.

—Sí.

—Porque no tenía en casa lo que tenía derecho a esperar.

—Nunca le negué nada —dijo con furia—. Te mintió si te dijo eso.

—Joe no me dijo nada. He visto tantos casos parecidos al tuyo que conozco de memoria las características. Además, ¿qué derecho tenías a hacerte la virtuosa después de lo sucedido en aquel Congreso médico de Nueva Orleans?

El impacto de sus palabras le hirió como si hubiera recibido un golpe en el plexo solar. Cuando su estómago se hizo un nudo, se agachó en busca de un recipiente de

porcelana debajo de la cama. Pero Dave Rogan paró su mano.

—No empieces a vomitar en mí porque no puedes afrontar tu culpabilidad —irrumpió—. Una gran cantidad de maridos y esposas no durmieron en su cama anoche o muchas noches antes. Cuando un hombre es incapaz de satisfacer a su mujer, aunque crea que no es impotente, empieza a preguntarse si la culpa es suya. Hay un solo medio de averiguarlo: otra mujer.

—¿Se portó como un hombre con ella?

—¿Cómo puedo saberlo? La gente inteligente y educada no se permite ir pregonando estas cosas. Sin embargo, hay un medio con el que puedes devolverle la confianza, pero no me pidas que te lo demuestre con dibujos. —Cogió la cartulina de gráficos de ella, que estaba al pie de la cama—. Ahora debo marcharme. ¿Te sientes con apetito?

—Me tomaría un plato de sopa con unas pastas secas y una taza de café.

—Muy bien. Ordenaré que cesen de aplicarte el fluido intravenoso. Nos veremos por la mañana y charlaremos un poco más.

Estaba ya en la puerta cuando ella lo llamó:

—Dave.

—Sí...

—Me acabas de decir que Joe me necesita. ¿Cómo lo sabes si él no ha hablado contigo respecto a nosotros?

—Gracias a Joe estás aquí, y puedes pedir sopa y café en vez de estar bajo una losa junto a Lorrie Dellman. Desde el divorcio ha pasado en su automóvil frente a tu casa todas las noches a las doce para ver cómo te encontrabas. Anoche, cuando vio todas las luces encendidas, entró.

»Fue Joe quien te trajo al hospital, Maggie, y si aún tienes la mitad de sentido común que creo tienes, darás gracias a Dios por ello en tus oraciones esta noche. Mi secretaria te subirá un artículo sobre la enfermedad de la Esposa del Doctor. Puesto que fuiste secretaria de un médico, podrás comprender la terminología. Creo que encontrarás interesante su lectura.

Capítulo XVII

Janet Monroe se levantó a las ocho, paró en el snack bar para desayunar y llegó a la sala de Jerry poco después de las nueve. El gráfico le informó que había dormido toda la noche y al entrar en la habitación, se irguió en la camita y alzó los brazos hacia ella.

—Tienes que quedarte en la cama, cariño —le dijo—. El doctor Ed lo quiere así.

—¿Podemos ir a casa hoy, mamá?

—No creo. Tenemos que esperar a ver qué dice el doctor Ed.

—Pero te quedarás conmigo, ¿no es cierto?

—Hasta la hora de comer. Entonces tendré que ir a casa para ponerme el uniforme. Hay enfermos arriba que me necesitan.

Dave Rogan y Ed Harrison comparecieron una media hora después, haciendo el recorrido. El doctor de más edad hizo un rápido examen neurológico, colocando luego los instrumentos que había utilizado en el bolsillo de su larga bata blanca.

—Todo está normal esta mañana —informó—. ¿Has recordado algo más acerca de las convulsiones que pueda ayudarnos, Janet?

—No estoy segura. Fue todo tan repentino. Los músculos del lado derecho se vieron más afectados al parecer que los del izquierdo. —Cuando vio que ambos médicos cruzaban una mirada rápida, se apresuró a preguntar—: ¿Indica eso algo?

—Podría ayudarnos a localizar la causa —le dijo Dave Rogan—. Necesitamos toda la información que esté en nuestras manos obtener.

Ed Harrison se quedó en la habitación después de marchar el psiquiatra.

—Vamos a hacer varias cosas hoy, Janet —le dijo—. Pensé que sería mejor advertirte.

—¿Qué cosas?

—Habría consulta neuroquirúrgica con el doctor Brennan y he rogado al doctor Dieter que vea a Jerry también. No se sabe todavía, pero el doctor Dieter querrá hacer probablemente un angiograma cerebral.

Janet conocía ese procedimiento y su significado.

—Sigues creyendo que es algo grave, ¿no es verdad?

—Me temo que sí. El hecho de que Jerry no haya tenido más convulsiones es un factor positivo, desde luego. La hemorragia que descubrimos con la punción de anoche, parece haber cesado, al menos por ahora. Sin embargo, hemos de ir más lejos y hallar la causa antes de que otra hemorragia pueda complicar el cuadro clínico. —Se paró en la puerta con la mano en el tirador—. ¿Has visto a Jeff esta mañana?

—No. Las enfermeras dicen que no le han visto por aquí.

—La señora McCloskey intentó suicidarse anoche. Jeff estuvo levantado hasta las cinco manteniéndola con vida.

—¡Qué espanto! —exclamó Janet—. ¿Qué es lo que tomó?

—Alcohol y píldoras para dormir. Afortunadamente el doctor McCloskey la

encontró a tiempo.

—¿No están divorciados?

—Sí, pero él la sigue vigilando.

—Al menos tiene a alguien. Estuve a punto de hacer algo semejante en una o dos ocasiones y sé cómo se sentirá.

Ed Harrison echó una mirada al niño, que estaba de pie en la cama con los codos en la barandilla y el pulgar en la boca. «Si el diagnóstico probable resulta correcto —pensó—, Janet debía enfrentarse a algo peor que su divorcio con Cliff Monroe; había un cincuenta por ciento de probabilidades como mínimo de que su hijo no sobreviviera. Sólo la necesidad de cuidar del pequeño Jerry le había evitado un conflicto emocional grave cuando Cliff Monroe la abandonó según le habían dicho. Si algo le pasara ahora a Jerry, sería mucho peor que antes».

Janet regresó al hospital hacia las dos, esta vez de uniforme, con la idea de pasar una media hora con Jerry antes de entrar en servicio a las tres en el equipo especial de asistencia intensiva. Cuando entraba en la sala, una enfermera estaba colocando a Jerry en una silla de ruedas.

—Lo llevo al despacho del doctor Dieter para que lo examine —dijo la enfermera—. Creo que el doctor Brennan lo verá también allí.

—Lo subiré yo —se ofreció Janet—. Si no acaban antes de que empiece mi turno de las tres, rogaré a la enfermera del doctor Dieter que la llame cuando esté listo para regresar.

Jerry lo pasó bien en su silla de ruedas atravesando los animados pasillos y subiendo en el ascensor hasta los despachos del nuevo pabellón quirúrgico. Allí Janet lo entregó a la enfermera del doctor Dieter, que lo colocó sobre la mesa de examen. Dieter entró en aquel momento y le estrechó la mano.

—Tiene un hermoso niño, señora Monroe —dijo con su ligero acento teutónico—. El doctor Brennan viene hacia aquí desde la clínica, de modo que procederé a examinarlo mientras él llega.

Observando la forma en que el cirujano vascular procedió al examen y la delicadeza con que trataba a Jerry, Janet se sintió un poco mejor. En cuanto al niño, cogió simpatía al doctor Dieter desde un principio, riéndose a carcajadas cuando el doctor golpeaba su estómago para comprobar los reflejos de los músculos abdominales. «Tal vez no se produzcan más hemorragias o convulsiones —se decía a sí misma Janet—. Estas cosas desaparecen a veces por sí solas y sin que nadie descubra la causa».

Pensó que esto al menos era un consuelo, algo mucho mejor que el diagnóstico de tumor del cerebro que había ella pensado en un principio cuando vio agitarse el cuerpo de Jerry con la convulsión inicial.

Pete Brennan entró en la habitación de examen de Dieter precisamente en el momento en que el cirujano vascular acababa de examinar los ojos de Jerry con un oftalmoscopio.

—Ya he acabado, doctor, si usted quiere empezar su examen. —El doctor Dieter seguía utilizando algunas formalidades del viejo mundo—. El fondo del ojo parece normal.

Pete hizo un examen neurológico rápido. Ya había podido ver un resumen de los tests de Dave Rogan en la hoja de consulta remitida por Pediatría.

—Puede llevarlo otra vez a la habitación, señora Monroe —dijo a Janet cuando hubo acabado—. El doctor Dieter y yo discutiremos el caso y le haremos saber nuestras decisiones más tarde.

En el despacho de Dieter, Pete se sentó complacido en una cómoda butaca y encendió un cigarrillo.

—Hoy ha sido un día muy movido —dijo.

—¿El asunto del doctor Dellman?

—Eso y otras muchas cosas más. Mort ha ofrecido vender su participación de la clínica facultativa por una suma importante, que necesita rápidamente. Hay una serie de detalles a resolver, y yo, como presidente de la sociedad, he de cargar con ellos.

—¿Le dejarán en libertad las autoridades?

—Nadie puede saberlo hasta que lo lleven ante el jurado.

—En Europa esos casos reciben un tratamiento especial —dijo Dieter—. Los franceses lo llaman *crime passionnel*, apelativo que lo define con bastante acierto.

—¿Qué opina usted de Mort Dellman, Antón?

Si la pregunta le sorprendió, Dieter no dio muestras de ello.

—Yo diría que es un hombre muy inteligente, un excelente técnico y un administrador inmejorable, pero nunca será un buen médico.

—¿Por qué?

—El médico debe tener un gran corazón si quiere ser un verdadero médico. Dellman no lo tiene. Creo que será mejor para su clínica que se vaya antes de que se convierta (¿cómo dicen ustedes por aquí?), en la manzana podrida que echa a perder la cesta.

Era una buena descripción de Mort Dellman, una de las mejores que Pete había oído.

—¿Qué opina sobre el niño? —preguntó.

—Las convulsiones son más bien de su especialidad —objetó Dieter—. Será mejor que dé usted primero su diagnóstico.

—Es muy aventurado todavía —admitió Pete Brennan—. Los rayos X del cráneo no indicaron nada, aunque tampoco lo esperaba. Anoche Dave Rogan pensaba que tal vez los reflejos son más activos en el lado derecho, lo que encaja con la descripción

de las convulsiones en el lado derecho indicadas por su madre, pero ella estaba trastornada sin duda en aquellos momentos y puede haberse equivocado. Por ahora no veo nada que sugiera un tumor cerebral. Lo sabremos mañana definitivamente cuando se termine la exploración del cerebro, pero creo que el resultado será negativo.

Dieter asintió.

—Esas son también mis conclusiones, lo más probable es que se trate de un aneurisma en la zona del Círculo de Willis, con pérdida intermitente de sangre.

—¿Puede usted practicar el angiograma mañana después de terminar con la exploración? —preguntó Pete—. Debo asistir al funeral de Lorrie Dellman por la mañana, pero regresaré a la hora de comer.

—Lo programaré para mañana por la mañana.

Contando entre el personal con un cirujano vascular experto, la delicada tarea de inyectar un tinte opaco a los rayos X y que, por tanto, mostraría el esquema de los vasos sanguíneos del cerebro, se había encomendado a Dieter. La angiografía cerebral —literalmente fotografía de los vasos sanguíneos del cerebro— era un descubrimiento técnico importante que producía muy buenos resultados para valorar y tratar ataques y otras anomalías que afectan la circulación del cerebro, ofreciendo una posibilidad de ayuda en muchos casos en que antes no existía tratamiento.

—¿Está usted pensando lo mismo que yo? —preguntó Pete.

—¿Que éste puede ser un caso en el que pueda utilizarse la técnica californiana de trombosis de aneurisma con impurezas de hierro?

—Sí.

—Lo veremos después de realizar mañana el angiograma. Si la técnica resulta apropiada al caso y tenemos éxito, será magnífico para la madre y el niño.

Pete se levantó de mala gana de la silla.

—Debo pasar a visitar al doctor Paul McGill. Es un buen hombre y un amigo. Gracias por haberlo salvado.

—Fue la doctora Feldman quien lo salvó. —Los ojos de Dieter brillaron—. Espero verla pronto y darle las gracias de su parte.

«De modo que así sopla el viento», pensó Pete mientras tomaba el ascensor hacia la sala especial de asistencia intensiva. Sólo en América podían tener una aventura romántica una judía polaca y un alemán del Este en los tres días escasos que Marisa llevaba incorporada al personal de la clínica.

Paul McGill estaba fuera de la cama sentado en una silla cuando Pete Brennan paró junto a su habitación después de marchar del despacho de Dieter. Pete había apreciado siempre al dermatólogo aunque su personalidad era completamente distinta. Siendo Pete extrovertido, con un típico entusiasmo irlandés por la vida y los seres vivientes, Paul era más introspectivo y reservado. Ambos eran inteligentes y expertos en su respectiva especialidad y se respetaban mutuamente.

—¿Cómo va eso, Paul? —preguntó Pete.

—No muy mal mientras no empiezo a toser —dijo el dermatólogo—. Entonces parece que el punto en que Dieter partió el esternón se vaya a hacer pedazos, pero me alegro de estar vivo. El dolor puede tolerarse.

—Antón Dieter dice que si la nueva muchacha judía de Harvard no hubiera reconocido lo que sucedía, hubieras pasado a engrosar las estadísticas de difuntos. ¿Cómo lo ha tomado Elaine?

—Muy bien. —Los ojos de Paul McGill se iluminaron.

Vino al hospital tan pronto como se enteró del disparo y se quedó aquí anoche.

—Elaine es una buena chica. Amy la quiere mucho y también yo.

—Creo que ninguno de nosotros conoce realmente a su esposa hasta que ocurre algo así. Tenía mucho miedo de que Elaine me dejara.

—Supongo que le pediste que te perdonara.

—Tuve el suficiente sentido común para hacerlo. —El rostro de Paul estaba serio—. Pero no estoy seguro respecto a los miembros de la sociedad. ¿He perjudicado a la clínica, Pete?

—Si lo has hecho, ya nos recuperaremos —sonrió Pete—. Me imagino que los pacientes que perdamos por diversos motivos estarán más que compensados por las mujeres que querrán verte.

—No soy un don Juan, ya lo sabes.

—Tampoco lo son los hombres con quienes estas mujeres están casadas. Creo que serán tolerantes.

—He estado pensando todo el día si debo presentar mi dimisión.

—Puedes estar seguro que no la aceptaríamos si lo hicieras. Nos reunimos hoy a la hora de comer, pero lo tuyo no salió ni siquiera a relucir. Puedes tener la seguridad de que los otros opinan como yo. Mort Dellman ha ofrecido vender su participación en las acciones de la sociedad por cien mil dólares.

—Le representa un buen beneficio, considerando que sólo aportó al principio diez mil, como todos los demás. ¿Qué decidisteis?

—Se la compraremos. He pedido a Arthur Painter que prepare lo necesario y que pida un préstamo de cien mil dólares al Banco. Convinimos en que tú estabas descartado de esta deuda, Paul.

—Pero insisto en ello.

—Ya has sufrido lo suficiente en este asunto. Nadie piensa que debes sufrir más castigo.

—Soy responsable de todo lo ocurrido —protestó el dermatólogo—. En realidad soy yo quien debería pagar los cien mil dólares y ceder las acciones a los demás. —No estamos dispuestos a escucharte. Pete luchó por un momento sobre si debía decir a Paul que el haber sido el objeto de la puntería de Mort Dellman había sido completamente accidental, pero no lo creyó oportuno. No sólo consideraba un deber silenciar lo que Mort le había dicho en confianza, sino que tenía la suficiente hombría para darse cuenta de que esta revelación podría deprimir al herido en unos momentos en que aún necesitaba toda su fortaleza para recuperarse lo más rápidamente posible.

—Insisto en hacerme responsable de mi participación en la deuda como todos vosotros —dijo Paul.

—Está bien, si lo quieres así.

—Así es y estoy seguro de que Elaine estará de acuerdo. De todos modos hablaré con ella.

—Cuando estén listos los documentos, te los traeré para que los firmes —le prometió Pete—. ¿Puedo hacer algo más por ti?

—No. Tan sólo doy gracias a Dios de que tuvierais la intuición de traer a esta clínica al doctor Dieter y a la doctora Feldman.

Cuando Pete Brennan abandonó la estancia, Paul oprimió el botón de llamada sito junto a la mesa.

—Por favor, pida al doctor Rogan que pase por aquí cuando tenga ocasión —dijo a la enfermera que contestó por el pequeño altavoz del cabezal de la cama—. No es urgente.

Su conversación con Pete había solucionado un asunto que le había estado preocupando, pero había otra pregunta que precisaba respuesta. Sólo Dave podía hacerlo si había alguien que pudiera responderla.

Eran más de las cuatro de la tarde cuando Marisa Feldman pasó a ver a Grace Hanscombe. El día había sido penoso para Grace, puesto que George, con aspecto más alterado que nunca, la había hecho interrumpir el reconocimiento médico, poco después de que se tomara la primera muestra de azúcar en la sangre, y la había llevado al hospital a toda prisa sin darle tiempo para recoger sus ropas en casa. No se había dado cuenta de lo mal que se encontraba hasta que la colocaron en la cama en Marfield, la sala privada y exclusiva reservada para miembros del personal y sus familias. Desde entonces las enfermeras y los internos le habían estado insertando agujas hasta que creyó ser un alfiletero.

—Soy la doctora Feldman —dijo Marisa sonriendo—. El doctor Hanscombe está ocupado con un caso cardíaco y me pidió que pasara antes de ir a cenar para comprobar su estado.

—¿Es tan tarde? —preguntó Grace.

—Las horas de la cena en el hospital suelen ser antes que en otras partes. ¿Cómo se encuentra?

—Mal, pero con sólo oír su acento inglés me hace sentir mejor.

—¿Es usted también inglesa?

—Lo era. El doctor Hanscombe y yo nos casamos durante la guerra. Hace unos veinte años que estoy aquí. ¿Y usted de dónde es?

—Nací y me crié en Polonia, pero logramos escapar cuando estalló la guerra, es decir, mi madre y yo. Hice mis estudios, en Inglaterra, pero estuve encarcelada por un tiempo en Alemania Oriental después. Más tarde vine a este país y me doctoré en Harvard. Sin embargo, me sigue gustando Inglaterra.

—A mí también, lo que puedo recordar. Regresaré allí tan pronto salga bien de esto.

Era la primera vez que Grace había expresado en palabras la decisión que había tomado durante la noche, tal vez cuando trató de acercarse a George y él había seguido durmiendo.

Marisa abrió el esquema gráfico que llevaba en la mano izquierda y echó un vistazo a la hoja de informe del laboratorio.

—Usted se va recuperando bien —dijo—. Su último *test* de azúcar en la sangre dio un resultado casi normal.

—¿Es posible que mi organismo haya reaccionado tan rápidamente?

—Probablemente se ha ido acumulando gradualmente en los últimos días —dijo Marisa—. ¿Se hace la prueba de orina cada día?

—Sí, o mejor dicho, no. No la hice ayer, me parece recordar, o el día antes —sonrió—. Estaba enfadada con mi esposo.

—Y cuando él le mandaba que usted lo comprobara, no lo hacía para llevarle la contraria.

—¿Usted no será por casualidad psiquiatra?

—No, pero trato una cantidad de trastornos digestivos que están muy relacionados con la tensión emocional. ¿Tiene usted idea de qué le ha podido causar este trastorno?

—Lo sé —dijo Grace—. Estaba enfadada con George, es decir, con el doctor Hanscombe, porque no fue él a quien Mort Dellman disparó.

—Lo siento, pero no lo entiendo.

—Usted debería estar casada durante veinte años con un hombre que cree que la actividad sexual debe practicarse sólo los sábados, para comprenderlo. Me imagino que usted es soltera.

—Sí.

—Siga mi consejo y no se case. Siga soltera y hágase rogar, pero no demasiado.

Marisa Feldman sonrió.

—Entiendo esto último.

—Los hombres nos quieren porque somos atractivas y saben muy bien que alguien se nos llevará si no lo hacen. No les importa demasiado que una haga comfortable un hogar, se preocupe de lavar sus ropas, de preparar y servir sus comidas y les espere en el lecho por las noches.

Marisa cambió de tema un poco bruscamente:

—Vi a una amiga suya en la clínica esta mañana, a la señora Weston.

—¿Alice?

—Sí.

—Imagino que tiene trastornos intestinales otra vez, probablemente a causa de este desgraciado asunto del crimen de Mort Dellman, pero no hubiera imaginado que le importara demasiado a Alice si Roy se acostaba o no con Lorrie. Todo el mundo sabe que ha tenido muchas amantes en los últimos quince años, pero quizás al ser ésta prácticamente un miembro de la familia Alice tuviera miedo de que se tambaleara su pequeño y cómodo mundo. Cuando la conozca mejor, se dará cuenta de que vive en un mundo muy particular en gran parte imaginado, como una niña que juega con muñecas.

—En cambio su mundo es sin duda real.

Grace le dirigió una mirada penetrante.

—¿Por qué dice eso?

—Sólo que usted mantiene una actitud muy realista frente a él, señora Hanscombe. Después de todo, la señora Weston tuvo un ligero espasmo del colon, pero usted casi entra en estado de coma diabético.

Grace apartó la mirada con el rostro súbitamente ensombrecido.

—No sólo se trata de que mi mundo es realista, doctora Feldman, sino que la vida se me va escapando ya.

—Se sentirá mejor mañana, cuando su *test* de azúcar vuelva a ser normal —le aseguró Marisa.

—¿Cree usted que será así?

—Estoy segura de ello.

—No veré probablemente a mi marido esta noche. Es posible que olvide que estoy aquí y se irá a casa. ¿Querrá decirle que me gustaría salir con tiempo del hospital por la mañana para ir al funeral de Lorrie, de la señora Dellman? Era una de las pocas personas sinceras y siempre le tuve afecto.

—Yo misma le extenderé un pase —le prometió Marisa—. Y estoy segura de que usted es más sincera de lo que dice.

Grace miró sorprendida y luego sonrió.

—Usted no es tonta, ¿eh? —le ofreció la mano y Marisa la estrechó—. Podríamos ser amigas aun cuando usted es joven y bonita y va a trabajar muy cerca de mi marido. Después de todo los ingleses hemos de estar muy unidos.

Paul McGill había vuelto a la cama cuando Dave Rogan entró y arrastró una silla para sentarse junto a él.

—¡Vaya día! —dijo el psiquiatra—. Por el aspecto que tienes, Paul, creo que la herida de Mort ha herido más profundamente a otros que a ti.

—¿Por qué dices eso?

—Grace Hanscombe está en el hospital a un paso del coma diabético aun cuando nunca ha tenido que tomar insulina. Maggie mezcló alcohol y barbitúricos anoche y llegamos a tiempo de aplicarle oxígeno con muy poco margen.

—Creo que he causado un sinfín de trastornos.

—Tenía que suceder algún día. Cuando las vidas de un grupo se entremezclan como las nuestras durante tantos años, basta con que alguien aplique la mecha a la pólvora para que todo salte por el aire.

—¿Volveremos a unirnos otra vez?

—Espero que no de la misma forma, pero estas cosas suceden con más frecuencia de lo que tú imaginas. La vida de la gente se repite tan pronto como dejan los pañales, la forma en que se comportan cuando son sometidos a tensión está determinada en gran medida en la niñez. Si se produce una circunstancia similar más tarde, acostumbran a mostrar la misma reacción.

—Esto no reza conmigo —dijo Paul McGill firmemente—. Este fue mi primero y mi último desliz.

—Me imaginaba que era la primera vez —dijo Dave—. ¿Me hiciste venir para descargar tu pecho?

—No exactamente. Hay algo que me preocupa.

Dave Rogan se apoyó en la butaca y encendió la pipa.

—Cuéntamelo, pues.

—Ni siquiera hablo a Elaine de las cosas íntimas —admitió Paul—. ¿Indica eso que soy un reprimido?

—En el verdadero sentido de la palabra, tal vez sí —dijo el psiquiatra—. Freud hizo popular la palabra, o tal vez deba decir todo lo contrario, pero poca gente comprende lo que quiso decir. Freud vio la represión como un mecanismo inconsciente por el que un individuo niega el acceso de ciertos impulsos al pensamiento consciente, dejando que su energía emocional aparezca más tarde en forma de enfermedad física, de los diversos síntomas mentales de la neurosis o incluso, de la enfermedad más grave que llamamos psicosis. Sin embargo, la mayoría de nosotros tenemos represiones que no nos molestan.

Paul McGill empezó a hablar y luego titubeó, evidentemente turbado.

—Lo que te ocurrió le pudo haber ocurrido a cualquiera, Paul —dijo Dave, confiando en que empezara a hablar sin mayor dilación—. El juego del cambio de pareja se ha hecho en esta ciudad con bastante frecuencia para que te encontraras en

las circunstancias de la otra tarde, y lo mismo podría decirse prácticamente de cualquier otra ciudad de las mismas o diferentes dimensiones. La gente se comporta de acuerdo con los mismos impulsos básicos, sean ricos o pobres, y ya estén en Sebastopol o en Alaska. El esquema del comportamiento humano no ha cambiado sensiblemente desde los tiempos del *Pithecanthropus erectus*.

—Tal vez sea así, pero todavía no puedo imaginarme cómo me embarqué en esta aventura. Amo a Elaine y ella me corresponde. Ninguno de los dos teníamos nada que ver con ese escándalo que Lorrie promovía en la ciudad.

Dave Rogan sonrió.

—Te acabas de delatar, Paul.

—¿Cómo?

—Porque ahora ya no se utiliza la expresión escándalo —afirmó el doctor Rogan—. La gente lo denomina más crudamente y no sólo en los libros.

—Me temo que no sepa decirlo de otro modo —confesó el dermatólogo.

Dave Rogan miró a escondidas su reloj. Paul McGill era amigo suyo y quería ayudarlo si podía, pero Della empezaría a preparar la cena pronto. Desde hacía tiempo tenían la costumbre de hacer de la cena un período de discusión en que intervenían los niños y cada uno era libre de expresar lo que quería. Aun cuando los niños estaban en el campamento, confiaba todavía en tener una tranquila charla con Della durante la cena. A ella le gustaba ser puntual y a él también. Una cena en hora temprana hacía más larga la noche y a él le gustaba ese rato de tranquilidad después que los niños se habían acostado, cuando Della y él podían leer o hablar juntos sin interrupciones, salvo que últimamente parecía que les costaba comunicarse.

—Me hiciste venir, Paul —le recordó el dermatólogo—. ¿Querías hablarme de algo en especial?

—Es muy personal.

—Un hombre no debe tener secretos con su confesor o con su psiquiatra.

—Me imagino te estarás preguntando por qué estaba en casa de Mort Dellman la otra tarde.

—Creí que eso era cosa tuya y de Lorrie.

—Me estaba preparando para jugar al golf. Ya sabes que siempre juego los miércoles por la tarde. Lorrie había tenido una erupción de la piel que dijo le molestaba. Le di unas muestras de medicamentos cuando vino a la clínica la semana pasada y me llamó el miércoles por la tarde temprano para decirme que se le habían acabado y me pidió que le dejara algunas más en su casa en mi camino hacia el club. No pensé en nada más, cogí las muestras y me dirigí hacia allí.

—Supongo que estaría sola cuando llegaste.

—No querrás decir que...

—Tú caíste en una de las más viejas trampas del mundo, Paul.

—¿Por qué yo?

—Sospecho que tú eras el único de nuestro grupo con el que Lorrie no se había

acostado. Recuerdo que Della dijo una vez que Lorrie se había jactado durante una partida de *bridge* de que podía seducir a cualquiera de nosotros, con sólo intentarlo.

—Pero yo nunca...

—Acepto tu palabra. ¿Qué sucedió al llegar a la casa?

—Quería que le mirara una mancha en la espalda. Llevaba un camisón muy transparente.

—Y nada de ropa debajo, supongo.

—Bueno, no...

—Muchas mujeres han tomado la costumbre de ir prácticamente desnudas últimamente, especialmente en tiempo caluroso. Durante el día, cuando están solas en casa, les gusta correr por la casa desnudas. Aseguran que se sienten libres pero tengo la impresión de que se trata de una tendencia latente al exhibicionismo propia de la psicología de la mujer.

—Elaine no es así.

—Le gusta llevar vestidos con el escote bajo cuando hace vida social, ¿no es cierto?

—Sí.

—Entonces es igual que las otras mujeres. Antes de que salieran las nuevas modas, cuidaban de cubrir sus piernas cuando se sentaban, y, sin embargo, ahora no les importa llevar un bikini en la playa que a veces es más pequeño que las prendas íntimas que llevan debajo del vestido. ¿Qué sucedió después?

Paul McGill enrojeció.

—Ocurrió tan rápidamente que no estoy muy seguro de recordarlo.

—Supongo que te sentiste atrapado. ¿Te resististe?

El rubor del otro hombre se hizo más patente.

—No.

—Muy bien. Tus represiones no son tan profundas como yo me temía. Así que tú y Lorrie estabais muy ocupados cuando llegó Mort y disparó.

—Bueno..., sí.

—Lamento decirte, Paul, que dadas las circunstancias no tenías más probabilidades de oponer resistencia de las que tuvo Marco Antonio con Cleopatra cuando ésta le tentó. Al menos puedes tranquilizar tu conciencia con esta seguridad, si es que precisas tranquilizarla.

—No es eso lo que quería contarte —protestó Paul—. He confesado todo a Elaine y me perdona. Tengo, pues, la conciencia descargada.

—¿Te preocupa que encontraras agradable la experiencia?

—No.

—Entonces, ¿qué te ocurre?

—Con Elaine soy lo que podríamos llamar precipitado.

—¿Eyaculación prematura?

—Sí, pero no lo fui con Lorrie. Lo que me preocupa es cómo puedo amar a mi

mujer tanto y no comportarme como un verdadero hombre con ella, cuando pude hacerlo con otra mujer.

—Lorrie no era solamente otra mujer. Fuiste seducido por una experta. —Dave Rogan se levantó—. Creo que sé la respuesta a tu pregunta, pero me tomará más tiempo del que dispongo esta tarde para hacer que lo comprendas. Piensa en ese problema esta noche. Pasaré mañana y seguiremos, hablando. Tal vez pueda darte una respuesta y resolver tu problema.

Della Rogan entró en el restaurante de las damas en el club y subió al bar a tomar un trago. Estaba extraordinariamente cansada, y lo peor de todo, había jugado muy mal todo el día.

—Tónica con ginebra, Manuel —dijo—. ¿Dónde está todo el mundo?

—Oí a algunas de las señoras que decían que la señora McCloskey y la señora Hanscombe están en el hospital, señora Rogan. ¿No lo sabía usted?

—Sabía lo de la señora McCloskey, pero no el resto. ¿Tuvo la señora Hanscombe un accidente?

—No, que yo sepa. Nada dijeron al respecto cuando escuché la conversación.

Della tomó la bebida, preguntándose por qué sabía a quinina como la que le daba su madre en primavera, cuando estaban en Georgia del Sur, como preventivo contra la malaria. Grace se había quejado de encontrarse mal esta mañana, pero no tenía aspecto de estar realmente enferma, de modo que debió ser algo repentino. En estos momentos, admitió Della, casi hubiera querido que le hubiera ocurrido algo antes que enfrentarse al hecho de que mañana le volviera a ocurrir lo de hoy en el juego.

Dejando la copa medio llena, fue hacia el teléfono y llamó al hospital, preguntando por Dave.

—En el despacho del doctor Rogan creen que está con el doctor McGill, pero está ocupada la línea con la sala de asistencia intensiva —le dijo la telefonista de la clínica—. ¿Es algo urgente, señora Rogan?

—No. Puedo esperar hasta que regrese a casa.

—Si tengo ocasión de hablar con él, le diré que ha llamado.

—No, por favor —dijo Della rápidamente—. No quisiera molestarle.

Si el niño de Janet Monroe y Paul McGill eran más importantes para Dave que su propia esposa, pensó Della con resentimiento mientras volvía a tomar otra copa, merecía prepararse la cena y ver la película de la televisión por más antigua que fuese.

Entonces se le ocurrió un feliz pensamiento. Mañana sería el funeral de Lorrie y tenía una buena excusa para no jugar al golf.

Capítulo XVIII

Eran más de las cinco del jueves por la tarde cuando Marisa Feldman acabó de ver a los pacientes que George Hanscombe le rogó que visitara en las salas privadas. Había sido un día largo y estaba cansada, así que decidió cenar temprano en el restaurante del hospital e ir a su apartamento para pasar tranquilamente la tarde leyendo y viendo la televisión.

Mientras colocaba la bandeja sobre la mesa en un rincón del restaurante, Janet Monroe se paró junto a ella. Janet había pensado comer sola también, pero cuando vio a la esbelta doctora de atractivos rasgos y hermoso pelo oscuro, un impulso que no podía describir la llevó a tomar la bandeja y dirigirse hacia la mesa de Marisa.

—¿La doctora Feldman? —preguntó.

—Sí. —Marisa miró hacia arriba desde la mesa en donde estaba disponiendo los platos que había escogido.

—Me llamo Janet Monroe. Soy la enfermera jefe del equipo especial de asistencia intensiva.

—¡Ah, sí! El doctor McGill es paciente suyo.

—Ya no necesita mis cuidados. El doctor Dieter dice que podrá regresar a casa a principios de la semana próxima.

Marisa confió en que el calor que apareció en sus mejillas al mencionar el nombre de Antón Dieter pasara desapercibido a la enfermera.

—¿Le importa si comparto su mesa? —preguntó Janet—. Quiero hablarle de un asunto.

—Desde luego que no. —Marisa señaló la silla vacía—. Me temo que tengo muchos platos. Estuve encarcelada en Alemania Oriental y cuando veo tanta comida, no puedo controlarme.

Janet dispuso sobre la mesa la ensalada, las empanadillas y el café que había elegido y trasladó ambas bandejas a un carrito cercano.

—Leí en el boletín del hospital que usted procede de Harvard —dijo mientras cogía la silla frente a Marisa y se sentaba—. Me pregunto si la vida de la Facultad de Medicina y del hospital es diferente allí de lo que es aquí.

—¿En qué sentido?

—Me refiero a los matrimonios entre estudiantes de Medicina. Hace dos años que estoy divorciada de un estudiante que se graduó la primavera pasada.

Marisa no pudo por menos de detectar la repentina amargura en la voz de la enfermera mientras ésta continuaba:

—Contraí uno de esos matrimonios precipitados. Trabajé para que mi marido pudiera seguir los estudios en la Facultad, y luego me dejó por otra mujer con dinero.

—Lo siento. Sin embargo, tal vez sea mejor así.

—¿Cómo puede usted decir semejante cosa?

—Perdóneme. No tengo derecho a decirle lo que es bueno o malo para usted. Es

algo muy personal.

—Con todo quisiera saber a qué se refería.

—Un amigo mío de Harvard publicó recientemente un estudio sobre los matrimonios de los estudiantes de Medicina. —Explicó Marisa—. El porcentaje de divorcios entre ellos es muy elevado.

—¿Quién lo sabe mejor que yo? Pero ¿por qué?

—Por un lado no ha habido una época en que los jóvenes doctores pudieran ganar tanto dinero después de acabar su período de prácticas. En muchas ciudades sus ingresos los colocan a un nivel social considerablemente superior al que alcanzarían normalmente al cabo de muchos años. Muchos de ellos se casaron jóvenes, a menudo cuando estudiaban en la Facultad. La muchacha sacrificaba su propia educación para ayudar a su marido a completar el período de prácticas, luego venían los hijos y la esposa quedaba atrás, produciéndose el divorcio o algo peor.

—¿Peor? —Vio la mirada de sorpresa en los ojos de la joven—. ¿Qué puede ser peor?

—El alcoholismo, las drogas, las enfermedades mentales. No es una imagen agradable.

—Tal vez haya salido mejor de lo que creo —admitió Janet—. Estaba muy resentida al principio, pero cuando miro hacia atrás, puedo ver qué parte de lo que causó la rotura con Cliff fue culpa mía.

—Mi amigo, el que escribió el estudio, averiguó que generalmente la culpa de los matrimonios fracasados era compartida por ambos —convino Marisa.

—Estoy segura de eso.

Cuando Marisa vio que los ojos de Janet Monroe se llenaban rápidamente de lágrimas, se dio cuenta de que accidentalmente había dado con la verdadera causa por la que la enfermera la había acompañado durante la cena.

—Nunca he tenido un hijo, señora Monroe, pero soy doctora y mujer —dijo—. ¿Quiere usted hablarme de ello?

La muchacha dudó momentáneamente. Luego las palabras empezaron a brotar:

—Poco después de nuestro matrimonio, me di cuenta de que Cliff sólo me necesitaba porque podía trabajar y costearle los estudios de Medicina. Empezó a faltar a casa por las noches y a salir con mujeres. Estaba dolida e irritada. Imagino que por ese motivo no razoné bien.

—Las mujeres enamoradas no razonan bien generalmente.

—Decidí atraerlo hacia mí y hacer que sentara la cabeza teniendo un niño con él, pero no resultó. Cuando averiguó que estaba embarazada, me pegó y me dio de puntapiés. Por poco tuve un aborto. —Paró de repente y prosiguió—: Ahora mi hijo tiene una especie de anomalía congénita que le causa convulsiones.

—¿Y usted se siente culpable?

—Sí.

—¿Cómo puede echarse las culpas de lo ocurrido?

—Cuando Cliff me golpeó, ¿no pudieron sus golpes hacer que las células del embrión no se desarrollaran adecuadamente?

—Es posible, desde luego, pero aun cuando un trauma prenatal fuera un factor que provocara la anomalía de su hijo, fue su marido quien tuvo la culpa y no usted.

—No, la culpa fue mía en realidad.

—¿En qué se basa para decir eso?

—Antes de casarnos nos pusimos de acuerdo en que no debía quedarme embarazada hasta que él empezara a ejercer y pudiéramos mantener los hijos. Marisa sonrió:

—El embarazo no puede impedirse siempre tan fácilmente.

—Con la píldora se puede evitar, casi en un cien por cien de los casos, pero yo dejé deliberadamente de tomarla y por tanto Cliff tuvo derecho a enfadarse.

—¿Y usted se achaca la culpa?

—Me vuelve loca sólo pensarlo. ¿Se da usted cuenta?, engañé a Cliff, pensando que si tenía un niño, podía retenerle. Creo que el fracaso de mi matrimonio fue un castigo suficiente, pero ahora es posible que mi hijo muera también.

—¿Es usted creyente, señora Monroe?

—Lo era. Creo que sigo siéndolo.

—Entonces, ¿cree usted en Dios?

—Sí.

—¿Cree usted sinceramente que Dios le castigaría por sus errores, aun siendo culpable, lastimando a su hijo?

—Yo..., yo no sé.

—Si lo hiciera, no sería el ser que usted podría respetar y amar.

—Si usted lo enfoca de este modo, supongo que no.

—Incluso en el Viejo Testamento los judíos recitamos unas plegarias que nos enseñan a amar a Dios.

—Nunca se me ocurrió pensarlo de esa forma. —Janet sintió que se quitaba una gran carga de sus hombros—. Creo que he sido una estúpida, doctora Feldman. Jeff, el doctor Long me dijo lo mismo, pero quiere casarse conmigo y pensé que trataba sólo de consolarme.

—El doctor Long es un joven agradable, siempre he oído hablar bien de él. ¿Se va usted a casar con él?

—No creo, al menos durante un tiempo. Una experiencia de matrimonio fue suficiente para mí.

—Perdóneme, pero ¿acaso le presiona el doctor Long?

—No exactamente. Tiene que prestar dos años de servicio en el Ejército después de terminar su último año de prácticas. Si nos casamos, ambos queremos empezar con las perspectivas de un buen matrimonio y no creemos que la separación ya desde un principio sea buena para ello.

—Estoy convencida de que no lo sería —convino Marisa.

—Usted es tan encantadora y eficiente... Me sorprende que no se haya casado —dijo Janet mientras se levantaba para marchar—. O tal vez no ha encontrado a su hombre, como dicen en las revistas románticas de jovencitas.

—Jamás leí ninguna de esas publicaciones, pero tal vez estén en lo cierto. Buenas noches, señora Monroe.

—Buenas noches, doctora, Y gracias por haberme ayudado tanto.

Mientras observaba a la muchacha con el flamante uniforme blanco cruzar el comedor hacia la puerta que conducía al pasillo que lo conectaba al edificio donde estaba situado el pabellón especial de asistencia intensiva, Marisa sintió que empezaba a oprimirla una ola de melancolía.

Estaba empezando a estar medio segura de que por fin había encontrado a su hombre, como Janet lo había llamado. El problema estaba en que ella tenía un defecto que, según sus propias conclusiones, no podía ser corregido.

Pete Brennan había terminado la jornada laboral un poco después de las cinco, cuando llamó Arthur Painter.

—Tengo que ir a Atlanta por la mañana, Pete —le dijo el abogado—, pero he hecho un borrador de los documentos de Dellman y si quieres repasarlos conmigo esta noche, me quedaré en el despacho hasta que acabemos. Mi secretaria puede mecanografiarlos a primera hora de la mañana y podéis firmarlos mañana.

—Me disponía a ir a casa para la cena —dijo Pete—. Déjame llamar a Amy para ver cómo puedo arreglarlo.

—Arthur Painter quiere trabajar conmigo esta noche en el asunto de la venta de la participación de Mort en la clínica —dijo Pete cuando Amy contestó al teléfono—. ¿Cuáles son tus planes?

—Tengo que ir al desfile de modas de los auxiliares médicos —dijo ella—. ¿No te hablé de ello esta mañana?

—Es posible, pero tengo dificultad en recordar las cosas desde anoche.

—Tampoco yo puedo recordar mucho. La próxima vez vigilaré la cantidad de *whisky* que pongo antes de añadirle cerveza.

—Esconderé una copa mayor en el mueble bar si lo haces —le dijo él—. Puesto que tienes un compromiso esta tarde, iré a trabajar con Arthur. ¿De acuerdo?

—Desde luego, querido. Te veré luego.

—Me parece bien.

Después de colgar, Amy se quedó junto al teléfono pensativa un buen rato. Su sinceridad innata y su sentido de justicia le hacían dudar de lo que su mente le apremiaba hacer. Jamás había puesto en duda la sinceridad de Pete, ni siquiera durante el pasado año en que había pasado muchas noches en el hospital dando conferencias al personal o al menos eso había dicho. Sin embargo, la conversación sostenida con Jake Porter aquella mañana la había turbado mucho más de lo que estaría dispuesta a admitir a cualquiera salvo a ella misma. Enfrentándose ahora con un futuro vacío sin Pete, estaba dispuesta a hacer cualquier cosa para retenerlo.

Cogiendo el teléfono, llamó a la oficina de Arthur Painter. Contestó el abogado en persona.

—¿Sigue todavía ahí Pete, Arthur? —preguntó.

—Acaba de llamar diciendo que iba a comer un bocadillo y en seguida pasaría por aquí —le dijo el abogado—. Tenemos mucho trabajo esta noche si hemos de cerrar el trato con Mort Dellman en los tres días que Pete me ha dado de plazo. ¿Quieres que te llame?

—No. Dale un recado, por favor. —Amy se sintió un poco mareada por el alivio al descubrir que Pete le había dicho la verdad respecto a pasar la tarde con el abogado—. Tengo que ir a un desfile de modas que ofrecen los auxiliares médicos y olvidé decir a Pete que probablemente no estaré en casa hasta las diez y media.

—Le daré el recado, Amy. ¿Algo más?

—Con respecto al préstamo para comprar la participación de Mort, Arthur. ¿Crees que habrá dificultades en disponer de esa suma?

—Ninguna —le aseguró él—. Cualquier Banco de la ciudad le prestaría a tu marido cien mil dólares mañana sin aval, sólo por sus informes. Con eso comprenderás la estima en que le tienen los hombres de negocios de Weston.

—No le digas que te hice esa pregunta, por favor.

—Pierde cuidado. Comprendo tu posición, Amy. Después de todo soy también tu abogado. Buenas noches.

—Buenas noches, Arthur.

Amy cantaba mientras se dirigía a tomar una ducha antes de vestirse para el desfile de modas. El tío Jake Porter no estaba en su sano juicio esta mañana o no hubiera dado crédito a lo que eran evidentemente murmuraciones sin fundamento.

Pete no había pensado probablemente divorciarse de ella. Después de todo, era la esposa perfecta para un doctor.

Arthur Painter miró a Pete Brennan por encima de los lentes y tamborileó sus dedos sobre la cubierta azul de un legajo de documentos legales que descansaba sobre la carpeta de su mesa.

—¿Estás seguro de que quieres hacer esto, Pete? —preguntó una vez más.

—Sí.

Pete trató de disimular la impaciencia en su voz. Arthur era un buen abogado y amigo, además de síndico de la escritura por la que una buena parte de la fortuna de Amy estaba inmovilizada en fideicomiso a favor de los hijos. El impuesto sobre la renta sobre los réditos se pagaba de este modo al upo inferior de los niños de forma que los ingresos de Amy no fueran a incrementar el tipo ya muy elevado que ella pagaba, haciendo que cayera toda su fortuna bajo un epígrafe francamente ruinoso.

—¿Qué hay respecto a los demás?

—Como miembros de la sociedad, tendrán que firmar también. Pero ya te dije que todos convinimos en eso.

—Todos los documentos están aquí —le dijo Painter—. Lee tú la copia y yo haré las anotaciones para mi secretaria.

—Bien. Mort quiere arreglar este asunto antes de que Roy plantee el caso ante el jurado.

—Esto no se producirá hasta dentro de dos días como mínimo. El funeral de Lorrie no es hasta mañana por la mañana.

—De todos modos así lo quiere Mort, Arthur. ¿Cuánto tardaremos en cerrar el trato?

—Tan pronto como todos vosotros, incluyendo a Dellman, firméis. Serán precisos dos juegos de documentos. Uno es un contrato de compraventa en firme entre los socios de la empresa de la clínica facultativa y Mort Dellman, por el que él os vende su participación en la clínica por cien mil dólares. La otra es una solicitud de préstamo de los cien mil dólares al First National Bank de Weston.

—¿No puso dificultades el Banco? El abogado se permitió una sonrisa apagada. —Roy Weston es director y también lo es George Hanscombe. Vuestras esposas firmarán también, desde luego.

—Me imagino que no podemos prescindir de ese requisito.

—La ley lo exige. ¿No crearás que Amy va a oponerse?

—No. Se ofreció a prestarnos toda la suma ella misma.

—Fuiste prudente en no aceptar. No te convenía hacerlo, ni como asociado en la clínica, ni como marido. ¿Qué vais a hacer con Paul McGill?

—Él y Elaine insisten en participar en esto. Le ofrecí que no lo hiciera, pero rehusó.

—¿Cómo está el asunto de las pólizas de seguros? —preguntó Pete cuando terminaron de repasar los documentos.

—Earl Bieson está trabajando en ello, pero no habrá problemas —le dijo el abogado—. Todo lo que se necesita es aumentar en veinte mil dólares la póliza de seguro de vida de cada uno de vosotros de acuerdo con la política de grupo de la clínica, asignando esta cantidad al banco hasta que se devuelva la deuda. Todo está previsto.

—Entonces yo me ocuparé de que los otros y sus esposas firmen estos papeles mañana y de devolvértelos. —Pete se levantó—. ¿Algo más?

—Mort Dellman sigue siendo el más beneficiado de este acuerdo. Casi estoy por creer que lo planeó de este modo. Se libra de una mujer infiel y sale con trescientos mil dólares para él...

—Cien mil dólares, Arthur.

—Gen mil —rectificó el abogado—. Además de la oportunidad de abandonar una comunidad en que nadie lo aprecia y todo con una sola bala. Me atrevería a decir que fue un buen día de caza.

—No, si lo cuelgan por eso.

—No lo harán. Oí esta tarde que va a defenderlo Douglas Turner, si el jurado devuelve el sumario.

Pete puso cara de asombro.

—¿Cuándo sucedió esto?

Turner, el más famoso abogado defensor en una docena de Estados, era un extravagante tipo de la vieja escuela que alardeaba de que ningún cliente suyo había sido declarado culpable.

—Esta mañana, al parecer.

—No veo a Mort gastando ese dinero, ni siquiera para salvar el cuello.

—Mort no va a pagarlo, sino Jake Porter.

—¡Pero si Jake odia a Mort!

—Y no es el único, pero Jake ama a sus nietos y no quiere que se enteren de que su padre fue ahorcado, constituyendo para ellos como una mancha negra para el resto de sus vidas.

De pronto se le ocurrió una idea a Pete Brennan.

—Acabas de decir trescientos mil dólares...

—Un *lapsus linguae* —se apresuró a decir.

—¿Estás seguro? Dime la verdad, Arthur.

Painter se encogió de hombros.

—Esto es estrictamente confidencial, especialmente en cuanto afecta a los otros miembros de la organización de la clínica.

—Desde luego.

—Si lo supieran, podrían negarse a firmar tu contrato. Ellos no tienen tu posición, Pete.

—Ya convinimos en que era confidencial.

A Pete le empezaba a irritar la excesiva importancia que otorgaba el abogado a

este asunto.

—Tu amigo Dellman no sólo vende sus intereses en la clínica —Painter cogió los documentos legales—. Jake ofrece a Mort doscientos mil dólares si abandona el país y no vuelve a comunicarse jamás con sus hijos, cantidad pagadera al mismo mediante depósito en un banco suizo en el que ha venido ingresando dinero desde hace varios años.

De modo que era ésa la verdadera intención de Mort anoche, pensó Pete. Con trescientos mil dólares para empezar y con el sueldo que un hombre de su innegable habilidad en el laboratorio clínico y en el campo de la administración médica podía exigir en una docena de países además de Africa del Sur, que había mencionado, Mort gozaría de una posición mejor de la que disfrutaba en Weston, librándose por añadidura del engorro de los amoríos de Lorrie.

Pete se preguntó si debía decirle a Roy Weston lo que Arthur Painter le había contado. Lo que Mort le había dicho la otra noche de que sólo quería asustar al estudiante de medicina, cuyo nombre Pete no podía recordar ahora, pudo ser algo que Mort había ideado como parte de un plan premeditado para librarse de Lorrie y engrosar sus bolsillos al mismo tiempo. Conociendo a Mort, Pete le consideró capaz de esto.

—Como decía... —Arthur Painter parecía leer el pensamiento de Pete—, casi está uno inclinado a creer que Mort Dellman lo planeó todo de esta forma. Ciertamente es lo bastante inteligente y también un hombre sin escrúpulos para hacerlo. Con todo creo que podemos considerarnos felices por librarnos de él a un precio módico.

Fuera del despacho del abogado, Pete subió a su «Porsche». Su reloj le informó que sólo eran las ocho y media, lo que indicaba que Amy tardaría unas dos horas en llegar a casa, según el mensaje que Arthur Painter le había dado. Acarició la idea de matar el tiempo en el cine, pero no podía recordar que se proyectara en la ciudad ninguna buena película. Finalmente giró su coche hacia el sur a lo largo de River Road. Frente a una casa de apartamentos apartada del río, estacionó el coche y salió del mismo.

El ascensor lo llevó al sexto piso. A medio camino del pasillo paró y pulsó un timbre. Podía oír dentro el estridente sonido de pistolas en un «western» de la televisión, pero el ruido disminuyó inmediatamente y unos instantes más tarde se abrió la puerta.

Helen Straughn apareció en el umbral con aspecto muy distinto —con pantalones verde menta y una blusa amarilla, con una cinta verde alrededor de tu pelo rojizo— del que tenía como enfermera jefe de la sala de operaciones en el hospital de la Universidad.

—Entra, extraño —dijo—. Estaba empezando a pensar que Mort Dellman te había tocado a ti también con su famosa bala.

George Hanscombe encontró a Joe McCloskey en la puerta principal de la clínica al terminar su trabajo del día. Al ser más alto, George empujó la puerta para que Joe pasara primero. Fuera se creó una situación un poco embarazosa bajo la marquesina, dudando el uno y el otro en hacer la pregunta que se les había ocurrido.

—¿Dónde vas a cenar, George? —preguntó Joe.

—No lo sé. No quería comer solo en casa y telefoneé a la criada que no me preparara la cena.

—Entonces, ¿qué te parece si vamos al snack bar?

George miró hacia la estructura de cromo y vidrio resplandeciente en una esquina del recinto de aparcamiento.

—Creo que igual da un sitio que otro. Iré luego a ver a Grace.

—Probemos, pues.

Cuando ambos atravesaron la puerta, Mabel alzó la mirada desde la barra y los acogió con una sonrisa.

—Buenas tardes, doctor McCloskey... Doctor Hanscombe... —dijo—. Ocupen la mesa de la esquina. Allí no les molestará el aire acondicionado. Les traeré café.

Los dos hombres se deslizaron en los asientos con cojines rojos, uno frente al otro. El restaurante aún no había sido invadido por la multitud que venía a las seis, y había pocos clientes. Pidieron la cena y George Hanscombe sacó del bolsillo un tubo de sacarina y lo colocó sobre la mesa entre ambos.

—¿Qué se siente estando solo, Joe? —le preguntó.

—Es un infierno —dijo el urólogo—. Pero ¿por qué te preocupa? Grace está fuera de peligro, ¿no es cierto?

—No entró en estado de coma, pero lo hubiera hecho probablemente dentro de las veinticuatro horas si no hubiera descubierto el azúcar esta mañana.

—Ese es un motivo para estar contento al menos.

—Grace ha tenido siempre una diabetes benigna. ¿Por qué se alteró de repente su sistema de regulación de azúcar en la sangre?

—¿No hiciste prueba de orina para localizar el azúcar y la albúmina cuando realizaste los exámenes finales en la Facultad?

—Naturalmente. Era un requisito más.

—¿Cuántos de la clase presentaron azúcar o albúmina?

—Aproximadamente la mitad, si no recuerdo mal. ¿Pretendes decir que esta subida repentina fue de tipo psicossomático?

—¿Qué dice Dave Rogan?

—No se lo he preguntado. Ha estado muy ocupado...

—Lo sé.

—Joe —el rostro del médico estaba súbitamente preocupado—. Yo no quería...

—Veamos los hechos, George —dijo el obeso urólogo—. Mort Dellman parece

habernos dado a todos cuando disparó contra Lorrie y Paul. Aquella bala hizo pedazos nuestro pequeño y cómodo mundo, aunque el mío ya lo estuviera.

—Maggie pasó la noche bien, ¿no es eso?

—Sí. Dave Rogan cree incluso que podrá realizar algún progreso con ella ahora, a menos que se exaspere con él y se marche súbitamente del hospital.

Llegó entonces el menú solicitado y hubo una pausá en la conversación, pues dedicaron su atención al mismo. Al tomar la segunda taza de café dijo Georges Hanscombe:

—Nuestras esposas tienen todo lo que una mujer puede desear: mucho dinero, tiempo para pasarlo bien, sirvientas, casas confortables, una buena cuenta corriente en el Banco y ocupan un buen puesto en la comunidad. ¿Qué más quieren?

—Parece que Maggie quiere matarse con la bebida.

—Y Grace no cesa de suspirar por volver a Inglaterra.

—¿Crees que lo hará?

—A juzgar por lo de hoy, o se trata de eso o de un caso diabético grave.

—Déjala que vaya, George. De esta forma tendrás al menos alguna oportunidad de recuperarla si la quieres.

—Naturalmente que la quiero.

—¿Se lo has dicho últimamente?

—Se lo digo cada noche. Con esta inflamación de próstata no puedo aguantar más de cuatro horas seguidas en la cama. Estas cosas son un recordatorio constante de que uno se va haciendo viejo. Cuando regreso al lecho suelo buscar a Grace para acariciarla. Su piel es cálida y suave. En fin, ya sabes lo que es palpar a una mujer en la oscuridad. El saber que está allí me da la seguridad de que tengo a alguien que me acompañará en mi vejez, a alguien que amo. Jamás confesé esto a nadie, Joe, pero el motivo por el que he rehusado que Grace regrese a Inglaterra es que no estoy seguro de que volviera conmigo.

—Sé lo que es eso —convino Joe McCloskey—. Anoche, cuando fui a la casa y encontré a Maggie estirada sobre la cama casi sin respirar, pensé que moriría antes de que pudiera llevarla a la sala de emergencia. Esta fue la peor hora que he pasado en mi vida, hasta que Jeff Long consiguió hacerla respirar de nuevo.

—Hace seis meses que estás divorciado. El caso es completamente distinto.

—Pero es mucho peor. ¿Qué crees que siento cuando paso con el coche por delante de la casa cada media hora después de las diez, hora en que suelen cerrar el bar, hasta que me aseguro de que Maggie está a salvo en casa? Desde anoche recito una plegaria de acción de gracias porque ella vive todavía y yo puedo estar cerca de ella.

—¿Sabes a qué obedece que beba tanto y su comportamiento de anoche?

—No más que tú.

—Es decir que no sabes nada.

—Dave Rogan insiste en que está relacionado con la niñez de Maggie, por su idea

de que procede de un hogar humilde. Pero ¿qué puede importarle eso?

—No lo sé —admitió George Hanscombe—. Crecí en una plantación de tabaco en Carolina del Norte y tuve que trabajar para costear mis estudios en el Instituto y en la Facultad. Ninguno de mis antepasados tuvo jamás un esclavo y fui el primero de mi familia que llegó a la Universidad. La familia de Grace ha tenido casas de huéspedes en Gales durante muchas generaciones. No veo, pues, que tenga razón para considerarse inferior a mí. Con todo, siempre me echa en cara que fue camarera.

—Dave Rogan sostiene una teoría prácticamente para todas las cosas, y la mitad de las veces no estoy de acuerdo con él, pero tal vez tenga razón en cuanto a la enfermedad de la esposa del doctor. Dave proclama que lo malo que afecta a las esposas de los médicos como grupo es que muchas de ellas proceden de la clase media, es decir, la clase de chicas que estudian para enfermera, se hacen especialistas o secretarias.

—¿Qué trascendencia puede tener esto? Mi familia no llegaba ni a clase media, y en la época de la depresión éramos más pobres que las ratas.

—Aparentemente no es la carencia de dinero lo que importa aquí. Sea cual fuere el medio ambiente de un médico, debe ir a la Universidad para poder ingresar en la Facultad. Mucha gente opina que el hecho de haber pasado por ambos lugares lo convierte automáticamente en un intelectual.

—¿Y no es verdad?

—No, George. Considerados como grupo, los médicos son la gente educada de mentalidad más estrecha que puedas imaginar. Hemos luchado contra toda clase de progreso social desde que Herbert Hoover fue presidente. —Pero el socialismo debe estar...

—Eso son tonterías, George, y lo sabrías ya si hubieras reflexionado alguna vez. El mundo cambia de día en día y con él el orden social. Este país no retrocederá otra vez a esas teorías de los derechos de los Estados y a esos privilegios de la empresa privada que vosotros los llamados conservadores adoráis. El mundo está cambiando y tú debes cambiar con él o te quedarás atrás.

—No estoy completamente de acuerdo —dijo George con obstinación.

—Tampoco te pido eso. Sólo quiero hacer resaltar unas cuantas fuerzas que hace que muchas esposas de médicos se destruyan mental, físicamente o ambas cosas, aproximadamente en el momento en que sus maridos alcanzan el punto culminante de su éxito. Pongamos tu caso. Tú procedes de una familia de labradores, pero eres respetado en esta ciudad como el que más por ser el mejor especialista de medicina interna. Pertenece al Consejo de Administración del mayor Banco de la ciudad. Tienes un cargo en la Iglesia episcopal, y eres miembro de la junta del Club de Campo de Weston. Puedes mirar cara a cara a Amy Brennan y nadie sabría que empezaste desde abajo mientras que ella nació en la clase alta. Pero ¿cómo has conseguido todo eso?

—Con mucho trabajo y sacrificios.

—Eso es sólo una parte, pero quizá no sea la más importante. Has llegado donde estás porque el título de doctor en medicina detrás de tu nombre te coloca automáticamente al mismo nivel social que un Weston u otro de su rango. Mira a Sam Portola. Tiene dinero suficiente para comprar toda la ciudad, pero no ha llegado a tu nivel social ni nunca lo hará.

—Parece que lo que dices tiene sentido —admitió George— pero...

—Consideremos mi caso —dijo el urólogo—. Mi familia llegó a la parte oriental de Carolina del Norte en tiempos de los ricos terratenientes. Incluso ha habido en ella dos obispos episcopales, lo que es un signo más de decadencia en una familia, pero a no ser por las sulfamidas y la penicilina, no sería más que un doctor de la clase acomodada como eran los urólogos en los viejos tiempos y me mirarían con desprecio.

—Tú exageras, Joe.

—Sólo para probar mi argumento de que un doctor que merezca tal nombre no sólo se hace rico (a menos que sea una nulidad completa), sino que se encarama a lo más alto de la escala social, si lo deseas. Lo malo es que las más de las veces las mujeres con que nos casamos no están preparadas para subir tan aprisa o se dicen a sí mismas que no lo están, lo que es peor.

—Tal vez tengas razón en eso —admitió George Hanscombe—. Pasamos la mayor parte del tiempo tomando decisiones mediante las que la gente vive o muere y hemos de estar acertados, por tanto, la mayoría de las veces. Sólo las mujeres tienen tiempo para la inseguridad.

—La inseguridad puede minar el amor propio de una persona con más rapidez que cualquier otra cosa —convino Joe McCloskey—. No tengo que decirte que cuando uno se compadece de sí mismo, puede afectar al corazón, al estómago o la vesícula. ¿Por qué razón crees que atiendo a tantas mujeres afectadas de cistitis?

—La función reguladora de la glucosa en el hígado y del páncreas es casi tan vulnerable —convino George Hanscombe de mala gana—. Y no hablemos del colon de Alice Weston. A veces me pregunto por qué cuando una mujer presenta molestias psicósomáticas, ve afectada con tanta frecuencia la función excretoria.

—Porque así es su constitución física. ¿Por qué otra cosa había de ser?

George Hanscombe se echó a reír, y absorbidos en la conversación ninguno de ellos oyó la exclamación de ira de Mabel. El snack bar seguía casi vacío y ella les había ido trayendo más café en el curso de la conversación, de modo que no se había perdido una palabra.

—Me imagino que Dios estaba pensando en los médicos cuando creó la mujer —convino George. Luego recobró la serenidad—. Entonces, ¿qué hacemos con Grace y Maggie?

—Dave no quiere que vea a Maggie por un tiempo. Respeto mucho a Dave y además no sé qué otra cosa podría hacer.

George Hanscombe salió de su sitio y buscó la cartera en el bolsillo.

—Creo que tendré que dejar ir a Grace a Inglaterra y espero que sólo sea para visitarla. En los últimos tiempos, cuando a veces insistía más de lo contrario, llegué a enviarte, Joe, pero veo que estamos en las mismas condiciones.

—Sí, navegando sin norte y sin guía —convino el urólogo.

—Esta vez te enteraste de todo, Mabel —dijo Abe Fescue cuando los dos doctores hubieron pagado la cuenta y salido del restaurante—, pero ¿sabes?, tenía mucha razón ese tipo bajito.

—Calla, mete las narices en otra parte —dijo Mabel, indignada, y empezó a retirar la mesa. Abe sonrió.

—Por la forma en que te pusiste, seguro que no iban muy desencaminados.

—Tonterías —interrumpió Mabel—. Estaban tan ocupados lamentándose de su suerte, que ni siquiera dejaron propina. Mejor hubiera sido servir a los internos o incluso a los estudiantes.

Capítulo XIX

La luz del crepúsculo empezaba a menguar cuando Marisa Feldman atravesó la calle hacia los apartamentos de la Facultad y cogió el ascensor hasta su apartamento de un solo dormitorio. No se detuvo en el salón, amueblado con gusto, sino que siguió caminando hacia el pequeño balcón al fondo del mismo. Se echó en un sofá y encendió un cigarrillo, fumando lentamente mientras contemplaba cómo iba oscureciendo la ciudad.

El apartamento estaba situado en la torre central del edificio y en la parte más alta, de modo que podía ver desde el balcón casi la mitad de la ciudad. Hacia el sur, la tierra ondulada era en gran parte verde y cubierta de pinos, y acá y allá ofrecía el esquema geométrico regular de un campo de maíz con los tallos, forraje y granos que iban adquiriendo un tono marrón con la proximidad del otoño.

Hacia el oeste, las colinas se elevaban uniformemente hasta la línea oscura de la cordillera a unas cincuenta millas, según le habían dicho. Al mirar hacia el río, podía ver cómo el agua acusaba las huellas oscuras de la noche próxima, y aun cuando podía oír el estruendo de una canoa automóvil, apenas podía distinguir el surco que dejaba su estela en la oscuridad, que iba incrementándose a cada momento.

Era la parte del día que Marisa siempre había preferido. En Cambridge, donde había tenido un apartamento junto a Harvard Yard, solía caminar por el centro de la gran Universidad a estas horas, gozando de la paz que parecía ser un elemento inseparable del anhelo de saber. Al llegar a Weston, le pareció que reinaba aquí el mismo ambiente de tranquilidad y tal vez fuera así en el «campus» de la Universidad, situado en los límites de la ciudad a juzgar por lo que había oído, ya que hasta ahora no había tenido oportunidad de verlo. Pero aquí, entre Weston Boulevard y North Avenue, donde se encontraba la Facultad de Medicina y el hospital, hervía sin cesar el bullicio de los conflictos emocionales como la lava de un volcán, como ocurre en donde se reúne cualquier grupo de seres humanos, aunque sólo sean dos personas.

En cierto modo le recordaba una escena que había presenciado en el parque nacional de Yellowstone cuando hizo un viaje en autobús de tres semanas hacia el Oeste, desde Boston, el primer verano que llegó a esta ciudad desde Inglaterra, hacía un par de años. El «Jardín del Diablo» —ése era el nombre que el guía había dado a la zona— era un lugar en que el fuego, efecto de la energía volcánica, seguía crepitando hacia la superficie desde el interior de la tierra, minando la delgada capa exterior hasta que un estallido especialmente violento de energía enviaba hacia arriba con estrépito una oleada gigantesca de vapor y agua hirviendo, que iba perdiendo energía hasta que se apaciguaba, dejando aquella zona tranquila y silenciosa una vez más hasta que se abría camino otro géiser.

Había oído suficientes rumores en el hospital en el breve período de tiempo desde su llegada a Weston para saber que más de un géiser había hecho ya erupción a consecuencia del disparo del doctor Mortimer Dellman contra su mujer ayer, y tenía

la impresión de que una gran parte del personal de la Facultad y el hospital esperaban ver dónde se produciría la siguiente explosión, confiando estar presentes para contemplarla.

Abajo, en el recinto de aparcamiento de la Facultad, las luces del alumbrado comenzaron a brillar intensamente, conectadas por un reloj automático. La súbita descarga de luz sobre el recinto de cemento, debilitó las defensas de Marisa contra el recuerdo, transportándola seis años atrás hacia otro lugar y otro tiempo.

La prisión de Frondheim estaba espléndidamente iluminada aquella noche cuando Marisa cruzaba el patio abierto procedente del largo edificio de dormitorios donde dormían ella y otras mujeres presas, apiñadas como sardinas de conserva, en dirección hacia el edificio del hospital en el lado opuesto de la prisión. Marisa no había podido reprimir un temblor helado ante la amenaza de los rifles de los guardias que apuntaban hacia abajo desde las garitas situadas en la parte superior.

Este era el motivo por el que se había arriesgado a pasar a Alemania Oriental, exponiéndose al arresto al traspasar la frontera. A pesar de que había sido advertida por las autoridades británicas de lo que le pasaría si trataba de encontrar a su padre en una prisión de Alemania Oriental y sobre todo si intentaba reintegrarlo a la libertad, no pudo dominar la alegría que sentía al pensar que estaba cerca de él.

Era la primera vez que se le permitía visitar a su padre desde que la llevaron a la prisión, aunque había solicitado el privilegio de poder hacer visitas tan pronto fue trasladada a Frondheim, donde Elijah Feldman estaba prisionero desde hacía algún tiempo. Al llegar a la celda, vio sólo un cuerpo frágil que yacía en una cama con los ojos cerrados y las manos agarrando la manta que cubría su cuerpo casi transparente por su enflaquecimiento y palidez extremos.

—¡Papá, papá! —había gritado Marisa con dolor al ver a su padre, en otro tiempo fuerte y sonriente, reducido a un ser casi sin vida.

—¡Marisa, *Liebchen*!

El anciano abrió los ojos al sonido de su voz. Al verla y darse cuenta de que estaba realmente allí, trató de incorporarse con los codos, pero respiró jadeante por el esfuerzo con la cara retorcida de dolor al desplomarse sobre la almohada.

—¿Qué te pasa, papá? —gritó ella.

—*Der Schmerz!*

—*Wo?*

—*In dem Herz utid dem Arm.*

Un lamento de dolor interrumpió las palabras, pero Marisa comprendió su significado. Dolor en el corazón y en el brazo podía significar sólo una cosa: angina de pecho.

—¡Enfermera! —llamó, aunque no había visto ninguna enfermera desde que entró en la sala, tan sólo el calvo ordenanza, que la había mirado de reojo al tomar el pase que ella le entregó.

Al no recibir respuesta a su llamada, corrió de nuevo a la pequeña habitación, situada al extremo de la sala, donde estaba el ordenanza al entrar ella. Seguía todavía allí leyendo en una silla una revista pornográfica, y la miró de la misma forma con una mueca en sus labios.

—Mi padre tiene un ataque de angina de pecho —gritó—. ¡Un ataque! —repitió al no dar señales de haberla comprendido—. Necesita una medicina, nitroglicerina,

inmediatamente.

—Aquí no hay enfermera, *gnädige Fraülein*.

—Entonces deje que la tome del botiquín. Soy doctora.

—¿Doctora?

—Sí. ¿Dónde están las medicinas?

—Allí arriba.

Señaló hacia un armario encima de su cabeza, pero cuando ella levantó el brazo para abrir las puertas de madera, la agarró por la cintura.

—No tan de prisa, *Fraülein Doktor*. Usted sigue aún presa, ¿no es verdad? — Desde luego. Sus ojos brillaron.

—Si le dejo coger la medicina, ¿qué pagará?

—No tengo dinero.

—¿Dinero? ¿Quién tiene dinero? Ahora bien, si me da un beso, puede que no mire cuando coja la medicina que quiere. Dudó sólo un momento.

—Está bien, pero primero la medicina.

Sacudió la cabeza.

—Primero el beso, luego la medicina.

Sus manos se deslizaron por su cuerpo al tiempo que se levantaba de la silla con una agilidad más bien sorprendente para su volumen. Sus dedos apretaron sus pechos mientras se inclinaba para besarla, y el olor a *sauerkraut* y vino barato de su aliento casi le producía náuseas.

Venciendo el impulso casi irresistible de huir, dejó que la besara, baboseando con sus gruesos labios su cara y la parte inferior de su cuello. No opuso tampoco resistencia cuando sus dedos empezaron a desabotonar el cuello del barato uniforme de algodón que llevaba y empezó a manosear sus pechos, puesto que sus manos estaban ocupadas abriendo el armario situado por encima de su cabeza, buscando frenéticamente la botella de nitroglicerina.

La vio en el momento en que el ordenanza rompió el tirante izquierdo del sostén y con un grito de triunfo despojó su pecho izquierdo del suave tejido. Para entonces había logrado coger la botella de nitroglicerina, y cuando el hombre inclinó la cabeza para besarla, hundió su codo en la cuenca de su ojo derecho, haciéndole soltar un grito de dolor.

Mientras el ordenanza retrocedía tambaleante, escondiendo el rostro entre las manos, salió corriendo de la habitación, recorriendo la hilera de camas y ocultando su pecho medio descubierto lo mejor que pudo con el brazo izquierdo. Junto al lecho de su padre abrió rápidamente la botella, sacó uno de los comprimidos y se los dio. Marisa Feldman no precisó explicaciones para colocarlo bajo su lengua, y mientras la nitroglicerina —absorbida por el cuerpo desde aquel punto con la misma velocidad que si hubiera sido inyectada— empezó a ejercer su efecto dilatador sobre las arterias coronarias del corazón, el dolor empezó a ceder y a relajarse sus torturadas facciones. Con la misma celeridad ocultó la botella, que contenía unas doce tabletas, debajo de

su almohada. Luego, a toda prisa, hizo lo que pudo por reparar el daño ocasionado a su uniforme y persona por las garras del guardián para que su padre no lo viera y se diera cuenta de cómo había logrado hacerse con la nitroglicerina.

—*Gott sei dank*. —El enfermo abrió de nuevo los ojos—. Hasta hace una semana me daban los comprimidos cuando tenía dolores, pero desde entonces no me han dado más. He rezado para que la muerte me librara de esta agonía, pero aún eso me ha sido negado.

—Escondí la botella bajo tu almohada —le dijo—. Guárdala ahí y úsala cuando la necesites.

—Pero ¿cómo pudiste...?

Ella puso sus dedos sobre los labios de su padre, pues el vigilante estaba sólo a unos pasos con el rostro rojo por la ira.

—No digas a nadie que lo tienes —avisó a su padre—. Volveré a verte cuando pueda.

—*Fraülein Doktor* —el ojo del vigilante empezaba ya a hincharse—. Su pase para la visita ha terminado. Debe marcharse en seguida.

Marisa no puso ninguna objeción. Levantándose rápidamente, salió por una puerta cercana hacia el patio, completamente iluminado, antes de que el vigilante pudiera detenerla. Ocultando el impulso de ir corriendo al refugio de las dependencias de mujeres, a pesar del aspecto miserable que éstas presentaban, caminó lentamente para que los guardas de las torres a lo largo de los muros no creyeran que se escapaba y dispararan contra ella aun cuando había ido al hospital con un pase oficial firmado por el alcaide, coronel Wilhelm Geitz. Sabía que estas cosas solían ocurrir, con lo que se evidenciaba la poca estima en que se tenía la vida de los presos.

Una mujer guardián dirigió a Marisa con una linterna a su cama en el largo dormitorio. Vio que los ojos de la mujer advertían el desorden en el cuello de su uniforme, en el que el vigilante había rasgado dos de los ojales en su arrebatado de lujuria, pero al no dar ella explicación alguna, la mujer volvió a su puesto al final de la larga habitación.

Echada en su cama en la oscuridad, Marisa sollozó silenciosamente llena de desesperación, no sólo por sí misma, sino por su padre. Su preparación médica, pues había acabado la carrera de Medicina en Inglaterra, le había enseñado lo penoso que puede ser el dolor producido por una angina de pecho sin el alivio de la nitroglicerina, por no mencionar la sensación de muerte inminente que la acompaña, que muchos enfermos dicen que es peor que el dolor.

La medicina que había logrado obtener aliviaría a Elijah Feldman durante un tiempo, si el vigilante del hospital no la descubría y se la quitaba, pero dada la condición de su padre, no podía durar mucho, a lo sumo una semana. Además, una vez hubiera agotado los comprimidos, parecía no existir medio de poder obtener más.

Sin embargo, su problema fue solucionado rápidamente. Zelda, la muchacha que

ocupaba el camastro junto al de ella, le enseñó el medio mientras trabajaban en los talleres de la prisión el día siguiente. Marisa contó lo que le había sucedido la noche anterior, ante las insistentes preguntas de la otra muchacha, y el miedo por su padre cuando el terrible dolor apareciera otra vez y no tuviera un remedio para aliviarlo.

—¿Por qué no le compras las pastillas? —le preguntó Zelda.

—No tengo dinero.

—Eres rica —dijo Zelda.

—¿En qué?

—Eres bonita. Tienes un tipo como el de Sofía Loren y eres judía.

—¿Qué tiene que ver eso?

—Los alemanes creen que las mujeres judías son apasionadas. Haz un trato con ellos.

—¿A quién te refieres?

—¿Qué te parece el vigilante para empezar? El que intentó violarte en la sala del hospital.

—Ese no —dijo Marisa estremecida—. No podría resistir eso.

—Te sorprenderá lo que puedes resistir después de haber estado una temporada en estos lugares —dijo Zelda—. Pero creo que tienes razón. Con lo que tú tienes, puedes aspirar a lo más alto.

—¿Al coronel Geitz?

—Sin duda. Algunas chicas reciben más comida y cigarrillos por visitarle de vez en cuando. Tú debías ser capaz de ponerte precio, como dicen los americanos.

Marisa no había tomado en serio las sugerencias de Zelda hasta que al tercer día después de la visita a su padre el vigilante del hospital se había colocado a su altura mientras las mujeres desfilaban al dormitorio desde el comedor.

—Encontramos los comprimidos que le dio a su padre la otra noche, *Fraülein Doktor* —dijo—. El anciano ha tenido muchos dolores, pero podría arreglarlo para que pudiera obtener más medicinas si usted cooperara.

—¿Cómo?

—Uno de los vigilantes de las mujeres es sobornado para que deje salir a algunas de las chicas fuera de los cuarteles por la noche de modo que puedan visitar las dependencias de los guardas y entretenerlos. Después de todo, no es justo que se desperdicie tanta belleza. Usted podría ser una de ellas. —Viendo que dudaba, añadió—: Con el dolor que tiene su padre, no creo que viva mucho sin la medicina.

A la mañana siguiente Marisa hizo una solicitud oficial para ver al alcaide por asuntos personales. La palabra «personales» pareció ser la clave para ser llevada a su presencia, pues la fueron a buscar al lugar de trabajo y la condujeron a las oficinas de administración de la prisión, donde en breve se encontró en presencia del alcaide en persona.

Observando al coronel Geitz sentado en una silla inclinada detrás de la mesa de despacho, Marisa no sabía con seguridad si era preferible al vigilante, salvo quizá,

que parecía limpio.

De unos cincuenta años, según le pareció, era algo rollizo y tenía aspecto de gustarle la bebida.

—¿Para qué quería usted verme, *Fraülein*? —preguntó.

—Estoy dispuesta a hacer un trato con usted.

—Usted se halla en una situación difícil para imponer condiciones.

—Por el contrario, ocupo una posición privilegiada.

Desabotonando su uniforme, se lo sacó. Debajo llevaba sólo las prendas íntimas elementales, que eran las únicas permitidas a las reclusas. Cuando el ritmo e intensidad del jadeo del coronel Geitz empezó a tomar incremento, sabía ella que la partida era suya.

—El resto, por favor. —Su voz era ronca—. Aún no estoy convencido.

Con la misma tranquilidad que si hubiera estado preparándose para la ducha en su alcoba, Marisa se quitó ambas prendas una tras otra, sosteniéndolas en la mano. El rostro del coronel estaba doblemente enrojecido de lo que lo estaba cuando entró y parecía tener dificultad para respirar.

—Dése la vuelta, por favor —le ordenó, y ella giró como una estatua sobre el pedestal hasta que quedó de nuevo frente a él.

—Como usted dice, su posición para hacer tratos es excelente, *Fraülein* —admitió—. Quizá tras una demostración de sus habilidades...

Sin contestar, fue colocándose cada una de las prendas y finalmente su uniforme.

—¿Cuáles son sus condiciones, *Fraülein*? —Era una capitulación completa y absoluta, pero ella no sintió alegría alguna, pues jamás había dudado del resultado.

—Soy doctora, coronel Geitz. Mi padre está enfermo en el hospital de la prisión con un grave caso de angina de pecho. Necesita comprimidos de nitroglicerina de vez en cuando para aliviar su dolor, pero usted ha decidido que no se los den. Nómbreme inspectora médica de la sala de mi padre con libre acceso a todas las medicinas que precise y pasaré una noche en su habitación.

—Dos.

Marisa se encogió de hombros.

—No me importa. ¿Trato hecho?

—Acepto. Vendrá usted a mis dependencias esta noche.

—Sólo después de haberme asegurado de que mi padre cuenta con un buen suministro de nitroglicerina.

—De acuerdo. —Garabateó una orden en un trozo de papel y se lo entregó—. Esto la acreditará como jefa de enfermeras de la sala de su padre.

—Buenos días, coronel.

—Hasta la noche, *Fraülein*.

Fuera del edificio Marisa se apoyó en la pared hasta que cesó de temblar, pero cuando fue a las dependencias del coronel Geitz aquella noche pudo darse cuenta de algo para lo que no existía una explicación médica satisfactoria, a saber, que

ejercitando suficientemente la voluntad podía una mujer controlar de tal forma su cuerpo, que no notaba sensación alguna en sus conductos generativos, ni siquiera el dolor, sin que los impulsos nerviosos pudieran llegar al cerebro y producir las emociones.

Elijah Feldman vivió cerca de seis meses bien atendido. Cuando llegó ese momento Marisa era médico de todo el hospital de la prisión y gran parte del personal había olvidado que estaba prisionera. De este modo, un día, cuando fue enviada a Berlín Oriental para vacunar a un nuevo grupo de reclusos a punto de ser trasladados a Frondheim, había logrado pasar la frontera hasta Berlín Occidental. Allí el cónsul británico había dispuesto lo necesario para su regreso a Inglaterra, donde obtuvo sin dificultad la licenciatura en medicina interna. Aun en aquella época los jóvenes médicos británicos se iban en gran número del país, no dispuestos a dejarse someter por la creciente intervención del Servicio Nacional de Sanidad sobre su estimada libertad profesional. Algunos años después Marisa había seguido el mismo rumbo, aceptando una beca de enseñanza clínica de dos años en la Facultad de Medicina de Harvard. Allí había aprendido un hecho fisiológico alarmante: su éxito al desprenderse completamente de emociones durante el tiempo que había pasado con el coronel Geitz había sido demasiado rotundo. Obrando de esta forma, al parecer, había logrado privar sus conductos generativos de toda clase de sensaciones, posiblemente para siempre.

Janet Monroe dejaba la sala de psiquiatría donde Jerry estaba como paciente cuando sonó el teléfono en la sala de gráficos. La enfermera de servicio contestó, entregándole luego el auricular.

—¿Janet? —era la voz de Jeff.

—Sí.

—Traté de llegar ahí antes de terminar mi turno, pero me entretuvieron con un pentotal en la sala de emergencia por reducción de un hombro y acabo de terminar ahora. ¿Podemos encontrarnos en el snack bar de enfrente?

—Creo que sí. Sí. Jerry está ya dormido.

—Bien. Te veré dentro de unos minutos.

Cuando ella cruzó la calle, él ya la estaba esperando, alto y apuesto con sus pantalones de color blanco difuminado. El restaurante estaba casi lleno con la afluencia de internos, enfermeras y estudiantes, pero encontraron un reservado en un rincón.

—¿Qué es eso tan importante? —preguntó cuando Mabel tomó nota de sus encargos y les trajo café.

—Una proposición.

«Sería tan difícil —para ella y Jerry— decir sí», pensó Janet. Jeff Long era todo lo que pudiera desear una chica sensata: apuesto, inteligente, amable. Jerry lo adoraba y era económicamente independiente, pues procedía de una rica familia de Georgia. Sin embargo, reflexionó que también había pensado en muchas de esas cualidades con respecto a Cliff y en el error que cometió. En su interior sabía que no era justo comparar a Cliff con Jeff. Por otra parte él le gustaba de un modo que no había experimentado con su primer esposo, pero algo que no podía expresar retenía su impulso de contestar afirmativamente.

—Por favor, Jeff —dijo—. Necesito libertad por un tiempo, especialmente teniendo a Jerry enfermo.

—Lo has pensado ya demasiado —protestó él—. El matrimonio no tiene por qué ser como lo fue con Cliff.

—¿Qué me dices de la señora Dellman y de las otras, la esposa del doctor Hanscombe y de la señora McCloskey? Sus maridos han obtenido fama, pero mira cómo están. Una ha muerto y la otra lo estaría si no hubieras actuado tan enérgicamente cuando la trajeron anoche. Me han dicho también que la señora Hanscombe casi entró en estado de coma.

—Nosotros somos distintos —protestó él.

—No estoy segura, Jeff. Imagino que todas esas parejas se amaban y tal vez sigan haciéndolo. Yo estoy divorciada y sé lo que debe haber sentido la señora McCloskey para...

—Eso pudo ser un accidente. No todo el mundo sabe lo peligroso que es mezclar

alcohol con barbitúricos.

—¿Opina el doctor Rogan que fue así?

—No —admitió él.

—¿Te das cuenta? Muchos matrimonios de los médicos, especialmente en los casos en que él es muy afamado, como tú vas a serlo, provocan una especie de enfermedad. Estuve hablando con la doctora Feldman respecto a ello durante la cena.

—¡Es una solterona!

—No digas eso de una persona tan encantadora y simpática —gritó Janet indignada—. Me habló de un estudio sobre matrimonios entre estudiantes que un amigo suyo había hecho en Harvard. Una buena parte de ellos se disolvió como el mío.

—Ya hemos tratado de eso —le recordó él.

—Lo que sucedió ayer a la señora Dellman viene a corroborar lo que digo. —Alargó su mano a través de la mesa para apretar sus largos y hábiles dedos en un gesto de confianza y afecto—. Por favor, Jeff. Yo te aprecio mucho y también Jerry. ¿No podemos ser amigos solamente?

—Confío en que siempre seamos amigos, pero hay otra alternativa.

Ella le miró sorprendida.

—¿Estás sugiriendo...?

—Claro que no. Me conoces bastante bien, Janet.

—Eso creía. ¿Cuál es esa misteriosa alternativa de que hablas?

—He pensado mucho últimamente sobre nuestro futuro. El doctor McCready va a retirarse dentro de cinco años más o menos y el otro día Dieter me dijo que me proponía para el puesto de jefe del departamento de anestesiología. —Esto sería maravilloso para ti, Jeff.

—No estoy seguro si ello significa que vas a rechazarme temerosa de lo que mi éxito pudiera perjudicar a nuestro matrimonio.

—Eso no es justo —protestó ella—. Tratas de imponerme una carga sobre mi conciencia al saber que te privo de esa oportunidad.

—No tan aprisa —dijo él sonriendo—. No dije que quería aceptar el empleo.

—Pero...

—Te rogué que vinieras esta noche, dejando que razonaras cuanto quisieras para luego poder refutar tus argumentos.

—¿Se puede saber de qué estás hablando?

—Cuando finalice mi período de prácticas el próximo julio, tengo que pasar dos años en el Ejército. Con mi práctica estoy seguro que me enviarán a un gran hospital de tipo general como Walter Reed o Brooke, lo cual no sería muy distinto de trabajar aquí.

—Eso es lo que quieres, ¿no es verdad?

—He estado pensando mucho sobre lo que realmente quiero aun antes de que ocurriera todo este asunto de Dellman. Para nadie era un secreto aquí que muchos

matrimonios de categoría atravesaban una crisis, el de Brennan, por ejemplo, y que los McCloskey se habían divorciado.

—Eso es lo que me da miedo.

—Hace un mes vi un artículo en una revista médica sobre un proyecto. Una de las grandes fundaciones está trabajando para inaugurar una Facultad de Medicina en Saigón. Se daba a entender que a los doctores jóvenes que quisieran enseñar allí, el tiempo que pasaran les sería abonado en el servicio militar.

—Puede ser interesante.

—Creo que sí. Parece ser que el proyecto es de una empresa privada en colaboración con el Gobierno. Les escribí hace algunas semanas y hoy he recibido contestación. Si lo acepto, el puesto será mío el próximo julio cuando termine aquí: jefe anestesista del hospital y catedrático de anestesiología de la Facultad de Medicina.

—Es maravilloso, Jeff.

—Es una buena oportunidad, pero no vayas a creer que se trata de un gran proyecto. Sus inicios son modestos, pero será una buena práctica para los médicos realmente competentes. Algo es seguro y es que no ofrecen mucho dinero. Ni siquiera ganaré lo que me darían en el Ejército, pero tampoco la diferencia es grande.

—Piensa en el bien que podrás hacer y la satisfacción consiguiente. Aceptarás el empleo, ¿no es cierto?

—Les envié mi conformidad por telegrama esta tarde. He estado madurando este asunto durante varias semanas, pero no te he hecho mención alguna porque no creí justo contártelo hasta que me hubiese comprometido.

—¿Por qué?

—Hace un momento me acusabas de presionar tu conciencia —le recordó—. Pasaré dos años en Vietnam, Janet, y tal vez más. También precisarán profesoras para la escuela de enfermeras. Confío en que decidas ir también como mi esposa. No tendríamos dificultad en encontrar quien cuidara de Jerry.

—Supón que Jerry no supera la anomalía que tiene —al fin había podido expresar el verdadero temor que la atormentaba— o queda inválido.

—Me necesitarías más que nunca.

No trató de quitar importancia a la gravedad de la situación de Jerry: sabía que ella era demasiado inteligente y demasiado buena enfermera para engañarla.

Janet sintió que sus defensas se debilitaban. Como Jeff había dicho, sus propios argumentos habían sido en gran parte destruidos antes de que pudiera exponerlos. De hecho la única razón para rechazarlo ahora era que no lo amaba demasiado.

—No tienes que tomar la decisión ahora —le dijo él—. Yo me he comprometido ya, pero tú puedes firmar cuando quieras. Creo que podríamos hacer un trabajo importante allí, Janet, y lo más importante de todo, seríamos felices.

Mirándole a través de la mesa de la pequeña cabina, Janet estuvo muy tentada de decir sí, pero luchó contra este impulso, no ignorando que esta vez debía estar

absolutamente segura. Si se casaba con Jeff y el matrimonio fracasaba, ya no volvería a tener otra oportunidad para ser feliz; estaba convencida de ello. Una vez que se había conseguido el primer divorcio, lo más fácil era volver a romper y decir que puede empezarse de nuevo, cuando de hecho aumentaban las probabilidades de fracaso con cada divorcio.

En lo más profundo de su corazón algo le decía que el sentimiento hacia Jeff Long, apoyado en una sólida base de interés mutuo, admiración y la satisfacción del trabajo en común, era un fundamento mucho más sólido para un matrimonio acertado que la pasión en gran parte física que la había unido con Cliff, y luego los separó. Necesitaba, no obstante, tiempo para asegurarse, para reflexionar sobre sus temores y descubrir que eran preocupaciones infundadas, como estaba ya ahora medio convencida de que lo eran, y especialmente para ver lo que ocurría con Jerry.

—Para empezar, ¿por qué no solicitar el turno de siete a tres? —le sugirió Jeff—. De este modo podemos pasar mucho tiempo juntos en invierno haciendo un curso nocturno de francés al que me he matriculado en la Universidad.

—¿Hablan francés en Vietnam?

—La gente educada lo habla. Las clases de la Facultad de Medicina se darán en francés. En un tiempo los franceses gobernaron el país, como sabes. Habrá muchos conciertos y otras muchas cosas que podemos hacer aquí en Weston también. Tengo tres tardes libres a la semana y los fines de semana alternados.

—De todos modos ya había pensado en hacer el cambio de turno —dijo Janet.

Cuando volvió al trabajo después del divorcio, se había visto obligada a tomar el turno de tres a once, porque no había otra cosa lo suficientemente remunerada para poder mantenerse ella y Jerry. Pronto se inauguraría un turno de siete a tres y ella podría hacerlo si quería, aunque le había retenido la idea de pasar las largas tardes en el apartamento después de que Jerry se durmiera.

—No necesitas trabajar más. De este modo estarás ocupada por las tardes —dijo Jeff.

—¿Cómo sabías esto?

—Estaba enamorado de ti antes de que te casaras con Cliff, ¿recuerdas? Y probablemente te conozco tanto como puedas conocerte tú.

—¿Cómo podré ocultarte algo, si me conoces tan bien?

—Siempre existirá el misterio de que algo tan hermoso como tú hayas entrado en mi vida —le aseguró.

—Haremos un trato, Jeff —dijo impulsivamente.

—¿Cuál es?

—Tomaré el turno de siete a tres y asistiré a las clases de francés contigo. De todos modos es un idioma que siempre me ha gustado y la señora Bodey puede ocuparse de Jerry.

—Esto me suena a capitulación completa. ¿Qué quieres a cambio?

—Debes prometerme no pedir que me case contigo hasta dentro de seis meses.

—Aceptado —levantó la mano sonriente—. Siempre que no trates de poner impedimentos a que piense en ti. ¿Y cuando terminen los seis meses?

—Si no puedo tomar una decisión para entonces, tampoco querrías tú.

Mientras chocaban las manos, Janet miró a su reloj.

—¡Santo cielo! Es casi medianoche. ¿Sabes qué hay programado para mañana para Jerry? No conseguí ver a Ed Harrison esta noche.

—Dieter ha programado a título de prueba una angiografía cerebral para el niño a las once, si la exploración radioscópica es negativa.

No añadió: «de tumor del cerebro». No había necesidad de inquietar a Janet más de lo que estaba.

Capítulo XX

La revista médica que Dave Rogan había prometido enviar a Maggie McCloskey llegó el viernes por la mañana. El artículo que él había marcado era un documento presentado en una asamblea de la Asociación Americana de Psiquiatría. Después de finalizar el desayuno, Maggie empezó a leer. Antes de haber ido demasiado lejos en la lectura, sin embargo, empezó a sentirse muy molesta.

«Los frecuentes ingresos de las esposas de médicos en hospitales psiquiátricos privados planteaba la cuestión de una relación probable entre la ocupación del marido y la aparición de enfermedades en las esposas», decía el párrafo de entrada.

El estudio, según pudo ver, abarcaba cincuenta casos y había sido realizado en un prestigioso hospital psiquiátrico privado. Siete de las esposas del informe habían participado activamente en el ejercicio de la profesión del marido en los primeros años de matrimonio, como Maggie que había trabajado en la clínica facultativa en los años que había sido secretaria de Dave Rogan, pero cuando sus maridos tomaron otras enfermeras y secretarias, pronto empezaron a sentirse dejadas a un lado, descripción casi exacta del estado de ánimo de Maggie desde hacía diez años.

Había estado ocupada y se había sentido feliz durante los primeros cinco años después de su casamiento con Joe, aun cuando ella había continuado trabajando como secretaria de Dave casi todo el tiempo. Después de comprar la casa en Sherwood Ravine, se había ocupado en decorar la casa, pero una vez que la clínica empezó a rendir, no le pareció bien que la esposa de un doctor que ganaba más de veinticinco mil dólares al año no tuviera una sirvienta de jornada completa.

Maggie era suficientemente inteligente para saber que el fracaso en el matrimonio no podía achacarse simplemente al hecho de que la esposa tuviera criada y por tanto poco que hacer. Sus trastornos eran mucho más profundos. A decir verdad, las señales de alarma —si hubiera sabido el modo de reconocerlas— habían aparecido durante las primeras semanas de matrimonio con Joe.

En sólo nueve de las cincuenta parejas, decía el artículo, habían existido en todo el tiempo de casados «relaciones sexuales frecuente y mutuamente satisfactorias». En varias las variaciones eran grandes y en otras trece el acto sexual como parte importante de sus vidas era «poco frecuente o no satisfactorio para ambas partes».

En la luna de miel Maggie había atribuido su falta de respuesta a una incomodidad física durante el acto, echándole luego las culpas a él. Al continuar luego sin alcanzar el climax, salvo en raras ocasiones en que había bebido mucho en fiestas o congresos, había acudido a Jack Hagen con el pretexto de que le hiciera un *test* de Pap, pero Jack la había encontrado normal y a ella le dio vergüenza confesarle el verdadero motivo de su visita.

Se daba cuenta ahora de que debió haber consultado a Dave Rogan, pero su madre la había enseñado a ser muy reservada en estas cosas. Estaba segura por otra parte de que sus padres *dejaron* de dormir juntos mucho antes de morir su padre, pues

dormían en habitaciones independientes y muy separadas entre sí. Se preguntaba ahora si aquello podría haber tenido influencia en su frigidez. Sin embargo, la misma palabra le disgustaba y siguió leyendo la revista médica.

«Existía un precedente familiar de trastornos emocionales en treinta y una de las familias de las esposas», decía el artículo. «En dieciocho de estas familias existía un precedente o indicios de hospitalización psiquiátrica, suicidio o enfermedades mentales».

De modo que ésa había sido la verdadera naturaleza del «agotamiento nervioso» de su madre. Su madre había echado la culpa a su padre, acusándole de no ser eficiente y de que tenía pedir un aumento de sueldo o un trabajo más importante. Maggie no había dado demasiada importancia a las acusaciones de su madre, sabiendo que su padre tenía buen carácter y rehuía las discusiones. Sin embargo, Joe tenía un carácter similar y con todo sabía que Pete Brennan y los otros doctores de la Facultad Clínica le profesaban un gran respeto y que los estudiantes lo habían votado como su catedrático favorito.

Las características más frecuentemente citadas con respecto a las madres de las esposas de los médicos, que habían precisado asistencia psiquiátrica eran «dominante», «altiva», «actitud de rechazo frente a la paciente», «variable de humor», «exigente» e «inflexible».

«Así era madre», admitió Maggie con ira. Luego empezó a sollozar recordando que lo mismo podría decirse de su propia actitud con Joe en gran parte del tiempo transcurrido durante estos últimos años. «El padre suele tener una relación muy estrecha con la paciente y con frecuencia es tímido, retraído, despreocupado, severo y confiado», leyó, pero en este momento la relación de síntomas y hechos había comenzado a deprimirla. Por primera vez desde que recobró el conocimiento, experimentó la necesidad de beber, pero no existía probabilidad alguna en el hospital de conseguir licores y desde lo que había pasado anteanoche tenía pedir un barbitúrico.

Maggie era suficientemente inteligente para darse cuenta de que gran parte de la ansiedad que experimentaba provenía de la sorprendente semejanza de los síntomas enumerados en el artículo con los que habían caracterizado su vida familiar cuando era niña, aparte del hecho innegable de que en su propio matrimonio había tendido a imitar casi exactamente la historia de las dificultades de sus padres. No era sorprendente, pensó, que su padre hubiera muerto prematuramente de un ataque cardíaco y que su madre hubiera sido durante mucho tiempo una inválida quejumbrosa y exigente.

El párrafo siguiente del informe estaba titulado: «Sintomatología». Maggie dudó por un momento antes de continuar, presintiendo lo que iba a encontrar: «ansiedad y espasmos musculares», «depresión y alcoholismo», «abuso de drogas», «desconfianza», «intento de suicidio», «dolor persistente», «hostilidad», «irritación», «sentimientos de rechazo» y otros más que aparecían en el artículo como duendes que

intentaran embrujarla.

El más impresionante de todos era el último párrafo que decía: «Siete pacientes tenían precedentes suficientemente arraigados de exceso de consumo de alcohol para garantizar un diagnóstico secundario de alcoholismo. Un diagnóstico secundario de adicción a las drogas fue emitido en once pacientes, mientras que otros once mostraban precedentes de utilización de drogas hasta el punto de que no podían prescindir de ellas ni psicológica ni fisiológicamente».

Que psicológicamente no podían prescindir del alcohol —la verdadera prueba de un alcohólico— lo sabía Maggie ya. En estos momentos sus nervios exigían a gritos el alivio de un trago. Estuvo a punto de dejar a un lado el artículo al llegar a este punto, pero la mórbida satisfacción de observarse a sí misma, por decirlo así, a través de un microscopio, hizo que continuara leyendo.

Al discutir los cincuenta casos el psiquiatra informante dijo con respecto a un ochenta por ciento de las mujeres: «Sin embargo, antes de su enfermedad han tenido grandes éxitos. Habían recibido una buena educación y se dedicaban a una gran variedad de actividades intelectuales y culturales en sus momentos de ocio. Estaban preparadas para casarse con hombres de elevada posición sociocultural. En su totalidad habían superado los años difíciles del período de prácticas médicas y de especialidad de sus maridos y los primeros años de ejercicio de la profesión. Sólo después de un promedio de trece años de matrimonio se manifestó una enfermedad declarada.

»Al tiempo de su ingreso en el hospital, estas mujeres habían formado ya familias con un promedio aproximado de tres niños y participado en actividades comunitarias, apoyando los fines sociales de las mismas. La mayoría de pacientes de este grupo poseían suficiente amor propio, antes de su enfermedad, para conseguir un nivel superior de adaptación social».

Maggie dejó la revista y volvió los ojos a la blanchura uniforme del techo. No había ido al club con frecuencia hasta que tuvo una sirvienta y se descargó de los deberes con respecto a la casa. Como muchas otras que conocía, y no todas ellas eran esposas de médicos, se había convertido en aquel tiempo en lo que el psiquiatra que daba el informe denominaba «muy necesitada del ambiente para reforzar el concepto de sí misma».

«Con una diferencia de edad promediada de 5 a 6 años entre marido y mujer», continuaba el informe, «el punto culminante de la aparición de la enfermedad (a partir de los treinta años) tuvo lugar en la época en que muchos médicos, incluyendo los maridos de estas mujeres, se establecieron y estaban en los años más importantes (desde los treinta y cinco años) de su práctica activa. Subrayando la posibilidad de estar en relación con lo expuesto, se dan en estos casos predominantemente quejas por el incremento de ausencias del marido en un momento en que la colaboración de la mujer en la actividad de su marido va en declive.

»La incompatibilidad sexual —observó— existía al menos en el setenta y cinco

por ciento de los casos.

»El matrimonio con un hombre de más edad, cuya vocación puede haber estado inconscientemente asociada con las cualidades de poderoso, comprensivo y protector —decía el artículo— puede ser interpretado como un intento de resolución por muchas de las pacientes del persistente complejo de Edipo. La enfermedad tomó incremento cuando el equilibrio fue alterado por factores de la realidad como la dedicación creciente del médico a su trabajo o un conflicto entre las características de la personalidad de éste y las expectativas idealizadas de su esposa.

»A pesar de la gran variedad de diagnósticos, tres síntomas tienen tendencia a repetirse: depresión, adhesión a las drogas y somatización, es decir, dolores físicos. A medida que la dedicación del médico se fue incrementando, se produjo la depresión a causa de la pérdida fisiológica que intensificó los sentimientos ambivalentes de la esposa. Además, ésta, que había participado antes activamente en la carrera de su marido, se enfrentaba con la pérdida de esta faceta. El síntoma secundario, el uso de drogas, está relacionado específicamente con la profesión del marido en virtud del fácil acceso a los medicamentos. De este modo la paciente simbolizaba inconscientemente sus necesidades de dependencia mediante la utilización de uno de los recursos más fundamentales que el médico puede ofrecer: drogas para aliviar el dolor.

»El tercer síntoma, frecuentemente asociado a los otros dos, aparece en la historia de la sintomatología física, particularmente del dolor. Este síntoma tiene relación también con los aspectos de dependencia-hostilidad que caracterizan la relación entre marido y mujer. El dolor lleva al paciente al médico, que a su vez dirige su energía hacia el alivio de aquel dolor. Nada puede ser tan decepcionante, desorientador o embarazoso para el médico como un dolor de etiología no diagnosticada y que no puede aliviar. Es un síntoma que profesionalmente no puede ser ignorado o dejado de atender; debe recibir esa atención, que, a juicio de su esposa, el médico dedica a sus pacientes, quizá con exclusión de las necesidades de ella misma.

»Los comentarios grabados en magnetófono de familiares, pacientes y terapeutas ofrecían varios indicios de que los maridos habían contribuido hasta cierto punto a las enfermedades de sus esposas, una contribución que iba más allá de la preocupación del médico por su trabajo. El médico, seguro, en su papel omnipotente con los pacientes, que confían fanáticamente en sus habilidades profesionales, rechazó los esfuerzos de su esposa por conseguir su apoyo salvo cuando eran formulados como demandas de atención médica. Entonces éste, sin conocimiento aparente de su base emocional, satisfizo estas necesidades acudiendo a su papel de profesional. Un número de pacientes, por ejemplo, que se había habituado a las drogas, continuaron teniendo libre acceso a las mismas incluso después de que la toxicomanía era evidente, y en algunos casos las drogas eran suministradas por los mismos esposos. Es más, de diecisiete pacientes que dejaron el hospital antes de tiempo, es decir, contra las recomendaciones de sus terapeutas, seis fueron retiradas por los maridos y

las otras once pacientes no tuvieron gran dificultad para persuadir a sus maridos de que les perdonaran esta acción. En muchos casos, el marido no estaba dispuesto o era incapaz de imponer límites al comportamiento de su esposa. Esta pasividad o incluso cooperación en la psicopatología de su mujer sugiere que esos médicos se sentían culpables de su incapacidad por satisfacer las necesidades emocionales de sus esposas».

Maggie dejó la revista cuando la enfermera pelirroja entró en la habitación.

—¿Le gustaría beber algo? —le preguntó la enfermera.

—Sí. Un *whisky* doble con hielo.

—Lo más que puedo ofrecerle es «Seven-Up» o «Coca-Cola».

—Entonces tráigame una «Coca-Cola» —mientras la enfermera se dirigía a la puerta, Maggie la llamó—. Esta revista pertenece al doctor Rogan. ¿Se cuidará usted de devolvérsela?

—Naturalmente, señora McCloskey.

La muchacha cogió la revista y Maggie notó una mejoría casi instantánea.

—Enfermera —llamó cuando ésta estaba en la puerta.

—Sí, señora McCloskey.

—¿Quiere cerrar la puerta, por favor? Quiero quedarme a solas con mi superego.

El funeral de Lorrie Dellman estaba dispuesto para las once, al fondo del cementerio de la vieja iglesia episcopal. Únicamente las familias más antiguas de la ciudad podían ser enterradas allí. La ciudad se había ido ampliando alrededor de la iglesia y ya había pasado de moda tener un cementerio en el centro de la ciudad. En consecuencia se habían erigido nuevos cementerios en los suburbios con servicio permanente, fuentes y música grabada en cinta que ofrecían los altavoces escondidos entre los árboles.

Della Rogan había pasado por el hospital para recoger a Grace, que había telefonado que tenía un pase para asistir al funeral. Elaine McGill vino sola. Amy vino acompañada de Alice Weston, ya que viviendo tan cerca, no parecía necesario venir cada una en un coche.

Maggie McCloskey seguía en el hospital, pues Dave Rogan le había ordenado que no asistiera al funeral, sabiendo que, aun cuando había hecho muchos progresos en cuanto a mostrarle el camino que debería seguir en el futuro, el *shock* emocional al ver el ataúd de Lorrie y al saber que a no ser por el amor de Joe y la pericia de Jeff Long, su cuerpo podía estar en otro parecido, era más de lo que podía aguantar.

En cuanto a las otras, Lorrie había sido su amiga y el pensamiento de que una persona tan animada y llena de vida fuera sepultada bajo la superficie de la tierra era bastante triste para hacerlas llorar. Además, todas ellas se sentían un poco culpables sabiendo que en circunstancias ligeramente distintas cualquiera de ellas podía haber estado dentro del ataúd.

Jake Porter había decidido que se celebrara un servicio fúnebre sencillo. Con todo, Amy Brennan se sorprendió al ver la abundancia de flores.

—El tío Jacob habló esta mañana conmigo por teléfono —dijo Alice—. Dijo que las flores procedían de personas de toda la ciudad. Sorprende averiguar cuánta gente conocía y quería a Lorrie.

—Encontré a una de mis compañeras de clase hace unos años en un congreso de auxiliares médicos —dijo Amy—. Me dijo que Lorrie era la chica más popular de la clase y no sólo entre los muchachos.

—No siempre fue amable conmigo —Alice enjugó sus ojos con un diminuto pañuelo—, pero yo la quería.

Mort Dellman estaba allí con el sargento Jim O'Brien. Amy no vio las esposas pero, por lo que Pete le había dicho, Mort esperaba que el jurado de acusación lo absolviera y no tenía por tanto motivos para tratar de escapar. Pete le había dicho que Mort le había pedido que dispusiera una reserva de avión para Africa del Sur, donde pensaba empezar una nueva vida, lo que en cierto modo era un bien para todos, pues sólo lo toleraban porque estaba casado con Lorrie y por el puesto que ocupaba en la clínica.

Los hijos de Lorrie estaban con Jake Porter sentados a un extremo de las dos

hileras de sillas dispuestas para la familia junto a la tumba bajo el dosel. Della y Grace estaban de pie detrás del grupo. Cuando llegaron Dave y Pete Brennan, Dave se hizo camino a través del césped, esquivando las lápidas mortuorias para colocarse junto a Della. Le ofreció su brazo y la abrazó cariñosamente y cuando ella alargó su mano, la cogió y la mantuvo cogida durante el resto del servicio. Ninguno de los dos dijo una palabra, pero ambos sabían que este silencio de ella, que se hacía extensivo a él, había borrado en un instante gran parte de la tirantez existente entre ambos durante las dos últimas semanas.

El canónigo de la nueva catedral del otro lado de la ciudad era un sacerdote joven y muy serio que tenía sorprendidas a varias congregaciones episcopales de la ciudad, especialmente las más antiguas al pasar la mayor parte de su tiempo con obreros, negros y sus familias en una zona pobre llamada Brooklyn, cosa que ningún sacerdote en Weston se hubiera atrevido a hacer jamás.

El canónigo era alto, de aspecto muy joven y serio en su forma de vestir. Al dar las once, se adelantó hacia el cabecero del ataúd y esperó a que los que estaban de pie y un poco alejados, reacios a acercarse al ataúd, se aproximaran un poco.

—Se me ha solicitado que lea el capítulo octavo del Evangelio de San Juan — anunció. Abriendo la Biblia, empezó a leer con una voz clara que llegaba hasta los más distantes:

«Se fue Jesús al monte de los Olivos, pero de mañana, otra vez volvió al templo, y todo el pueblo venía a Él, y sentado, les enseñaba. Los escribas y fariseos trajeron una mujer cogida en adulterio...».

La palabra sacudió la plácida escena que se desarrollaba junto a la tumba como una bomba. El joven canónigo hizo caso omiso de las exclamaciones de las mujeres y del ceño de censura de los hombres y continuó leyendo:

«Y, poniéndola en medio, le dijeron: "Maestro, esta mujer ha sido sorprendida en flagrante delito de adulterio. En la ley nos ordena Moisés apedrear a las adúlteras, tú, ¿qué dices?"

»Esto lo decían tentándole, para tener de qué acusarle. Jesús, inclinándose, escribía con el dedo en tierra. Gimo ellos insistieran en preguntarle, se incorporó y les dijo: "El que de vosotros esté sin pecado, arrójele la piedra el primero."

»Ellos que le oyeron, fueron saliéndose uno a uno, comenzando por los más ancianos, y quedó él solo y la mujer en medio.

»Incorporándose Jesús, le dijo: "Mujer, ¿dónde estás? ¿Nadie te ha condenado?"

»Dijo ella: "Nadie, Señor."

»Jesús dijo: "Ni yo te condeno tampoco; vete y no peques más"».

Sin mostrar ningún cambio en su actitud que indicara que se había dado cuenta del efecto que el pasaje bíblico había causado, el joven canónigo volvió las páginas de la Biblia y empezó a leer las oraciones rituales para el entierro de los muertos.

El servicio terminó en seguida. Moviéndose entre la fila de parientes sentados en las sillas junto a la tumba, el sacerdote se dirigió a Mort Dellman y alargó la mano

como lo había hecho con los otros. Dellman vaciló y luego la estrechó antes de retirarse con el sargento Jim O'Brien que estaba a su lado, sin tratar de hablar a Jake Porter o a los niños.

A medida que el grupo empezó a dispersarse, llenó el aire el zumbido de las conversaciones. Pasaría mucho tiempo antes de que en Weston se cesara de hablar de la afrenta del joven canónigo al mencionar la palabra «adulterio» en el funeral. Esas cosas no se decían públicamente en una comunidad de alto sentido moral, en especial durante la celebración de un servicio de la gran Iglesia episcopal.

—La idea de leer el pasaje fue cosa suya —dijo Alice indignada mientras ella y Amy iban caminando hacia el coche, sorteando las tumbas del viejo cementerio—. Fue algo así como si perdonara lo que hizo Lorrie. Y, ¿viste cómo estrechó la mano de Mort?

Amy no contestó. Había visto a Pete Brennan y a Roy Weston a la salida del cementerio y, mientras ellos se dirigían a sus coches, envió a Alice para detenerlos.

—Estaba diciendo a Amy que es realmente sacrílego lo que este sacerdote dijo —les informó Alice encolerizada cuando llegaron a la altura de Pete y Roy—. Apuesto a que el obispo le dará una reprimenda cuando se lo cuenten.

—Se limitó a leer las palabras de Jesús —dijo Pete.

—Eso me tiene sin cuidado. Hay cosas que no deben decirse y ésta es una de ellas.

—¿Eres tú de las que arrojan piedras? —preguntó él y Alice adoptó un aire de orgullo afectado.

—¡Pete Brennan! —gritó—. ¡Te odio!

—Lo siento, Alice —dijo él—. Creo que lo que dijo el sacerdote nos ha afectado a todos. Después de todo, ¿quiénes somos nosotros?

—No sé lo que tú puedas ser. —Alice empezó a enfadarse.

—¡Cállate, Alice! —dijo Roy Weston fastidiado.

—¡Ya voy a...!

—¡Cállate, Alice! —replicó, y Alice se calló, lastimada.

—El tío Jake me dijo que rogaría al canónigo que leyera un pasaje especial —Amy no había tomado parte en la conversación hasta ahora—. ¿Suponéis que puede haber sido idea suya?

—Eso debe haber sido —Pete Brennan miró hacia atrás donde el anciano era acompañado a su limousine—. No creo que el canónigo se hubiera atrevido a leerlo sin una solicitud por parte de la familia. Como ha dicho Alice, el obispo le hubiera reñido severamente en otro caso.

—Pero ¿por qué debía hacer el tío Jacob una cosa semejante? —dijo Alice.

—Supongo que habrá sido porque sabe que muchos de nosotros hemos criticado a Lorrie —dijo Amy, y Pete la miró sorprendido.

—La crítica ¿ha sido por lo que hizo o porque fue sorprendida? —preguntó Roy.

—Un poco de todo, creo —Amy se volvió para coger el brazo de Pete, casi como

si se disculpara—. ¿Vendrás a casa a cenar, querido?

—Tal vez tenga que operar al niño de Janet Monroe y tengo una conferencia con el personal en el hospital —le dijo—. Posiblemente llegue tarde, pero estaré en casa lo antes que pueda.

—Haré que Mary prepare la cena y se vaya a casa —dijo ella—. Pondremos los platos en el fregadero y los dejaremos para que ella los friegue mañana.

Sabía lo que ella quería indicarle y su pulso se aceleró mientras se dirigía a su coche.

—Eso es algo que no se ve todos los días —dijo Grace Hanscombe mientras ella y Della Rogan subían al coche furgoneta de Della después del servicio fúnebre.

—¿A qué te refieres?

—Un sacerdote sincero y valiente.

—No hizo sino leer las palabras de Jesús.

—Jake Sanford es el mayor contribuyente de la iglesia e intenta, según creo, comprar un bálsamo para el más allá. Por lo que he oído, sabe cómo emplearlo.

—Pero Jesús perdonó a la mujer adúltera.

—¿Hubieras perdonado a Lorrie si hubiera sido Dave en lugar de Paul McGill?

—Supongo que no.

—¿Y qué me dices de Dave si tú cometieras un desliz?

—Tal vez lo hiciera después de un tiempo. Es más tolerante que yo.

—¿Qué imaginas que sintió Elaine? Estaba de pie junto a nosotras.

—Ya sabes que siempre ha sido muy religiosa —dijo Della—. Imagino que aquel pasaje de la Biblia tendrá un mensaje para ella.

—Si es sensata no dejará que esto destruya su matrimonio —dijo Grace—. A veces pienso que amaría más a George si de vez en cuando echara una cana al aire, al menos para probar que aún es capaz de hacerlo. Ya no siente pasión por mí. Cuando se llega a ese extremo, creo que el matrimonio está prácticamente disuelto.

—Estás diciendo necedades, Grace —dijo Della mientras ponía en marcha el coche.

—No. Para mí el dilema es morir con George o vivir sin él. No me importa decirte que este episodio de la diabetes me hizo entrar un pánico terrible.

—Estás loca, Grace —Della paró la furgoneta, dejando pasar a otro coche—. George no es un galán de la pantalla ni tampoco Dave, pero sabe hacer su papel.

—Una mujer necesita más que eso. La verdad es que no creo que me siga amando.

—¿Por qué dices eso?

—Antes de que esto ocurriera le había estado importunando con la idea de regresar a Inglaterra, no porque quisiera realmente ir, sino principalmente porque él no me dejaba. Anoche vino a verme al hospital y me sugirió que hiciera un viaje a Inglaterra.

—¿Irás?

—Claro, ahora disfruta porque ya no le ofenderé si me voy.

—¿Cuánto tiempo estarás allí?

—No lo sé, tal vez para siempre, a menos que llegue a la conclusión de que me guste ser despertada durante la noche por un hombre que te acaricia, aunque no pretenda nada más.

—Creo que la muerte de Lorrie ha introducido un gran cambio en nuestras vidas.

He decidido no participar en más torneos de golf. —Della había expresado una idea que acababa de ocurrírsele.

—No puedo creerlo.

—El golf es un buen deporte si se juega por hacer ejercicio y por diversión, pero cuando una debe estar en forma como un atleta y hacer toda clase de sacrificios porque tiene una que conservar la energía para los golpes, ha llegado el momento de dejarlo.

—Pero tú has conseguido llegar muy arriba, Della.

—Sí, pero nunca es suficiente. El juego de campeonato es algo así como un alcohólico tomando el primer trago del día. No puedes parar en el segundo o en el tercero; siempre hay otro nuevo torneo para el que debes entrenarte y que has de ganar.

—Parece que te alegres.

—Creo que lo hago en cierto modo. Dave quiere que tengamos otro hijo.

—¿Lo amas bastante para volver a pasar por todo eso?

—Sí. Lo decidí en el cementerio.

—Vi cómo os estrechabais las manos —dijo Grace—. En cuanto a mí, estoy tan acostumbrada a tener a George cerca de mí, que no sé si lo sigo amando o no.

—Tal vez eso sea el amor de los casados, ser feliz porque tiene uno compañía.

—No dije que era feliz por tenerle cerca —dijo Grace—. Dije que me había acostumbrado a tenerle cerca. La mayor parte del tiempo su presencia me irrita.

—Evidentemente le preocupas mucho, pues de lo contrario no te hubiera dejado ir a Inglaterra.

—George es un buen médico, Della. Se preocupa siempre por sus pacientes. Ha descubierto por fin que estoy enferma y por eso hará lo que crea que es mejor para mí. Creo que una razón por la que fallan tantas esposas de médicos es porque sus maridos están tan ocupados con sus pacientes que no les queda mucho tiempo para interesarse por sus esposas. He oído decir a George con frecuencia que las familias de los médicos son desatendidas en el aspecto médico.

—El no te desatiende. Tú misma lo admites.

—¿De qué lado estás tú?

—De ambos. Aprecio a George y te aprecio a ti. Me disgusta ver a cualquiera de los dos desgraciado.

—George no se enterará de que me voy hasta el sábado por la noche —dijo Grace despreocupada—. Si me empeño en una cosa, me salgo con la mía. Así daré también a George su merecido.

—¿Por qué piensas en dejarle?

—Creo que el esfuerzo de mantenerme a su altura me ha agotado.

—¿Qué quieres decir con eso?

—En Inglaterra puedo engordar y disfrutar de la vida, aun cuando tenga que tomar insulina. Aquí tengo que llevar faja para que no se note la grasa. George es

todavía atractivo con su bigote recortado y su distinguido sombrero. Por eso tengo que vestir con elegancia para no diferenciarme de las otras esposas de los catedráticos. Bebo bastante aunque la bebida no me dice gran cosa, porque todos los del grupo lo hacen. Aquí debo pasar por una persona respetable, pero mis orígenes son demasiado bajos para ello.

Capítulo XXI

Paul McGill estaba fuera de la cama cuando pasó Dave Rogan camino del restaurante del hospital para comer, una vez terminado el funeral. El dermatólogo estaba sentado en una silla junto a la ventana contemplando el panorama distante de los Great Smokies que se parecía a los paisajes de las películas del Oeste.

—Vi a Elaine en el funeral, Paul —dijo Dave—. Pasará a verte después de la comida.

—No sé qué he podido hacer para merecer a una persona tan extraordinaria como ella —dijo el dermatólogo.

—No tengo que preguntarte cómo te encuentras —Dave se estiró en una butaca de las que había en la habitación y llenó su pipa con picadura—. Imagínate lo que es que te abrieran el corazón anteayer y que hoy estés ya levantado. Cuando era interno, los casos de apendicitis tenían un proceso más largo de curación.

—Dieter dice que no hay indicios de acumulación de fluido en el pericardio o la pleura. Cree que podré ir a casa el próximo lunes. Es curioso —Paul McGill añadió con una astuta sonrisa— pero incluso puedo detectar un cambio en la forma en que me trata la gente desde que ocurrió todo esto.

—¿Qué clase de cambio?

—Imagino que debo haber sido una especie de zoquete como médico y tal vez en el aspecto social. Después de todo, la dermatología no es una especialidad muy emocionante. Se compara al dermatólogo a una solterona poniendo ungüentos y congelando hiperqueratosis todo el día, pero ahora parece como si fuera un héroe o cosa por el estilo.

—Se dice que todo hombre posee la secreta ambición de llegar a los noventa y ser acusado de violación —dijo Dave—. Tú has hecho un salto de lo que llamas solterona al papel de Don Juan. Naturalmente mucha gente, cuya vida es muy monótona, te envidian. ¡Imagínate! Incluso yo puedo tenerte envidia. —Es algo extraño.

—No tanto como crees. Un escritor amigo mío ha hecho una fortuna con novelas basadas en heroínas de la vida real que eran mujeres perversas, como Rahab, la prostituta de Jericó, Cleopatra y otras parecidas. Cree que estos libros tienen gran aceptación entre las mujeres, porque quieren saber lo que consiguieron en la vida estas pecadoras y también gustan a los hombres porque se preguntan lo que sería tener una de estas mujeres en casa.

—Creo que tiene mucha razón.

—Lorrie no era básicamente malvada. Bajo el punto de vista psiquiátrico era más normal que muchos de nosotros, porque tenía menos inhibiciones y daba rienda suelta a instintos que muchos de nosotros rehusamos confesar por la razón de que tememos que puedan inundar los pequeños compartimientos estancos en los que estrujamos nuestras vidas.

—Cuando miro al pasado, me doy cuenta de los golpes que he sufrido desde que era niño —admitió Paul.

—¿Qué edad tenías cuando murió tu padre?

—Cuatro años —el dermatólogo miró sorprendido a su interlocutor—. Pero ¿cómo sabía esto? ¡Ah! Ahora recuerdo. El interno que anotó mi historial después de la operación me preguntó acerca de mi familia.

—No he visto el historial.

—Entonces, ¿cómo te enteraste?

—Todos tus síntomas señalan que fuiste un muchacho criado por la madre en ausencia del padre.

—Mi padre no murió en realidad hasta hace diez años. Cuando tenía unos cuatro años se fue de casa y ya no volvió más.

—Eso hace de ti un caso aún más típico. Supongo que tu madre estaría amargada por ese motivo.

—Una vez le pregunté cómo era mi padre y no me habló durante dos días. Sólo me puso la comida en la mesa y no me contestó cuando le rogué me dijera qué mal había hecho. Después de esto no volví a mencionar su nombre.

—¿Averiguaste alguna vez lo que ocurrió entre ambos?

—Un tío, hermano de mi padre, vino a verme a la Universidad y le pregunté sobre ello. Era la historia de siempre: había otra mujer. Escaparon juntos, pero no se casaron y pasado un tiempo, ella le dejó. Mi padre trató de volver con mi madre, pero ella no se lo permitió. Era muy rigurosa en este aspecto.

—Considérate feliz de que no te convertiste en homosexual —le dijo Dave Rogan—. El esquema familiar que describes es muy común entre ellos. Supongo que tu madre trató de educarte como lord Fauntleroy, ¿no es así?

—Hizo lo posible hasta que me rebelé. Cuando insistí en jugar al fútbol en la escuela ella trató de meterme en la cabeza que no debía criarme como los otros niños que cuando son mayores se comportan como animales con las mujeres con quienes se casan.

—¿Fue por ese motivo por lo que te casaste tan tarde?

—Creo que sí. No me casé hasta que ella murió y supongo que podría haberme quedado soltero aun entonces si no llego a conocer a Elaine. ¡Es tan dulce y cariñosa!

—¿Y se parece físicamente a tu madre?

—Pues sí —los ojos del dermatólogo se abrieron de par en par—. ¿Quieres decir que eso tiene algo que ver con que me enamorara de Elaine?

—Casi con certeza hizo que la eligieras entre otras mujeres. Los hombres que han estado muy unidos a sus madres en la infancia se casan a menudo con mujeres que son muy parecidas a ellas.

Paul McGill estuvo silencioso durante unos momentos y Dave Rogan siguió fumando sin importunarle. Una de las cualidades más positivas de los psiquiatras afamados es la paciencia, la buena disposición para esperar a que el paciente

escudriñe su alma y vea finalmente el motivo de sus actos.

—Elaine es como mi madre en muchos aspectos —dijo Paul por fin—. ¿Puede eso estar relacionado con... mi trastorno?

—Probablemente esté en íntima conexión. Supongo que Joe McCloskey te habrá hecho una revisión con respecto a defectos físicos.

—Joe dice que no me encuentra nada anormal y Jack Hagen dijo que Elaine tampoco los tenía. No irás a decirme que mi semen no se une al suyo a consecuencia de algún factor psicológico.

—Hay investigadores que llegan a afirmar eso, pero no comparto su opinión. Creo que la unión del espermatozoide y del óvulo es algo tan elemental que no depende en todo caso más que de la teoría matemática de probabilidades. Aun así pesan tanto los factores que favorecen la concepción que es un milagro que no se produzca todas las veces.

—Jack hizo una prueba de viabilidad con mis espermatozoides y tampoco encontró ninguna anomalía en este aspecto —dijo Paul—. Creo personalmente que Elaine tiene una especie de hiperacidez en los conductos generativos que los destruye antes de que alcancen el óvulo.

—¿Llegan alguna vez a depositarse realmente en el conducto generativo? Paul McGill enrojeció.

—Llego a conseguir eso, pero con dificultad.

—¿Qué hay con respecto a Elaine?

—¿A qué te refieres?

—¿Consigue el orgasmo regularmente?

—No lo sé. Nunca se ha quejado.

—La mayoría de las mujeres no lo hacen hasta que se presenta una dolencia psicosomática o una verdadera neurosis. Entonces los psiquiatras nos devanamos los sesos tratando de hallar el motivo del trastorno.

—¿Quieres decir que esto es corriente?

—La mayoría de los pacientes casados que trato presentan un historial con trastornos de las funciones sexuales. Estoy avergonzado de ti, Paul. Los estudiantes te llaman viejo dermatólogo porque golpeas la piel de los pacientes para ver su constitución nerviosa y sus efectos en los síntomas. Aquí tienes un caso clarísimo en tus manos y no logras reconocerlo.

—¿Te refieres a Elaine?

—Por el momento parece que se ha librado del síndrome de la esposa del doctor, a pesar del hecho de que menos de un veinte por ciento de las mujeres que sufren ese trastorno informan sobre una vida sexual normal. En este caso estoy hablando de ti.

Paul se sonrojó obviamente irritado:

—Será mejor que te expliques.

—Sabes ya la respuesta, pero eres tan testarudo que no quieres confesarlo. Tu madre te educó en la creencia de que muchos hombres maltratan a sus esposas sobre

todo en lo referente a la función sexual. Ignoro si te lo dijo con estas mismas palabras, pero se las arregló para dártelo a entender así. La acción de abandono por parte de tu padre fue un maltrato suficiente a sus ojos para condenar a tu padre, aunque imagino que estaba justificada su partida.

—Esa es una afirmación muy fuerte, Dave. No estoy dispuesto a aceptarla.

—No esperaba que lo hicieras. Esta clase de verdad es pocas veces agradable.

—Sigue.

—Te casas con Elaine, que es una chica vigorosa y perfectamente normal, salvo que se parece a tu madre y te la recuerda. Naturalmente amas a tu mujer, pero cuando se trata de acostarte con ella, un desarrollado *superego* se interpone.

—¿Por qué?

—Hay muchas cosas que influyen en esto. Para empezar diré que la principal es el temor del incesto.

—¡Qué barbaridad!

El rostro del otro hombre semejaba una máscara terrorífica.

—Ahora habla tu conciencia llena de celos. Una parte de tu sistema emocional concibe el deseo perfectamente normal de unirse sexualmente a tu esposa, Paul, pero la otra insiste en que es como unirse a tu madre. Por eso consigues algo, pero no puedes llegar más lejos.

—Pero ¿y Lorrie?

—Lorrie no se parecía a tu madre o a Elaine. Además, estaría dispuesto a afirmar que más de una vez te has preguntado qué notarías uniéndote a ella.

—No lo hubiera admitido hace una hora —confesó Paul McGill—, pero últimamente creo que efectivamente esa idea me pasó por la cabeza.

—Creo que todos nosotros lo hemos pensado en una u otra ocasión, a menos que lo hayamos experimentado ya. Más de una mujer atractiva hace concebir esos pensamientos, si se lo propone. Y puedes estar seguro de que ellas lo saben o de lo contrario no vestirían de la forma en que lo hacen. Y no hablemos de los anuncios.

»Pero volviendo a tu caso, Paul. No puedes seguir engañando a tu mente, sospechabas lo que te retenía con Elaine, pero necesitabas estar seguro y casi el único medio era probar con otra. Tú eres, sin embargo, un individuo moral como yo y amas a tu esposa demasiado para ir galanteando con mujeres. Por eso aprovechaste la ocasión al llevar las muestras a Lorrie.

—Pero...

—La farmacia podía habérselas suministrado —le recordó Dave—. La verdad es que estabas predispuesto a ser seducido el miércoles por la tarde, pero no se lo digas a Elaine. Deja que ella piense que Lorrie te sorprendió en un momento de debilidad.

—No vayas a apuntar nada de esto en mi historial.

—Y lograr que pierdas tu reputación de Don Juan —dijo Dave Rogan sonriente—. Lo que debes procurar es no perseguir a mi esposa, desvergonzado.

Cuando abandonaba el pabellón de asistencia intensiva, donde había estado hablando con Paul McGill, Dave Rogan encontró a Jeff Long en el pasillo.

—La exploración cerebral de Jerry Monroe fue negativa en cuanto a tumor, doctor Rogan —dijo el anestesista—. Ahora vengo del laboratorio radioisotópico.

—Demos gracias a Dios por eso. ¿Va a realizar el doctor Dieter el angiograma?

—Está preparado para las tres. Antes de administrarle el pentotal, creí que el niño debía descansar un poco e ingerir líquidos que le ayuden a eliminar la sal radiactiva de mercurio que le dieron para hacer la exploración.

—Trataré de subir a rayos X para el angiograma, pero díles que no me esperen —dijo Dave—. ¿Cómo lo ha tomado Janet?

—Ella había hecho su diagnóstico de tumor cerebral. Ahora está tan contenta de haberse equivocado que no ha empezado a preocuparse por los demás.

—Entonces no mencionaremos las otras posibilidades hasta que estemos seguros —dijo el psiquiatra—. Estadísticamente, las probabilidades existentes en una anomalía congénita de las arterias son mucho mayores que en el caso de tumor cerebral. —Miró a su alrededor—. Tengo el tiempo justo para ver a la señora McCloskey antes de comer.

Una ojeada al gráfico de Maggie McCloskey informó a Dave de que el artículo de la revista de Psiquiatría había producido alguno de los efectos que esperaba obtener. A media mañana había tenido un ataque de histeria y el médico en prácticas de la sala de Psiquiatría le había dado un sedante. Cuando Dave entró en la habitación, llevaba bajo el brazo la revista médica que ella había devuelto a su despacho.

—¿Qué ha ocurrido? —dijo Dave—. ¿No pudiste asimilarlo?

—Eso no te importa —dijo Maggie hoscamente.

—¿Leíste el artículo?

—Sí.

—La enfermera me dijo que tú le pediste que se la llevara de la habitación. ¿Por qué?

—Era como una serpiente que intentara morderme.

—¿El artículo o tu conciencia? —preguntó Dave sonriendo.

—Entonces, ¿te estuvo explicando sobre el asunto del *superego*?

—Desde luego. En esta sala se anota todo. Ignoraba que estuvieras al corriente de la terminología freudiana.

—Fui a la Universidad, ya sabes, aunque tuve que dejarlo a media carrera.

—¿Es por eso por lo que te sientes mentalmente inferior a Joe?

—¿Inferior? ¿Por qué habría de serlo? Maggie respondió con rabia y Dave Rogan se tomó tiempo para encender de nuevo su pipa.

—¿Por qué no puedo ir a casa? —preguntó después de un rato.

—Puedes, si de veras lo quieres.

—¿Lo dices en serio?

—Desde luego. Esta sala no se cierra y no estás presa.

—Imagino que no.

—Pero si quieres sanar, como supongo, Maggie, te quedarás aquí un poco más.

—¿Para que puedas excavar en mi inconsciente y ver las inmundicias que puedes sacar? ¿Acaso no has leído el artículo? Tengo un complejo de Edipo. Quiero acostarme con mi padre.

—No conocí a tu padre. ¿Cuánto se le parece Joe? Sus ojos se llenaron de repente de lágrimas.

—¡Maldito Dave Rogan! ¿Tanto tienes que saber de la gente? Es... es indecente.

—Te equivocas conmigo, Maggie —dijo para animarla—. Soy un psiquiatra del montón, cuya esposa tiene la enfermedad de la mujer del doctor lo mismo que tú.

—Entonces, ¿por qué no la curas? Si sabes tanto...

—No es tan urgente: El golf no es tan peligroso para su psique y para mí como el alcoholismo o el hábito de las drogas.

—¿Y Grace Hanscombe? ¿Es también paciente tuya?

—No. La atiende la doctora Feldman. Ya sabes que tiene diabetes.

—Es sólo un caso benigno. Ni siquiera toma insulina.

—Eso era antes. Su proporción de azúcar en la sangre subió de pronto ayer. Si no hubiera estado comprobando su orina regularmente, le hubiera pasado inadvertido y hubiera entrado en estado de coma.

—No puedes incluir la diabetes en el síndrome de la esposa del doctor.

—La diabetes de Grace no era grave y estaba controlada, pero subió la proporción de azúcar vertiginosamente ayer por la mañana.

—Y Mort mató a Lorrie la tarde antes. Me imagino que fue el disparo lo que sacudió nuestro pequeño mundo.

—Pudo haber destruido un montón de vidas —dijo Dave seriamente—. Ruego a Dios que sirva para unir a unos cuantos o al menos que podamos recoger los trozos en alguna parte.

—¿Cómo está Paul?

—Bien. Dieter le permite levantarse.

—¿Y Elaine?

—Es el mismo retrato de la salud y de la felicidad. Incluso un psiquiatra no siempre comprende a las mujeres, Maggie. ¿Puedes decirme por qué Elaine ha de estar orgullosa de Paul después de haber estado con otra mujer?

—Es sencillo —dijo Maggie encogiéndose de hombros—. A todas las esposas les gusta pensar que sus maridos son atractivos para otras mujeres, halaga su *ego* el saber que la eligió a ella por encima de las otras. Elaine acaba de tener una prueba de que no es el patán que parece ser, y habiendo muerto Lorrie, no tiene que preocuparse de que vuelva a intentarlo otra vez.

—Si tienes esa capacidad para el análisis —dijo Dave sonriendo— no necesito

aplicarte ninguna clase de psicoterapia.

—Entonces, ¿piensas realmente que puedo irme a casa tranquila?

—No.

—¿Por qué?

—Hay una parte de ese artículo que al parecer no has leído, al final. —Abrió la revista que llevaba y hojeó las páginas hasta encontrar lo que buscaba—. Escucha esto: «Varios factores deben considerarse en el enfoque terapéutico con este tipo de paciente. Primero, el alivio sintomático de la depresión y el cumplimiento de las necesidades de dependencia inherentes a la situación en el hospital, permite a menudo a estos pacientes regresar rápidamente a un alto nivel de actuación social sin efectuar necesariamente un cambio en la psicopatología subyacente. La paciente y su familia pueden entonces llegar a la conclusión de que ésta ya está curada y dispuesta para regresar al hogar. Segundo, el deseo natural de mantener unas buenas relaciones con el colega de profesión puede hacer que el terapeuta acceda consciente o inconscientemente a las exigencias neuróticas de la paciente, por ejemplo, a las solicitudes de investigación intensiva de síntomas físicos.

»Tercero, los sentimientos de transferencia de los pacientes con un elevado índice de retraso mental de origen histérico pueden ser complicadas y difíciles de tratar. Transfieren muchos de sus sentimientos hacia el marido médico a esa relación con el médico psiquiatra.

»Cuarto, a causa de la posibilidad de que el marido continúe siendo absorbido por sus compromisos profesionales y no pueda servir como fuente principal de satisfacción de las necesidades de apoyo por parte de su mujer, debe exhortarse a la paciente a que adopte una actitud independiente, de acuerdo con el papel que le corresponde como esposa.

—¿Es esto lo que tratas de hacer conmigo? —preguntó Maggie—. ¿Establecer un papel independiente y con amplio contenido personal?

—No, Maggie. Quiero hacer exactamente lo que el artículo dice, estimularte para que adoptes el papel que te corresponde como esposa. La dificultad está en que no estabas dispuesta a dejar que nadie te ayudara, ni siquiera Joe.

—Pero él...

—Sé que tienes un complejo con relación a Joe, pero no podrías estar más equivocada. Tú eras mi secretaria, ¿recuerdas? Conozco tu inteligencia y tus cualidades. Si dejaras de menospreciarte alguna vez...

—¿Por qué no me corriges, pues, y no dejas que todo lo haga yo? —dijo encolerizada—. Tú eres mi psiquiatra. Tú debes conocer cuáles son mis debilidades.

—Tengo una idea bastante aproximada, pero no creo que haya llegado el momento de escarbar tan profundamente en el inconsciente.

—¿Ni siquiera después de lo que intenté hacer?

—Confío en que tengas el sentido común suficiente para darte cuenta de que ésa no es la forma de utilizar la inteligencia que te ha dado Dios —dijo Dave secamente

—. Créeme, hablar contigo de esta forma es mucho mejor que tener que aplicar el *shock* eléctrico.

Había lanzado el disparo deliberadamente, contando con el hecho de que ella había visto aplicar estos *shocks* cuando trabajaba como secretaria suya, para ayudarle a apelar a la inteligencia que sabía que ella poseía. Y cuando ella palideció de repente, sabía que el proyectil había dado en el blanco.

—¿Qué quieres que haga? —le preguntó.

—Hay una reunión de alcohólicos anónimos prevista para el sábado por la noche no lejos de aquí. Quiero que asistas a ella.

—¡Alcohólicos anónimos! —Su voz se elevó con unas notas agudas muy aproximadas a las de histeria—. ¿Estás loco?

—Es lo único que puede ayudarte, Maggie. Una vez has intentado el suicidio, has saltado la raya. Nadie puede decir si volverás a hacerlo y tal vez no esté allí Joe para ayudarte.

El golpe le produjo una sacudida, de acuerdo con lo que él pretendía.

—¿Quieres morir realmente? —preguntó él, aprovechando la ventaja que se le brindaba.

—Quiero que todo vuelva a ser como cuando empezamos —dijo gimoteando.

—No puedes volver atrás. Nadie puede hacerlo, pero puedes cambiar el futuro, que es incluso mejor que el pasado, si estás dispuesta a trabajar y a ayudarte. La pregunta es: ¿Estás dispuesta a admitir que necesitas ayuda?, pues, de lo contrario, morirás.

—Tú y tus malditas revistas médicas. —Siguió gimoteando y él sabía que había ganado la primera escaramuza. Desde aquel momento, todo dependía de ella y de Joe.

Capítulo XXII

Pete Brennan entró en la sala de rayos X un poco después de las tres y media. El pequeño Jerry Monroe estaba echado sobre la mesa a su derecha, con la cabeza todavía sujeta a la superficie plana con esparadrapo para mantenerla inmóvil. Jeff Long estaba sentado junto al niño, tomándole el pulso en la sien. En una bandeja a su lado se hallaban la jeringa y la aguja, con la que le habían aplicado una pequeña dosis de pentotal de sodio por vía intravenosa para impedir que Jerry se moviera durante la inyección y durante la aplicación de los rayos X.

En otra mesa estaban la jeringa y aguja con la que Antón Dieter había inyectado diestramente una punta de sonda profundamente en los tejidos del pequeño cuello, en busca de las pulsaciones de la arteria carótida. Al encontrarla, había inyectado rápidamente una solución de diatrizoato de sodio que había llenado las arterias del cerebro por breve tiempo, permitiendo que se hicieran visibles con los rayos X.

Ahora iban saliendo las películas del revelador automático. Seis de ellas habían sido tomadas en sucesión rápida después de la inyección, con el objetivo exactamente adecuado para captar el esquema de las arterias cerebrales mientras el tinte corría por ellas. Un técnico tomó las películas del secador y las colocó contra las partes frontales de cristal de una serie de vitrinas adosadas a la pared.

—Aquí lo tiene —dijo el doctor Sam Penfield, el radiólogo del hospital—. Un pequeño aneurisma de la arteria comunicante anterior.

No se podía negar la evidencia. El esquema de canales de sangre en la base del cerebro del niño estaba delimitado por el tinte opaco y los rayos X con la misma claridad que si se tratara de un diagrama anatómico, contra el fondo más oscuro señalaban las arterias claramente.

En los puntos en que el tinte había llenado los vasos sanguíneos, los rayos habían sido rechazados por la sal metálica que era su principal elemento constitutivo, formando un dibujo de amplio contraste en blanco contra el fondo oscuro.

Pete Brennan se acercó a la batería de visualizadores, estudiando detenidamente cada una de las películas. Antón Dieter había puesto la inyección, pero la anomalía observada pertenecía al campo de neurocirugía que Pete abarcaba. Veíase un diminuto saco conectado a un vaso sanguíneo situado en la base del cerebro donde las derivaciones de la arteria carótida formaban un esquema denominado Círculo de Willis.

De repente profirió una exclamación de sorpresa y miró más de cerca a la cuarta película de la serie, la que mostraba el saco del aneurisma en su mayor grado de relleno con el líquido inyectado.

—Echa una ojeada aquí, Sam —dijo el radiólogo—. ¿No es esto una pérdida de tinte a través de la pared del aneurisma?

Penfield se acercó con Antón Dieter pegado a su codo y ambos examinaron la película un instante. Llamando a uno de los técnicos para que trajera una lente de

aumento, estudió la parte de la película en cuestión una vez más, retrocediendo luego y entregando el amplificador a Pete Brennan.

Con la zona aumentada varias veces era evidente que parte del tinte se había salido del saco, prueba de una rotura que de un momento a otro podía convertirse en una hemorragia masiva. Entregando la lente a Antón Dieter, Pete pasó a la otra habitación donde Jeff Long observaba a Jerry que yacía sobre la mesa durmiendo.

—¿Hay indicios de movimientos convulsivos, Jeff? —preguntó.

—No, señor. ¿Qué ocurre, doctor Brennan?

—Hemos podido ver un pequeño aneurisma en la arteria comunicante anterior. Existe una ligera pérdida hacia los tejidos circundantes. Podemos detectar la sombra del tinte fuera del saco del aneurisma.

—Ahí debe ser donde se produjo la hemorragia original. No le deja alternativa, ¿no es cierto?

—Tendremos que operar —convino Pete—. ¿En qué forma se encuentra?

—Buena, señor. Lo anestesié debidamente con una inyección luminal de sodio antes de salir de la habitación, de forma que necesitó poco pentotal para el angiograma, lo suficiente para impedir que se moviera al pincharle con la aguja.

—Voy a utilizar un enfoque estereotáctico, pero tardaré varias horas en tenerlo listo —dijo Pete—. ¿Aguantará todo ese tiempo su anestesia basal?

—Estoy seguro de ello.

—Bien. Entonces puede llevarle a su habitación ahora. El doctor Dieter y yo hablaremos con su madre.

Antón Dieter seguía estudiando los rayos X cuando Pete regresó a la sala de visualización.

—Me parece un buen caso para la inyección de impurezas de hierro —dijo el neurocirujano—. ¿Está de acuerdo?

—Perfectamente.

—Le agradecería que operara conmigo, Antón, si tiene tiempo.

—Para esto encontraré el tiempo —dijo Dieter resuelto.

—Voy a intentar un enfoque estereotáctico mediante un orificio con buril. Por tanto, precisaremos una buena cantidad de películas —dijo Peter al radiólogo—. ¿Cree usted que hay peligro de radiación excesiva?

—No en la zona del cráneo —dijo Penfield—. Colocaremos una protección de plomo sobre la mitad inferior de su cuerpo mientras esté en la mesa de operaciones para proteger los órganos sexuales.

Cada vez más los especialistas en rayos X utilizaban esa protección con los muchachos para que no se volvieran estériles accidentalmente a causa de los rayos X, mientras se estudiaban las otras partes del cuerpo.

Janet Monroe había estado sentada en la sala de espera del departamento de rayos X. Iba de uniforme, dispuesta para entrar en su turno.

—Su hijo está portándose bien —le dijo Pete Brennan cuando un especialista la

llevó a la sala de visualización—. Jeff Long lo acompaña ahora a su habitación.

—Entonces no es nada... —Janet paró de hablar—. Perdóneme, doctor Brennan. Estoy bastante nerviosa.

—Mal iría si no lo estuviera en estos momentos —le aseguró—. Hemos localizado el trastorno. Es exactamente lo que creíamos.

—¿No es un tumor? —preguntó ella rápidamente.

—No. Hay un pequeño aneurisma de una de las arterias de debajo del cerebro. Venga hacia aquí y podrá verlo.

Cogió un puntero e indicó sobre una película de rayos X el emplazamiento del trastorno.

—Se aprecia claramente, ¿no es cierto?

—Eso facilita muchísimo nuestro trabajo —le aseguró Pete.

—Tendrán que operar, ¿verdad? —Janet era una buena enfermera y no ignoraba el significado del aneurisma.

—Sí.

—¿Cuándo? —Esta tarde.

—Pero ¿por qué esa prisa?

—Normalmente podríamos esperar unos días —explicó Pete—, pero hay una complicación. Cuando el doctor Harrison encontró sangre en el fluido espinal de Jerry, supimos que había una pérdida. Evidentemente, a la luz de estos rayos X, era el aneurisma.

—Pero cesó.

—Sólo por poco tiempo. Estas películas indican que sigue habiendo filtración, que es lo que podía esperarse. En la mitad de los casos de hemorragia procedente de un aneurisma dentro del cráneo se produce otro derrame dentro de los seis meses y en la otra mitad se da dentro de los diez días.

No le dijo que cuando la hemorragia era persistente, el índice de mortalidad se elevaba al setenta y cinco por ciento, sabiendo la reacción que le produciría ese informe estando implicado el pequeño Jerry.

—Hace un año las perspectivas para su hijo hubieran sido muy graves —continuó—. Afortunadamente, algunos cirujanos de la costa del Pacífico, descubrieron recientemente un nuevo procedimiento. El riesgo con esta forma de operar es mucho menor que antes cuando debía abrirse y hacer un ligamento del vaso al que el aneurisma va conectado.

—¿Una nueva operación?

—Para nosotros, sí, pero los que la han utilizado informan que han obtenido resultados excelentes. El doctor Dieter y yo hemos estado aguardando que se presentara un caso apropiado. Jerry parece cumplir todos los requisitos.

—¿En qué consiste el nuevo procedimiento? —preguntó Janet.

—Es sorprendentemente sencillo. Una pequeña cantidad de lo que se denomina escoria, que contiene limaduras muy finas de hierro, es inyectada en el aneurisma y

se mantiene allí mediante un pequeño imán hasta que se forma un coágulo y suprime la cavidad.

—Pero ¿cómo pueden ustedes colocar dichas limaduras dentro del cerebro?

—Ese problema fue resuelto hace varios años mediante lo que denominamos ahora técnica estereotáctica —explicó—. Tomando medidas sobre clisés de rayos X desde diversos ángulos, podemos calcular la profundidad del aneurisma y los ángulos exactos que debe tomar la sonda magnética para llegar hasta el mismo. Entonces, utilizando el marco estereotáctico, sólo precisamos hacer una pequeña abertura para introducir el imán e inyectar la escoria.

No quiso ampliar la descripción de la operación. No había necesidad de inquietarla diciéndole que colocar la sonda magnética, de la que dependía todo el éxito de la operación, exactamente de forma que tocara la pared del aneurisma, implicaba una técnica extremadamente delicada en un paciente tan pequeño.

—¿Cuándo va a operar? —preguntó Janet.

—Tardarán un par de horas en preparar la técnica estereotáctica en la sala de operaciones. —Pete Brennan miró su reloj y observó que ya eran más de las cuatro—. Si cenamos pronto, podremos empezar a las seis y media aproximadamente.

Amy había asistido a una reunión profesional después de salir del cementerio a continuación del funeral. Había habido una reunión de la comisión ejecutiva más tarde y no había llegado a casa hasta después de las cinco.

Durante toda la tarde había experimentado un persistente sentimiento de desazón, cuya causa rehusaba confesarse a sí misma. Mientras subía las escaleras hacia el pórtico de la majestuosa casa con sus altas columnas acanaladas situada sobre la loma que dominaba el río, luchaba en su interior sobre si debía preguntar a Pete algo que la preocupaba.

—El doctor Brennan acaba de telefonar, señora. —La criada había venido desde la cocina al oír que se abría la puerta frontal—. Dijo que tenía que operar al niño de la señora Monroe hacia las siete, y que, por tanto, llegaría tarde a casa.

—Entonces, cenaré sola, Ethel. —Siendo esposa de un neurocirujano, Amy sabía desde hacía tiempo que tales operaciones suelen durar varias horas—. El doctor Brennan tomará un bocadillo camino de casa, si llega muy tarde, o yo misma se lo prepararé.

—Bien, señora. ¿Quiere cenar ahora?

—Sí.

Amy apenas tocó la comida. El sentimiento de intranquilidad que no la había abandonado en casi todo el día era como un nudo en la garganta. Cuando acabó, subió a la habitación que compartía con Pete, y, cogiendo el teléfono, marcó el número al que no se decidía a llamar toda la tarde.

—¿Tío Jake? —preguntó cuando la voz del anciano sonó en sus oídos—. ¿Estás bien?

—Claro, Amy. ¿Qué pasa?

—Pete tiene una operación de emergencia, de modo que pensé comprobar si necesitabas algo.

—Los niños están aquí; es todo lo que necesito. ¿Estás preocupada por algo, Amy?

—No. Bueno, sí.

—¿Qué te preocupa, muchacha?

—El pasaje de la Escritura que el ministro leyó esta mañana, acerca de la mujer cogida en adulterio. Tú le pediste que lo leyera, ¿no es cierto?

—Sí. —El anciano rió quedamente—. Refunfuñó un poco al principio, pero él sabe que soy el mayor contribuyente de la diócesis, así que al final accedió.

—¿Por qué lo hiciste, tío Jake?

—Pensé que algunas personas de por aquí necesitaban que se les recordaran las virtudes del perdón y la tolerancia, sobre todo una persona.

—¿Era...? ¿Soy yo esa persona?

—Sí, Amy.

—Algo que dijiste esta mañana me hizo pensar que era yo.

—Si creíste que se aplicaba a ti, entonces debe ser así —dijo el anciano.

—Pero ¿por qué, tío Jake?

—Como te dije esta mañana, Amy, os quiero mucho a ti y a tu marido, pero una mujer no debe ser el cabeza de familia, eso es tarea del hombre. Siempre que alguien le arrebatara esa prerrogativa se producen disgustos.

—¿Qué sabes tú que no sepa yo, tío Jake?

—Nada, pero yo tuve una esposa que parecía dispuesta a ser más que yo y tenía que zurrarla o dejarla. Tú tienes un buen marido, Amy; el hombre que cualquier mujer podría desear. No hagas que huya de ti. Buenas noches.

Ella sintió la primera pulsación de dolor mientras sonaba el auricular en su oído y sabía que la tensión que se había ido acumulando en su interior todo el día estaba dispuesta a explotar en el dolor de jaqueca. Corriendo al armario, abrió un cajón y buscó debajo del forro de papel en busca del pequeño escondite de las jeringas de morfina. Al encontrar una, desenvolvió la diminuta aguja, frotó la piel de su brazo con alcohol y clavó la punta en la piel, empujándola hacia los tejidos donde la inyección sería absorbida rápidamente. Apretando el pequeño tubo, lo enrolló cuidadosamente hasta que se vació y se hubo inyectado la última gota de la solución de narcótico.

Como había ocurrido en las dos noches anteriores, una cálida sensación de relajamiento empezó a esparcirse inmediatamente por su cuerpo, desde el punto donde le había pinchado la diminuta aguja, formando un círculo que iba agrandándose. Sin embargo, no cedió inmediatamente a la languidez del sueño, pues quería que su cuerpo estuviera fragante y suave con el perfume que gustaba a Pete cuando llegaba a casa. Tomando una ducha rápida, secó la piel, empolvó su cuerpo y se aplicó el perfume en algunos puntos de su cuerpo. Entonces, poniéndose el camisón que había comprado antes de partir del lugar donde se celebró la reunión del distrito sexto hacía sólo un par de días —aunque a ella le parecía haber pasado ya mucho tiempo— se estiró sobre la cama con una revista para esperarle.

Sin embargo, sus ojos empezaron a cerrarse. Al cabo de un rato la revista caía de sus dedos y quedó dormida.

Roy Weston estaba a punto de terminar su jornada a las cinco y media del viernes por la tarde, cuando sonó el teléfono en el despacho exterior.

—El alcaide dice que el doctor Dellman quiere verle —le llamó su secretaria a través de la puerta abierta.

—Dile que ya me he ido y que no volveré. La vio hablar por teléfono, luego se volvió para llamarle de nuevo a través de la puerta.

—Dice que insiste mucho. Explica que va a exigir un *babeas corpus* o algo así.

—Está bien, lo veré. Di al guardia que lo lleve a la sala de consultas.

«¡Maldito bastardo!», pensó Roy mientras subía en el ascensor especial desde la oficina del juzgado hasta la cárcel. Ya era demasiado malo el que Mort Dellman pudiera echar al agua todas las probabilidades que pudiera tener su candidatura a fiscal general del Estado, para que ahora pudiera aumentar sus exigencias valiéndose de saber que tenía sujetos a una gran cantidad de gente que eran amigos de Roy.

Cuanto más pensaba en Lorrie, llena de vida, amable y bromista —y su primer amor hacía muchos años—, yaciendo en aquel ataúd a dos metros de la tierra, más acariciaba la idea de acusar a Mort Dellman por haberla matado ¡y al diablo las consecuencias! Cuando el bioquímico fue acompañado a una de las pequeñas oficinas alrededor de la sala central de entrevistas, poco después de llegar Roy, el fiscal estaba a punto de estallar. Sin embargo, Mort Dellman tenía un aspecto insolente y Roy sintió que su irritación se desbordaba con sus modales.

—Está bien —dijo secamente—. ¿Qué pasa?

—Quiero salir de aquí.

—Está detenido. No es usted quien debe decidir cuándo debe irse.

—Eso sucederá a menos que usted tome medidas para sacarme de aquí.

—¿Qué medidas?

—Usted puede llevarme al jurado de acusación cuando quiera, Roy, y yo quiero que sea ahora mismo. Su condenada cárcel no es el Waldorf, ya lo sabe.

—Lo haré después de consultarlo.

—El mejor consejo es el de que me saque de aquí ahora —dijo el bioquímico—. La ley dice que no puede retenerme sin alguna acusación y eso equivale a una vista.

—Está bien. Mañana es sábado y el lunes Día del Trabajo. Dispondré que lo lleven ante el jurado de acusación el martes.

—No estoy conforme. Quiero la vista mañana.

—¿Sábado?

—Me importa un comino que sea sábado o no. O bien ordena la vista o bien iniciaré un procedimiento por retención ilegal.

—¿Desde cuándo está usted versado en leyes?

—Conozco mis derechos. —Mort Dellman sonrió cruelmente—. Debería saberlo por la forma en que le metí en este aprieto.

—Suponga que no accedo a su solicitud.

—Como dije, habrá un procedimiento por retención ilegal y puede estar seguro de que revelaré ciertos hechos que saldrán en los titulares de los periódicos el fin de semana.

Roy estuvo tentado de dejar que Mort Dellman hiciera lo que estaba amenazando hacer y empezara a hablar con la probabilidad de que cuando declarara en el juicio, el preso admitiera que había ido a la casa el miércoles por la tarde con la intención de disparar contra Lorrie y el estudiante, colgándose de este modo una soga al cuello, pero desechó la idea, a pesar de lo tentadora que era.

Era cierto que la oportunidad de Roy de seguir con su campaña contra Abner Townsend el próximo año para el cargo de fiscal general del Estado parecía carecer de interés ahora, pero si Mort lo acusaba de parcialidad ante el tribunal a causa de aquella aventura con Lorrie hacia años, los periódicos lo pregonarían con bombo y platillo. Entonces cualquier pequeña oportunidad que tuviera de llegar en el futuro al capitolio del Estado se hubiera destruido.

—De acuerdo, Mort —dijo—. Convocaré al jurado de acusación mañana.

—¿A qué hora?

—Elmer Hill es el portavoz, pero está fuera de la ciudad y no regresará hasta mañana por la tarde. Avisaré al resto para que estén aquí mañana a las siete de la tarde. Elmer estará de regreso aquí a esa hora.

—Tendré que conformarme, si no puede hacerse más temprano. ¿Estará Paul McGill en condiciones de prestar testimonio?

—No creo. Hace sólo cuarenta y ocho horas que fue operado. ¿Por qué?

—Quiero una declaración suya indicando claramente lo que sucedió en mi casa aquella tarde con mi esposa. ¿Se cuidará usted de tomarla o tendré que acudir a mi abogado para que lo haga?

—A propósito, ¿quién es su abogado?

—No lo he decidido del todo, pero puedo conseguir uno a toda prisa si lo necesito.

—Tomaré el cuidado a Paul por la mañana —le prometió Roy. No creyó que el dermatólogo pudiera declarar algo que pudiera ser perjudicial para Mort Dellman, pero si existía esa posibilidad, podía aprovecharse de ello tomando la declaración personalmente y haciendo las preguntas—. ¿Quiere usted que llame a alguien más?

—No. Una vez Paul confiese lo que estaba haciendo con Lorrie, tendré todas las pruebas que necesito, pero procure hacerle las preguntas correctas.

—Estoy tan interesado en que se haga justicia como usted —dijo Roy secamente—. Si el jurado no puede reunirse mañana por la tarde por alguna razón, se lo haré saber.

—Mejor será que procure que se reúna —le dijo Mort Dellman—. Le veré en el juicio, Roy.

Viendo salir al preso del despacho, Roy decidió que preferiría ver a Mort Dellman

en el infierno, pero tal como iban las cosas, esa posibilidad era muy remota.

La jefa de enfermeras del hospital había encontrado a alguien para relevar a Janet Monroe para el turno de tres a once y Janet estaba sentada junto a la camilla de Jerry en la sala de Pediatría cuando Jeff Long bajó con la camilla a las seis menos veinte para llevarlo a la sala de operaciones. El niño había estado durmiendo plácidamente desde que lo habían traído del departamento de rayos X una vez tomados los angiogramas.

Jeff había dirigido una mirada aguda a Janet observando la caída de sus hombros bajo el blanco uniforme, las marcadas líneas en torno a su boca y el color de sus ojos enrojecidos por el llanto.

—No te lo tomes así —le dijo—. Ya sabes que podía ser mucho peor.

—No veo por qué.

—Sólo ha habido una pequeña filtración de sangre esta segunda vez. Pudo haber sido una hemorragia masiva que hubiera hecho imposible la utilización del nuevo método operatorio.

Ella alargó su mano para tocar su brazo en un gesto instintivo de súplica que destrozó su corazón.

—Dime la verdad, Jeff. ¿Qué oportunidades tiene Jerry?

—Todas las que puede haber. Ahí está la ventaja de la técnica de la escoria de hierro. El doctor Brennan la describió en una reunión del personal poco después de haberla visto funcionar en California. Créeme, los resultados son milagrosos.

—Pude ver el aneurisma en los rayos X —dijo ella, aún dudosa—, pero hallar algo tan pequeño dentro del cráneo debe ser como buscar una aguja en un pajar.

—Te equivocas, cariño. —El enfermero había levantado a Jerry para depositarlo sobre la camilla y estaba esperando a Jeff fuera en la puerta—. Habiendo aparecido tan claramente el aneurisma en los clisés, el doctor Brennan puede decir exactamente dónde debe colocarse el marco estereotáctico. Teniendo esta orientación, colocar la sonda es sólo cuestión de determinar dos ángulos matemáticamente exactos. El punto de su intersección indica el camino que debe recorrer la sonda.

—Yo creo que estoy demasiado preocupada para comprenderlo —admitió ella.

—Naturalmente. Mañana cuando todo haya pasado y Jerry esté bien, te llevaré a la sala de operaciones y sacaré el marco estereotáctico para que puedas saber exactamente cómo se hace. Ahora ánimate y no empieces a preocuparte si estamos allá arriba mucho tiempo. Este procedimiento exige muchas mediciones y cálculos para conseguir los ángulos exactos. La mayor parte del tiempo Jerry no estará bajo los efectos de la anestesia pero estaré allí con él todo el tiempo.

—¿Qué he hecho para merecer alguien como tú? —dijo impulsivamente y Jeff Long sonrió.

—Tú eres así y además madre de Jerry. Los tres vamos a divertirnos mucho cuando todo esto acabe.

Había pasado más de una hora desde que Jeff Long había aplicado a Jerry Monroe una ligera anestesia preliminar y pasado un tubo en su tráquea a través del cual se le había suministrado el anestésico durante la primera fase de la operación. El marco estereotáctico, un anillo circular de metal, calibrado de forma que las medidas pudieran leerse en milímetros había sido colocado en el pequeño cabezal rebajado y bloqueado exactamente por medio de accesorios que lo unían a las aberturas del oído, en los bordes orbitales por encima de los ojos y en el duro paladar dentro de la boca. Teniendo el marco así inmovilizado, se habían ajustado dos planos básicos para medir y formar ángulos desde los mismos. El plano horizontal iba desde los bordes de la cuenca superior del ojo a través de las aberturas del oído, y el plano vertical, perpendicular a éste en un punto que dividía exactamente la distancia entre los oídos, y, por tanto, en el centro exacto del cráneo.

Utilizando dispositivos alargadores vinculados al anillo básico del marco, Pete Brennan había localizado exactamente un punto en la parte posterior del cráneo. Allí había hecho una pequeña incisión, apenas de dos centímetros de largo, habiendo realizado a través de la misma una pequeña abertura en el cráneo con un trépano en forma de buril. Introducido por esa abertura, un tubo delgado y flexible, más pequeño en diámetro que un grano de arroz, había sido impulsado fácilmente a través del tejido cerebral hacia una de las cavidades del cerebro: los ventrículos, como se les denominaba en terminología médica.

Una pequeña cantidad de un compuesto químico similar al utilizado para visualizar las arterias y el aneurisma en los rayos X, había sido introducida entonces en la cavidad del cerebro a través de un pequeño tubo y, moviendo la cabeza del paciente, permitía que ésta fluyera hacia delante en dirección a la parte frontal del tercero de los cuatro ventrículos del cerebro. Podía apreciarse ahora en los rayos X tomados inmediatamente después, como una burbuja de opacidad blanca, que marcaba el emplazamiento de lo que se llamaba la comisura anterior, el punto principal de partida en cuanto al cerebro para calcular la distancia y los ángulos necesarios para llegar al aneurisma que amenazaba destruir la vida del pequeño Jerry.

—Este ángulo servirá —anunció Pete Brennan con satisfacción mientras levantaba la vista de la mesa a un lado de la sala de rayos X, donde él y Antón Dieter habían estado realizando cálculos y mediciones en los clisés tomados de la comisura anterior con el anillo estereotáctico de metal emplazado—. Creo que estamos todos de acuerdo con respecto a los ángulos y a la distancia.

El doctor Sam Penfield, el radiólogo, había estado también observando las mediciones y cálculos que se habían hecho a partir de los clisés de rayos X. Al dar su asentimiento, Pete Brennan dijo:

—¿Empezamos a trabajar, Antón?

Jeff Long miró hacia arriba rápidamente cuando los cirujanos regresaron al

quirófano, que habían abandonado al final de la primera fase del procedimiento quirúrgico con el fin de estudiar los rayos X.

—Lo tenemos todo magníficamente calculado, espero —dijo Pete Brennan respondiendo a la pregunta muda del joven doctor—. ¿Está bien el niño?

—Muy bien —dijo Jeff—. La anestesia basal lo mantiene perfectamente.

—Haré la segunda incisión con anestesia parcial en ese caso —dijo el neurocirujano—. Es mejor que esté lo más cerca posible del estado consciente, de forma que podamos descubrir los efectos desfavorables mientras la sonda penetra el tejido cerebral.

Concentrándose en la delicada tarea de realizar los ajustes finales de ángulos y bloqueando debidamente el manguito metálico a través del cual se introduciría la sonda magnética, Pete Brennan comprendió que todos los detalles desagradables que le habían ocupado tanto tiempo desde que llegó al embarcadero anteayer por la tarde y oyó la desconcertante noticia de la muerte de Lorrie Dellman, pasaban esfumándose a un segundo plano. Todo su mundo en aquel momento se había reducido a sólo aquella sala de operaciones brillantemente iluminada, la mesa, las vendas bajo las cuales se ocultaba completamente el cuerpecito de Jerry Monroe a excepción ahora del brillante anillo metálico del marco estereotáctico, sus diversos accesorios y un pequeño círculo de cuero cabelludo bajo el mismo, pintado de grana brillante con el antiséptico utilizado en la preparación del campo operatorio.

Los años de estudios y entrenamiento técnico que lo habían preparado para su profesión y las mediciones minuciosamente exactas de ángulos y distancias que acababa de realizar a partir de los estudios preliminares de rayos X, todo esto eran factores de tanta utilidad como el puente metálico que ahora conexionaba al marco circular y los calibres del dispositivo más pequeño unido al mismo, mediante el cual se reproducía exactamente el ángulo predeterminado de entrada.

Utilizando una sonda sin punta exactamente similar al imán ranurado que sería introducido después, localizó en el cuero cabelludo del pequeño paciente el punto donde se realizara la segunda abertura con el buril a través del cráneo para dejar al descubierto el cerebro situado debajo. Una pequeña aplicación de novocaína en aquel punto quitaba toda posibilidad de producir dolor, puesto que el hueso y el cerebro eran completamente impermeables al mismo. La pequeña incisión en el cuero cabelludo fue prolongada hacia abajo hasta la capa exterior ósea del cráneo, realizando rápidamente la abertura a través de la misma con la ayuda de un trépano con forma de buril. Entonces, utilizando un bisturí de punta afilada, Pete desgarró la parte más exterior de las capas meníngeas que cubren el cerebro, permitiendo que el tejido vital del propio centro del sistema nervioso pudiera ser observado en las profundidades de la pequeña abertura en el cráneo.

Pete empleó ahora, en vez de la sonda sin punta que había utilizado para localizar las incisiones en la piel y en el cráneo, la sonda magnética, con una ranura en su parte lateral inferior por la que pasaría la aguja que inyectaría el preparado de hierro, una

vez que el instrumento estuviera situado y su posición verificada por los rayos X. Mientras el doctor Sam Penfield leía en voz alta los ajustes de ángulo para el delgado imán permanente, Pete Brennan comprobaba una vez más el ángulo del manguito a través del cual se introduciría el imán. Cuando ambos grupos de cifras coincidieron, empezó a empujar con cuidado la sonda dentro del tejido cerebral.

—No lo pierdas de vista, Jeff —dijo Pete al anestésista—. Si hay cambios, dímelos en seguida.

La alarma de perturbación de algún centro vital del cerebro puede producirse de doce formas distintas, un cambio repentino en la pupila de uno de los ojos, un ligero movimiento convulsivo, alteración en las funciones vitales de respiración, etcétera.

Sin embargo, no se produjo cambio alguno, mientras la sonda era impulsada a mayor profundidad dentro del tejido cerebral. Sólo una pequeña porción del eje de metal permaneció fuera del cráneo, cuando el cirujano llegó al punto que había marcado en la superficie exterior del imán con una lima, indicando que había penetrado hasta la distancia exacta que las anteriores mediciones habían vaticinado matemáticamente que sería necesaria para alcanzar el pequeño aneurisma situado en la base del cráneo.

—Está emplazado, Sam —dijo Pete Brennan al radiólogo y los técnicos de rayos X que estaban aguardando tomaron vistas rápidamente en dos planos: el vertical o anteroposterior y el lateral, es decir, directamente desde el lado. Reveladas con rapidez, fueron devueltas a la sala de operaciones y a los aparatos de visualización de la pared, donde los cirujanos las estudiaron junto con el radiólogo.

—Esa pequeña filtración que observamos en el angiograma está en el extremo de la sonda —todo el mundo en la sala de operaciones pudo notar el orgullo en la voz de Pete Brennan—. Yo diría que la sonda está tocando a la pared; ¿no opinas lo mismo, Sam?

—Exactamente en ese punto —convino el doctor Penfield—. Está perfectamente comprobado, Pete.

Puesto que la sonda había sido introducida por un manguito metálico fijo, cuyo ángulo estaba inmovilizado en el marco estereotáctico, la tarea de introducir una delgada aguja por el cuello en su parte lateral sin estorbar al imán era sencilla. Sosteniendo la aguja —sin estar unida a la jeringa— entre su pulgar e índice derechos, y la sonda con la mano izquierda, Pete Brennan la deslizó lentamente por el interior de la sonda. Había marcado previamente en el eje de la aguja la longitud del imán, de modo que pudiera advertir cuando la punta, introduciéndose profundamente en el cerebro, hubiera alcanzado el aneurisma.

Cuando la diminuta marca en el eje de la aguja estuvo frente al extremo exterior de la sonda, indicando que la punta estaba ahora tocando la pared del aneurisma, hizo un momento de pausa. Cuando empezó a empujarlo un poco más allá, tal vez *fue* su imaginación la que le hizo sentir una resistencia cada vez mayor a la punta de la aguja puesto que estaba presionado contra la pared de la cavidad aneurísmica. En

todo caso, estaba seguro de haber notado un suave chasquido dentro del cerebro, tangible aunque no audible, mientras penetraba la pared del aneurisma.

Un suspiro profundo se elevó de los espectadores que observaban en estado de tensión cuando de repente brotó un diminuto chorro de sangre del extremo abierto de la aguja. Ese chorro que seguía el mismo ritmo de las pulsaciones formando un arco carmesí empezó a salpicar los verdes vendajes, indicándoles que se había llegado al punto de destino en el cerebro.

—*Ach Himmel!*

El explosivo murmullo de satisfacción de Antón Dieter fue el punto final de la escena.

—¡Ditto! —sonrió Pete Brennan—. La escoria, por favor. La enfermera había estado esperando con una pequeña cantidad de la mezcla viscosa de hierro en una jeringa. Se la entregó ahora y desplazando los dedos de su mano izquierda hacia el vástago de la aguja, le unió la jeringa con cuidado, parando el pulso arqueado de sangre. Cuando extrajo suavemente en el émbolo de la jeringa una gota de color rojo que había chorreado a la jeringa, indicándole que la punta seguía dentro del aneurisma, empezó a inyectar lentamente, impeliendo la mezcla de hierro que oponía cierta resistencia a través de la aguja hacia la cavidad del aneurisma. Continuó la inyección hasta que fue inyectada la cantidad total previamente calculada por él mismo, la necesaria para llenar la cavidad mediante medición de su diámetro en los clisés de rayos X del angiograma que Antón Dieter había realizado unas horas antes en aquella tarde. Entonces, sosteniendo la aguja y la sonda, dio unos pasos atrás para que los técnicos en rayos X pudieran realizar clisés confirmatorios.

Mientras que se revelaban estos últimos, se cerró la diminuta herida en la piel alrededor de la sonda con varias suturas de hilo de seda para impedir la entrada de infección en los diversos días que se dejaría en su emplazamiento. Durante ese tiempo, si todo iba bien, el potente campo magnético hacia el extremo de la sonda sostendría las partículas de hierro inmovilizadas dentro del aneurisma y produciría la formación de un coágulo metálico duro, éste a su vez sería reemplazado poco a poco por un tejido fibroso que crecería a partir de la pared del aneurisma, cerrándolo para siempre.

Los clisés finales mostraron una pequeña burbuja de partículas metálicas claramente delimitadas exactamente en el punto que existía el aneurisma, y cuyo resultado habían estado luchando por conseguir. Pete Brennan se sintió satisfecho mientras colocaba cuidadosamente un pequeño ovillo de algodón y gasa sobre el extremo exterior saliente de la sonda para impedir que fuera movida de su sitio y lo cubrió con un vendaje luminoso para proteger aún más el imán. Cuando se quitaron las cortinas que ocultaban al anestesista, Jeff Long miró hacia arriba y sonrió.

—No llegó a moverse, doctor Brennan —informó—. Estuvo usted acertado todo el tiempo.

Desde los observadores de la galería se produjeron unas palmadas de aplauso que

se oyeron incluso a través del grueso vidrio de la ventana de observación.

Marisa Feldman había estado medio esperando una llamada de Antón Dieter aquella tarde. Al no producirse hacia las ocho, decidió tomar una ducha y meterse en la cama a ver la televisión. Estaba saliendo de la ducha cuando sonó el teléfono. Envolviéndose en una toalla, fue hacia el dormitorio y cogió el teléfono.

—¿Marisa?

Reconoció su voz al momento y le sorprendió el repentino sentimiento de entusiasmo que provocaba en ella.

—Sí, Antón.

—Traté de llamarte antes hacia las seis.

—Estaba con la señora Hanscombe, preparando su régimen y las dosis de insulina. Proyecta partir para Inglaterra el lunes.

—Yo entré en la sala de operaciones un poco antes de las siete —explicó él—. El doctor Brennan quería que trabajara con él en el caso del niño Monroe.

—¿Fue bien la operación?

—Perfectamente. Ya te lo contaré, si quieres tomar una copa conmigo.

—¿Ahora?

—Hay un bar en la manzana próxima, un lugar agradable y tranquilo.

—Pero acabo de ducharme. Abogó una carcajada. —*En* ese caso mejor que suba.

—No. —Se dio cuenta de que estaba riendo, un sentimiento agradable que no recordaba haber experimentado en mucho tiempo—. Me *vestiré* rápidamente. ¿Puedo ir en pantalones y blusa?

—Contigo dentro, resultarán sensacionales. Te esperaré delante de los apartamentos de la Facultad dentro de quince minutos.

La emoción de Marisa fue en aumento mientras se vestía. «Era casi como una colegiala —pensó—, en su primera cita». Cuando llegó abajo frente a los apartamentos de la Facultad, con pantalones color de plata, una blusa de seda blanca suelta y con su cabello negro atado con una cinta de plata, Antón Dieter silbó en voz baja en señal de aprobación.

—¿Te gustaría pasear un poco? —le preguntó mientras la cogía del brazo.

—Me encantaría.

La noche era cálida y las escaleras de las casas a lo largo de la calle estaban llenas de gente. Los más viejos hablaban o estaban plácidamente sentados, disfrutando la noche, mientras que acá y allá entre las sombras, los más jóvenes podían verse fuertemente abrazados.

—Te gustará esta ciudad cuando hayas tenido la oportunidad de acostumbrarte —le aseguró él—. Esta zona alrededor del hospital alberga mucha gente que trabaja en la fábrica de alfombras: algunos de sus antepasados llegaron aquí desde Nueva Inglaterra, cuando se trasladaron las fábricas hace ya mucho tiempo.

—Hay barrios de Boston que se parecen a éste, así como ciertas viejas casas de

vecinos de Cambridge —dijo ella—. Me está gustando ya.

Pronto llegaron al bar del que habían hablado. Sin embargo, en vez de entrar, dijo Antón Dieter.

—Hay un pequeño parque a una manzana de distancia que domina el río. ¿Te importaría que nos sentáramos allí un rato? Podemos dejar la bebida para más tarde.
—Prefiero estar al aire libre.

Al final de la calle llegaron a un pequeño parque con bancos diseminados entre los árboles. Ocupaba una ligera elevación de terreno con vistas al río que seguía su curso por gran parte de las afueras de Weston antes de ampliarse apreciablemente corriente abajo más cerca del dique. Uno de los bancos entre las sombras en el extremo más alejado del parque próximo a la orilla del río estaba vacío y Antón Dieter la llevó hasta él.

—Cuando llegué a Weston por primera vez solía pasear por aquí de noche y sentarme junto al río, pensando la suerte que tenía por estar aquí —dijo él—. Ahora que has llegado, estoy seguro de que tengo más motivos para ser afortunado.

Las cosas se desarrollaban un poco de prisa para el gusto de Marisa. Para hacer tiempo, preguntó:

—¿Cómo llegaste hasta aquí, después de estar en Nueva York?

—El atractivo principal residió en la oferta que me hicieron de trabajar en un instituto de investigación en Cirugía Experimental en el que podría actuar con independencia, sin que nadie me dijera lo que yo debía hacer o no hacer. Después de los años que pasé en el Instituto de Medicina Experimental en Rusia, esta instalación me parecía un paraíso.

—¿Confirmó la práctica tu primera impresión?

—Mucho más que eso. Si ejerciera privadamente, debería dedicar al menos una tercera parte de mi tiempo al aspecto comercial de la medicina, cultivando la buena voluntad de otros doctores, de forma que me enviaran pacientes y yo se los enviara a ellos. Aquí en Weston, la Facultad de Medicina paga mi salario —con la ayuda de la Fundación Porter— y financia mi laboratorio experimental. Doy clases de clínica operatoria a los estudiantes y les acompaño en los recorridos de las salas, todo lo cual me encanta, pero la mayor parte de tiempo la paso en estudios experimentales, sin tener que preocuparme de si producirán o no ingresos saneados.

—Me prometiste que me hablarías de la operación de aneurisma —le recordó ella.

—¿Conoces el caso?

—Sí, aunque no vi los rayos X.

—Indicaron un aneurisma definido en la base del cerebro. Decidimos utilizar la técnica de la escoria de hierro.

—La que describían en una revista informativa hace algún tiempo. Creo que fue el *Newsweek*.

—Es muy probable. Pete Brennan es un cirujano muy bueno y ha añadido

algunos detalles de su cosecha. Conoce mi interés por estos trastornos de los vasos sanguíneos y me rogó que le ayudara en la operación.

—Debe ser emocionante.

—Lo más interesante son las posibles futuras aplicaciones de este procedimiento. Con la apoplejía, por ejemplo. Lo que más teme un paciente que ha tenido un ataque es la repetición de lo que le ocurrió la primera vez. Con esta técnica es posible en su caso obturar el sector del vaso que se quiebra en el ataque e impedir una segunda hemorragia. Además, si podemos impedir la lenta pérdida de una arteria quebrada que se produce en muchos casos de ataques, podemos evitar la extensión de las lesiones cerebrales y dar una oportunidad de curación a las partes dañadas.

—Al oírte da la sensación de que la medicina interna es algo fácil.

—No lo creas —Dieter se echó a reír—. Tuve una úlcera cuando planeaba escapar de Alemania Oriental. Casi se perforó antes de que pudiera salir de allí. —¿Cómo lograste escapar?

—Los rusos creyeron que me hacían un favor nombrándome becario de Cirugía en el Instituto de Medicina Experimental y así lo hicieron. Allí se realizaban los trabajos más avanzados del mundo en cirugía vascular, pero no me gustaba la idea de pasar la vida trabajando con un comisario político observándome por encima del hombro. Por ese motivo, cuando me permitieron asistir a un congreso médico en Yugoslavia, me fugué por la frontera italiana. ¿Cómo lo lograste tú?

—Me tuvieron presa en Alemania Oriental durante dos años. —No podía evitar en la voz el recuerdo doloroso y él, sensible a todos sus cambios de humor, dijo rápidamente—: No hables de ello si te causa dolor. Vi algunas de esas prisiones y sé lo que son.

—Siempre me trastorna hablar de ese tema —admitió ella—, pero, aunque parezca extraño, no me molesta comentarlo contigo.

—Es lo más hermoso que podías haberme dicho, *Liebchen*.

Habían estado sentados juntos en el banco del parque, atraídos por el sentimiento de camaradería que se había desarrollado entre ambos.

Al notar que ella se ponía rígida de repente y se apartaba, se apresuró a decir:

—Perdóname si soy insolente.

—Es que sólo mi padre me llamaba *Liebchen* —explicó ella y él pudo ver en sus ojos la turbación y el miedo—. Hay algo que debes saber con respecto a mí, si hemos de ser amigos.

—Confío en que seamos más que eso, pero no hables de ello si no estás segura de que quieres decírmelo.

—Lo estoy. No sería justa contigo si no lo hiciera.

Él escuchó en silencio mientras ella relataba la historia de su estancia en la prisión, los meses en que había pasado dos noches por semana en las dependencias del coronel Geitz para que su padre no se viera torturado por el dolor de la angina de pecho y, en especial, la forma en que pudo soportarlo, borrando de toda sensación las

partes más íntimas de su cuerpo.

—¿Cómo puedes saber que la anestesia de que hablas sigue produciendo efecto?
—le preguntó él cuando terminó su relato.

—Conocí un profesor en Harvard. Yo le tenía afecto.

—¿Tuviste relaciones sexuales con él?

—No sé si podría aplicársele esa denominación. No sentía nada, lo mismo que si estuviera con el coronel Geitz.

—¿Y crees que eso indica que será siempre igual?

—Estoy tratando de decirte que en verdad no soy una mujer, Antón —era un grito de dolor y desesperación—. La mujer que había en mí murió en la prisión de Frondheim.

—Me niego a creerlo, *Lieb*...

—Por favor, no me llames así.

—Estoy seguro de que no ignoras mis sentimientos —dijo él en tono apacible—. Lo que sentía desde que te vi por primera vez aquella tarde en la sala de emergencia.

—Pero no puede ser —estaba a punto de llorar—. ¿Me comprendes? Tú eres bueno y respetable. ¿Cómo podría yo amarte en la forma que mereces ser amado, cuando mi cuerpo no notaría nada?

Cuando él puso su brazo en torno a ella, se puso tensa instintivamente al contacto; entonces se dejó caer cansada sobre su hombro, encontrando consuelo en su fortaleza.

—Te equivocas en muchas cosas, Marisa. En primer lugar en lo que se refiere a tu supuesta carencia de respuesta.

—Pero...

—La noté en tu voz cuando te he llamado esta tarde y la siento en tu cuerpo ahora.

Recordando el calor que la había invadido al reconocer su voz por el teléfono hacía unas horas, Marisa se inclinó a pensar que él estaba en lo cierto, pero no dejaba que esa creencia se apoderara de ella para que el viejo sentimiento de decepción y frustración no surgiera de nuevo.

—En Frondheim iniciaste un reflejo condicionado —explicó él—. El Instituto de Medicina Experimental, donde yo estudié, estuvo en un tiempo bajo la dirección de Pavlov y gran parte de su trabajo se realizó allí. Pavlov condicionó primero a un perro para que segregara saliva haciendo sonar una campanilla y dándole comida inmediatamente después. Más tarde comprobó que la saliva fluía cuando sólo se tocaba la campanilla aun sin darle alimento.

—Conozco esos experimentos. Ese puede ser realmente el mecanismo en mi caso, pero...

—Lo que has olvidado es que Pavlov podía también anular los efectos del condicionamiento creado con los mismos reflejos.

—Pero ¿cómo puede todo un sistema orgánico de mi cuerpo ser enseñado a vivir de nuevo, cuando no ha respondido desde hace casi cuatro años?

—La reacción empezó esta noche, Liebchen, y tú lo sabes bien —le recordó—. Me dices que te empeñaste en interceptar todos los impulsos nerviosos que respondieron normalmente al contacto de un hombre. Sin embargo, yo te toco ahora...

Volvió su rostro hacia ella y la besó dulcemente. A pesar de querer desesperadamente no oponer resistencia, Marisa sintió que sus labios estaban estrechamente cerrados, pero cuando empezó a retirarse, ella puso de repente sus brazos alrededor de su cuello y apretó su boca contra la suya manteniéndola así hasta que notó que la tensión en sus músculos se relajaba y sus labios se suavizaban y se rendían bajo los suyos en respuesta al beso de Antón.

—Eso es. —Él estaba un poco sin aliento, así como ella, cuando finalmente se separaron, y pudo notar los latidos rápidos de su corazón en el pecho—. Hemos empezado con éxito por lo que el libro de anatomía llama el *musculus orbicularis oris*. Ya ha empezado el descondicionamiento, querida.

Cuando oyó su propia risa al abrazarse de nuevo, Marisa podía esperar con alguna base que su curación se había iniciado efectivamente.

Capítulo XXIII

Eran más de las nueve cuando Pete Brennan acabó de hablar con Janet Monroe acerca de la operación. Calculando que Amy habría cenado antes de que Ethel marchara, paró en el snack para comer rápidamente una hamburguesa y tomar una taza de café, y aún no eran las diez cuando llegó a casa.

Abajo estaba oscuro pero podía ver un reflejo luminoso procedente de su alcoba en lo alto de la escalera y decidió que Amy debía estar leyendo o mirando la televisión allí. Moviéndose sin hacer ruido por si acaso se había quedado dormida, subió las escaleras y entró en el dormitorio.

La lámpara de la cama estaba aún iluminada y la revista que Amy había estado leyendo cuando el narcótico empezó a surtir efecto estaba junto a ella. Tenía un aspecto joven, indefenso y muy atractivo, echada allí con su camisón casi transparente que permitía observar el color carne de su piel. Sus mejillas estaban algo sonrojadas por los efectos de la droga y su respiración era lenta y uniforme, pero no reaccionó al tocar suavemente sus desnudos hombros.

Perplejo al ver que Amy no se había despertado, hizo lo que cualquier doctor hubiera hecho automáticamente. Colocó la mano en su frente, levantó su párpado izquierdo con el pulgar y lo que pudo ver allí transmitió la voz de alarma a todos sus sentidos.

La pupila del ojo izquierdo de Amy era casi del tamaño de un alfiler y no se contrajo con la luz como hubiera hecho normalmente, a pesar de que bajó y subió el párpado de nuevo dos veces para que la luz hiriera el ojo. El ojo derecho estaba en iguales condiciones y un sentimiento de horror y de temor empezó a apoderarse de él mientras con manos temblorosas le tomaba el pulso. Era lento y uniforme con ritmo de ochenta, lo que era normal, pero su respiración cuando empezó a contarla con la segundera de su reloj de pulsera, se repetía únicamente catorce veces por minuto.

Temiéndose casi lo que iba a encontrar, Pete se dirigió al lavabo y abrió el pequeño estuche de medicinas que guardaba allí para las llamadas de urgencia. Sólo dos de las doce jeringuillas de morfina que llevaba generalmente quedaban allí y se esforzó en recordar la última vez que había utilizado el estuche o lo había examinado. Al recordarlo, cerró el estuche y lo dejó de nuevo en el estante. Había doce jeringuillas en el estuche cuando lo abrió por última vez, no cabía duda alguna, y ahora sólo había dos.

Amy no dio señales de despertarse mientras buscó por la habitación. No tardó mucho en encontrar lo que buscaba, pues en su prisa había descuidado ocultar la prueba de lo que había producido el estado de amodorramiento en que la había encontrado. En el fondo de una papelería bajo un montón de papeles, descubrió el tubo de la jeringuilla completamente estrujado con la aguja todavía puesta. No podía saber cuánto tiempo hacía que estaba tomando morfina. Sólo Amy podía decírselo y ahora dormía profundamente bajo los efectos del potente narcótico.

Arrastrando los pies, Pete dejó la habitación y fue abajo a la cocina. Marcó el teléfono del domicilio de George Hanscombe y al no obtener respuesta, trató de calmar sus pensamientos el tiempo suficiente para pensar dónde podría estar. Aparte de su trabajo, su hogar y el club, el internista no tenía otros intereses que Pete pudiera imaginar. No podría estar trabajando a estas horas de la noche, pues la clínica estaba siempre atendida por uno de los médicos más jóvenes, que prestaban sus servicios como médicos de guardia por la noche, y no estaba en casa; luego sólo el club era el lugar más probable.

—El doctor Hanscombe está en el bar, doctor Brennan —dijo el empleado que contestó al teléfono—. ¿Quiere que lo vaya a buscar?

—Se lo ruego.

George llegó al aparato unos momentos después.

—¿Desdén cuándo estás en el bar por la noche? —le preguntó Pete.

—Grace marcha para Inglaterra el lunes, Pete. Me estoy acostumbrando a la soledad mediante la bebida.

—Regresará.

—No confiaría en eso y no sé incluso si será lo mejor para ella. Me imagino que he conseguido alterar sus nervios. Ya sabes cómo se agravó su diabetes.

—Lo siento, George. Con los trastornos que tienes, no me siento con ánimos de confiarte los míos.

—¿Qué ocurre?

—Amy ha tenido uno de sus ataques de jaqueca. Sé que la has venido tratando por ese motivo y me preguntaba qué le recetaste.

—No he visitado a Amy a causa de la jaqueca desde hace bastante tiempo —dijo el internista—. Pensé que habían cesado los ataques. ¿Acaso le trastornó el asunto de Mort Dellman?

—Puede ser.

—Yo le daba una inyección de tartrato de ergotamina para reducir los espasmos de la arteria carótida interna y «Demerol» para aliviar el dolor. Puedo llamar al hospital y hacer que la enfermera de noche de la sala de emergencia le ponga la inyección.

—No te molestes —le dijo Pete—. Tengo jeringuillas de morfina en mi estuche...

—Yo no haría eso. —La voz del otro doctor adquirió una tonalidad quebradiza.

—¿Ni siquiera una sola vez?

—Las jaquecas son de tipo repetitivo, Pete. Un elemento neurótico fuerte predispone a menudo para los ataques, cuando no los provoca. La morfina no es adecuada para eso, especialmente para las esposas de médicos.

¿Por qué?

—Hay un artículo sobre los trastornos de las esposas de doctores en el *American Journal of Psychiatry*. Me hubiera pasado inadvertido si Dave Rogan no hubiera llamado mi atención sobre él.

—Siempre creí que la enfermedad de la esposa del doctor era una broma.

—Siendo neurocirujano, no te encontrarás con muchos casos, salvo quizá los síndromes de aversión en la parte posterior del cuerpo y el dolor de garganta —dijo George Hanscombe—, pero créeme, no es una broma. Una gran cantidad de mujeres que la padecen desarrollan con el tiempo la adicción a las drogas y normalmente empiezan con morfina que consiguen del maletín de su marido.

Pete contempló callado el teléfono hasta que la voz de George Hanscombe en su oído llamó de nuevo su atención.

—¿Estás ahí, Pete?

—Sí.

—Creí que habían cortado la comunicación.

—Gracias, George; daré a Amy aspirinas y codeína. Si eso no la alivia, llamaré a la sala de emergencia y les diré que preparen una inyección de tartrato de ergotamina. Estamos cerca del hospital, de modo que puedo acercarme a retirarla.

—Si Amy tiene esos trastornos, deberé visitarla de nuevo —dijo el internista—. No creí que necesitara medicación preventiva porque sus ataques eran poco frecuentes. Puede ser que haya cambiado la situación ahora.

—¿Existe una medicación preventiva?

—Una nueva droga de un compuesto maleico parece producir buenos resultados en la prevención de los ataques de jaqueca, pero sigue íntimamente relacionada con la tensión emocional y, por tanto, debería verla también Dave Rogan.

—Ya se lo diré a ella. Gracias, George.

Al colgar el teléfono, Pete se dio cuenta de que aún tenía apetito. Abriendo la nevera, sacó una lata de cerveza, pan y un paquete de jamón en rodajas. Mientras se preparaba un bocadillo y lo comía lentamente, reflexionó de nuevo sobre las implicaciones de lo que le había dicho George. De cualquier forma que lo relacionara con los hechos, siempre obtenía una respuesta inquietante.

Al parecer, Amy no había estado sujeta a ataques de jaqueca durante un buen espacio de tiempo, ya que no había consultado al doctor George Hanscombe. Con todo, esta noche había tenido uno probablemente tan fuerte que le había quitado una jeringuilla de morfina de su estuche y se la había aplicado. Lo que era más, faltaban otras nueve jeringuillas del mismo, además de la que había encontrado en la papelera del cuarto de baño.

«¿Haría tiempo que se las venía tomando? —se preguntaba—, ¿o era esta noche la primera vez? Y de ser así, ¿había sido el funeral de Lorrie la causa?».

Recordó haber hablado con Amy en el cementerio, pero parecía estar tan normal que lo consideraba improbable. Entonces recordó algo. La noche que mataron a Lorrie y él había llegado tarde a casa, Amy había mencionado que había tenido un ataque de jaqueca, pero que había tomado algo y el dolor se había aliviado.

Su comportamiento aquella noche no había sido ciertamente normal, pero él lo había atribuido a estar emocionalmente excitada por lo que había ocurrido aquella

tarde y a la fuerte bebida que dijo haber tomado. Ahora se preguntaba si se había aplicado también una inyección, la cual, combinada con el alcohol, hubiera disipado las inhibiciones que eran parte de su constitución normal.

Cuanto más pensaba en ello, más se cercioraba que ésta había sido la secuencia de hechos de aquella noche. Había sólo un medio de averiguarlo, si tenía suerte. Acabando el bocadillo y la lata de cerveza, subió al dormitorio.

Amy seguía dormida, pero se volvió de lado, de modo que pudo comprobar que no estaba seriamente afectada por la droga. La cantidad de morfina que había tomado no era una dosis muy grande para un individuo de tamaño medio, y, a juzgar por el efecto que había tenido sobre ella, tenía el convencimiento de que no había tomado la droga durante mucho tiempo. Si lo hubiera hecho, hubiera necesitado una dosis mayor, puesto que el cuerpo se habitúa rápidamente a ella.

Mirando por la habitación, se preguntó dónde podía haber escondido las otras jeringuillas de morfina y sus ojos se dirigieron hacia la mesa del tocador junto a la cama. Sacando los cajones uno a uno, miró en los mismos, buscando bajo el forro de papel, donde los colocaría probablemente cualquiera que tratara de ocultarlos.

Halló lo que buscaba en el tercer cajón que abrió: ocho jeringuillas de morfina, con lo que encontró un gran alivio, pues tanto si Amy pensaba o no continuar tomando la droga —y el hecho de que las hubiera escondido parecía indicar que sí—, podía tener la seguridad razonable ahora de que sólo había tomado dos últimamente, probablemente una la noche después de la muerte de Lorrie, y la otra esta noche, lo que significaba afortunadamente que sus hipótesis eran ciertas, es decir, que el peligro de hábito no era muy grande. Sabía, por otra parte, que Amy era inteligente y comprendería el peligro, si él se lo hacía ver.

Pero ¿qué la había impulsado a tomar la droga la primera vez?, se preguntaba mientras se desnudaba lentamente y se metía en la cama, a menos que se hubiera enterado de lo de él y Helen Straughn. La respuesta probable era la negativa, pues Amy no era de las que evitaban hacer frente a los hechos, incluso a la verdad de que su matrimonio podía estar en peligro.

¿Estaba inquieta por algún dolor que podría significar una enfermedad grave, o algo como el temor al cáncer, de una intensidad tan grande que la atormentaba de forma que tenía miedo de acudir al médico?

Muchas mujeres evitaban las visitas a los médicos por ese motivo, según sabía por experiencia, pero esa respuesta no parecía lógica con respecto a Amy, pues era una mujer inteligente y muy sensata.

En cuanto a una aventura amorosa con otro hombre, ni siquiera se paró a considerarlo, seguro de que la severa conciencia de Amy no le permitiría entregarse a ese desenfreno tan común en Weston en las personas de su nivel social.

Una a una fue considerando las posibles causas que podían haberle producido una conmoción tan profunda que llevara consigo dos graves ataques de jaqueca en el espacio de cuatro días y la había conducido a sisar morfina de su estuche con el fin de

obtener un alivio, y una a una las fue descartando hasta que llegó a una posibilidad final: su ambición.

Amy había vivido una de las mayores decepciones unos cinco años antes, cuando él había preferido el ejercicio lucrativo en la clínica al cargo de catedrático de Cirugía. Ella lo había promocionado activamente para la cátedra, pero se conformó, al parecer, después que él le explicó que la organización de la clínica facultativa le impediría aceptar un trabajo docente de jornada completa. Y cuando la clínica resultó un manantial de dinero desde el principio —en parte sólo porque sus instalaciones modernísimas para diagnósticos, la primera clínica verdaderamente automatizada del país, habían sido objeto de una intensiva campaña publicitaria—, su posición en la comunidad universitaria había subido rápidamente, llegando a un nivel al menos tan elevado como lo hubiera sido si hubiera optado por el cargo de catedrático de Cirugía.

Fue por aquella época, recordaba ahora, cuando Amy había puesto sus miras en promocionarse a sí misma a una elevada posición en el campo de los auxiliares médicos del Estado, aun cuando después de su primera disputa importante sobre el asunto de la cátedra, ella había sacrificado al parecer sus propios deseos a los de él —al menos eso había creído en aquel entonces—. Se preguntaba ahora si el constante deseo incumplido de verle catedrático había perdurado todo aquel tiempo y si tenía algo que ver con la dificultad actual.

Cuando consideró esa cuestión seriamente, sin embargo, tampoco creyó que era la respuesta, pues con su decisión de seguir adelante en la política médica y procurar activamente la consecución del cargo de presidente de la asociación estatal, Amy se había asegurado una posición en la jerarquía médica que era en verdad considerablemente más elevada de la que hubiera conseguido si hubiera sido simplemente catedrático de Cirugía de la Facultad de Medicina en la Universidad de Weston. Todo lo cual no lo llevó a ninguna conclusión con respecto a lo que había ocurrido a Amy, y finalmente, fatigado su cerebro de tanto pensar, se entregó al sueño.

Cuando el taxi paró frente a la casa donde se celebraba la reunión de los alcohólicos anónimos aquella noche, Maggie McCloskey estuvo a punto de decir al taxista que la llevara de nuevo al hospital. No es que hubiera algo en la casa o en la vecindad que la molestara. Estaba apartada de la calle en el lado oeste de la ciudad mirando hacia las montañas, invitándola a entrar en ella el césped perfectamente recortado, las cortinas de brillantes colores en la ventana y las luces refulgentes y cálidas que procedían del interior.

Lo que le preocupaba de ese lugar —y de todo el proyecto al que Dave Rogan la había lanzado— era la evidente normalidad de la casa, su abierto aire saludable y el ambiente de amistosa invitación que emanaba del mismo.

—No te llamarán para que digas o hagas nada, ni siquiera tienes que dar tu nombre, si no quieres —le había prometido Dave.

Y por eso había venido, asustada hasta la medula porque sabía que la próxima vez que llegara a casa ebria tal vez no tuviera el sentido común suficiente para regular la dosis de píldoras para dormir y podría ir a parar como la pobre Lorrie allí abajo en el frío cementerio.

El pensamiento la hizo estremecer, como si estuviera paseando sobre su propia tumba, pero también le hizo concebir dudas con respecto a encontrar aquí algo que pudiera ayudarla, pues esta casa era a todas luces normal, habitada por personas normales y probablemente felices, a juzgar por el calor de acogida de las cortinas y luces; gente, pues, que nunca había llegado al extremo de intentar suicidarse o desear la muerte.

Mientras esperaba, un hombre y una mujer subían por el sendero desde el coche que habían aparcado un poco más lejos calle abajo. Fueron recibidos en la puerta por una mujer de piel más bien oscura, con el pelo recogido en un moño de cabellos también oscuro. Cuando se abrió la puerta, una ráfaga de voces humanas ocupadas en agradable conversación se había escapado momentáneamente de la casa y Maggie miró una vez más al trozo de papel que le habían dado para asegurarse de que la dirección y el número de la puerta eran los mismos.

—¿Entra usted, señora? —le preguntó el taxista, y ella se preguntó si había advertido el repentino pánico que se había apoderado de ella o si sabía qué clase de lugar era éste, pero esto le parecía ridículo, pues era exactamente igual que una docena de casas de la misma calle, salvo ligeras diferencias de construcción.

—Sí. —Maggie hurgó en su portamonedas, sacó dos billetes de un dólar y se los dio—. Guarde el cambio.

—Gracias, señora McCloskey.

Maggie sabía ahora por qué la cara del taxista le había parecido familiar, cuando la había recogido enfrente del hospital. Los taxistas de Weston la habían llevado tantas veces a casa borracha que muchos de ellos la conocían ya.

Hasta aquel momento se había estado diciendo a sí misma que no tenía nada de común con la gente que podía ver moviéndose dentro de la casa brillante y cálida. Ahora se daba cuenta de que no era mucho mejor que ellos o que los holgazanes que pedían limosna a lo largo de Main Street en la parte baja de la ciudad. Este conocimiento le dio fuerza para seguir el camino de gravilla hacia la puerta principal y pulsar el timbre.

—Soy Eve Santo. —La mujer del moño de cabello oscuro saludó a Maggie en la puerta. Era rolliza, pero agradable, y sus ojos expresaban una calurosa bienvenida—. Entre y la presentaré al grupo. Usted es Margaret McCloskey, ¿no es eso? He visto su retrato en las páginas de sociedad.

—No últimamente. He estado ocupada... con otras cosas.

—Todos nosotros hemos pasado por eso también —dijo Eve Santo—. Está usted entre amigos aquí, señora McCloskey.

—Llámeme Maggie, por favor. —Era imposible no sentir simpatía por aquella mujer.

—Desde luego. Este es mi marido, Harry.

Harry Santo era la versión opuesta de su mujer, pues era delgado, y a Maggie le recordó a Jack Spratt, que al no comer grasas era más delgado que un fideo. Desde niña siempre había sentido lástima por el pobre hombre, pero ahora, habiéndose eliminado el colesterol prácticamente del régimen alimenticio de todo el mundo y considerándose la grasa como agente nocivo, resultó que sólo había seguido una dieta sana.

Eve Santo la acompañó por las dos habitaciones que estaban llenas de gente, tomando café y comiendo pequeños bocadillos y pasteles. La mayoría de ellos se sentían como en su casa, y Maggie no pudo encontrar diferencia alguna entre esta fiesta y centenares de otras a las que había asistido al otro lado de la ciudad, salvo que no había bar ni licores.

Por extraño que parezca, sin embargo, parecían pasarlo tan bien juntos como la gente de los otros grupos de los que ella había formado parte. Había un buen ambiente de cordialidad, pero aunque Eve Santo la había presentado a todo el mundo y ella había participado brevemente en las conversaciones con algunos pocos, Maggie empezó a experimentar pronto unas ganas de retirarse, el sentimiento de estar de sobra, que hizo que sus reacciones a la amistosa conversación de los de la casa fueran cada vez menos emotivas, hasta que por fin decidió irse.

—¿Puedo utilizar su teléfono para llamar un taxi, señora Santo? —le preguntó.

—Naturalmente. Algunos de los que están aquí esta noche viven cerca de usted. Les agradecerá dejarla junto a su casa un poco más tarde.

—Prefiero marcharme ahora, si no le importa.

No quería admitir que venía del hospital y regresaba al mismo.

—Le pediré un taxi inmediatamente.

Eve Santo marcó un número en el teléfono y dio el encargo, regresando luego con

Maggie.

—No se sienta deprimida, se lo ruego —le dijo—. Estas primeras reuniones son siempre difíciles. Por eso tratamos de darle un aspecto festivo, si podemos, pero usted se encuentra con gente nueva y eso le molesta, porque advierte que ellos conocen su debilidad y sienten pena por usted. Este centro, sin embargo, no pretende eso, Maggie.

Abrió el cajón de una mesita del recibidor, donde estaban ahora, y sacó un libro.

—Llévese esto y léalo despacio. La información que contiene le aclarará muchos malentendidos que usted pueda tener sobre nosotros.

Maggie dejó caer el librito en su bolso, tratando de ocultar el temblor de sus dedos.

—Aquí está su taxi. —Las luces de un coche en movimiento acababan de aparecer frente a la casa—. Buenas noches, Maggie, y buena suerte.

—Buenas noches, Eve. Gracias.

Maggie casi corrió por el sendero hasta el coche, sin reconocer en su prisa que no era un taxista el que estaba al volante hasta que reconoció una figura familiar sosteniendo abierta la puerta frontal derecha.

—Hola, Maggie —dijo Joe McCloskey—. ¿Te puedo servir yo como taxista?

—¡Joe! —Se echó a sus brazos y él la abrazó un buen rato de pie junto al coche, mientras ella lloraba.

—¿Qué haces aquí? —preguntó mientras él se apartaba del sendero.

—Cuando Dave me dijo que te había hablado de asistir a una reunión de alcohólicos, me figuré que no era para ti. Dave es como muchos psiquiatras, se imagina que puede tirar del hilo y hacer que la gente se comporte como marionetas, pero él no ha estado casado contigo durante quince años. Si así fuera, hubiera sabido que eres demasiado sensata para ser una verdadera alcohólica. He estado estacionado al otro lado de la calle antes de llegar tú. Cuando el taxi que llamasteis paró calle abajo buscando la casa, pensé que lo habías llamado, le di al taxista cinco dólares y lo despedí.

—¡Oh, Joe! ¡Era terrible ahí dentro! —Se sentó junto a él, tratando de encontrar su apoyo—. ¡Todos son tan simpáticos! Joe sonrió.

—Evidentemente de la clase media.

—Pude advertir que me tenían lástima y esto fue lo peor. Necesito un trago, Joe. Vamos a beber algo.

—Claro, querida.

Ella esperaba que él pusiera reparos. Al no hacerlo, se reclinó en el cojín del asiento, cerrando los ojos y dejando que el aire fresco procedente del sistema de aire acondicionado aliviara el color sonrojado de su rostro. Sólo cuando el coche paró, los abrió otra vez y se vio sorprendida por el brillante resplandor de las luces fluorescentes y tubos de neón que delectaban en letras iluminadas:

—Dije que necesitaba un trago.

Se dio cuenta del tono enfadado de su voz antes de empezar a chillar y reprimió su deseo de seguir hablando.

—Los batidos de leche que sirven aquí son de los mejores que has probado —dijo Joe para animarla—. Me he tomado uno cada noche antes de ir a acostarme.

—¿Después de comprobar que regresaba a casa? —Se había calmado de repente.

—Pues sí.

—¡Oh, Joe! —El enfado que sentía hacia él y el ansia de beber se disiparon, dando paso a la ternura—. ¿Podemos empezar de nuevo?

—Claro, querida. De eso se trata.

Minutos después fueron sobresaltados por la voz de una camarera que estaba de pie junto al coche.

—Será mejor que pida algo, señor. Al jefe no le gusta la gente que se sienta aquí para achucharse.

Mabel estaba limpiando el snack, preparándose para la afluencia de las once, cuando entraron Marisa y Antón Dieter. Iban cogidos de la mano, y la muchacha estaba ruborizada y feliz como una colegiala de cita con su chico.

Pidieron café y lo bebieron casi en silencio, evidentemente aún algo aturridos por lo que acababa de suceder entre ellos. Cuando acabaron, salieron y atravesaron el recinto de aparcamiento hacia la entrada de los apartamentos de la Facultad, todavía con las manos juntas.

—Te dije que acabarían así, Abe —dijo Mabel con aire de victoria—. ¿Viste la forma de mirar de ella?

—Una judía y un exnazi. —El cocinero sacudió la cabeza—. No tiene sentido.

—Lo que ocurre contigo es que no tienes fe —dijo Mabel con orgullo—. Si hubieras estado en el funeral de la señora Dellman esta mañana como yo, hubieras visto allí que toda esa gente —hizo una seña hacia el hospital del otro lado de la calle— son como los demás. Cuando dos personas se enamoran, poco importa quiénes son o de dónde proceden.

—Pero una muchacha judía atractiva como la doctora Feldman, ¿por qué tiene que desperdiciarse con un alemán como Dieter?

—Deberías leer más la Biblia —le reprendió Mabel—. ¿No sabes que dice que el león y el cordero convivirán juntos?

—Creo que tienes razón —sonrió Abe—. Por la forma en que se miraban esa pareja, no hay duda de sus intenciones.

—¡Vamos! ¡Ya estamos otra vez! —exclamó Mabel disgustada—. ¡Vete a la cocina a freír huevos!

Capítulo XXIV

En el salón del apartamento de Helen Straughn, al otro lado de la ciudad desde el hospital de la Universidad, ella y Pete Brennan estaban viendo el partido de béisbol del sábado por la noche en la pantalla de televisión sin prestarle atención alguna. Con sandalias y pantalones amarillos, blusa blanca y su cabello color bronce rojizo —casi oculto en la sala de operaciones por las cofias en forma de casco que llevaban las enfermeras— caído sobre sus hombros, Helen era una mujer extraordinariamente bonita. En sus ojos no se advertía la mirada de seria disciplina de las horas de trabajo cuando los dirigía ahora hacia Pete, inclinándose luego para besarlo.

—Te traeré una cerveza —dijo ella—. Tienes aspecto de necesitarla, cariño.

—Me trae loco el asunto de la compra de participación de Mort Dellman en la clínica. —Elevó su voz para que ella pudiera oírle en la pequeña cocina, donde había una lata de cerveza—. Y no digamos nada de los trastornos que causó al disparar contra Paul McGill.

—No es eso exactamente lo que te preocupa. —Trajo una bandeja con la cerveza y la colocó junto a él—. Mejor será que afrontes la verdad. Yo ya lo he hecho.

—¿Qué verdad? —Tomó una de las latas de cerveza y empezó a llenar un vaso, echándola de modo que no produjera espuma.

—Desde anteanoche presentas todos los síntomas de un hombre que está arrepentido respecto a la idea de dejar a su esposa. —Se acercó al televisor y lo desconectó—. No he vivido exactamente como una monja, ya sabes. Puedo reconocer los maridos con cara de culpabilidad cuando se cruzan en mi camino.

Pete sacudió la cabeza con un azoramiento que hubiera podido ser cómico si no hubiera estado matizado por su inquietud.

—Antes de que Mort disparara contra Lorrie, estaba seguro de que quería divorciarme de Amy y casarme contigo.

—¿Y ahora?

—No sé si será lo mejor para nosotros dos.

—Al menos eres sincero —dijo ella—. Creo que esto fue lo que hizo que me enamorara de ti desde el primer momento.

—¿Qué quieres decir?

—Tienes un algo, Pete. Entero quizá sea el nombre más apropiado. De todos modos, es una cualidad que tiene atractivo para una persona ordenada como yo.

—Pudiera ser que temiera que lo que le ocurrió a Lorrie volviera a repetirse contigo o conmigo.

—Jamás cruzó esa idea por mi imaginación. Tu mujer tiene la conciencia estrecha que heredó de sus antepasados de Nueva Inglaterra. No dispararía contra la mujer que destruyó su hogar.

—No me gusta que lo expreses así.

—Si tú te divorcias de ella y te casas conmigo, ¿de qué otra forma podría tomarlo

ella?

—No es culpa tuya (o mía) si nos enamoramos el uno del otro.

—Tu argumentación no tiene consistencia. He tenido ya otras aventuras y no proclamo ser otra cosa que lo que soy: una mujer más bien apasionada, que atrae a los hombres y los necesita.

—No hables como Jezabel.

—Me parezco a ella como tú sabes. Jezabel era una mujer decidida, con principios. Creyó que el culto a Baal y Astarté era lo mejor para el pueblo de su marido, y casi logró convencerlo hasta que tropezó con Elíseo.

—¿Dónde aprendiste todo esto?

—En la Biblia. Soy también religiosa, lo que quizá pueda sorprenderte. El quid de la cuestión es que tu esposa y yo somos muy parecidas en muchos aspectos; ambas somos muy decididas.

—¿Estás decidida a dejarme?

—Creo que la respuesta la diste tú hace un momento.

—Dije que no estaba seguro; en cambio tú parece que lo estés.

—Al principio creí sinceramente que lo mejor para ti era divorciarte de Amy y casarte conmigo. Ahora sé que no lo es. Hasta que ocurrió lo de Dellman, me engañaba a mí misma diciéndome que la comunidad en que vivimos tú y yo todo el día en el hospital y en la Facultad de Medicina era lo bastante sofisticada para que nuestro matrimonio pudiera ser un éxito. Naturalmente la gente hubiera hecho lo posible durante un tiempo para hacerme sentir como un paria, pero creía que lo olvidarían después de demostrarme a mí misma ser la mujer adecuada.

—Es posible que estés en lo cierto.

—No. Hace tres días, un marido sorprendió a su mujer y a otro hombre en adulterio. En un arrebato de justa indignación la mató a ella e hirió al hombre, lo que prueba que Weston es una comunidad como cualquier otra, conformándose todo el mundo a las normas de conducta generales. Ya terminó el período de los bohemios, si existió alguna vez. Todos los maridos volverán con sus esposas (al menos durante un tiempo), y el jurado de acusación dejará en libertad al asesino, porque existe un derecho consuetudinario según el cual un hombre debe proteger su hogar.

—¿Crees que Weston sufrirá un cambio tan importante?

—La ciudad no está cambiando, sino que vuelve a ser lo que fue. Una cosa es indudable, ya no volverá a ser la misma.

—¿Y crees que es eso lo que a mí me ocurre, siguiendo este conformismo?

—Sé lo que te ha pasado —dijo ella—. Ya no estás enamorado de mí y vuelves a estarlo de tu mujer. No puedo decirte cómo ocurrió o por qué; sólo tú puedes saberlo. Lo cierto es que ocurrió y alguien tiene que perder, y ahora que ha terminado mi sueño de ser una mujer respetable, me alegro de ser yo la que pierda y no ella.

—Enfocas muy filosóficamente todo este asunto.

—¿Qué quieres que haga? —dijo ella encogiéndose de hombros—, ¿ponerme de

rodillas y rogar que te cases conmigo?

—Claro que no, pero ¿qué piensas hacer?

—Lo que he hecho siempre. No soy propiedad tuya, Pete Brennan; jamás me he dejado regalar joyas, ¿recuerdas? Nos separaremos limpiamente como dos buenos luchadores. Tú volverás con Amy y yo haré ese crucero por el Mediterráneo que siempre he deseado hacer. Supongo que no vas a decirme que sigamos como hasta ahora.

—No.

—De todas formas no te conviene que vengas por aquí. —Sonrió con ironía—. Un día podrías encontrarte con otro hombre aquí y esto sería un rudo golpe para tu ego.

—No hay razón para que no podamos seguir siendo amigos.

—Ninguna razón, en efecto. Somos adultos. Nos respetamos y agradamos mutuamente, pero nuestras relaciones deben acabar ahí.

Él no podía por menos de sentir alivio y por otro lado culpabilidad, pero se guardó muy bien de decírselo.

—Será mejor que vuelvas con Amy ahora —le dijo Helen Straughn—. No cometes el error de creer que es tan fuerte como aparenta, ninguna mujer lo es. Es sólo algo que simulamos para que los hombres que amamos nos dejen. En mi opinión el asunto Dellman la ha afectado tanto como a todos los demás. Si se desploma, procura estar allí para que encuentre un apoyo.

—Lo que no comprendo es todo ese secreto sólo por examinar un par de diapositivas —dijo Lew Saunders, mientras sacaba del estuche el microscopio de sus años de estudiante en la habitación que compartía con Mike Traynor en las dependencias internas del hospital de la Universidad y lo dejó sobre la mesa— o por qué razón estás tan preocupado. Estás nervioso, sumamente inquieto y nervioso.

—Limitate a examinar las diapositivas.

Los ojos de Mike estaban enfebrecidos y sus manos temblaban al coger un cigarrillo de un paquete abierto y encenderlo.

Metódicamente, Lew Saunders ajustó el microscopio, colocó la diapositiva que Mike había preparado y coloreado bajo el objetivo, puso una gota de cedreleón sobre ella e hizo bajar los lentes de inmersión hasta que se pusieron en contacto con el glóbulo de aceite.

—No se ve nada con esta luz —refunfuñó mientras ajustaba la lámpara de sobremesa hasta que se centró sobre el espejo reflectante de debajo del microscopio, enviando un rayo concentrado de luz arriba a través de la diapositiva y sistema de lentes del instrumento.

Con los ojos pegados a los binoculares del microscopio, Saunders empezó a hacer girar lentamente los ajustes, hasta que el visor situado sobre la diapositiva entró en el foco basto; luego el fino, afinando la imagen hasta que apareció en el campo del instrumento, con los colores y estructura del material perfectamente definidos.

—¡Caramba! —exclamó.

—¿Qué es? —preguntó Mike Traynor—. ¿Qué ves?

—Él mejor preparado de diplococos intracelulares que hayas visto jamás.

—¡Dios mío!

—Quienquiera que produjo este semen tiene la más fuerte dosis de...

—¿Gonococos?

—No hay duda alguna. Echa un vistazo. Cuando Mike se apartó del microscopio, Lew Saunders vio el aspecto agobiado en el rostro de su compañero de habitación y cayó en la cuenta.

—¡Tú, Mike! ¡Es tuyo!

Mike Traynor asintió. Por el momento no podía hablar.

—¡Vaya, hombre! ¡Eso es una buena dosis! Jamás vi unas células con pus más pobladas de gonococos. De repente empezó a reír.

—No es para reírse —dijo Mike Traynor con furia—. ¿No te das cuenta? —Saunders cogió otro ataque de risa—. Esto es justicia poética, si existió alguna vez cosa semejante. Mike Traynor, el Casanova de la Facultad de Medicina de Weston, ha caído en el cepo. ¡Oh, esto no tiene precio!

—Cállate —dijo Mike con reproche—. ¿Quieres pregonarlo a los cuatro vientos?

—¿Quién te lo contagió? —Aquella zorra de Vassar. La del magnetófono—. Es

un caso grave, desde luego. Tres días después del contagio es el tiempo más corto que he oído para aparecer los síntomas. Chico, cuando esto se conozca...

—Tú no lo dirás, Lew. —Mike Traynor parecía que iba a desmayarse—. Causarías mi ruina.

—Tu suministro de mujeres por estos contornos se agotaría en seguida, no te quepa duda, pero cuando ingreses en el hospital, irá a parar a tu historial, y ya sabes, los rumores...

—No voy a ingresar.

—No sé si lo sabes, chico, pero mañana a estas horas estarías gravísimo.

—Mañana a estas horas voy a estar prácticamente bien. La penicilina sigue curando la gonorrea, ¿no es cierto?

—Claro, a menos que la chica haya sido tratada anteriormente y tenga un microbio resistente a la penicilina.

—Tendré que afrontar ese riesgo. ¿Cuál es el tubo de jeringuilla de mayor tamaño para inyectar penicilina?

—Vi algunos en la sala de emergencia con cinco millones de unidades.

—Si me inyecto uno hoy y otro pasado mañana, estaré curado en cuarenta y ocho horas.

—Probablemente, a menos que el microbio se resista.

—¿Puedes conseguirme los tubos, Lew?

—No lo sé. Esto puede ser arriesgado, si tienen que ingresarte más tarde y se averigua que yo lo sabía. Además, si te inyecto y la semana próxima empieza a desprenderse la piel como reacción a la droga...

—Cuídate de proporcionarme la penicilina y yo me inyectaré. Si hay problemas, juraré que me he hecho el diagnóstico e intentado darme tratamiento.

—Bien, de acuerdo.

—Eres un amigo de verdad, Lew. Te pasaré una chica alguna vez.

—De ningún modo —dijo el otro interno—. Estás contagiado. —Empezó a reír otra vez—. ¡Para que luego no creas en la justicia poética!

—Ya dijiste eso —le dijo Mike Traynor—. Consígueme la penicilina.

—Ya voy. —Lew Saunders fue en busca de su chaqueta blanca—, pero mientras estoy fuera, piensa en qué lío te hubieras metido si el doctor Fleming no hubiera descubierto un día el hongo *Penicillium Notatum* del que se hace la penicilina, hace unos treinta años. ¡Ah!, y da gracias a Dios por ello.

Dave Rogan había estado haciendo recorridos por las salas de psiquiatría. Siempre que se quedaba en la ciudad los fines de semana acostumbraba hacer una rápida visita a su departamento del hospital antes de la cena del sábado. Mientras se disponía a partir, vio a Elaine McGill que aparcaba su coche en el recinto y cruzó la calle hacia el punto en que ella estaba cerrando las puertas de su furgoneta.

—¿Dispones de un minuto, Elaine? —le preguntó.

—Claro —dijo ella sonriendo—. Voy a ver a Paul.

—Está bien. Lo trasladaron de la sala de asistencia intensiva para dejar una habitación disponible para el niño de Janet Monroe.

—Espero que el niño esté bien. Paul hablaba anoche de la operación.

—Pete Brennan hizo un magnífico trabajo. La única dificultad ahora es mantener la sonda magnética en el cerebro del niño, pero en la sala de asistencia intensiva hay suficiente personal para cuidarlo.

—Ese es el segundo milagro en tres días. El primero lo hizo el doctor Dieter con Paul.

—Ya puedes llamarlo así. Si Pete se hubiera visto obligado a combatir el aneurisma con los métodos antiguos, las oportunidades de salvar a Jerry no hubieran sido superiores al cincuenta por ciento. Ahora parece que va a salir de la operación completamente curado. —Miró hacia el snack bar y vio que estaba casi lleno—. Te invitaría a una taza de café, pero lo que tengo que decirte es un poco personal.

—Aquí no nos oye nadie —dijo Elaine—. Podríamos subir al coche, pero tal como están las cosas por aquí últimamente, me temo que daría motivo para murmuraciones.

—Tal vez sea mejor no tentar los dados —dijo Dave sonriendo—. Dime, ¿tienes una fotografía de la madre de Paul en tu casa?

—Claro. Esas ampliaciones retocadas que estuvieron en boga hace treinta años.

—¿Nunca se te ha ocurrido mirar el retrato y luego tu imagen en el espejo?

—Paul me ha dicho más de una vez que me parezco mucho a su madre. Al principio me molestaba. Creo que incluso la odié durante un tiempo, pero ya me he acostumbrado a ello.

—Voy a hacerte una pregunta muy familiar, Elaine, pero sólo porque os quiero mucho a ti y a Paul y deseo que seáis felices.

—Lo sé, Dave.

—Dices que odiabas a la madre de Paul a veces ¿Ocurría esto después de hacer vida matrimonial con Paul?

Al no contestar inmediatamente, sabía él que iba por buen camino.

—¿Cómo lo supiste? —preguntó ella al fin.

—Paul me mandó llamar el día después del disparo. Algo le inquietaba.

—Entonces, ¿el coito con Lorrie fue normal?

—Sí.

—Me había hecho esa pregunta, pero Paul jamás habla de cosas íntimas y yo dudé en preguntarle.

—Estaba preocupado porque el orgasmo con ella fue normal, mientras que contigo las más veces era prematuro.

—Imagino que ésta puede ser una preocupación normal en algunos hombres. — Se echó a reír, pero su risa no era muy convincente.

—No era por él por quien estaba preocupado Paul, Elaine. Creo que se dio cuenta por primera vez del papel que pueden desempeñar en la vida de una mujer unas relaciones sexuales normales.

—¿Y cómo puede un hombre ser infiel con su compañera?

Recordando lo que había ocurrido un poco antes aquella misma tarde del miércoles, Elaine apartó la mirada para que Dave no notara el acaloramiento de sus mejillas que el recuerdo le provocaba.

—Lo importante —dijo él— es lo que tú piensas hacer.

—¿Yo? ¿Cómo puedo impedir que Paul recuerde a su madre?

—Siendo diferente de ella.

Elaine contuvo la respiración.

—¿Pretendes decir que sea como Lorrie?

—Sólo en tus relaciones con Paul. Si lo intentas, creo que puedes lograr imitarla muy bien. —Sonrió—. Tal vez soy más viejo de lo que creo o ya lo sabría, pero ¿no tienes un par de bonitas piernas debajo de ese vestido tan largo que te hace llevar Paul?

Los ojos de ella brillaron.

—Aquí estamos demasiado a la vista, pero si realmente quieres averiguarlo, podemos ir al coche.

—Me basta con tu palabra. Después de todo, Della ha estado mucho tiempo fuera. Sin embargo, si te compras unos vestidos más elegantes, no creo que le importe a Paul pagar la factura cuando llegue a casa.

—Seré una vampiresa. —Los ojos de Elaine se iluminaron—. Pero si Paul no se entrega, avisa a Della que va a tener una rival. No olvides lo de Pigmalión y Gala tea.

El tiempo había ido empeorando en el sur hacia Atlanta desde la mañana, y Elmer Hill, portavoz del jurado de acusación del condado de Weston, tuvo que retrasar su regreso a Weston en avión. Eran más de las siete del sábado por la tarde cuando por fin se reunió el jurado en el juzgado y pudo empezar la vista del caso Mort Dellman.

Cuando el inculcado fue llevado a la sala cerrada donde estaba reunido el jurado, Roy se sorprendió al verle acompañado únicamente por el alguacil, que lo había conducido abajo desde la celda.

—Tenía entendido que el acusado había contratado a un abogado —dijo al portavoz.

—He pensado defenderme a mí mismo —interrumpió amablemente Mort Dellman—. Puesto que no he hecho nada que no hubiera hecho cualquier hombre normal para defender la respetabilidad de su hogar y de su matrimonio, no necesito a nadie que tergiverse la ley en mi nombre.

Era una salida inteligente, la que debía haberse esperado Roy, especialmente después de la diestra maniobra de Mort con el asunto de la confesión la tarde en que ocurrió el homicidio, pero Roy no estaba del todo seguro si debía intervenir, de modo que dudó sólo un momento antes de volverse al informador del tribunal, que iba anotando las actas palabra por palabra en una máquina de signos taquigráficos.

—Que conste en el acta que el inculcado fue advertido de su derecho constitucional de no dar testimonio y de ser representado por un abogado —observó.

—Renuncio a ambos derechos y me someto a la discreción de los caballeros del jurado de acusación —exclamó Mort Dellman.

—Eso bastará. ¿No es cierto, señor Weston? —preguntó el portavoz.

—Sí, mientras conste en las actas que el inculcado fue advertido de sus derechos y que no se le exige que preste testimonio.

—Entonces, ¿está usted listo para proceder a la vista, señor Weston?

—Sí, señor. Leeré primero una declaración prestada bajo juramento esta mañana por el doctor Paul McGill, paciente del hospital de la Universidad, que está inhabilitado físicamente para asistir a la vista y prestar declaración personalmente.

—¿Alguna objeción? —preguntó el portavoz a Mort Dellman.

—Ninguna en absoluto, señor.

—Proceda, pues señor Weston. Se procedió a la lectura rápidamente. Pregunta.

—¿Su nombre?

Respuesta.

—Paul McGill.

P. —¿Ocupación?

R. —Médico. Soy especialista en dermatología: enfermedades de la piel.

P. —¿Dónde vive?

R. —En 2625 Sherwood Ravine Road.

P. —¿Dónde estaba usted hacia las 4.30 de la tarde del 1.º de septiembre?

R. —En la casa del número 5051 de Sherwood Ravine Road.

P. —¿Qué hacía usted en aquella hora?

R. —Mantenía relaciones sexuales.

Roy había intentado que Paul evitara esa expresión, sabiendo el efecto que produciría en el jurado a favor de Mort Dellman, pero Paul había insistido por la misma razón.

—¡Vaya! —dijo un miembro del jurado con voz aterrada—. Este es un semental.

Roy no hizo caso de la interrupción y continuó leyendo:

P. —¿Con quién mantenía relaciones sexuales?

R. —Con Lor..., la señora Mortimer Dellman.

P. —¿Qué ocurrió entonces?

R. —No lo sé con exactitud.

P. —¿Vio usted al doctor Dellman entrar en la habitación?

R. —No. De repente oí un disparo y en el mismo instante... perdí el conocimiento.

P. —¿Cuándo volvió en sí?

R. —Creo que fue a eso de medianoche.

P. —¿Dónde?

R. —En el pabellón especial de asistencia intensiva del hospital de la Universidad.

P. —¿Y no sabe nada de lo que ocurrió en el intervalo?

R. —Nada.

P. —¿Vio usted aquella tarde al doctor Dellman?

R. —No.

P. —¿Sabía quién le había disparado?

R. —No. Cuando recobré el conocimiento en el hospital ignoraba lo que había ocurrido. Mi primer pensamiento es que debía haber sufrido un ataque al corazón.

P. —Otra pregunta, doctor McGill. ¿Cuánto tiempo llevaba usted manteniendo relaciones sexuales con la señora Dellman cuando oyó el disparo y perdió el conocimiento?

R. —Tal vez cinco minutos.

—No pudo terminarlo —dijo el miembro del jurado que había hablado antes—. ¡Qué lástima!

—Así termina la declaración del doctor McGill. —Roy había hecho caso omiso de la interrupción.

—Llame a su primer testigo, por favor, señor Weston —dijo el portavoz.

—Alguacil, llame al doctor Sylvester Short, forense del condado de Weston.

El doctor Short, un hombre grueso de unos sesenta años, que era asimismo catedrático de Patología en la Facultad de Medicina, ofreció los informes habituales para el acto en relación con sus estudios y títulos.

—Doctor Short —dijo Roy—. ¿Examinó usted el día 1.º de septiembre el cuerpo de la señora Loretta Porter Dellman, fallecida? —Sí.

—¿Quiere usted decirnos, por favor, lo que descubrió?

—La muerte sobrevino por una herida en el lado izquierdo del corazón, interesando al mismo tiempo el músculo cardíaco y la arteria coronaria izquierda.

—¿La arteria coronaria? ¿Le importaría explicarse, por favor?

—Las arterias coronarias son dos y suministran sangre a cada lado del músculo del corazón. La bala destrozó al menos un centímetro de la arteria coronaria izquierda, privando así una buena porción del corazón de la sangre requerida para la vida. El efecto fue el mismo que una trombosis coronaria masiva.

—¿Y con ello se produjo?...

—La muerte instantánea.

—¿Encontró usted la bala que causó estos estragos?

—No, señor. La bala atravesó completamente el cuerpo de la difunta. La herida de entrada estaba en la parte posterior con respecto al tórax en el lado izquierdo. La herida de salida estaba en la parte delantera, después de atravesar el corazón de la víctima.

—¿Y la muerte fue instantánea?

—No existe duda alguna.

—He terminado las preguntas.

Tampoco las hizo el jurado y se permitió salir al doctor Short.

—Llame al sargento Jim O'Brien —ordenó Roy.

El sargento O'Brien se aposentó en la silla de los testigos, saludó con la cabeza a varios miembros del jurado y prestó juramento. Evidentemente era un testigo experimentado.

—Sargento, ¿fue usted llamado el día 1.º de septiembre a la casa de Mortimer Dellman en el 5051 de Sherwood Ravine Road hacia las cuatro treinta de la tarde?

—Sí.

—¿Por quién?

—Por el doctor Dellman. Llamó a la comisaría e informó que había matado a un hombre que estaba con su mujer.

—¿Identificó al hombre el doctor Dellman entonces, sargento?

—No, señor.

—¿Dijo que había matado a su esposa?

—No, señor.

—¿Qué encontró usted al llegar a la casa?

—La señora Dellman estaba muerta con un disparo en el pecho. El doctor McGill estaba gravemente herido. No creí que pudiera llegar vivo al hospital.

—¿Dónde estaba el doctor Dellman?

—En la habitación del lado. Me dio el arma cuando nosotros entramos.

—¿Nosotros, sargento?

—El teniente Vosges me acompañaba.

—¿Qué clase de arma era?

—Una pistola de calibre 22.

—¿Cuántos disparos se habían hecho?

—Uno.

Tomando una cajita del bolsillo y abriéndola para mostrar una bala que descansaba sobre un trozo de algodón, Roy se la acercó para que pudiera examinarla.

—¿Es ésta?

—Sí, señor. Hice una señal de identificación en ella.

—¿Está seguro de que la bala procedía de la pistola que el doctor Dellman le entregó?

—Sí. Hice un disparo después con el arma y las mandé comparar por el F.B.I. La pistola del doctor Dellman hizo, sin duda alguna, el disparo que mató a la señora Dellman e hirió al doctor McGill.

No se hicieron más preguntas al sargento, al que dejaron marchar.

—Llame al doctor Antón Dieter, por favor —ordenó Roy Weston.

El doctor Dieter entró, prestó juramento y facilitó la habitual información sobre antecedentes.

—Doctor Dieter —dijo Roy—. ¿Operó usted el día 1.º de septiembre al doctor Paul McGill?

—Sí.

—¿Y qué encontró?

—Una bala del calibre 22 con cubierta de acero, localizada dentro del ventrículo derecho del corazón.

—¿Sacó usted la bala?

—Sí.

—¿Puede usted decirnos su trayectoria aproximada?

—La bala entró en el pecho del doctor McGill aproximadamente a un centímetro a la derecha del esternón. Penetró la pared torácica y también la pared del ventrículo derecho, una de las cuatro cavidades del corazón, depositándose en el ventrículo.

Roy Weston tomó la cajita de su bolsillo, la abrió y una vez más mostró al jurado y al testigo la bala situada sobre un trozo de algodón al fondo de la caja.

—¿Es ésta la bala que usted extrajo?

—¿Es la que entregué al sargento O'Brien a solicitud suya después de la operación, señor Weston?

—Es la misma bala.

—En ese caso es la que saqué.

—No tengo más preguntas para el testigo —dijo Roy Weston al portavoz del jurado.

—Puede usted bajar, doctor Die...

—Un minuto. —Era el miembro del jurado más bien locuaz—. ¿Dijo usted que la

bala penetró la parte frontal del tórax del doctor McGill?

—Eso dije.

—¿No cree usted que era un poco...? —dijo el hombre con evidente admiración—. No sólo se aprovecha de una mujer casada sino que también hace que ella haga el trabajo. —Cuando los rostros de los miembros del jurado se iluminaron con una sonrisa, añadió—: ¡Valiente gandul!

—No presentaremos más pruebas por el momento —anunció Roy Weston—. Parece que se ha probado sin discusión que el inculpado mató a su mujer e hirió al doctor McGill. Solicito, pues, que sea llevado al tribunal correspondiente por el cargo de homicidio.

—¡Un momento! —Era Mort Dellman—. ¿Tengo derecho a prestar declaración?

—En mi opinión, su testimonio no es ni necesario ni aconsejable en este momento, doctor Dellman —dijo Roy Weston fríamente. No sabía exactamente lo que Mort preparaba, pero prefería que salieran a relucir los menos detalles posibles de este asunto, aun cuando fuera en un sitio relativamente reservado como la sala del jurado.

—Creo que el jurado tiene derecho a conocer los hechos antes de considerar si deben procesarme —insistió Mort Dellman—. Tanto mi vida como mi reputación profesional están en juego aquí.

—Es mi deber advertirle tanto para usted como para que conste en acta —dijo Roy seriamente—, que puesto que se le han advertido sus derechos y ha decidido no tener asesor, cualquier declaración que haga puede ser presentada como prueba, como parte del juicio si sale procesado.

—La verdad no perjudica a nadie —dijo Mort Dellman en un tono de piadosa rectitud.

—Puede usted declarar, doctor, si cree usted que nos ayudará a tomar una decisión en su caso —dijo el portavoz del jurado.

—Creo que sí, señor —le aseguró Mort Dellman.

—Proceda, pues, pero recuerde que puede usted parar en cualquier momento y negarse a contestar a cualquier pregunta que le planteen sin que por ello resulte perjuicio alguno para usted.

—Comprendo. —Mort Dellman volvió el rostro mirando al jurado.

»La tarde del día 1.º de septiembre de este año, caballeros, llegué a casa antes de costumbre. Se me había avisado previamente que habían visto estacionado un automóvil marca «Buick Wildcat» frente a mi casa y pensé, por tanto, que alguna amiga había ido a visitar a mi esposa. Ella creció en esta localidad y tenía numerosas amistades.

»Al entrar en la casa, no encontré a nadie abajo. Nuestros hijos están todos fuera en los campamentos de verano y la criada tiene el día libre los miércoles. Subí las escaleras y me acerqué al dormitorio que comparto con mi esposa, pero cuando estaba a unos dos metros de la puerta, oí voces dentro de la habitación. Estaba ésta

algo oscura pero la puerta estaba parcialmente abierta. Al oír una carcajada de hombre, creo que perdí el control de mí mismo. Hay un pequeño estudio en aquel piso donde guardo una pistola, puesto que se han dado varios casos de robos en mi vecindad últimamente.

Hizo una pausa y, sirviéndose un vaso de agua con un jarro situado encima de una mesa cercana, se bebió el contenido antes de continuar.

—Como he dicho, actuaba dominado por una emoción muy fuerte. Creo que cualquiera de ustedes hubiera sentido lo mismo si hubieran oído la carcajada de un hombre y la voz de su mujer desde una habitación medio a oscuras en su casa a las cuatro y media de la tarde. Recuerdo que abrí de golpe la puerta de la habitación y vi a mi mujer en los brazos de otro hombre. En cuanto a lo que sucedió entonces, no puedo asegurarlo. Recuerdo que levanté la pistola, pero no haberla disparado. Cuando recobré el dominio de mis sentidos encontré que mi esposa estaba muerta y su amante yacía inconsciente. Llamé a la policía inmediatamente y ya saben el resto de la historia.

El portavoz miró al resto del jurado.

—¿Más preguntas? —dijo.

Al mirar hacia ellos, Roy Weston vio que el hombre que había hablado en varias ocasiones fruncía el ceño.

—¿Tiene usted buena puntería, doctor? —preguntó.

—Me nombraron oficial del Ejército en Corea por mi destreza con la pistola, y disparo también a veces en competiciones locales en el campo de tiro.

—¿A qué distancia disparó usted?

—Como dije, no estoy seguro de lo que ocurrió exactamente. Tal vez di varios pasos hacia dentro de la habitación. Las persianas permanecían cerradas y estaba algo oscuro.

—¿Más preguntas? —dijo el portavoz y el miembro del jurado sacudió la cabeza.

—¿Tiene usted que hacer alguna pregunta, señor Weston?

—No —dijo Roy—. Ni tampoco presentaré más testigos en esta fase.

—El alguacil acompañará al doctor Dellman a la celda —dijo el portavoz del jurado de acusación—. Le agradecería que esperara fuera de la sala del jurado hasta que lleguemos a una decisión, señor Weston, para el caso de que precisemos llamarle para que nos explique algunos puntos de la Ley.

—Desde luego.

Roy siguió a la redactora de asuntos judiciales hacia fuera y le ofreció un cigarrillo. Era una joven atrevida, una periodista experimentada y muy inteligente.

—¿Cuál cree que será el veredicto, señor Weston? —preguntó mientras él le ofrecía fuego.

—Proceso por homicidio. ¿Qué otra cosa puede ser?

—Lo dejarán libre.

—¿Por qué dice eso?

—Sólo hay un tipo de jurado que pueda resolver este asunto que clama al cielo.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Roy con cautela.

—Loretta Dellman no era una santa, eso lo sabe todo el mundo, pero también el doctor Dellman pierde la cabeza cuando se trata de faldas. Mi compañera de habitación es secretaria de la clínica facultativa y me facilita todos los detalles.

—¿Por ejemplo?

—La señora Dellman tenía relaciones con un estudiante de Medicina. Yo salí algunas veces con él hasta que me di cuenta de que debía aprender judo. En mi opinión Dellman no podía soportar la idea de que los estudiantes hablaran mal de él porque uno de ellos se acostaba con su esposa y volvió a su casa aquella tarde para darle un escarmiento, pero el doctor McGill ocupaba su lugar y recibió la bala que estaba dirigida a otro.

—¿Tiene usted pruebas de eso?

—Todo lo que sé es lo que leo en el estenógrafo —dijo la chica sonriendo—. Esos tipos de la alta sociedad no son de mi gusto.

Se abrió la puerta de la sala del jurado y el portavoz miró hacia fuera.

—Entre, por favor, señor Weston y también la periodista —dijo—. Hemos llegado a una decisión.

Dentro, la periodista ocupó su lugar a la máquina estenográfica y el portavoz se colocó los lentes antes de tomar una hoja de papel en la que había algo escrito con bolígrafo.

—Nosotros, el jurado de acusación del condado de Weston —leyó—, reunidos el 4 de septiembre, hallamos que la señora Loretta Dellman murió a causa de la descarga accidental de un arma en manos de su esposo, el doctor Mortimer Dellman. No encontramos, por consiguiente, causa alguna para enviar a juicio al doctor Dellman y se ordena por la presente que sea puesto en libertad.

Capítulo XXV

Dave y Della Rogan estaban sentados en el sofá del salón con artesanado de madera de ciprés viendo la televisión cuando se interrumpió la emisión con un boletín local de noticias en el que se hacía saber que el jurado de acusación había dejado en libertad a Mort Dellman con el veredicto de muerte accidental.

—¿Pero cómo pudieron llegar a tal decisión? —preguntó Della.

—Mort se apoyó indudablemente en el derecho consuetudinario en lo referente al disparo contra Paul y el jurado debe haber supuesto que Lorrie interceptó la trayectoria de la bala. Es un veredicto muy discutible, pero creo que es el mejor para todos los interesados. Ahora todo puede volver otra vez a la normalidad.

—Salvo Mort, que tiene cien mil dólares más.

—Ha conseguido mucho más. Corre el rumor de que Jake Porter le dio doscientos mil dólares por renunciar a la custodia de los hijos y permitir que el anciano los adopte.

—¿Así que Mort salió mejor que todos los demás?

—Creo que tienes razón, aunque conseguir la unión de Joe y Maggie tiene mucha importancia para mí y aún más para ellos. Empezarán un crucero alrededor del mundo el primero de octubre. Me lo dijo Maggie cuando la vi esta tarde. Quien me preocupa es George Hanscombe.

—¿Por qué? Si hubiera pedido a Grace que se quedara, creo que ella lo hubiera hecho.

—Tal vez, pero George es un buen médico y sabe que no sería lo mejor para Grace, después que la diabetes desapareció casi hace unos días. La deja ir a Inglaterra porque la ama lo suficiente para ver lo que más le conviene.

—Siempre puede regresar.

—George confía en eso, pero yo opino que no lo hará. Grace no me consultó jamás y probablemente no hubiera podido ayudarla si lo hubiera hecho. Hay muchos puntos de frustración entre ella y George y han rebasado ya hace mucho tiempo la edad de veinticinco a treinta años para hacer cambios básicos en su enfoque hacia la vida y en las relaciones entre ambos. Grace puede adaptarse. Después de todo, tendrá lo suficiente para vivir cómodamente y estará en Inglaterra donde tiene parientes, pero la vida de George ha sido dispuesta durante tanto tiempo en compartimentos estancos, que será difícil para él.

—¿Crees que seguirán liados Pete y esa enfermera?

—Esa enfermera, como tú la llamas, es una mujer extremadamente eficiente y hermosa, cariño. Como George, Helen ama lo suficiente a Pete para renunciar a él. Siempre he creído que a la larga Pete volvería una vez que se diera cuenta de lo débiles que son las defensas de Amy.

—¿Y nosotros, Dave? ¿Qué ocurrirá con nosotros?

Movió su brazo para atraerla más cerca de sí.

—Estoy seguro que no nos tocó la bala de Mort —bostezó—. Es ya hora de acostarse. ¿Qué te parece si mañana vamos a la iglesia por la mañana y luego damos un paseo en coche por el lago a la hora de la cena? Los niños volverán el martes y se habrá acabado la tranquilidad por aquí por un tiempo.

Al pie de la escalera, Della giró hacia donde él estaba comprobando el pestillo de la puerta frontal.

—Dejé de tomar la píldora hace un par de días, Dave —dijo sin darle importancia.

Él sonrió y la mirada de sus ojos incrementó el ritmo de sus palpitaciones.

—¿Qué día de tu ciclo es hoy?

—El trece o el catorce. No he prestado mucha atención a eso desde hace tiempo.

—Tal vez no lleguemos a tiempo este mes, pero vale la pena probarlo. El mes próximo tenemos que aprovechar la fecha de la ovulación. Ve subiendo. Prepararé unas bebidas y las llevaré a la habitación.

«Voy a divertirme pintando la cuna que ha estado almacenada arriba en el ático más de diez años», pensó mientras mezclaba el *whisky* con cerveza, «casi tanta diversión como tener un crío correteando de nuevo por la casa».

Eran casi las once cuando Roy Weston terminó de preparar y firmar los documentos relacionados con la salida de la cárcel de Mort Dellman, a consecuencia de la decisión del jurado de acusación. Mort había insistido en que se prepararan esta noche, y aunque Roy sabía lo que pretendía Mort —ante la posibilidad de que uno de los jueces del condado pudiera sospechar de la acción más bien precipitada del jurado de acusación al absolverle y ordenar que se dejara sin efecto la decisión— Roy quería que todo el asunto se borrara también de su mente y se había quedado en el juzgado para prepararlos.

Al estimular al jurado a barrer todo el asunto bajo la alfombra, por decirlo así, Roy sentía la satisfacción de saber que había salvado a muchos amigos suyos —y a él mismo— del escándalo de proporciones épicas que hubiera podido ocurrir, si Mort era llevado a juicio, pero sabía también que había perdido todas las posibilidades para optar al puesto de fiscal general del Estado en las próximas elecciones, ya que Abner Townsend se apoyaría en la exoneración de Mort Dellman para su campaña.

Roy intentó persuadirle de que ya no tenía importancia, pero sin demasiado éxito. Cansado y desanimado, tomó una botella del cajón inferior de su mesa de despacho y se sirvió medio vaso, bebiéndoselo de un trago sin notar siquiera el picor del licor en su garganta. Afuera, en el recinto de aparcamiento, subió a su «Cadillac», pero al llegar a la calle, no se dirigió a su casa. En vez de eso, se encaminó hacia el oeste donde se hallaba la nueva urbanización de apartamentos que los Bieson estaban edificando en la ladera alrededor de un pequeño lago.

El apartamento que buscaba estaba en el tercer piso, pero en la ventana no había luz. Ordinariamente, sabía que ella nunca se acostaba antes de medianoche, pero, por si acaso había decidido acostarse más temprano esta noche, puesto que no lo esperaba, subió en el ascensor y tocó el timbre. Al no responder nadie al cabo de unos minutos, regresó a su coche y se dirigió hacia su casa.

Las nubes habían ido descendiendo toda la tarde y ahora había empezado a llover. Generalmente, cuando llegaba tarde a casa, Roy llamaba a Alice antes de dirigirse allí, aun cuando dormían en habitaciones distintas y a menudo ella dormía cuando Roy llegaba, ya que a ella no le gustaba que entrara en la casa de noche sin saberlo, pero esta noche estaba muy deprimido y cansado para parar en el camino y, dejando el coche en el garaje cuando llegó, abrió la puerta con su llave.

Arriba se distinguía una pequeña luz, por si Alice tenía que bajar durante la noche para buscar la medicina verde, si el colon empezaba a dolerle. Quitándose los zapatos para no molestarla al llegar arriba, Roy se detuvo en el bar de la planta baja separado de la habitación familiar, para tomar un trago y luego subió las escaleras descalzo.

Todo el piso de arriba estaba a oscuras, pero no encendió la luz del pasillo. Había llegado tantas veces tarde de noche que conocía el camino hacia su habitación instintivamente. Mientras pasaba por delante de la habitación de Alice, oyó como si

fueran voces y, pensando que quizás ella había olvidado desconectar el pequeño televisor de su habitación, se dirigió hacia la puerta. Antes de que pudiera abrirla, oyó otra vez las voces y, sobresaltado, aplicó el oído al panel de madera.

De un modo muy similar al estetoscopio que amplifica los sonidos casi imperceptibles de la respiración y de los latidos dentro del cuerpo, el panel de madera de la puerta y sus tímpanos ampliaban también el sonido de dentro de la habitación.

Oyó el murmullo de risa de Alice y luego los tonos guturales de otra voz femenina, una voz que no le era desconocida, pero que no podía reconocer por el momento.

Sobresaltado por lo que representaba lo que estaba oyendo, Roy consideró por un momento seguir hasta su habitación y dejar a Alice y a quien fuera en paz, pero el *whisky* que había tomado antes de salir del despacho y luego abajo empezaba a calentar su cerebro y al mismo tiempo otra excitación más fuerte empezaba a insinuarse. Girando el pomo de la puerta con cuidado para que no lo notaran las de adentro, abrió de par en par la puerta con la mano derecha y con la izquierda fue en busca del interruptor y lo accionó.

Era poco más de la medianoche cuando Mort Dellman llegó al aeropuerto del condado de Weston. Un solo empleado estaba en el mostrador en el único servicio de líneas aéreas que abastecía la ciudad con vuelos nocturnos.

—¿Llego a tiempo para el vuelo de la una de la madrugada a Adanta? —preguntó.

—Los vuelos de salida han sido cancelados a causa del mal tiempo.

—¿Cuándo sale el próximo?

—A las nueve de la mañana.

—¿A las nueve?

—Y tampoco podemos estar muy seguros de eso, señor. El meteorólogo dice que este frente seguirá por algún tiempo.

Mientras siga así la situación, no podrán aterrizar los aviones aquí.

—¡A las nueve! ¡No puedo esperar tanto!

Los periódicos de la mañana habían salido de la imprenta. Había cogido uno fuera al entrar en el aeropuerto y lo primero que vería la gente serían los atrevidos titulares:

El jurado de acusación deja libre al doctor

Roy había sido un tonto al no procesarlo, sabía Mort, pero el fiscal general del Estado era un político demasiado astuto para echar a perder la oportunidad de destruir las posibilidades de Roy para optar al cargo. Una hora después de que Abner Townsend viera los periódicos de la mañana, traería arrastrando a un juez de la capital para que solicitara otro auto de prisión, lo que indicaba que Mort Dellman tenía que salir de Weston y fuera de las fronteras del Estado —y preferiblemente fuera del país— antes de que eso sucediera.

Su plan de huida no había tenido en cuenta el factor meteorológico, ya que hubiera logrado escapar si la lluvia no hubiera impedido el vuelo a Atlanta. La reserva que había encargado a Pete Brennan para Africa del Sur había sido un engaño. Su verdadero destino era Brasil, donde no existía tratado de extradición con los Estados Unidos. Con cien mil dólares por su participación en la clínica facultativa y otros doscientos del viejo Porter en el bolsillo —además de lo que había reunido en todos esos años en los bancos de Suiza y la ventaja que el veredicto de muerte accidental del jurado de acusación le daría cuando pusiera en manos de un abogado la reclamación de la póliza de accidentes que había abierto para Lorrie hacía un año—, podía haber vivido desahogadamente en Brasil, mientras decidía lo que debía hacer más tarde. Pero este maldito tiempo había desbaratado sus planes.

Sólo había una respuesta: un coche de alquiler. Aun en ese caso no podría llegar a Atlanta antes de las nueve y la gente que le alquilara el coche le reconocerían sin

duda y la policía sabría casi inmediatamente dónde había ido. Sin embargo, tendría que correr ese riesgo y tratar de escabullirse por la frontera del Estado tomando una carretera de segundo orden.

La cabina de alquiler de coches estaba al otro lado del restaurante del aeropuerto y se dirigía allí a toda prisa cuando sus ojos repararon en una cabina vacía con la siguiente indicación:

Servicio de vuelos «Charter».

y debajo la promesa:

*Le llevaremos en avión a todas partes y en cualquier momento.
Si no hay nadie en la cabina marque el 389-76777*

Entrando en una cabina telefónica, Mort echó una moneda de diez centavos en la ranura y marcó el número. Llamó varias veces hasta que le contestó una voz femenina soñolienta.

—¿El servicio de vuelos «Charter»? —preguntó.

—Un minuto, por favor.

—Aquí vuelos «Charter» —dijo una voz de hombre.

—Quiero que me lleve a Atlanta.

—El tiempo es muy malo, señor. No admiten entradas en el aeropuerto de Weston esta noche.

—Ni tampoco las salidas normales —dijo Mort Dellman—. ¿Qué le parecen mil dólares por llevarme a Atlanta, o mil quinientos a Nueva Orleans?

—Es muy arriesgado.

—Le pagaré bien.

—¿Quién es usted?

—Mi nombre es Richards. Estoy en el aeropuerto ahora y estoy dispuesto a salir en seguida.

—¿Por qué tiene que ir a Atlanta con tanta prisa, señor Richards?

—Un familiar mío está muriendo en Dallas. Es importante que llegue allí lo antes posible.

—Usted dijo mil quinientos hasta Nueva Orleans, ¿no es eso?

—Sí, si se da prisa.

—Estaré en el aeropuerto dentro de veinte minutos. Sabrá que he llegado cuando vea las luces encendidas en el hangar. Está al lado del edificio del aeropuerto.

—Iré hacia el hangar cuando estén encendidas.

Las luces tardaron un poco más de los quince minutos en encenderse. Recogiendo

su bolsa, Mort cruzó hacia el hangar bajo la lluvia. Un hombre estaba ocupado trabajando en un avión ligero, llenando los depósitos de gasolina.

—Soy el señor Richards —le llamó Mort—. ¿Cuándo podremos despegar?

—En seguida, señor; tan pronto como acabe de llenar los depósitos y solicite un plan de vuelo de la torre. —Miró más de cerca a Mort—. ¿Dice usted que su nombre es Richards?

—Eso es. ¿Quiere que pague por anticipado?

El hombre dudó sólo un momento.

—Sí.

Mort contó el dinero y lo puso en manos del piloto cuando acabó de llenar el depósito.

—Esta es una noche de perros para volar, señor Richards —dijo el hombre—, pero no puedo despreciar mil quinientos dólares.

«Y yo no puedo por menos salir del país», pensó Mort Dellman mientras subía sus bolsas dentro del avión. Desde Nueva Orleáns estaba seguro de que podría obtener un avión para México antes de que Abner Townsend pudiera detenerle, y una vez allí sería muy fácil pasar a Brasil.

Tras salir del apartamento de Helen Straughn el sábado por la tarde, Pete Brennan había conducido hasta casa y sacado a Amy a cenar al club. Sin embargo, no se habían divertido mucho. Amy parecía deprimida y varias veces él creyó que le iba a decir algo, pero cada vez daba a la conversación un nuevo giro.

A eso de las nueve regresaron a casa y después de que la transmisión de noticias de las diez anunció la decisión del jurado de acusación de liberar a Mort Dellman, se acostaron.

Roy se despertó poco antes de amanecer. Una mirada al otro lado de la cama de matrimonio le indicó que estaba vacía. La puerta del cuarto de baño de Amy estaba cerrada pero podía apreciarse una línea de luz debajo, denunciando su presencia. Mientras dudaba en abrir la puerta, un rumor de náuseas facilitó su determinación.

Al abrir la puerta, Amy estaba de pie frente al lavabo, con la cabeza apretada fuertemente entre las manos y una mirada de dolor en el rostro. Cuando la tomó en sus brazos, se agarró a él como una niña. Alcanzando una toalla, la humedeció bajo el grifo y enjugó suavemente su rostro con la toalla húmeda.

—¿Jaquica? —preguntó Pete.

—Desperté con ella —dijo en sonidos entrecortados—. Vomité.

Cogió una toalla de baño del armario y la echó sobre sus hombros para el caso de que vomitara otra vez. Llevándola de nuevo a la cama, la ayudó a acostarse. Entonces, colocando la toalla doblada junto a ella donde pudiera alcanzarla, humedeció de nuevo el paño y lo colocó en su frente.

—Procura moverte lo menos posible —le dijo—. Llamaré a la sala de emergencia para que me proporcionen una inyección hipodérmica.

Utilizando el supletorio de la habitación contigua, Pete llamó al hospital y se puso en comunicación con la enfermera de noche inmediatamente.

—Necesito una hipodérmica de tartrato de ergotamina y «Demerol», señorita Tabor —le dijo—. La señora Brennan tiene un fuerte ataque de jaquica. Pasaré corriendo a buscarla.

—No estamos ocupados, doctor —dijo la enfermera—. El vigilante nocturno puede llevársela en mi coche.

—Perfectamente. Lo esperaré en la puerta principal.

—Estará allí dentro de diez minutos.

Al regresar al dormitorio, Pete vio en seguida que Amy se había movido mientras él estaba fuera. El cajón del tocador donde había ocultado la morfina no estaba del todo cerrado, aunque recordaba haberlo cerrado por completo después de encontrar y llevarse las drogas. Estaba de nuevo echada sobre la cama, sin embargo, con el paño sobre los ojos.

—El vigilante nocturno traerá la inyección que te da siempre George Hanscombe, querida —dijo—. ¿Necesitas algo más?

—Un poco de cerveza con hielo puede aliviar mi estómago.

—Te la traeré mientras espero la hipodérmica —dijo, aunque estaba seguro de que la solicitud era sólo un pretexto para que saliera de la habitación.

Cuando hubo encontrado la cerveza y la echó en el vaso lleno de hielo en la cocina, el vigilante nocturno de cabellos grises estaba ya en la puerta con la jeringa y aguja esterilizadas envueltas en una toalla también esterilizada.

Cuando regresó de nuevo arriba, Pete vio en seguida que Amy se había levantado otra vez, como él había supuesto. Esta vez la puerta de su lavabo no estaba del todo cerrada y estaba seguro de que ella había estado buscando allí el estuche de medicinas, que había quitado después de encontrar las jeringuillas y colocado en el compartimiento para guantes de su coche.

—Esto te reanimará en seguida —le dijo mientras le ponía la inyección con la jeringa de plástico que podía desecharse luego de usada, y que muchos hospitales utilizaban para impedir la posibilidad de transmisión del virus hepático de uno a otro paciente.

—Abrázame, Pete.

Era un susurro de súplica, y él, deslizándose en el lecho por su lado, la tomó en sus brazos. Su cuerpo estaba tenso al principio, pero a medida que la medicina empezó a surtir efecto, notó que la tensión disminuía gradualmente.

—¿Te sientes mejor de la cabeza? —le preguntó al cabo de un rato.

—El dolor casi ha desaparecido.

—Te encontrarás mejor si bebes un poco de cerveza. Te la traeré.

—No, déjame; yo la iré a buscar.

Giró sobre sí misma y tomando el vaso de la mesita de noche lo bebió con una paja que él había colocado en la cocina. Al volver a la cama, se acurrucó junto a él una vez más y al poco tiempo se acercó aún más. Cuando los labios de ella buscaron los suyos, la besó y encontró su boca blanda y lábil bajo la suya. El brazo de ella se agarró a su cuello y cuando la mano de Pete tocó la cálida piel de su espalda donde se había subido el camisón, ella se estremeció un poco y se apretó contra él.

Entonces se amaron tiernamente de una forma que él no recordaba haber experimentado jamás. Amy había parecido ser siempre tan autosuficiente que nunca había despertado en él esa clase de sentimiento. Cuando terminó y mientras permanecía afectuosa y relajada, le dijo:

—¿Querías decirme algo, querida?

Ella estaba echada con los ojos cerrados, completamente relajada con la droga y la expansión amorosa. Ahora los abrió y miró hacia él, mientras se erguía sobre el hombro para poder ver su rostro. No había ahora tensión ni temor en sus ojos.

—Me parece una tontería —dijo.

—¿Qué?

—Preocuparme por lo que tengo que decirte.

Él sonrió.

—Tal vez si los maridos y mujeres que se disponen a entablar discusiones serias hicieran como nosotros, no habría necesidad de discusiones jamás.

—Es preciso que discutamos esto. ¿Encontraste los tubos pequeños?

—¿Las jeringuillas? Sí. Todavía no comprendo por qué las utilizaste.

—Fue el miércoles por la noche después de que dispararon contra Lorrie. Tuve un gran ataque de jaqueca en el camino hacia casa desde la reunión del distrito sexto, incluso antes de oír la noticia por la radio. La presidencia estaba asegurada. Contaba con votos suficientes pero...

—¿Por qué dices contaba?

—Porque ya no cuento con ellos. Cuando me vi en el espejo cuando estabas abajo hace un momento, buscando la morfina porque no podía afrontar lo que tenía que hacer, me di cuenta de que no soy mejor que Maggie McCloskey o cualquier otro alcohólico o viciado por las drogas. El ser presidente de los auxiliares médicos antes de que tú fueras jefe de la asociación médica del Estado no me importa ya.

—¿Fue eso lo que produjo el ataque cuando venías de regreso a casa?

—Estoy segura de ello. Estuve sometida a una gran tensión allí, pero lo que realmente me preocupaba era mi egoísmo por querer pasar delante de ti.

—Te equivocas.

—¿Por qué?

—Lo que realmente te inquietaba era el miedo a herirme, pero no tenías que temer eso a menos que me ames y lo prefieras más que ser presidente de los auxiliares médicos.

—Ahora ya lo sé, pero durante un tiempo corría el riesgo de darle excesiva importancia. Conduciendo hacia casa desde la asamblea, empecé a darme cuenta de eso y algo en mi interior provocó el ataque. Iba camino de la oficina de George Hanscombe para que me dieran una inyección cuando oí la transmisión por la radio sobre el disparo. Después estaba tan preocupada de que te hubieran herido...

—¿No llamaste al hospital?

—Sí, pero ya funcionaba el sistema de alarma en casos cardíacos.

—La telefonista de la clínica podía haberte dicho que era Paul.

—En aquellos momentos estaba demasiado trastornada para pensar con claridad. Cuando marché del hospital después de hablar con Dave Rogan, la clínica estaba cerrada y cuando llegué a casa el dolor era tan agudo que estaba casi ciega. Me estaba desnudando aquí arriba cuando acerté a ver aquel pequeño estuche tuyo. No sé lo que me impulsó a hacerlo, Pete. Yo imagino que estaba trastornada por tantas cosas. Preocupada por perderte por mi ambición, por si habías resultado herido, trastornada por lo de Lorrie y por Elaine y Paul, todo esto se acumulo sobre mí. Cuando vi el tubo, creí haber dado con el medio de aliviar mi dolor.

—Por lo que recuerdo aquella noche, produjo otros efectos. —Si no me sintiera ahora tan maravillosamente, me avergonzaría de la forma en que actué.

—Pero ¿no lo estás?

—No.

—No tienes por qué estarlo, nunca más. Los esposos que realmente se aman no deben avergonzarse de nada que exprese su amor y los haga felices.

—De ahora en adelante voy a pasar el tiempo tratando de ser lo que quiero ser, no lo que creía que quería ser —le prometió ella—. Llamaré hoy a las delegadas anunciándoles mi dimisión.

—No quiero que hagas eso.

—¿Por qué?

—Eres una persona, Amy, una mujer con tus propios derechos y mucho empuje. Cuando una mujer como tú se casa, casi siempre utiliza esa fuerza para hacer que su marido sea lo que ella quiere que sea. Hace cinco años, poco más o menos, te empeñaste en que fuera catedrático de Cirugía. Al no lograrlo, tu ego se resintió y por eso proseguiste con la idea de los auxiliares médicos.

—No quiero ser más que tú nunca más.

—No lo quieres ahora, porque acabas de hacer el amor. Estás disfrutando lo que los expertos en cuestiones sexuales denominan lasitud después del coito.

—Me ha gustado la frase.

—Estoy de acuerdo contigo. Dentro de unas horas, volverás a ser Amy Weston Brennan con toda tu energía intacta, y créeme, prefiero que encauces esa energía hacia la presidencia de los auxiliares médicos del Estado que en combatirme. Soy un irlandés tozudo que está muy satisfecho de ser como es.

—También yo estoy satisfecha con lo que eres. —Cogió su rostro entre las manos e inclinó su cabeza para darle un beso—. Ahora mismo quiero volver a repetir la experiencia de antes.

—No, a menos que tengas un tubo de propinato de testosterona oculto en alguna parte que pueda inyectarme con esta jeringa —le dijo sonriendo—. Tengo casi cuarenta y cinco años, desvergonzada, de modo que lo que intentas es físicamente imposible durante un par de horas por lo menos. Vamos a dormir.

Capítulo XXVI

Alice estaba ya en la mesa desayunando cuando Roy bajó poco antes de las ocho del domingo por la mañana. Sentada al otro lado de la mesa mientras la criada los servía, estaba tan seria y formal como si nada hubiera ocurrido la pasada noche.

«¡Mujeres! —pensó él—. Jamás las comprenderé».

Pero por qué intentarlo cuando eran mucho más interesantes y estimulantes si se las tomaba como eran. Todos estos años había aceptado la forma de ser de Alice como algo natural y viéndola ahora con el cabello intacto, el compendio de la esposa de un profesional con éxito o un nivel social superior, no podría creerse que ella podía...

—Los periódicos dicen que el jurado de acusación dejó en libertad a Mort Dellman.

Alice alzó la vista de los titulares, que era lo único que leía, aparte de los chistes.

—Creo que estuve demasiado ocupado anoche después de llegar a casa y se me olvidó mencionarlo.

—Me he estado preguntando por qué mató a Lorrie, pero pienso que debe haber sido porque el tío Jacob cambió su testamento.

—¿Qué?

Roy apartó la mirada del periódico sorprendido por lo que creía haber oído y no podía creer.

—El tío Jacob cambió el testamento hace unas semanas, puso todo en fideicomiso a favor de los hijos dejando al Banco como fiduciario.

—¿Cómo sabes eso?

—El tío Jacob lo dijo a Amy anteayer, cuando ella fue a ver si necesitaba alguna ayuda para el funeral. Amy me lo dijo ayer en el funeral, pero me trastornó tanto ver a Lorrie sepultada... que creo que olvidé comunicártelo.

—¡El muy sinvergüenza! —explotó Roy—. Sabía que algo de la declaración de Mort ante el jurado no encajaba con la de Paul McGill, pero no podía pensar qué podía ser. Mort dijo que la habitación estaba oscura, pero Paul no, de modo que Mort sabía a quién disparaba. Esta era una ocasión de castigar a Lorrie por sus aventuras con el estudiante de Medicina y salirse con los cien mil dólares que obtendría por su participación en la clínica, además de los doscientos mil más que planeaba coger a tío Jake por dejar que los niños se quedaran aquí aparte del seguro. Ya lo tengo atrapado.

—Pero el jurado dejó en libertad a Mort.

—Puedo reiniciar el caso con las nuevas pruebas y voy a hacerlo pase lo que pase. Con esto queda claro que es un caso de homicidio premeditado.

Alcanzó el listín telefónico, y hallando el número que buscaba, lo marcó rápidamente.

—Jim —dijo cuando el sargento O'Brien contestó al teléfono—. Quiero que caces a Mort Dellman dondequiera que puedas hallarlo. Tengo nuevas pruebas y

obtendré el auto de prisión...

—Demasiado tarde.

—¿Quieres decir que se ha escapado de la ciudad?

—Se marchó, en efecto. Acaban de dar las noticias de las ocho. Pon la radio y sabrás los detalles.

Roy se movió hacia una mesita cercana a la mesa de despacho y puso en marcha el pequeño aparato de radio que utilizaba a veces para oír las primeras noticias de la mañana. Cuando llegaron a su oído las primeras palabras del locutor, colgó el teléfono y se sentó escuchando atentamente:

«La identidad de dos hombres muertos en un aterrizaje violento de un avión particular al norte de Birmingham esta mañana ha sido definitivamente establecida. Uno era Percy Damon, propietario del servicio de vuelo "Charter" y piloto del avión. El otro era el doctor Mortimer Dellman, puesto en libertad anoche por el jurado de acusación del condado de Weston por el homicidio de su esposa, Loretta Porter, hija de Jacob Porter, destacado industrial. Según informes de la torre de control del aeropuerto del condado de Weston, el avión despegó en pésimas condiciones atmosféricas poco después de medianoche, habiendo solicitado el piloto un plan de vuelo con destino a Nueva Orleáns. Las autoridades policiales que encontraron el avión hace unas horas informaron que el doctor Dellman llevaba consigo una gran cantidad de dinero».

—De modo que eso ha pasado. —Roy se acercó al aparato y lo desconectó cuando el locutor se disponía a ofrecer las noticias nacionales—. Abner Townsend no podrá sacar ahora ningún partido del caso.

Miró a través de la mesa y sonrió a Alice.

—Estás muy bonita esta mañana, querida. Creo que te gustará ser la esposa del próximo fiscal general del Estado.

Los domingos por la mañana, Mabel solía asistir a la primera misa y pasaba luego por el snack bar para preparar los desayunos. Sus arreglos laborales le permitían una comida gratis al día además de la que tomaba cuando hacía turno de tarde, que era casi siempre.

—Todo el mundo en la iglesia comentaba que el doctor Dellman se escapó y luego resultó muerto en un accidente de aviación —dijo a Geraldine, la cocinera del turno de mañana, mientras disfrutaban del café y fumaban un cigarrillo en el restaurante casi desierto.

—Aquí también.

Geraldine tenía tendencia a ser flemática.

—Es curioso. —Mabel miró a través de la calle casi desierta hacia la entrada de emergencia del hospital—. Viendo la calma reinante al otro lado de la calle en el hospital, es difícil creer que todo el infierno puede desatarse de repente, como ocurrió el pasado miércoles por la tarde.

—Fue algo espectacular —convino Geraldine.

—Creo que al morir el doctor Dellman todo ha vuelto a la normalidad. Por lo que he podido oír a través de la barra en los últimos días, mucha gente ha cambiado su vida desde el último miércoles. Tuvo su emoción, sin embargo, aunque duró poco tiempo.

—Sí —dijo Geraldine—. Creo que la tuvo.

—Es algo así como el pasaje bíblico que el sacerdote leyó esta mañana. Creo que aún lo recuerdo:

«Una generación se va y otra generación viene, y sin embargo la Tierra permanece inmutable para siempre. El Sol sale, el Sol se pone, y luego corre veloz a su ocaso y luego vuelve a salir...».

—Eso me recuerda algo —dijo Mabel suspirando—. Mañana por la mañana di al ayudante que coja otra parrilla y la mande reparar. Los estudiantes de Medicina regresarán a la Facultad la semana próxima. Seguramente les gustará comer nuestras hamburguesas.



FRANK GILL SLAUGHTER, escritor norteamericano nacido en 1908 en Washington y fallecido en el 2001, famoso por sus *best seller*, fue uno de los autores norteamericanos de más éxitos vendiendo más de sesenta millones de ejemplares de sus novelas.

Aunque nació en Washington D.C., Slaughter se crio en una granja cercana a la ciudad de Oxford en el estado de Carolina del Norte. A los 22 años acabó sus estudios en la escuela de medicina de Jones Hopkins. Ejerció la medicina como cirujano en el Hospital Riverside de Jacksonville de 1934 a 1942. Luego participó como médico en la Segunda Guerra Mundial. Acabada la contienda volvió a ejercer como médico compaginando su carrera de medicina con la de escritor. Destacó tanto como escritor de novelas de médico, así como las de temas históricos, especialmente recuperando personajes bíblicos.